



GMMTV

Melody Of Secrets
ความลับ
ในบทเพลง
ที่ssielaไม่รู้ตัว



แบ่งปันณ์ หอมจันทร์ เรื่อง
MOOKCHU080 ภาพ



Melody Of Secrets
ความลับในเพลงที่เธอไม่รู้
ที่เธอไม่รู้

Force Jiratchapong
Book Kasidet

ทุกวันศุกร์ เวลา 20:30 น. ทางช่อง **one31**
และเวลา 22:30 น. ทาง **viu**
เริ่ม 5 ธันวาคมนี้

จีรัชพงศ์ ศรีแสง กษิดเดช ปสุกผล พลอยชมพู ศุภกรพรย์ นพณัฐ กับกะชัย กัชรธ ธนวัฒน์
ธิญาดา พรรณบัว ปิยะพงศ์ ไบบะกุล ตะวัน จารุจินดา จุฑาพิชญ์ อินทร์จันทร์
กัทธชัยรัส ตะวัน จารุจินดา อริษา แววรรณจิตร์

GMMTV **GMMTV**
#MelodyOfSecrets



SIPNOSIS.

Cuando un amante perdido, junto con sus recuerdos, regresa para servir de coartada a 'Botpleng' y así liberarlo como sospechoso en un caso de asesinato, donde el cuerpo fue hallado dentro de una maleta. Aunque él mismo no tiene idea de lo que ocurrió ni de cómo se desarrollaron los hechos. Lo único que sabe es que fue allí porque 'Tankhun' quería verlo.

Tankhun es el nombre que aparece en el diario de Botpleng, y por su propia caligrafía puede deducir que ese hombre fue su amante. Pero como Botpleng ha perdido todos sus recuerdos durante décadas, no tiene certeza de si el hombre que tiene delante es digno de confianza.

Mientras Botpleng intenta usar sus habilidades periodísticas para investigar el caso que podría devolverle la memoria, Tankhun emplea su experiencia como criminólogo y su lectura del lenguaje corporal para enamorallo tan profundamente que Botpleng no puede apartarse de él.

Todo lo que ha sucedido obliga a Botpleng a quedar atrapado entre:

- Los muchos secretos que lo confunden.
- La verdad que debe perseguir.
- Los recuerdos perdidos y el amor que habita en el corazón de Tankhun.



PALABRAS DEL AUTOR

Durante muchos años he estado obsesionada con la idea del "sustituto". Tal vez desde que era niña y supe que mi padre deseaba tener un hijo varón. Luego, mi hermano menor falleció, y solo quedé yo: una hija, la única hija de la familia. Nunca he dudado del amor que mis padres me tienen, pero sí me he preguntado: si quien hubiera sobrevivido hubiese sido mi hermano... ¿habría cambiado la dinámica familiar? Y si no hubiese cambiado, ¿en qué se diferencian el valor de mi existencia y el de mi hermano?... si al final podemos "sustituírnos" el uno al otro.

Mi primera novela publicada fue de fantasía, y abordaba la perspectiva de quien ocupa el lugar de otro, hasta el punto de no saber si el amor recibido le pertenece realmente. En cambio, en esta novela, quiero narrar desde el punto de vista de quien se encuentra con ese "sustituto": cómo se siente, si puede reconocerlo, si sabe si está frente al verdadero o al reemplazo... o si somos nosotros mismos quienes empujamos al verdadero... a convertirse en el sustituto.

El ciclo interminable de los reemplazos me hace pensar en el Canon en Re de Johann Pachelbel: ese enigma de la belleza que surge cuando los instrumentos tocan la misma melodía, no al unísono, sino en distintos tiempos... y aun así, crean una armonía perfecta. Tal vez eso sea lo que significa ser un "sustituto" o "reemplazo": que, en realidad, también puede generar algo hermoso.

La trama de esta novela fue adaptada para convertirse en una serie, en cuyo guion también participé. Dado que la historia es bastante compleja y está llena de detalles que requieren precisión, fue necesario contar con el apoyo de especialistas que ofrecieran orientación minuciosa y revisaran los contenidos para minimizar errores.

Por ello, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los asesores honorarios:

- Profesor Dr. Trin Phoraksa, criminólogo
- Dr. Thitiphan Thaneerat, psiquiatra (MD., MS.)
- Coronela Napaphat Natthasumon, jefa del Departamento de Medicina Forense, Instituto de Ciencias Forenses, Hospital de la Policía
- Dra. Phantila Liangphongphan, psiquiatra del Hospital Buriram, Clínica Sukjai



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

- Administradora de la página de Facebook “Patsao”
- Desarrolladores de la IA médica Vega
- Teniente Coronel Wannisa Pitakkhiri
- Escuela de Música Faiforte

Gracias a P'Ta y P'Bee, guionistas que trabajaron conmigo desde el tratamiento hasta el guion final de la serie.

Gracias a Nam Som y Kratai por leer y darme sus valiosas sugerencias.

Gracias a P'Tongta, P'Meng, P'U, Khun Ju, Beer, Pa'Off, P'Title, P'Tae, P'Baison, P'Toon y a la empresa Snap25, que hicieron posible que esta novela viera la luz.

Y como siempre, mi gratitud eterna a mis padres, que son el amor, la fuerza y el motor más grande de mi vida.

Y a Namkhaeng, mi único hermano, a quien nunca llegué a conocer... Espero vivir lo suficientemente bien como para honrar la parte de vida que te fue arrebatada.

Siempre en mi recuerdo... como siempre ha sido.

Baengpan Homchan



INTRODUCCIÓN DEL EDITOR.

Creemos que *“todos tenemos secretos propios”*.

Pero ¿cuántas personas hay que no saben cuál es su propio secreto?

Botpleng es un hombre que solo sabe que perdió la memoria a los 17 años. Han pasado más de diez años desde que intenta recuperar esos recuerdos perdidos, pero lo único que encuentra son sueños repetidos. Casi siempre ve un gran árbol, un violín, un joven... y una mirada llena de felicidad.

Tankhun es el hombre que entra en la vida de Botpleng cuando este tiene 27 años. Su nombre aparece en el diario de Botpleng, un diario que él no recuerda haber escrito, pero cuya caligrafía le confirma que es suyo. El diario fue enviado por alguien, y ese hombre le escribe diciendo: “¿Podemos vernos?”

Botpleng acude a la cita, convencido de que Tankhun puede ayudarle a recuperar sus recuerdos. Lo que no espera es que ese encuentro lo lleve a vivir un acontecimiento que cambiará su vida para siempre.

Además de los recuerdos perdidos, parece que hay muchos secretos que él mismo desconoce....

"El secreto en la melodía que se interpreta sin fin" —Melody of Secrets— es una novela que lleva al lector por una montaña rusa de emociones: intensidad, ternura, misterio... y lágrimas compartidas con sus protagonistas.

Baengpan Homchan logra transformar los nudos complejos de la serie original en una novela cautivadora, con una prosa suave, sencilla y profundamente conmovedora.

La historia de Botpleng y Tankhun me hizo sentir como si yo mismo hubiera caído en el mundo de los secretos.

Si ver la serie es fascinante por la actuación de sus intérpretes, leer esta novela lo es por la forma en que la historia se despliega capa por capa. Y en cada capa, hay nuevos misterios que se superponen.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Hasta que, al final, se van desvelando poco a poco... y el lector se deja arrastrar por la emoción, cayendo en ese abismo del relato del que es difícil salir.

Los secretos siempre tienen un encanto seductor: invitan a descubrir, a saber, a preguntarse qué verdad se oculta detrás.

Así también esta novela, que guarda los secretos de Botpleng y nos invita a seguir leyendo página tras página...

Hasta encontrar la revelación de esa verdad escondida y hasta saber si ese secreto tiene algún efecto sobre el amor. Porque todos sabemos que, por más que el mundo cambie...

El amor... nunca ha sido amigo de los secretos.

Tongta Tangchuwong



CAPÍTULO 1

DAL SEGNO

El músico repite desde el símbolo Segno.



La hierba, verde y áspera por el sol, crece en parches dispersos hasta donde alcanza la vista. Desde la llanura que se eleva en suaves colinas, un joven permanece de pie, mirando como si su mente vagara lejos... muy lejos. Sin embargo, en lo más profundo de su conciencia, percibe una añoranza profunda.

Anhelo...

Apego...

Retorno...

Bajo un gran árbol que extiende sus ramas y ofrece sombra a la hierba pequeña y grande, preservando ese rincón cálido de verdor, parece haber algo que él dejó caer sin darse cuenta. Pero cuando intenta avanzar para alcanzar el camino frente a él, este se extiende como si el destino no existiera realmente.

Botpleng Thayadon es su nombre.

Un joven de 17 años que intenta recuperar aquello que ha perdido, lo que lo ha dejado atrapado en una pesadilla que se repite una y otra vez. Como esta noche.

Botpleng lo intenta una vez más... intenta avanzar hacia adelante.

Intenta llegar hasta aquel gran árbol, pero el camino a su alrededor se vuelve cada vez más distorsionado.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

De pronto, el árbol desaparece de su vista. Y cuando se gira, lo ve corriendo a esconderse detrás de él.

Botpleng vuelve a intentar seguirlo.

Pero el árbol desaparece otra vez.

La mirada vacía del joven es invadida por la confusión y el miedo.

No sabe en qué dirección debe caminar.

Y cuando vuelve a buscar aquel árbol... el cielo se torna súbitamente oscuro.

Negro absoluto.

El joven aprieta sus manos con fuerza... cada vez más.

El miedo que se apodera de su corazón le dice que debe huir.

Pero ¿a dónde podría escapar?

En ese instante...

Un sonido familiar de violín resuena desde muy lejos.

El sonido del violín de su padre.

Fa sostenido, Mi, Re, Do sostenido, Si, La, Si, Do sostenido...

El violín interpreta el Canon in D.

“Botpleng... hijo mío.”

Una voz suave pero firme, tierna pero clara... llega junto al sonido del violín que él conoce bien. El joven reconoce perfectamente tanto el cálido sonido del violín de su padre como la dulce voz de su madre.

Sus padres...



Quienes le muestran el camino de regreso a casa... una vez más.

La luz de la mañana se filtra por la cortina de la ventana, revelando el rostro adorable de un joven que duerme sobre una cama clara y limpia. Ese rostro encantador está formado por labios pequeños, una nariz suave y perfilada que armoniza con la forma de su cara. Lo que muchos describen como "labios diminutos, nariz delicada". Su belleza y ternura son evidentes, sin lugar a dudas.

Y cuando el dueño de ese rostro comienza a abrir los ojos lentamente, aparecen unos ojos grandes y hermosos, con pupilas negras que brillan como perlas oscuras, reflejando la luz del sol de la mañana que juega con ellas.

El joven colocó su mano dominante sobre el pecho, donde sentía un vacío repentino. Al comprobar que su corazón latía con normalidad, exhaló con alivio, más relajado, antes de levantarse de su cama tan querida... para vivir otro día más de su tranquila rutina.

Sí... aquel sueño confuso era ya parte de su vida cotidiana. Así era la normalidad para Botpleng. Desde el accidente que le hizo perder la memoria a los 17 años, han pasado diez años. Hoy tiene 27, y esos recuerdos siguen desaparecidos... como si nunca hubiera existido antes. En realidad, no le preocupa demasiado ese pasado. Su vida actual es feliz. Si no fuera por esa sensación persistente de anhelo, apego y retorno que se aferra a su corazón en lo más profundo del sueño. Anhela algo indefinido, se aferra a algo invisible, y regresa a un dolor profundo cuyo origen desconoce.

El despertador marca las 7 de la mañana. Es hora de salir antes de que el tráfico lo atrape. Botpleng se observa en el espejo a sus 27 años. Además del cabello más largo y un cuerpo más musculoso, aún encuentra en sus ojos el mismo vacío que tenía a los 17. Nada ha cambiado.

"Mamá..."

Botpleng toca suavemente la mano de la mujer que más ama. Ella yace inmóvil en la cama, en una habitación acondicionada para su cuidado.

"Me voy al trabajo, mamá. Prometo volver pronto."

Sus labios finos besan con ternura la mejilla pálida de su madre. Aspira el aroma único de la enfermedad y del tratamiento prolongado... con delicadeza.

Recuerda aquella voz y aquella frase:



Una voz que siempre lo guiaba en medio de la confusión nocturna. Una voz que no ha escuchado en cinco años, desde que su madre sufrió el accidente de tráfico que la dejó en estado de coma.

Antes de convertirse en una “princesa dormida”, su madre le prometió ayudarle a recuperar los recuerdos perdidos de sus 17 años. Ella sabía cuánto le dolía estar atrapado en ese ciclo de confusión, de extravío, en un vacío oscuro y sin salida... aunque nada de eso hubiera ocurrido realmente.

La presencia de su madre era como una mano que lo guiaba hacia la esperanza. Pero desde el accidente, el dolor de Botpleng se manifiesta cada vez que se pierde en sus sueños. La voz que solía despertarlo para vivir... ya no existe en la realidad.

Solo un recuerdo.

Borroso.

Sin esperanza.

Pero él no tiene otra opción...

Más que seguir adelante.

Botpleng toma la mano fría de su madre y la coloca suavemente sobre su cabeza, imaginando el calor de sus caricias, ese gesto delicado que ella solía hacer cuando él buscaba consuelo. Luego, lleva su mano a los labios y la besa con ternura, como lo hace cada día.

“Despierta pronto, mamá.”

Dice Botpleng, antes de volver a colocar la mano en su lugar. Ajusta con cuidado la manta de satén favorita, asegurándose de que su madre esté bien cubierta y sus manos se mantengan cálidas. Luego, sale de la habitación.

Apenas el joven de figura esbelta cruza el umbral, aparece una mujer de más de 60 años, de porte distinguido, mirada firme y presencia imponente. Surge desde un rincón frente a la habitación, observando al joven hasta que desaparece de su vista.



Khun Ying Kesara gira el rostro desde la espalda de su único nieto y dirige la mirada hacia las fotografías en la pared cercana.

En la pared de aquella casa de estilo clásico hay una imagen del General de Policía Korn Thayadon, su esposo, en uniforme de gala.

Una foto de ella misma el día que recibió el título de Khun Ying.

Una foto familiar con su esposo, ella y Keetakan, su hija.

Y una imagen de Keetakan abrazando con amor profundo a su único hijo: Botpleng.

Khun Ying Kesara vuelve a mirar hacia donde se fue su nieto. Ya no está allí.

Su mirada, antes dura y severa, se suaviza de pronto. Parece una anciana agotada por el tiempo.

Newsday Deeply es una agencia de noticias en línea reconocida actualmente como un medio de la nueva generación, enfocado en periodismo de investigación con profundidad, no menos relevante que las noticias de tendencia. Tal vez se deba a que su fundador es Muenmai Paksinakorn, hijo único del propietario de una gran plataforma digital con presencia en varios países. Muenmai fue quien expandió por primera vez la línea de contenido informativo dentro de la empresa.

Posee conocimiento, talento y poder suficientes para mover todo según su voluntad. Pero lo más importante que ha hecho crecer a Newsday Deeply con firmeza y solidez, Él lo hace todo por sí mismo. Por eso es quien mejor conoce este lugar. Es el eje, la columna vertebral de la empresa.

El sonido de un mensaje interrumpe el momento. Botpleng, que está vertiendo crema en su café dentro de la oficina de Newsday Deeply, toma el teléfono sin desbloquearlo. Ve que el mensaje proviene de “Muenmai”, el dueño de la empresa, su jefe... y su único amigo cercano.

“Ya llegué.”

Ese breve mensaje hace que Botpleng acelere el movimiento de su mano para mezclar la crema con el café, y se dirija al área cercana al escritorio de Muenmai, desde donde se puede observar claramente el movimiento en toda la oficina.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Newsday Deeply es una oficina de tipo open space, donde todos comparten el mismo espacio, aunque está organizado en zonas bien definidas para facilitar la concentración. El espacio se divide en tres niveles: la planta baja para reuniones y citas; el segundo piso para el equipo de trabajo, incluido Muenmai; y el tercer piso como área de descanso.

Vestido con jeans, camiseta blanca y camisa celeste, Botpleng bebe su café con leche en una taza de cerámica con el logo de Newsday Deeply. Desde el segundo piso, observa la escalera de caracol en el centro de la oficina, por donde sube “Khun Muenmai”, el dueño y jefe de todos, enfrentándose a los empleados que esperan respuestas sobre sus tareas.

Muenmai lleva un rollo de papel que, aunque no se puede leer a simple vista, claramente contiene trabajo urgente. Con su traje semiformal, el joven camina con paso rápido desde la planta baja hasta el área de trabajo.

Ngo, la secretaria de la redacción, corre a interceptarlo apenas reconoce el ritmo de sus pasos. Cuando Muenmai llega al segundo piso, ella le entrega de inmediato un fajo de documentos con el sello oficial del tribunal.

“Jefe, nos llegó otra citación por difamación.”

Muenmai apenas lanza una mirada al documento y responde con precisión, como si ya supiera de qué se trata... o como si estuviera tan acostumbrado a estas situaciones que no necesita más detalles.

“Responde que fue ejercicio legítimo del periodismo.”

La joven secretaria de redacción no alcanzó a formular su siguiente pregunta. El jefe ya se había dirigido directamente hacia la mesa amplia donde se desplegaban las planchas de impresión, con los contenidos y formatos enviados desde la imprenta para su revisión.

Por supuesto, Newsday Deeply sigue distribuyendo ejemplares impresos gratuitos en puntos clave, a pesar de ser conocido como un medio digital. Para un jefe como Muenmai, el valor de lo tangible sigue siendo esencial: aporta una imagen sólida, diferenciada y destacada en un mercado saturado de información desde todos los frentes.



Muenmai observaba con atención las planchas impresas para revisión, tomándose más tiempo de lo habitual. Se notaba en sus pasos, que se volvían más lentos, como si quisiera dedicarle más presencia a ese espacio.

—No te olvides del tema del sensor, O.

—Sí, jefe. Todas las víctimas están protegidas —respondió el encargado de arte con firmeza. Pero Muenmai, que lo conoce bien, detuvo su paso, giró y añadió con énfasis:

—También los acusados...

El rostro del empleado mostró una leve expresión de fastidio, pero Muenmai no se inmutó. Siguió caminando hacia el grupo de escritorios de periodistas y redactores. Allí vio a Cherry, una joven de cuerpo redondo y flequillo recto, escribiendo con entusiasmo. Sobre su escritorio había un racimo de longan parcialmente comido, con las cáscaras y semillas formando casi una pequeña comunidad junto al resto de la fruta.

Cherry saludó al jefe con alegría:

—¿Quiere longan, jefe?

Muenmai negó con la cabeza, pero no se alejó. La miró fijamente y le dio un golpecito en la frente con el rollo de papeles que traía consigo, como para dejar claro que lo que había cargado desde casa... era trabajo para ella.

—En el párrafo 3 te volviste a dejar llevar por la emoción. Corrígelo.

Cherry se quedó pasmada. Si hubiera estado masticando longan, probablemente no habría podido tragar.

Muenmai dejó el rollo de papeles sobre las cáscaras acumuladas. Las hojas desplegadas estaban llenas de tachaduras y correcciones.

—Es que me metí mucho en la historia... —susurró Cherry, como si intentara justificarse.

Pero Muenmai no dejaba pasar fácilmente los comentarios de sus colaboradores, especialmente de quienes eran clave en el trabajo.



—Eres periodista, no internauta. Las opiniones déjalas para ellos.

Lo dijo con voz firme y seria, intentando sembrar en Cherry una visión clara de lo que significa hacer periodismo.

Esta vez, aunque Cherry frunció el ceño, no emitió ninguna protesta.

El joven jefe, de rostro atractivo, pasó sin más por el escritorio de Cherry, que era la última estación antes de llegar a su espacio personal —o lo que podría llamarse su rincón de trabajo, ya que no había divisiones ni oficinas separadas del equipo.

Al ver el rostro dulce de su amigo íntimo sonriéndole al llegar, el corazón de Muenmai se sintió más liviano... aunque la carga laboral seguía siendo igual de pesada.

—Empezaste el día con intensidad, ¿eh? —dijo una voz grave pero dulce, como chocolate oscuro cubierto de crema batida. Lo saludó con tono casi compasivo... aunque no del todo, porque su buen amigo se acomodó con una pierna sobre la otra y levantó una ceja con burla, como si temiera que él no se diera cuenta de que lo estaba provocando.

—Es lo que pasa cuando cambia el trimestre —respondió Muenmai con una sonrisa, negando con la cabeza sin tomárselo demasiado en serio. Luego se giró y, como si lo conociera de memoria, tomó un caramelo de la mesa y se lo lanzó a Botpleng. O mejor dicho, lo anticipó: ese amigo suyo se lo robaba casi cada vez que venía a trabajar. Aunque nunca parecía notar que los caramelos en la mesa de Muenmai nunca se acababan.

Pero no importaba.

Ver a Botpleng comer con buen ánimo ya era suficiente para que Muenmai sintiera que ir a elegir los caramelos él mismo valía la pena.

—Eh... ¿y por qué me llamaste? ¿No te gustó el tema de la noticia que te mandé? —preguntó Botpleng.

Muenmai recordó entonces. Se giró y tomó una caja que había guardado junto a él.

—No, nada de eso... Estaba limpiando las planchas viejas y me di cuenta de que olvidé darte este paquete. Temía que se me pasara.



Le lanzó la caja, que no era muy pesada, con naturalidad. Había pasado varios días desde que llegó. Por supuesto, no lo había olvidado. Solo la había guardado esperando el momento en que Botpleng desapareciera un poco... así tendría una excusa legítima para llamarlo.

El rostro dulce del joven frente a Muenmai se frunció ligeramente al ver la caja desconocida.

—¿Qué paquete es este? Yo no pedí nada aquí.

—¿No tienes una casa de descanso en Khao Yai? La dirección de destino viene de allá.

Botpleng miró la caja con curiosidad. No estaba escrita a mano, sino impresa: “Botpleng Thayadon”, seguido de la dirección de la agencia de noticias. El remitente era desconocido, pero la dirección de origen coincidía con la provincia donde sabía que su familia tenía esa casa.

Levantó la caja y la sacudió suavemente. No logró adivinar qué contenía. Finalmente, tomó un pequeño cúter de la mesa de Muenmai y cortó la cinta adhesiva que la cerraba.

Dentro había un cuaderno con una portada que mostraba un violín. Le resultaba familiar.

Una sensación le atravesó el pecho. No dudó en abrir ese diario.

Y en cuanto sus ojos se posaron en la primera página... no pudo negarlo:

Era su propia letra.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 2

ARPEGGIO

La dispersión de las notas de un acorde, tocadas una tras otra en lugar de todas al mismo tiempo.





“Mamá quería que aprendiera violín, para ser tan bueno como papá. Quizá deseaba volver a escuchar el sonido del violín de papá. Pero ni siquiera recuerdo cómo sonaba...”

La frase del diario golpeó directo en el corazón de Botpleng.

Sí.

Este diario era realmente suyo.

Botpleng contuvo la oleada de curiosidad que se agolpaba en sus manos y en su mirada. Aun así, su conciencia le recordaba que su amigo seguía esperando una respuesta frente a él.

—Es mi diario.

—¿Eh?

Muenmai frunció el ceño, incrédulo, pero solo por un instante. Luego, su instinto de periodista se activó de inmediato.

—¿Y por qué no lo tenías tú? ¿Cómo llegó aquí? ¿Quién lo envió? ¿Qué pasó?

—Tranquilo. Creo que es un diario de antes de que perdiera la memoria.

Muenmai dejó de disparar preguntas, aunque sus ojos seguían cargados de sospecha, esperando que su amigo continuara.

—No lo recuerdo, pero reconozco mi letra. Tal vez... esto sea una pista. Una forma de encontrar respuestas sobre mis recuerdos. Gracias... de verdad.

Botpleng se puso de pie, con esa nueva verdad entre las manos.

—¿Y no te da curiosidad saber quién lo envió?

El periodista en Muenmai no se rendía tan fácilmente.

—Debe haber sido alguien que cuida la casa. Lo encontré y lo mandó, supongo.

—¿Y por qué no lo envió a tu casa?



—Mi madre está enferma. Quizá no sabía a quién contactar.

—¿Y eso no te parece raro?

—Déjame leerlo primero. Si me surge alguna duda, tú serás el primero en saberlo.

Dicho eso, Botpleng se marchó sin dejar que ninguna otra palabra de Muenmai lo detuviera.

El joven jefe lo observó mientras saludaba a sus compañeros en la oficina. Era una escena habitual, familiar. Pero en lo más profundo de su corazón, algo le decía que una verdad estaba por revelarse... y que cambiaría la historia de su amigo para siempre.

La casa Thayadon estaba tan silenciosa y vacía como cada noche. Tan callada que incluso el leve sonido de los cubiertos de su abuela, cenando sola, llegaba hasta el rincón donde Botpleng se había refugiado para leer el diario recién recibido.

En la primera página se leía la fecha: 1 de noviembre de 2015.

La mirada emocionada de Botpleng se fue tornando serena, como si una fuerza invisible lo arrastrara hacia un estado de trance. Las palabras escritas con su propia letra parecían tener voz... la voz de su yo de 17 años.

He escuchado Canon in D muchas veces, pero nadie lo toca como él.

Dijo que se llamaba Tankhun. Nos conocimos en invierno.

Teníamos 17 años.

Tankhun. Ese nombre hizo que el corazón de Botpleng latiera con fuerza, como si acabara de recuperar algo que no sabía que había perdido. Y los recuerdos, antes difusos, comenzaron a tomar forma... como pequeñas nubes dispersas en el cielo de una vasta pradera.

El cielo de hoy era de un azul claro, pero el sol brillaba con un naranja intenso, tan fuerte que obligaba a entrecerrar los ojos. Una mano blanca y limpia se alzó para cubrir la luz y permitirle mirar.

Botpleng Thayadon, con su camisa azul de manga larga y jeans rectos, sencillo pero encantador, con un rostro de rasgos armoniosos.



¿Alguna vez has soñado lo mismo una y otra vez?

Botpleng dejó flotar esa pregunta en el aire, como si hablara con un amigo imaginario... o con un recuerdo que empezaba a despertar.

Porque ahora estaba de nuevo en aquel campo, en la misma colina. El gran árbol seguía allí, en la distancia. Pero algo había cambiado.

El anhelo, el apego, el retorno... comenzaban a suavizarse.

La emoción que brotaba en su rostro en ese instante era pura exaltación. El violín tocaba una melodía familiar... pero con un sonido desconocido.

Sí.

No era el Canon in D del violín de su padre.

Era un Canon in D tan hermoso que parecía interpretado con un violín hecho de madera de millones. El sonido flotaba en el aire, suave pero nítido, como si trazara un camino que Botpleng podía seguir con la mirada... aunque no pudiera verlo.

Y al seguir ese sonido, hasta encontrar la silueta de alguien, Botpleng comprendió la frase escrita en el diario:

“Lo conocí en el invierno más cálido.”

Botpleng caminó lentamente hacia la espalda del dueño de aquel sonido de violín.

Pero de pronto... el violín se detuvo.

Botpleng se quedó inmóvil, observando cada movimiento del hombre frente a él con atención.

¡Bang!

Un disparo resonó con arrogancia.

En un instante, la alegría y el amor que comenzaban a despertar en Botpleng se cortaron de raíz.



Una voz familiar lo llamó. No era la de su madre.

Era una voz real, no imaginada. Lo sacó de la confusión y lo obligó a abrir los ojos.

“Botpleng.”

Quien lo llamaba era su abuela, Khun Ying Kesara Thayadon, de pie junto a su cama, con la mirada baja, fría y despectiva. Normalmente, Botpleng detestaba esa expresión en su abuela. Pero esta vez, su voz fue como un regalo del cielo: lo despertó de una pesadilla aterradora.

—Sí, abuela —respondió el joven, parpadeando rápidamente para recuperar la conciencia.

—¿Otra pesadilla? —preguntó ella, mientras él se secaba el sudor sin saber cuándo había comenzado a brotar.

Se incorporó lentamente, intentando recuperar la conciencia. Una mezcla de incomodidad y culpa lo invadió al ver claramente que su abuela, quien no solía estar allí, estaba sentada junto a su cama.

Al mirar de reojo el reloj, vio que eran poco más de las cinco de la mañana. Entonces, comenzó a entender por qué ella estaba allí.

—¿La desperté yo, abuela?

La mirada de Khun Ying Kesara seguía siendo serena y fría, como siempre. No respondió la pregunta de su nieto, sino que, fiel a su estilo, dio una orden:

—Hoy no olvides ir al médico.

Botpleng la escuchó en silencio, como de costumbre. No respondió, pero ambos sabían que no habría objeción.

En el silencio del amanecer, la figura delgada de la anciana, vestida con un pijama de seda costosa, se alejó de la cama con pasos lentos y constantes. El sonido de sus pisadas suaves se desvaneció poco a poco, hasta desaparecer por completo de la percepción de Botpleng.



Él exhaló profundamente, liberando la tensión acumulada. Aunque todo volvía a la normalidad, el eco del disparo seguía resonando en su mente. Finalmente, decidió apartar la manta blanca y levantarse. Si no podía volver a dormir, lo único que podía hacer era comenzar el día más temprano.

Frente al gran espejo, se observó con atención. Abrochó los botones de su camisa uno por uno, lentamente, como si necesitara tiempo para pensar.

“Tankhun.”

Ese nombre apareció por primera vez en sus nuevos recuerdos, desde que recibió el diario que estaba seguro que era suyo. Pero lo que no sabía, lo que no entendía, lo que no sabía cómo enfrentar... era la visita al médico que debía hacer ese día.

Tankhun.

Un nombre que le resultaba familiar, cercano.

Un nombre que aparecía en muchas páginas del diario.

Un nombre que provocaba reacciones en sus recuerdos y sueños extraños.

Pero Tankhun nunca había sido mencionado por su madre ni por su abuela.

No solo el nombre. Nunca se había hablado de que él hubiera tenido un amor.

Botpleng empezó a preguntarse si su madre y su abuela le habían ocultado la existencia de Tankhun...

O si, en realidad, había sido él quien había ocultado a Tankhun de ellas... desde el principio.

Y eso lo llevó a preguntarse seriamente si debía contarle todo esto a su psiquiatra. Aunque no lo hiciera, ¿acaso el médico no lo sabría ya? Después de todo, ese psiquiatra lo había tratado desde que despertó tras el accidente. Era alguien que hablaba de todo con su madre y su abuela. A veces, Botpleng pensaba que ese médico... podría conocerlo mejor que él mismo.

El cartel de Hipnoterapia, discretamente ubicado en el segundo piso de una clínica privada, reafirmó la decisión de Botpleng antes de entrar a recibir tratamiento.



Sí... él estaba tratando su amnesia mediante hipnosis.

Botpleng recordó las razones que lo llevaron a someterse a un tratamiento continuo. Toda la historia se había construido a partir del relato de su madre, combinado con fragmentos de memoria e imaginación, dando forma a los recuerdos y a la identidad que lo definían hoy.

Y por supuesto, eso incluía los sueños.

Si los sueños son manifestaciones del subconsciente, los de Botpleng eran demasiado enigmáticos para ser comprendidos. Había perdido la memoria hacía diez años.

Sus recuerdos habían sido reconstruidos mediante terapias, tanto neurológicas como psicológicas. Y parecía que algunas imágenes difusas comenzaban a regresar.

Una vieja casa de madera... envuelta en llamas. El calor, el humo, la angustia. Su corazón latía con fuerza. Se sentía desesperado, atrapado. Pero una voz lo llamó, obligándolo a girar.

“Botpleng.”

Se volvió hacia la voz y vio a su madre: Keetakan, cuyo nombre significa “la canción amada”. Sintió que había encontrado una salida. Pero justo en ese momento, una fuerza lo golpeó en la cabeza, dejándolo inconsciente.

Despertó más tarde, sabiendo que una viga de la casa había caído sobre él, provocando el daño cerebral que le causó la amnesia. En teoría, sus recuerdos debían haber regresado con la recuperación física. Pero hasta hoy, diez años después, no recordaba nada de su vida a los 17 años. Solo tenía imágenes construidas por los relatos de su madre... y por las memorias imaginadas que había encontrado en el diario, convertidas en sueños extraños.

“Sueños recurrentes” —le había explicado el médico— pueden tener múltiples causas: estrés, traumas no resueltos, o incluso... podrían ser recuerdos reales que han sido olvidados.

El Dr. Ren era su médico desde hacía mucho tiempo, después del fallecimiento del primer especialista que lo atendió tras el accidente. Botpleng confiaba profundamente en él, lo consideraba casi un amigo de la familia. Pero esa confianza no era suficiente para contarle toda la verdad.

—¿Entonces qué debería hacer, doctor?



El Dr. Ren reflexionó un momento antes de responder.

—El cerebro humano es complejo. Pero una de las formas más efectivas de activar su funcionamiento... es encontrar juntos los estímulos adecuados.

La respuesta sonaba más a una pregunta. Y la verdadera pregunta llegó después, con una voz más suave, como si buscara que Botpleng se sintiera lo suficientemente tranquilo... como para comenzar a hablar.

—Podrías decirme, Botpleng, ¿qué estabas haciendo o qué viste antes de tener este sueño?

La expresión del doctor era suave, comprensiva. Quería que él respondiera.

Pero una voz profunda dentro de él le decía que respondiera solo en silencio.

Sí... hubo algo que despertó mis recuerdos.

Botpleng pensó en la frase que había leído en el diario.

La frase que lo había sacudido:

“Lo conocí cuando seguí el sonido del violín hasta aquel árbol.”

Se vio a sí mismo a los 17 años, vestido con ropa de buena calidad, cómoda en cada parte del cuerpo, y con unas zapatillas de moda.

Sus ojos brillaban, llenos de emoción y curiosidad, mientras exploraba una colina hermosa. Desde lejos, el Canon in D sonaba suavemente.

Siguió el sonido hasta que se detuvo al ver algo.

Tankhun.

Aquel joven tenía una espalda ancha, hombros rectos y elevados, como si su cuerpo estuviera hecho para sostener el violín que tocaba con pasión.



El sonido del violín de Tankhun hacía que los pasos de Botpleng flotaran, como si el suelo no existiera. Al acercarse, el crujido de sus zapatillas pareció anunciar su presencia.

Tankhun lo percibió.

Y Botpleng, que no apartaba la vista de aquella figura, decidió saludar primero.

—Eh... hola.

“Dijo que se llamaba Tankhun. Nos conocimos en el invierno, cuando teníamos 17 años.”

Tankhun no respondió de inmediato. Se quedó en silencio.

Y eso hizo que Botpleng se sintiera aún más emocionado, al verlo girar lentamente hacia él.

Pero de pronto... sus recuerdos se volvieron como una pantalla de televisión con interferencias.

El rostro que debería ser claro se volvió borroso.

Como si el universo le recordara que todo lo que veía... era solo imaginación.

Y sin embargo, esa imaginación continuaba, alimentada por las dulces palabras del diario.

Como el aroma cálido del pan recién hecho en la mañana.

“Ese invierno no fue tan frío.”

“Tankhun me hizo disfrutar del violín por primera vez... como si fuera la primera vez que conocía el amor.”

Las imágenes en su mente eran vívidas, aunque no pudiera ver el rostro de Tankhun.

Se veía recostado, medio sentado, sobre el cuerpo del joven que lo sostenía desde atrás.

Las manos de Tankhun envolvían las suyas, guiándolas sobre el violín.

El Canon in D sonaba más dulce de lo que jamás había imaginado.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Aunque Tankhun dejó de enseñarle, sus dedos se deslizaron suavemente por su cuello, Y Botpleng seguía escuchando la melodía... como si ahora fueran dos violines tocando al unísono.

Tankhun inclinó su cuello para que sus miradas se encontraran.

Botpleng sabía que lo que sentía por él era profundo.

No sabía si lo mostraba con la mirada, ni cuán evidente era.

Pero el rostro que no podía recordar... se acercaba cada vez más.

Tanto, que su corazón latía con fuerza.

Y aunque el diario continuaba describiendo lo que pasó... Botpleng no pudo imaginar más.

Las imágenes se desvanecieron, como los colores distorsionados de una pantalla rota.

—¿Y bien?

La voz del doctor lo sacó de su trance.

Se movió ligeramente, tal vez por el cansancio de esperar, o como señal de que había pasado mucho tiempo.

Botpleng volvió en sí.

Salió de sus recuerdos contruidos por el diario.

Y miró a la doctora que esperaba una respuesta.

—No... creo que es por el estrés. He estado trabajando en casos muy pesados últimamente. Supongo que por eso los sueños son tan confusos.

Su rostro y mirada se mantuvieron serenos.

Tal vez porque estaba acostumbrado a esconder sus recuerdos.

El Doctor Ren no pudo descifrar el cambio en sus ojos.



El asintió suavemente.

Pero en su interior, ya había decidido recetarle más somníferos.

Y dejó una última frase, como una advertencia amable:

—Si hay algo que te preocupa más de lo que me has contado, dímelo. Podemos enfrentarlo juntos. Tu madre estaría feliz de saberlo.

La mirada de Botpleng, que parecía sonreír, se volvió seria.

Las palabras sobre “su madre” lo golpearon en el corazón.

¿Hacía lo correcto al no contarle la verdad?

¿Estaba traicionando a la persona que más amaba?

La inquietud que llevaba en el corazón hizo que Botpleng fuera a ver a su madre en casa, para hacerle la pregunta que lo atormentaba. Se sentó junto a ella, tomó su mano, acarició su cabeza y apoyó su rostro como buscando calor.

Los recuerdos antiguos con su madre, después del incendio, comenzaron a surgir poco a poco.

Su madre le cocinaba macarrones sin verduras, casi alimentándolo cucharada por cucharada.

Le pasaba un paño cuando estaba enfermo.

Lo llevaba al médico, lo abrazaba, le besaba la frente, le acariciaba el cabello.

Lo inscribió en clases de violín.

Le enseñó a tocar el piano.

Le hacía el nudo de la corbata del uniforme universitario. Lo acompañaba a clase todos los días. Su madre lo amaba... de eso nunca había dudado. Pero justamente por eso, ahora dudaba de otras cosas.



—Mamá... ¿qué pasó entre Tankhun y yo? ¿Por qué nunca me hablaste de él?

Botpleng preguntó en voz baja, con lentitud y claridad, como si esperara que sus palabras llegaran a su madre, que seguía dormida profundamente.

—¿Y qué debería hacer ahora, mamá?

Tomó su mano y la apoyó en su mejilla, preguntando con palabras y con la mirada, como alguien que necesita desesperadamente a su madre. Pero por más que preguntara, Keetakan seguía respondiendo con el mismo silencio de siempre.

La respuesta, sin embargo, llegó en forma de una notificación de correo electrónico.

De: canoninmemajor@gmail.com

Remitente: Tankhun Rongsomphong

Era una respuesta al correo que Botpleng había enviado días atrás desde calimebotplang@gmail.com, donde decía: *“Hola, Tankhun. Perdón por desaparecer.”*

Y ahora, Tankhun le respondía:

“¿Has vuelto, Botpleng? ¿Podemos vernos?”

Botpleng leyó el mensaje y miró a su madre, como preguntándole si eso era lo que ella quería que hiciera.

La madre no respondió. Pero el deseo de salir del túnel oscuro en el que había estado por años lo impulsó a presionar Reply y escribir:

“Sí.”

—¡No!

La voz firme vino de Muenmai, su amigo y jefe.

Habló con dureza al enterarse de que Botpleng planeaba encontrarse con alguien que apenas recordaba, en una provincia lejana.



—**Ya es tarde** —respondió Botpleng, llevándose a la boca un bocado de pad mee Korat, sin mostrar si le gustaba o no, pero dejando claro que no pensaba explicar nada.

—**¿Estás loco? ¡Vas a ver a alguien que ni siquiera recuerdas!**

—**Pero reconozco mi propia letra.**

—**¿Y no te parece raro quién te lo envió?**

—**Tal vez fue Tankhun.**

Botpleng respondió con naturalidad, sin dudar. Y eso le dejó claro a Muenmai que su amigo ya había tomado una decisión. No podría hacerlo cambiar de opinión.

—**Entonces voy contigo.**

Muenmai lo dijo con voz firme, como quien también ha tomado una decisión. Llegó el fin de semana, el descanso habitual para los empleados.

Normalmente, Botpleng y Muenmai lo aprovechaban para hacer actividades como wakeboard, alfarería, karaoke... buscando algo que pudiera despertar los recuerdos de Botpleng. Pero más allá de la diversión, nunca habían encontrado nada... hasta hoy.

Muenmai conducía su vehículo todoterreno de lujo, siguiendo la ruta que Botpleng había marcado en el GPS.

A ambos lados del camino, el paisaje era extraño y nuevo... pero también familiar.

—**Me resulta conocido** —dijo Botpleng, que llevaba un rato mirando por la ventana.

Sus ojos oscuros, siempre brillantes, los que sus amigos —especialmente Muenmai— solían llamar “ojos de cervatillo”, hoy mostraban una confusión que sorprendía a su amigo.

—**Entonces vamos bien** —respondió Muenmai.

Pero Botpleng negó con la cabeza, pensativo, inseguro.

—**Este es el camino a tu casa de descanso, ¿no?**



Botpleng volvió a negar, como queriendo afirmar con fuerza lo que estaba a punto de decir.

—Este lugar me resulta más familiar que mi casa en Bangkok... pero mamá y la abuela nunca me dejaron venir.

Botpleng se volvió hacia Muenmai y explicó:

—Me han hecho tratar mi memoria durante años. Si venir aquí pudiera ayudarme a recordar, ¿por qué no me dejaron? Me hace pensar que... están ocultándome algo.

Muenmai lo escuchó y reflexionó.

—Entonces pregúntale a ese primer amor tuyo —dijo, mientras mantenía el pie en el acelerador, emocionado por la verdad que estaban por descubrir.

Botpleng no le dijo a nadie que volvería a la casa de descanso. Pensó que no sería difícil entrar: conocía su rostro, sabía que había personal de mantenimiento. Pero al llegar, descubrió que la casa estaba cerrada, sin cuidadores ni forma de contacto. Aun así, su memoria le indicó que la llave de repuesto estaba escondida bajo una maceta de margaritas, tan bien cuidadas que parecía que alguien las regaba con esmero.

Entraron fácilmente. Muenmai, que había insistido en acompañarlo, tuvo que retirarse para atender asuntos urgentes de trabajo. No era raro: como dueño, tenía muchas responsabilidades... y también muchas pasiones.

La casa era grande, con espacios bien distribuidos, aireada y acogedora. Muchas zonas estaban cubiertas con sábanas blancas, sin uso desde hacía años. Solo el cuarto del cuidador y algunas áreas comunes estaban limpias y listas para usarse. Aun así, la casa parecía viva para Botpleng. Le despertaba recuerdos... no solo imaginación.

Pasó frente al cuarto donde Muenmai trabajaba. Lo vio hablando por teléfono, visiblemente estresado. Decidió no interrumpirlo. Aún faltaba para el atardecer, cuando se encontraría con Tankhun.

La emoción lo llevó a salir a caminar por los alrededores. No sabía si la familiaridad lo calmaría o lo alteraría más.



El vecindario estaba decorado con esmero. Era una zona de casas de descanso, mantenida por una administración que cuidaba cada detalle, para atraer tanto a compradores como a inquilinos temporales.

Botpleng dejó que sus pasos fueran guiados por sus emociones. El lugar era sereno, pero él se sentía agitado, nostálgico, como si el Canon in D sonara en su mente sin cesar.

...

...

El Canon in D se desvaneció de golpe cuando escuchó pasos.

Botpleng salió del trance y miró a su alrededor.

El paisaje lo paralizó. No solo era familiar... era el mismo que había visto en sus sueños una y otra vez.

Hierba verde, áspera por el sol, crecía en parches. Desde la llanura que se elevaba en suaves colinas, él mismo se veía de pie, mirando hacia un gran árbol que extendía sus ramas y ofrecía sombra a toda la vegetación.

Sí... era el lugar de su imaginación.

Y esos pasos... eran de su primer amor.

Aunque sabía que aún no era la hora del encuentro, Botpleng pensó que, si Tankhun realmente quería verlo, no sería raro que llegara antes. Con esa idea, aceleró el paso.

Se acercó al gran árbol que antes solo veía a lo lejos. Pero los pasos desaparecieron. Solo quedaba una maleta grande, entreabierta, como si no pudiera cerrarse.

Miró alrededor, buscando a Tankhun. ¿Por qué había dejado esa maleta allí? No vio nada más. No escuchó nada más. Solo el viento.

—Tankhun... ¿estás por aquí?



Su voz rompió el silencio, esperando que Tankhun respondiera. Pero al no obtener respuesta, se acercó más a la maleta.

¿Era un juego? ¿Una búsqueda? Pero al acercarse, su instinto de periodista le gritó que lo que había dentro... era un cuerpo. Sí. Dentro de la maleta había un cadáver.

Botpleng se detuvo, retrocedió para tomar distancia, intentando recuperar la calma. Pero el shock lo dejó aturdido, sin darse cuenta de que estaba retrocediendo... hasta chocar con algo.

—¡Eh!

Su instinto lo hizo apartarse rápidamente y girar para enfrentar lo que fuera. Y entonces lo vio.

El rostro del hombre frente a él rompía toda familiaridad. Pero lo que dijo... lo dejó sin aliento.

—Soy Tankhun... tu amor.

Botpleng lo miró. Era un joven atractivo, con una mirada serena y fría. A pesar de estar frente a su amor perdido por diez años... y un cadáver... El miedo lo invadió. Apretó con fuerza la mochila que llevaba, tenso, nervioso.

—Te he esperado mucho tiempo.

Tankhun dio un paso hacia él. Botpleng retrocedió... acercándose aún más al cadáver. Su corazón latía con fuerza, entre la emoción y el terror. Y en su mente, solo una idea:

¿Acaso él... está por convertirse en el segundo cadáver?





CAPÍTULO 3

TIME SIGNATURE

Los números apilados al inicio de una partitura marcan el compás de cada compás musical.



En la mente de Botpleng, los pensamientos se agolpaban al mismo tiempo.

¿Debía luchar o huir?

Aunque no recordaba cada rincón de aquel lugar, la familiaridad en su subconsciente le daba una corazonada: tal vez podría escapar. Pero los ojos del joven que decía llamarse Tankhun —su supuesto amor— lo observaban sin parpadear.

La calma en esa mirada lo paralizaba. No se atrevía a avanzar. Solo retrocedía, aferrado a la correa de su bolso cruzado, como si eso pudiera darle fuerza.

—¿Eres un asesino?

Fue breve... pero se atrevió.

Los ojos fríos, encantadores y escalofriantes de Tankhun no cambiaron ni un ápice. No reaccionó ante la acusación, como si no lo fuera. Y siguió avanzando.

Botpleng intentó reunir fuerzas para escapar. Pero entonces, el sonido lejano de una sirena policial le dio esperanza.

—Entrégate. No vas a escapar.

Lo dijo con firmeza, fingiendo seguridad, ocultando su miedo.

—No soy un asesino.



Tankhun respondió con voz serena, sin alterar el ritmo. Pero Botpleng ya lo había condenado en su mente. Porque los asesinos... siempre lo niegan.

—Fui yo quien llamé a la policía.

Tankhun explicó la situación mientras se detenía, dejando espacio entre ellos y el cadáver.

La amenaza se disipó.

El joven de traje informal, atractivo y elegante, no se volvió violento. Solo mostró una expresión de fastidio y soltó un suspiro que lo confirmaba.

El instinto de supervivencia desapareció.

El instinto periodístico volvió.

Botpleng recuperó la calma. La sirena, cada vez más cercana, confirmaba que Tankhun decía la verdad. Soltó la correa del bolso y se apartó, evitando quedar entre el supuesto asesino y el cadáver en la maleta. Cuando llegaron los policías, Tankhun se mostró tan ágil y convincente que Botpleng no tuvo que explicar nada. Se quedó detrás de él, dejando que hablara por ambos.

Y eso lo tranquilizó. Observó todo con atención, consciente de que había sido el primero en encontrar el cuerpo.

Vio cómo se delimitaba la escena.

Los agentes se ubicaban en distintos puntos: algunos bloqueaban el acceso a los pocos periodistas locales que ya habían llegado, otros recolectaban pruebas. El sonido de las cámaras policiales capturando el cadáver, se repetía.

Luego apareció una oficial de uniforme impecable. Botpleng la reconoció: debía ser teniente o capitana. Caminó entre los agentes hasta llegar a otra mujer, sin uniforme, pero con una credencial policial colgada al cuello.

Su presencia imponía. Botpleng no pudo evitar mirarla.

—Comisaria.



La oficial de uniforme saludó a la mujer con autoridad.

Botpleng había acertado: era una comisaría.

—¿Qué ocurre, teniente Nim?

—La víctima era el cuidador de la casa de la familia Thayadon. La casa de Botpleng, donde se encontró el cadáver.

Botpleng, que estaba cerca, escuchó cada palabra.

Recordó los árboles, las flores, la limpieza... todo lo que había admirado horas antes.

Nunca imaginó que conocería al cuidador... como cadáver.

—Bien. No hará falta investigar demasiado.

La comisaria giró hacia Botpleng, con una mirada que parecía tener un propósito oculto.

Botpleng sintió un escalofrío. Y entonces, una mano se posó sobre su hombro. La siguió con la mirada... y vio a Tankhun.

Ahora lo entendía: Tankhun no solo decía ser su amor.

Lo estaba demostrando.

A pesar de haber visto el cadáver, Botpleng no pudo evitar estremecerse ante las fotos de los restos. La comisaria, ahora sabía que se llamaba Daragorn Decha-anek, colocó las imágenes frente a él.

—La víctima fue estrangulada con un nudo garrote.

Daragorn señaló una foto donde se veía claramente la cabeza y el cuello con marcas evidentes. Botpleng se apartó, sorprendido.

La comisaria lo observaba con atención.

Él intentó mantener la compostura, tomando como modelo la serenidad de Tankhun, a quien apenas había vuelto a ver unas horas antes.



—¿Conocía usted a la víctima?

—No personalmente, pero sabía que mi abuela había contratado a alguien para cuidar la casa.

Botpleng apenas acababa de enterarse de que el fallecido era el cuidador contratado por su abuela. Esa parte la completó en su mente, sin atreverse a decir más. Sentía la saliva espesa en la boca, como si cada palabra que dijera frente a esa mirada inquisitiva fuera una carga.

La comisaria Daragorn no ocultaba su mirada de sospecha.

El joven de rostro dulce y mirada preocupada no mostraba señales evidentes de culpabilidad... salvo por cierta información que ella tenía.

—Pero él te envió algo.

Se refería al paquete que el cuidador había enviado a la oficina de Botpleng, su lugar de trabajo.

—Hace una semana, un joven extranjero sin amigos ni vínculos sociales envió un paquete a Botpleng Thayadon... alguien que ni siquiera lo conocía. ¿Qué te envió?

Botpleng frunció el ceño. No necesitó pensar mucho para saber que se trataba del diario. Ese diario que había estado presente en su memoria todo el tiempo.

—Es mi diario. Pero acabo de enterarme por usted que fue él quien me lo envió.

Su expresión cambió. La confusión y la tristeza lo invadieron.

Tristeza por la muerte de alguien con quien tenía un vínculo tenue. Tristeza por perder una posible vía hacia la verdad.

—¿Cómo te sentiste al recibir el diario?

—¿Perdón?

La comisaria insistió. Pero esta vez, Botpleng sintió que la dificultad no venía de la presión... sino de no saber a dónde lo llevaría esa pregunta.



Su silencio hizo que Daragorn sintiera que estaba en el camino correcto. Y lanzó otra pregunta:

—¿Feliz? ¿Triste? ¿Presionado? ¿Chantajeado?

Botpleng cambió de expresión. Ya podía intuir qué buscaba la policía.

—¿Está usted sospechando de mí?

La comisaria se echó hacia atrás, dándole espacio para respirar. Pero su siguiente frase no fue menos dura.

—Solo estoy considerando posibilidades. La víctima te envió algo. Y una semana después, tú eres quien encuentra su cadáver. ¿No es demasiada coincidencia?

—Yo vine aquí porque alguien me citó. ¿Cómo podría obligarlo a citarme en este lugar?

—¿Quién te citó?

—...Mi amor... mi primer amor. Tankhun.

La comisaria escuchó. Su mirada cambió. No parecía sorprendida, pero sí interesada. Se inclinó hacia él.

—¿Tankhun es tu pareja?

Y en ese instante, todos los sueños, las imágenes, las fantasías que lo habían acompañado durante diez años volvieron como una avalancha.

Los Recurring Dreams, como decía el doctor Ren.

Las historias que su madre y abuela contaban... y las que nunca contaron.

La figura que había construido a partir del diario, sin rostro... hasta conocer a alguien que decía ser su amor, pero cuyo rostro no le resultaba familiar.

Todo se agolpó en su mente.

Su mirada se volvió confusa, vacía.



Solo pudo responder con la única verdad que tenía:

—No lo sé. No... lo recuerdo.

La comisaria se quedó en silencio. Sabía que no podía obtener más respuestas de él. Solo quedaba escuchar al otro implicado:

Tankhun Rongsomphong.

El joven alto, de cuerpo esbelto y rostro perfectamente delineado, observaba a Botpleng siendo interrogado. Su mirada, siempre serena, se suavizó.

Podía sentir la presión y la confusión del hombre frente a él.

—Lenguaje corporal normal. Abierto. No oculta nada. Hay algo de preocupación, pero dentro de lo esperable.

Daragorn se volvió hacia su colega, el más cercano de sus compañeros de formación en criminología en Inglaterra.

—¿Estás diciendo que no miente... for sure?

La pregunta seria se suavizó con el uso del inglés, transformando el interrogatorio en una conversación entre amigos.

—Cien por ciento. Lo dice el mejor lector de lenguaje corporal del departamento.

Tankhun habló con seguridad, luego bebió café con una actitud relajada, sin mostrar preocupación ni la más mínima duda.

La comisaria Daragorn —o Dao, como la llamaban— observó su lenguaje corporal.

—Incluyéndome. Yo tampoco estoy mintiendo.

Dao arqueó una ceja y sonrió levemente al ver que su amigo la había leído bien.

—¿Lo sabías?

—Tú estás leyendo mi lenguaje corporal.



—Pongamos a prueba tus habilidades... Botpleng no te recuerda, pero tú sí lo recuerdas. Tal vez quieras protegerlo por razones personales.

Tankhun mantuvo su actitud tranquila ante la insinuación provocadora de su amiga, y explicó con firmeza su razonamiento:

—Puede que tenga mis motivos para hacerlo. Pero Botpleng... ¿qué razón tendría él para matar a ese hombre? Si quieres seguir investigando, hazlo. Pero no puedes retenerlo más. No hace falta que intervenga su familia. Solo yo... yo no lo permitiré.

Tankhun se enfrentó a la comisaria sin apartar la mirada. Y sin necesidad de leer más lenguaje corporal, Dao comprendió que todo era como lo había interpretado desde el principio: Tankhun quería proteger a Botpleng.

Lo que aún no estaba claro era si lo protegía solo en esta situación... o si lo guiaba hacia algo más.

Como amiga, ella lo sabía bien: El estatus de “pareja” que Tankhun usaba con Botpleng... no era algo en lo que se pudiera confiar fácilmente.

En otra parte de la comisaría...

Botpleng escribía en su teléfono móvil con concentración.

“Desmembramiento” —un tipo de asesinato y ocultamiento del cuerpo que no requiere emociones, pero sí sangre fría y conocimiento.

La doctora Helina Häkkänen-Nyholm, psicóloga forense y excriminóloga de la policía finlandesa, profesora asociada en la Universidad del Este de Finlandia y en la Universidad de Helsinki, había explicado en una entrevista que los asesinos que desmembran cuerpos lo hacen porque carecen de culpa y empatía desde el principio.

Botpleng meditaba sobre la siguiente frase que iba a escribir, sin notar el movimiento a su alrededor.

Alguien se acercaba a él con determinación.



Era su mejor amigo, el que había viajado con él a esta provincia.

Muenmai recorría la comisaría con la mirada, buscando a Botpleng. Y en un instante, lo encontró.

Allí estaba, sentado, con su rostro dulce intacto, sin rastros de sudor ni desorden, como si no hubiera pasado por una situación aterradora.

Sus ojos grandes y brillantes estaban fijos en el teléfono, sus dedos tecleaban con rapidez.

Era... Irritantemente adorable. Digno de ser sacudido. Y encantador.

Muenmai suspiró. Por más preocupado que estuviera, ver que su amigo estaba bien lo tranquilizó.

Redujo el ritmo de su paso. Como si buscara a un gato, pensó.

Si se apresuraba, solo lo asustaría.

Y si lo asustaba... Botpleng podría girarse y regañarlo.

Y como si lo conociera de memoria —porque lo conocía—, ocurrió justo lo que esperaba.

Botpleng giró el rostro por casualidad, lo vio... y lo recibió con calma.

—¡Muen!

Lo llamó con alegría.

Y eso le hizo sentir bien: saber que su amigo pensaba en él con afecto, incluso en medio del caos.

—¿Cómo estás?

Si Botpleng se hubiera fijado un poco más, habría notado que la voz de Muenmai era suave, contenida, llena de preocupación... aunque él intentaba ocultarla lo mejor posible.

—Estoy bien. Ya tengo un nuevo tema para la noticia. Estoy escribiendo la introducción. Luego te la paso.



El rostro del joven jefe se inclinó levemente, entre resignación y ternura.

Le daban ganas de despeinar esa cabeza de cabello suave.

—¿En serio estás pensando en el trabajo en este momento?

—Soy generación C, pero tengo genes de la generación Y.

El jefe, que era amigo... pero pensaba más allá de la amistad, suspiró y se sentó junto a él.

—Y lo que te pedí... ¿pudiste hablar con mi abuela?

Botpleng se refería al momento en que llamó a Muenmai para avisarle que debía ir a la comisaría. No le pidió que fuera de inmediato, solo que intentara hablar con la policía para evitar que la noticia llegara a oídos de su abuela. Sabía bien que su abuela tenía poder... y que ese poder se transmitía a través del apellido que compartía con su madre.

Temía que su implicación en una investigación criminal hiciera que ese apellido llevara la noticia hasta su abuela. Y eso significaría que su secreto —el de buscar sus recuerdos desobedeciendo las órdenes de su madre y su abuela— se filtraría. Con un asesinato de por medio, temía que le prohibieran terminantemente involucrarse. Y él aún no sabía si todo esto era una coincidencia... o si alguien lo había planeado.

Si alguien lo había planeado, era aterrador. Le recorría un escalofrío solo de pensarlo.

—De este lado tampoco quieren que tu abuela se entere —dijo Muenmai.

—Gracias. Tener un amigo como tú... es un lujo.

La palabra “amigo” apenas había salido de los labios de Botpleng cuando Muenmai recordó algo que había escuchado y que debía contarle.

—Al principio no querían interrogarte. Pero la oficial a cargo del caso no lo permitió.

Botpleng pensó de inmediato en la comisaria: esa mujer elegante, firme, que parecía incorruptible. No le sorprendía que insistiera. Aunque algunas de sus actitudes lo incomodaban, no podía enojarse con ella.



—Lo que sea... con tal de que mi abuela no se entere.

—Increíble. En vez de preocuparte por el caso, te preocupa que tu abuela se entere. En serio, si se enterara, ya estarías de vuelta en casa.

—Si se entera, no me dejará volver aquí. Y además, que me interroguen lo que quieran. Estoy tranquilo. No hice nada malo. Y de paso... ya tengo material para una nota.

Botpleng le mostró el artículo que estaba escribiendo en su teléfono. Pero Muenmai lo apartó con suavidad. No le interesaba el trabajo. Le importaba él.

—¿Y falta mucho para que podamos irnos?

Antes de que Botpleng pudiera responder, la teniente Nim, joven, amable y de rostro dulce, apareció como si hubiera escuchado la conversación.

—Ya puede irse, señor Botpleng.

Él se detuvo un momento, con una duda aún en el pecho.

—¿Y... Tankhun?

Nim no alcanzó a responder. En ese instante, ambos vieron a Tankhun acercarse al dispensador de agua. Botpleng lo observó sin apartar la vista. Muenmai, notándolo, intentó distraerlo.

—Mi abogado quiere que revise unos documentos antes del juicio de mañana. Vámonos.

Se levantó, tocándole el hombro como señal para que lo siguiera. Pero Botpleng no lo miró siquiera.

—Vete tú. Yo me quedo.

Se levantó, sí... pero para caminar hacia Tankhun.

Muenmai lo siguió con la mirada. Justo entonces, recibió una llamada importante. No tuvo más opción que alejarse.

Botpleng se paró junto a Tankhun, que bebía agua con calma.



—No pareces alguien que acaba de ser interrogado.

Tankhun dejó el vaso y respondió con naturalidad, como si hubiera anticipado su llegada.

—No eres sospechoso. No hay arma, ni testigos que te vinculen. Por ahora, todo parece una coincidencia.

Botpleng lo miró con desconfianza.

—¿Y tú? ¿Quién eres realmente?

—Soy criminólogo. Trabajo en el área de análisis de conducta criminal.

—¿Trabajas con la policía local?

Tankhun negó con la cabeza y explicó:

—Conozco a la comisaria Dao desde que estudiamos juntos en Inglaterra.

—¿Y por conocerla no te interrogaron?

Botpleng no lo dijo con tono acusador. Sabía que Dao no era de las que se dejaban influenciar por relaciones personales.

—Por eso fui el primero en ser interrogado. Y soy el único testigo que puede confirmar que viniste aquí porque yo te cité.

Botpleng lo miró en silencio. Tankhun continuó:

—Y además...

Se acercó, lo miró a los ojos, se inclinó y le susurró al oído:

—Aunque tú no me recuerdes... yo sí recuerdo quién fue tu primer amor.

Se apartó, pero no desvió la mirada. Botpleng tampoco.

En ese instante, una voz resonó en su mente como un eco:



“El primer amor de Botpleng...”

“El primer amor de Botpleng...”

El eco le provocó un dolor punzante en la cabeza. Todo se volvió borroso. Perdió el equilibrio.

Tankhun, que no le quitaba los ojos de encima, lo sostuvo justo a tiempo.

—¿Estás bien?

El dolor era tan intenso que Botpleng no pudo responder. Ni una sola palabra.

<<<<>>>>

CAPÍTULO 4

ACCENT / ACENTO

Es el símbolo que indica que una nota debe tocarse con más intensidad que las demás del compás.



Durante los diez años en que perdió la memoria, Botpleng enfrentó muchas alteraciones físicas y mentales. Lo que comenzó como miedo se volvió costumbre, y esa costumbre se transformó en normalidad gracias a su capacidad para lidiar con los síntomas.

El dolor punzante de cabeza, las imágenes que se agolpaban sin forma ni color, eran parte de esa anomalía. Le habían enseñado a respirar profundo y pensar en sonidos que lo guiaran hacia la calma.

La voz de su madre, con su tono cálido y frases llenas de ternura, nunca se borró. Ni siquiera se desvaneció con el tiempo.

“Botpleng... hijo mío.”

Ese tono seguía siendo su ancla, aunque no lo escuchara en realidad desde hacía años.



—Tienes que ir al médico.

La voz de Tankhun irrumpió, más fuerte que la de su madre. Era real, actual, no extraída de la memoria.

Tankhun notó que Botpleng mejoraba tras sentarlo en una silla. Pero la mejora venía acompañada de una desconexión del presente. Por eso dijo aquella frase, para traerlo de vuelta. Y funcionó: Botpleng relajó el ceño y abrió los ojos para mirarlo.

—No hace falta. Estoy bien.

Pero su respuesta no transmitía confianza. Sus ojos, que antes estaban llenos de preguntas, ahora estaban vacíos. Tankhun lo notó.

—No ignores tus síntomas. Ni siquiera los pequeños.

—Estoy bien, de verdad. Me pasa seguido... es migraña.

No lo era.

Tankhun, experto en criminología y lenguaje corporal, lo sabía. Pero contradecirlo en ese momento solo levantaría barreras. Y él quería acercarse, no alejarse.

En lugar de discutir, Tankhun colocó el dorso de su mano en la frente de Botpleng, luego bajó por su mejilla, su barbilla, su cuello... Y entonces lo vio.

Ese gesto torpe, esa incomodidad... Botpleng estaba nervioso.

El nerviosismo lo hizo apartar la mano de Tankhun y levantarse, buscando escapar de la situación.

—Tengo que irme. Podemos vernos otro día.

Tankhun lo miró levantarse, sintiendo que el momento de conexión se le escapaba.

—No soy tu testigo para que vuelvas a Bangkok. Te he esperado diez años, Botpleng.

Su voz era grave, su mirada intensa. Su rostro, perfecto como esculpido, se mantenía sereno.



Botpleng no sabía cómo reaccionaba ante esas palabras. Pero en su interior... quería tomar ese rostro entre sus manos y consolarlo. No recordaba a Tankhun en su pasado. Pero en el presente... ¿quién podría resistirse a él?

El paño blanco que cubría los muebles fue retirado, revelando un sofá elegante. Botpleng reaccionó al cambio como siempre: estornudó. El polvo se dispersó.

—Y yo que pensaba que el cuidador limpiaba bien...

Como si fuera una broma macabra, un perro aulló afuera. Botpleng se sobresaltó.

Tankhun sonrió, divertido.

—Acaba de morir. No va a volver a buscarte todavía.

Botpleng lo miró, esperando consuelo. Pero al ver su expresión contenida, entendió que no lo decía en serio.

Tankhun volvió a cubrir el sofá con el paño, sin acercarse más, temiendo que el polvo afectara a Botpleng.

—Con este polvo no puedes estar aquí. Mejor ven a mi casa.

—Tengo amnesia, no soy tonto. No me vas a engañar.

La respuesta defensiva hizo que Tankhun no pudiera contener la risa.

—¿Y qué podría hacerte yo? Si quisiera hacer algo, lo haría aquí mismo. ¿Para qué ir a otro lugar? Nuestras casas están cerca.

Aquí mismo.

Tankhun no dijo qué haría. Pero la imaginación de Botpleng se disparó.

Horas antes, su mente lo protegía del peligro.

Ahora... lo hacía sonrojar.

Pero no iba a rendirse.



No cuando el objetivo que buscaba estaba en manos de alguien que decía ser su amor.

No iba a retroceder ni terminar ese día tan esperado sin luchar.

—¿Qué tan cerca es “no muy lejos”?

Botpleng preguntó, pero la mirada que recibió parecía insinuar otra cosa: “No está lejos... ¿quieres venir?”

Por supuesto, Tankhun, experto en lenguaje corporal y autoproclamado primer amor de Botpleng, supo interpretar la pregunta.

—¿Quieres recordar?

La mente de Botpleng procesó rápido. Tankhun sabía que él tenía amnesia. Podía manipularlo si quisiera. Pero para Botpleng, en ese momento...

—¿Puedes ayudarme a recordar... por favor?

Nada era más importante que recuperar su memoria perdida.

La casa de Tankhun no estaba lejos, pero su diseño era completamente distinto. Botpleng ni siquiera sabía si era su residencia principal o una casa de descanso. Era una casa tropical de una sola planta, con un pabellón principal amplio y aireado, y otro lateral separado. Grandes paneles de vidrio dispersaban la luz, haciendo que el espacio se sintiera aún más abierto. Afuera, un jardín de arbustos bien cuidados transmitía una serenidad similar a la mirada del joven dueño.

Al seguir a Tankhun dentro, Botpleng notó que la decoración interior era sencilla, elegante, sin objetos pequeños ni detalles recargados como los que había en su propia casa.

Tankhun lo observaba sin apartar la vista mientras él recorría cada rincón.

—¿Te resulta familiar?

La pregunta, cargada de esperanza, hizo que Botpleng se volviera hacia él.

—¿He estado aquí antes?

Tankhun negó con la cabeza.



—¿Me estás poniendo a prueba?

Botpleng no ocultó su decepción. No por la prueba, sino porque había esperado que ese lugar despertara más recuerdos.

—¿Qué tendría que probar?

—Tal vez piensas que estoy fingiendo mi amnesia.

—Si quisieras fingir, no habrías aceptado verme. No estarías aquí...

Tankhun, ya libre del polvo que había limpiado de sus manos, se acercó a Botpleng.

—Si estuvieras fingiendo, no estarías aquí.

Su mirada tenía un brillo de fascinación. Botpleng sintió un calor repentino. Retrocedió, giró y se dejó caer en el sofá.

El sofá era tan cómodo como parecía. No había rastro de polvo que le molestara.

Tankhun seguía mirándolo. Botpleng, incómodo por la tensión, cambió de tema abruptamente.

—Hoy sí que ha sido un día de mil eventos. Increíble.

Tankhun, el joven de rostro perfecto, se dejó llevar por el cambio de tema. Se sentó en el otro extremo del sofá, dejando espacio entre ellos.

—¿Crees que todo esto es una coincidencia?

—Tal vez... Desde que trabajo como periodista, ¿sabes qué? La vida real es más casual que cualquier novela.

Botpleng sonrió al decirlo. Pero al ver la expresión de sorpresa en Tankhun, se detuvo. Lo miró, esperando una explicación.

—¿El joven Botpleng dijo “maldita sea”?

Botpleng se quedó helado.



¿Así que el Botpleng que Tankhun conocía... no decía “maldita sea”?

<<<<>>>>

CAPÍTULO 5 MARCATO ACCENT

Es un tipo de acento que da más fuerza a la nota que el acento común.



—¿Normalmente no digo “maldita sea”?

—Nunca has dicho ninguna grosería.

Botpleng se quedó en silencio. ¿Hace diez años... era tan educado?

—Han pasado diez años. Todo cambia. Y tengo amnesia. No recuerdo cómo era antes.

—¿Una persona puede olvidarse de sí misma?

La pregunta de Tankhun parecía más dirigida a sí mismo que a Botpleng.

—Tú mismo dijiste que no dudabas de mi amnesia.

Esta vez, Botpleng se dio cuenta de que estaba decepcionado... por Tankhun. Y Tankhun lo notó. Se acercó y se disculpó con sinceridad.

—Lo siento.

Su mano grande tocó suavemente el rostro de Botpleng, como quien pide perdón de verdad.

—Solo quiero recuperar al Botpleng que era mío.

Sin pedir nada a cambio Botpleng sintió cómo su corazón latía con fuerza.



—¿Puedes tocar Canon in D para mí?

Tankhun aún tenía la mano sobre su rostro. Pero su mirada triste se transformó en una sonrisa cuando Botpleng asintió.

Fa# Mi Re Do# Si La Si Do#...

Las notas de Canon in D eran las mismas.

Pero para Botpleng, el sonido era distinto.

Más firme, más claro.

Como si su mente, siempre flotando, encontrara por fin un ancla.

Quería seguir escuchando. Pero Tankhun interpretó su postura en la cama como señal de cansancio... y detuvo la música. Tankhun, con pijama igual al de Botpleng, se sentó a su lado con el violín. Al estar juntos, Botpleng notó que su cuerpo parecía más pequeño de lo que pensaba.

¿Era él más pequeño... o Tankhun más grande?

—¿Sabes? Nunca olvidé la primera vez que nos tocamos. Cuando te enseñé a tocar el violín.

Tankhun le entregó el instrumento.

Botpleng lo tomó, y Tankhun se colocó detrás de él, como en las imágenes que Botpleng había visto en su imaginación... como en las escenas del diario.

Sus manos siguieron las cuerdas. Pero su rostro mostraba algo más que confusión.

Tristeza.

—No lo recuerdo...

Tankhun lo consoló, guiando sus brazos, colocando sus manos en la posición correcta. Y le susurró al oído:

—Relájate. No tengas miedo. Nunca te haría daño.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Botpleng dejó que Tankhun guiara sus manos.

Y la música volvió.

Canon in D sonaba otra vez, como si el recuerdo se reactivara.

Botpleng cerró los ojos.

Se dejó llevar.

Y volvió al diario.

“Lo conocí cuando seguí el sonido del violín hasta aquel árbol.”

Había escuchado Canon in D muchas veces. Pero nadie lo tocaba como él.

“Dijo que se llamaba Tankhun. Nos conocimos en invierno.”

Tenía 17 años. Botpleng, ahora con 27, veía el cielo azul claro. El sol teñía el horizonte de naranja profundo. Se veía a sí mismo, con camisa azul y pantalones rectos. Nunca decía groserías.

Se acercaba al joven que tocaba el violín bajo el árbol. Y esta vez, cuando el Botpleng de 17 años saludó con un “hola”, el violín se detuvo.

El joven se giró.

Era el mismo rostro que el Botpleng de 27 años veía ahora. Piel clara, cejas marcadas, ojos rasgados... Y una sonrisa que iluminaba su rostro.

El sentimiento de “enamorarse” que tuvo a los 17... Volvió a su corazón de 27 años, más claro que cualquier recuerdo.

El rostro de Tankhun lo guiaba hacia una memoria sin fin.

Ahora estaban en una tienda blanca. Tankhun enseñaba a Botpleng a tocar el violín, sentado detrás de él. El rostro de Tankhun era el mismo. Y el Botpleng de 17 años lo miraba con ojos llenos de amor y fantasía. Tal vez... era el amor y la fantasía del Botpleng actual al ver ese rostro. Tal vez... era una memoria imaginada que nunca vio en realidad.



“Tankhun me hizo disfrutar del violín por primera vez... como cuando conocí el amor por primera vez.”

En esa imagen del diario, Botpleng veía su rostro joven, inocente, acercarse al de Tankhun. Sus labios se tocaron. Primero con timidez, luego con más intensidad. Como quien no sabe cómo hacerlo... Y se detiene, atrapado entre el deseo y la vergüenza.

La imaginación se volvió más fuerte que la memoria. Más fuerte que la realidad.

O quizás... todo esto era solo una fantasía, una obsesión amorosa que él mismo proyectaba al ver ese rostro. Una imagen que transformaba en recuerdo, aunque sabía que jamás la había visto en la realidad.

Tankhun me hizo disfrutar del violín por primera vez... como cuando conocí el amor por primera vez.

En esa escena imaginada del diario, Botpleng veía su rostro joven, inocente, acercarse al rostro del maestro de violín. Sus labios se posaban sobre los labios finos del joven de rostro oriental, perfectamente delineado.

El contacto era torpe, alternando suavidad e intensidad, como alguien que no sabía cómo hacerlo. Y entonces se detenía, sin saber cómo continuar.

La sensación de deseo se apoderaba de él, y la imaginación —más atrevida que la timidez— tomaba el control. Pero el dueño de esos labios no se detenía.

La forma en que entreabría la boca le decía a Botpleng que aquello iba a ir mucho más lejos. El contacto se volvió más profundo, más intenso.

Una búsqueda de dulzura que encendía su estómago con una mezcla de ansiedad y deseo.

El Botpleng de 17 años abrió los ojos. El joven que lo besaba con hambre ya no era un adolescente. Era un hombre cercano a los 30, de cuerpo firme, con los botones de la camisa desabrochados... ¿por quién?

Botpleng, ahora con 27 años, se sentía abrumado por el calor que recorría su cuerpo.



No recordaba si él mismo había desabrochado la camisa... o si solo había separado los pliegues para tocar ese pecho firme.

El violín había sido dejado sobre la mesa junto a la cama. El tacto del violín, duro y plano, no se comparaba con el tacto del pecho que ahora exploraba.

Botpleng no pudo evitar deslizar la mano bajo los botones, Tankhun tampoco pudo evitar acercarse a esos labios suaves, tentadores.

Ya sabía lo dulces que eran y no era extraño que quisiera besarlos una y otra vez... si esas manos suaves no lo hubieran detenido.

—No lo recuerdo de verdad...

Botpleng estaba confundido, triste.

Pero por más que el deseo lo arrastrara, sabía distinguir entre memoria y fantasía, Sabía que lo que sentía... seguía siendo una imaginación. Aunque añoraba ese sabor, como una abeja que por fin probaba el néctar que había soñado...

Tankhun no lo forzó.

—No importa —dijo con voz suave, queriendo consolarlo.

La mano que antes lo había acercado, ahora lo soltaba. Dejaba que Botpleng se sostuviera por sí mismo. Pero sus ojos no se apartaban de los de él. Tankhun bajó la mirada. No quería ver esos labios entreabiertos, ni esa camisa con botones sueltos. Temía que el deseo instintivo rompiera su promesa de respeto.

—Pero...

Esa palabra de Botpleng encendió una chispa de esperanza. Tankhun levantó la mirada y vio en sus ojos una mezcla de confusión... y dulzura.

—Pero quiero recordarte.

La mano blanca, delicada, de Botpleng se alzó para acariciar el rostro de Tankhun. Temblaba ligeramente, Como quien lucha contra muchas emociones.

Temor.

Deseo.

Curiosidad.

Amor.

Más allá de lo que Tankhun pudiera leer en su cuerpo, Botpleng sabía que lo que lo impulsaba... era aquella frase del diario: "Navidad de 2015. La canción Merry Christmas sonaba en el centro del vecindario. Cada melodía le era familiar. Pero en ese momento... me sentí como una canción real, cuando estaba en sus brazos."

¿Una canción real?

Botpleng, con 27 años, se preguntaba:

¿Qué significa ser una canción real? ¿Qué tipo de persona, qué tipo de emoción, puede decir que eso... es ser él mismo?

Él es la última nota que me convierte en canción.

Eso había escrito en su diario hace diez años Y si Tankhun era esa nota... ¿cómo iba a dejar que esa noche pasara sin que esa nota lo completara?

Botpleng deslizó su mano del rostro de Tankhun hacia su cuello, luego al pecho, La palma se posó sobre el lado izquierdo, sintiendo el latido acelerado, Con la otra mano, comenzó a desabotonar la camisa lentamente, Cada botón que caía, la otra mano descendía... hasta el borde del pantalón. El calor se extendía por todo su cuerpo.

No se atrevía a quitar ese pantalón fácil de quitar. Solo deslizó la mano por dentro, explorando.

Del pecho firme pasó a una textura distinta. Su mano alternaba fuerza y suavidad, luchando contra la timidez.

A pesar de tener 27 años, Botpleng sabía que era inexperto.

Nunca había estado con nadie.





Pero sabía lo que significaba “completar”, Y mientras exploraba, olvidó mirar el rostro del hombre que tenía frente a él.

Tankhun, siempre sereno, no sabía cómo reaccionar. Botpleng lo exploraba como un aventurero que encuentra un mapa por primera vez.

El deseo se encendía lentamente... pero con fuerza y el centro de su cuerpo comenzaba a responder. Incluso su mirada, al ver cómo se marcaba su deseo... sentía vergüenza.

El rostro angelical lo escrutó con atención, pero también le provocó un deseo irresistible de aplastarlo y devorarlo por completo. Al mismo tiempo, anhelaba atesorar esa inocencia, conservarla viva, incluso mientras la lujuria lo arrastraba a las profundidades, llevándolo una y otra vez al cielo y al infierno.

Su deseo optimista se vio interrumpido. Thakun sujetó la mano que, sin rumbo, acariciaba su centro, deteniendo sus movimientos. Acercó el rostro para aspirar el dulce aroma de sus lindos párpados redondos. Inhaló el aroma desde sus párpados, ascendiendo hasta su frente, la línea del cabello, la nariz y las mejillas, rozando con la lengua sus labios carmesí. Introdujo su lengua caliente para deleitarse con la dulce sensación que ella le devolvía, sin que él lo supiera.

Mientras su boca y nariz saboreaban el dulce y delicioso aroma, las manos del joven desabrocharon con destreza la camisa de su amante, sin que el se diera cuenta. Luego, sus fuertes manos se deslizaron lentamente dentro del mismo pantalón de pijama elástico y acariciaron suavemente sus partes íntimas, excitándola al instante.

Las largas piernas de Botpleng se apretaron inconscientemente, mientras que el otro brazo de Thankun la sujetaba.

¡Estaba decidido a no dejarlo escapar!





CAPÍTULO 6

CLAVE DE PERCUSIÓN

Los símbolos utilizados para indicar que esta partitura fue escrita para instrumentos que no pueden cambiar de tono y tienen un sonido específico y fijo.



El momento de intensa excitación sexual que Botpleng recuerda, jamás lo había experimentado. Solo los recuerdos de su diario, su imaginación, crean la situación, conectándola con el texto que él mismo escribió hace más de una década.

Era la noche de Navidad más fría del invierno, pero sentía un calor intenso por todo el cuerpo. Era como si el calor emanara de él y de mí. Lo habíamos creado juntos.

En realidad, la sensación ardiente de Thakhun surgió por primera vez cuando Botpleng leyó el diario. Cuando imaginó un encuentro amoroso apasionado que pudiera transformar el frío de la Navidad en calidez.

Me besó. Nos besamos. No importaba cuánto durara, nunca parecía suficiente.

Sí... y el verdadero Thankhun, el hombre de ahora, le hizo comprender claramente el significado de la insuficiencia. Los labios, que habían sido succionados repetidamente hasta que él pudo adivinar que estaban hinchados, se liberaron momentáneamente cuando el cuerpo fuerte se presionó contra el suyo, saboreando las diferentes sensaciones.

La boca y las manos de Thankhun se entrelazan de forma aterradora. La canción me provoca el deseo de escapar y de acercarme a la vez.

Quiero alejarme de la sofocante sensualidad.

Quiero lanzarme, dejar que el joven frente a mí me conduzca hasta el final.

Nuestros cuerpos se mueven al ritmo de una canción de amor, las notas fluyendo con la belleza de la melodía del Canon en Re.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

¿Es esta la melodía del Canon en Re? La canción comienza a flaquear. Mi mente solo puede sentir el ritmo de las manos fuertes que aferran los secretos bajo su ropa, como si lo poseyeran.

Cuando esa mano me eleva, siento que mi cuerpo flota.

Cuando esa mano me desciende, siento que mi cuerpo necesita jadear para sobrevivir.

Esta sensación, a la vez dichosa y agonizante, es así, y se intensifica a medida que aumentan las convulsiones.

Incluso sin los labios mentolados del otro para devorar mi alma, sin mi boca para dejar entrar aire, aunque apenas tenga fuerzas para abrirla, mi alma sigue siendo la misma. Pero Botpleng sentía que no podía respirar. Abrió la boca.

Una repentina y tensa sensación, como si se hubiera detenido un instante, y luego, de repente... regresó, y sintió humedad.

En un abrir y cerrar de ojos, su timidez volvió a enfrentarlo.

El joven doctor, que había explorado casi cada parte de su cuerpo, se acercó para encontrarse con su mirada, con una mano aún aferrada a la humedad, sin querer soltarla.

Mientras Botpleng seguía jadeando, avergonzado,

«Eres tan lindo».

La voz de Tankhun era más dulce que nunca, casi burlona. Era obvio que tenía problemas para respirar, y seguía usando la boca para bloquearse las vías respiratorias.

Estaba avergonzado, pero Botpleng quería que Thanakhun se diera cuenta.

Su pequeña boca se resistía, negándose a ceder. Su lengua saboreaba una y otra vez el frescor mentolado, saboreando la suavidad de la lengua que lo había recorrido por completo, sin querer ceder.

Sus bocas luchaban, y de repente, sintió la mano del otro tirando de la suya. Metió la mano en sus pantalones, donde había estado explorando con tanta despreocupación antes de ser reclamado.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

La sensación pegajosa de sus manos al tocarse era una grosería. Su conciencia sabía que esa sensación era culpa suya.

Y... justo cuando pensaba que responder con sus labios no sería suficiente, creyó que podría ganar obligando a la persona frente a él a entrar en razón. Sus delicadas manos se atrevieron a amasar la carne suave y flexible que se había fortalecido.

Tocó cada parte de mí que nadie jamás había tocado. Yo era igual. Fuimos el primer amor del otro, pero él fue la última melodía que me convirtió en canción.

Botpleng recordaba tan bien el contenido del diario que no dudó en dejar que esta relación floreciera por fin.

Sin embargo, mientras las dos manos luchaban por imponerse, su deseo de ganar hizo que Song quisiera apartar la mano que le había sujetado la muñeca y lo había guiado a acariciarla una y otra vez en la dirección que su cuerpo deseaba. La mano de Botpleng tocó la fuerte muñeca de thankun.

Algunas de las entradas del diario, que recordaba tan bien como las dulces descripciones de su relación, resonaron de repente en su memoria.

TanKhun tenía una larga cicatriz en la muñeca. La acaricié suavemente, con la esperanza de aliviar el dolor de su corazón.

Sus grandes ojos oscuros, que habían permanecido cerrados en trance, resignados al sueño, se abrieron de inmediato al darse cuenta de que TanKhun no tenía ninguna cicatriz en la muñeca.

El contacto excitante cesó, pero su mano continuó moviéndose, siguiendo el impulso del vencedor, TanKhun. En la vorágine de su propio deseo, no sabía cómo escapar de la confusión de su excitación. El sonido de su teléfono interrumpió a Botpleng como una campana celestial. Tiró de sus muñecas con fuerza, quitándole el pantalón de pijama elástico al joven, a quien secretamente creía su amante...

—¿Qué pasa, amigo? —preguntó Botpleng

La voz de su amigo, emocionada, respondió sin rodeos.



—¡La policía encontró otro cadáver, asesinado de la misma manera!

La imagen de un cuerpo, asesinado con un nudo de garrote y desmembrado, le vino a la mente. La conmoción era evidente en su rostro cuando se volvió para mirar a Thankhun.

Millones de kilómetros al teléfono habrían dicho muchas más cosas, pero Thankhun no pudo entender lo que decía. Colgó el teléfono y buscó su pijama, que se había esparcido por ahí.

Thankhun recogió uno de sus pijamas y estaba a punto de ponérselo cuando recordó que era suyo.

Cuando miró a Thankhun, con la intención de darle la camisa, se avergonzó de las marcas de besos y piquitos que aparecían cada parte de su cuerpo radiante. Su mirada permaneció fija en él, de arriba abajo. Si tuviera ojos, lo habría fulminado con la mirada. La intensidad implacable de su mirada revelaba el profundo resentimiento que había acumulado.

La camisa de Thankhun volvió a su sitio. Se preguntó si Thankhun querría ponérsela en ese momento. Pero al ir a buscar el pijama que Thankhun había llevado puesto, se dio cuenta de que no estaba listo para dormir allí. Recogió la camisa y la volvió a dejar en el suelo.

—MuanMile llamó para decir que la policía encontró un cadáver similar no muy lejos de aquí. Voy a ir a ver qué pasa —preguntó.

—¿Eres reportero de sucesos?

Pleng hizo una pausa, sin comprender la pregunta, pero Thankun no le dio tiempo a dudar.

—¿Su agencia pública noticias a diario? ¿Compiten con la rapidez de otros medios?

—Sí, Newsday Deeply. No se guía por la velocidad, sino que utiliza análisis profundos para atraer a sus lectores. Nunca lo olvidó. Solo lo dijo para salir del paso.

Esta vez, Thankun pareció percibir la incomodidad. Se levantó, tomó su camisa, se la puso y se fue a darle el pijama a Phleng.



—Si te vas porque no estás listo para seguir conmigo, dímelo. Iré yo. Pero quiero que descanses. Aunque te vayas, no obtendrás la información a fondo. La policía necesita tiempo para recopilar información e investigar.

Pleng observó los movimientos de Thanakun. Entonces solo pudo pensar en una pregunta: Test of Heart

—Lo dijiste brevemente.

Than Khun tardó un momento en pensar antes de responder.

—Quiero estar contigo.

La mano impoluta de Phleng tomó la camisa de Than Khun. Y su hermoso rostro reflejaba reflexión.

Sí... debía de estar pensando profundamente. Than Khun asintió, con la mirada y el semblante inalterables.

Phleng decidió seguir adelante, es decir, pasar la noche en la misma habitación con un joven peligroso en todos los sentidos: lógico, emocional y sexual.

Than Khun fue al baño para tranquilizarse. Mientras tanto, Phleng llamó a MuenMile para decirle que no saldría a cubrir la noticia ni volvería a casa. Con astucia, replicó que MuenMile le estaba poniendo excusas para que se fuera, pues, de hecho, MuenMile sabía del asesinato, ya que los reporteros locales estaban listos para informar. Como había dicho, Phleng se dedicaba principalmente a reportajes de investigación, y rara vez cubría las noticias del día a día.

Tras colgar el teléfono, una conversación algo tensa debido a la excesiva ansiedad de su amigo, Phleng le envió un mensaje a MuenMile para tranquilizarlo, asegurándole que sabía lo que hacía.

Lo que Phleng no quería era preocupar aún más a MuenMile. «Te estoy buscando fallos», pensó.

Porque este Tankhun no tenía la cicatriz en la muñeca como el Tankhun del diario.

Tankhun y Botpleng se habían cambiado de pijama.



Aunque entre ellos no había ocurrido nada que pudiera llamarse “consumación”, seguir usando la misma ropa solo hacía que el nudo en el estómago se mantuviera sin tregua.

Se miraban, reconociendo el aroma y los recuerdos que aún flotaban en el aire.

—¿Puedo tomarte de la mano?

El joven doctor, de rostro hermoso, pidió con voz suave un último contacto para cerrar la noche. Botpleng le ofreció la mano sin dudar.

Su única condición: dormir del lado derecho de la cama, y que su mano derecha permaneciera entrelazada con la izquierda de Tankhun. El calor de aquella mano fuerte le transmitía una paz inesperada.

Pero cuando la noche se adueñó del silencio en aquella provincia, y todas las luces se apagaron una a una hasta llegar a esa casa... La mano izquierda de Tankhun permanecía quieta, sin moverse.

Botpleng miró su propia mano, aún entrelazada con la de Tankhun, y sintió una duda.

Probó aflojar el agarre, pero no hubo resistencia. El otro parecía dormido.

Botpleng volvió a posar su mano sobre la de él, con dos sentimientos enfrentados:

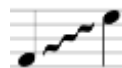
Primero, quería asegurarse de que ese calor era real. Que no lo estaba soñando.

Segundo, quería asegurarse de que la mentira también era real. Que no estaba acusando a nadie injustamente.

<<<<>>>>

CAPÍTULO 7 GLISSANDO

Es el símbolo que indica que el intérprete debe deslizar el tono de una nota a otra, suavemente.





El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Aunque le sorprendía el cambio repentino en Botpleng la noche anterior, Tankhun admitía para sí mismo que solo haber dormido tomados de la mano había hecho que esa noche fuera la más reconfortante en años.

Y al despertar, al ver ese rostro dulce dormido profundamente, con su mano aún aferrada a la de él y apoyada contra su mejilla suave... Tankhun no quería retirar la mano.

Quería mover los dedos y acariciar esa mejilla como diciendo “buenos días”. Pero se contuvo. Quería que Botpleng durmiera bien.

Valiente.

Y... adorable.

Eran las dos palabras que definían a Botpleng, su primer amor a los 17 años, al que acababa de reencontrar después de más de una década.

Al principio, Botpleng parecía un gato arisco, alerta, listo para arañar. Pero si él se mostraba dócil, si lo atraía con una vara de juguete... Ese gato lo atacaba sin pensar. Y cuando lo seducía con el sabor del deseo, como si mezclara marihuana para embriagarlo, Botpleng se entregaba sin miedo.

Luego volvía a desconfiar. Y dejaba todo atrás, quedándose solo con el roce suave que le regalaba sueños tranquilos.

Si Botpleng fuera un gato de verdad, sería uno peligroso. Porque lo tenía completamente hechizado. Desde su rostro adorable, su piel delicada, su temblor... pero, aun así, su valentía.

Estando con él, Tankhun no podía pensar en otra frase más que aquella que repiten los amantes de los gatos: *“Si los gatos quisieran conquistar el mundo, que lo hagan. Yo solo quiero conquistar el corazón de uno.”*

Y con ese pensamiento, Tankhun no dudó en dejarle la casa entera. Ordenó al mayordomo que atendiera todas las necesidades de Botpleng.

Creía que eso haría que su día fuera más brillante, aunque la casa no tuviera hierba gatera, juguetes, ni comida húmeda.



La razón por la que Tankhun tuvo que salir temprano, sin esperar a que Botpleng despertara, fue porque la comisaria Dao —su única amiga que sabía todo sobre él— lo había citado en la comisaría.

El caso del asesinato y desmembramiento que ambos conocían requería ahora su análisis profesional.

—La conexión entre las dos víctimas es que ambas trabajaron para personas de la familia Thayadon.

Dao abrió la conversación con un dato que dejó a Tankhun sin palabras.

¿La familia Thayadon? ¿La familia de su gato?

Dao sabía que su amigo estaba procesando la información en silencio, mientras ella revisaba los informes forenses.

Tankhun comenzó a leer en voz alta para ordenar sus pensamientos:

—El informe indica que ambas víctimas murieron de la misma forma: estranguladas con un nudo garrote, y luego desmembradas. Es un asesinato profesional. Todo fue preciso. Sin vacilaciones.

En ese momento, la teniente Nim entró con un gráfico de conexiones. Dao lo revisó brevemente y se lo entregó a Tankhun.

Mostraba los rostros de las dos víctimas: un joven extranjero y una mujer de mediana edad. Y en medio de ambos... la imagen de Botpleng.

—Ambos eran de la misma zona. Muchos asesinos eligen víctimas de su provincia o lugar de origen. Y puede que haya más conexiones que aún no conocemos.

Tankhun analizó los hechos con método antes de devolver el gráfico a la teniente Nim. Ella lo tomó, escribió “misma zona” en una hoja y la pegó junto a la foto de Botpleng en el tablero.

—Entonces, ¿por qué crees que el asesino lo hizo?

Dao lanzó la pregunta con firmeza y precisión.



Tankhun se alejó del gráfico y volvió a revisar el informe forense.

—Es un asesinato con propósito. Pero hay que encontrar el motivo: ¿venganza, encubrimiento o placer? Un asesino con este nivel suele ser un profesional. Lo que llama la atención es que expone los cuerpos. Es como si quisiera desafiar a la policía.

—Es verdad. ¡Está loco! Dejó la maleta con el cadáver en público. Quería que lo encontráramos.

La voz aguda de la teniente Nim se alzó, coincidiendo con el análisis de Tankhun.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Los periodistas ya saben de los dos cadáveres. Hay que controlar la información.

Tankhun respondió de inmediato.

Sí... él sabía mejor que nadie que los periodistas ya estaban al tanto.

Uno en particular: el que había usado esa noticia para evitar cruzar una línea emocional la noche anterior.

El mismo que cerró la puerta del auto de lujo que su amigo había conducido hasta allí.

Muenmai, que debía haber regresado a Bangkok el día anterior, apareció en Korat como si Bangkok y Korat fueran apenas dos esquinas de la misma calle.

—¿Te acostaste con él?

Botpleng se estremeció. Se giró hacia su amigo, sorprendido, y se tocó el cuello como si temiera que alguna marca lo delatara.

—¿Estás loco?

—Entonces pasó algo. Si no, ¿por qué te tocas el cuello?

—¿Y tú qué estás insinuando?

—Me dijiste que ibas a vigilarlo. Pero parece que te dejaste besar.



—Tal vez fui yo quien lo besó.

Muenmai se quedó en silencio. Miró a su amigo testarudo sin decir nada más.

Botpleng lo miró. Sabía que no valía la pena hablarle del detalle de la cicatriz desaparecida.

Si su amigo ya desconfiaba de todo lo que hacía, contarle eso solo haría que no lo dejara salir de casa. Y no sería solo su abuela quien lo encerraría... también Muenmai.

—Sé que te preocupas por mí. Pero Tankhun no ha hecho nada. Trabaja con la policía. Fue testigo cuando encontré el cadáver. Lo estoy vigilando porque quiero que no sea culpable. Si realmente es mi primer amor... quiero poder recordarlo.

Muenmai suspiró. Reunió las palabras para decir:

—¿No entiendes por qué vine corriendo hasta aquí?

Botpleng lo miró. Y admitió con la mirada que no lo entendía.

—Tal vez el testigo no es Tankhun. Tal vez eres tú. Tú eres quien ha estado presente en ambos asesinatos junto a él.

La confusión de Botpleng comenzaba a disiparse... pero lo que emergía era un nudo más complejo.

—Tankhun fue quien te citó aquí. Sabía que vendrías. Y hubo un muerto. Luego te llevó a su casa. Y hubo otro muerto. ¿Ves la conexión?

Botpleng se quedó paralizado ante la hipótesis de su amigo.

—¿Estás diciendo que Tankhun podría ser el asesino... y que me está usando como coartada?

La pregunta vino acompañada de una mirada perdida.

La preocupación por la cicatriz desaparecida no era nada comparada con esta acusación.



—Sí. Eso estoy diciendo. Y si quieres que sea más claro: Tal vez desapareció durante diez años... porque tú le resultas útil.

¿Y si este hombre no es el Tankhun de hace diez años? Botpleng se lo preguntó en silencio. La sensación de extrañeza que lo acompañaba desde el principio lo hacía pensar: ¿Y si este no es el hombre del diario?

Justo cuando su conciencia empezaba a advertirle que debía alejarse de Tankhun... apareció una nueva prueba que lo hacía sentir más seguro.

Muenmai lo llevó a la comisaría, como parte de la invitación a los medios. Botpleng, como periodista y parte implicada, tenía que estar allí. Y lo vio.

Tankhun, sentado junto al equipo policial. Junto a la comisaria Dao. En el lugar que confirmaba que él... estaba oficialmente involucrado en la investigación. El rostro de Tankhun volvía a mostrar esa calma inquietante. Pero Botpleng, que apenas lo había visto por primera vez ese mismo día, ya no sentía tanto miedo.

No solo por los gestos que había visto en él la noche anterior, sino por la sensación de ternura y seguridad que había sentido al sostener su mano toda la noche (Aunque esa muñeca no tuviera la cicatriz que él recordaba del diario).

Solo tenía unas preguntas: ¿Quién era realmente Tankhun? ¿Qué estaba haciendo? ¿Y qué pensaba hacer con él?

Tankhun, sentado en el lugar de los portavoces, observaba al pequeño grupo de periodistas locales con una mirada serena. Incluso cuando cruzó la mirada con Botpleng, no cambió su expresión.

Eso hizo que Botpleng se preguntara si todo lo que había sentido la noche anterior... había sido solo una fantasía unilateral.

—Las dos víctimas encontradas en maletas están conectadas. Podemos concluir que se trata de un caso de asesinato en serie.

El murmullo se levantó de inmediato. La comisaria Dao había comenzado con un golpe directo.

La situación ya era inusual: nunca antes se había convocado a la prensa en la comisaría.



Pero declarar que se trataba de un asesino en serie... era demasiado para que los periodistas lo asimilaran sin sobresalto.

—Por eso hemos invitado a los medios. Queremos pedir su colaboración para comunicar solo lo necesario, sin interferir en la búsqueda del asesino profesional.

El mensaje parecía ambiguo, pero era claro.

Botpleng levantó su teléfono móvil.

—¿Está diciendo que los medios obstaculizan la investigación?

Muenmai, también molesto, intervino de inmediato:

—¿No cree que están culpando demasiado a la prensa?

Los murmullos crecieron.

“Sí, eso parece”, “No nos respetan”, se escuchaba entre los presentes.

Pero la comisaria Dao no se intimidó.

—Entiendo que los medios deben protegerse. Pero quiero dejar claro que la policía no está culpando a nadie. Solo pedimos colaboración para evitar que se repita una tragedia. Esta estrategia ha sido analizada junto con nuestro criminólogo, el profesor Tankhun.

Dao giró hacia el hombre sentado a su lado. Tankhun... ese hombre que Botpleng conocía tan bien.

—Soy Tankhun, criminólogo especializado en psicología y comportamiento criminal. Asesor del caso.

Tankhun se presentó con claridad.

Era él.

“Tankhun.”



—Según el análisis conjunto con el profesor Tankhun, el asesino es audaz, temerario, y disfruta desafiando a la policía. Por eso pedimos que los medios informen solo lo esencial: el hallazgo de los cuerpos, sin enfatizar que se trata de un asesino en serie. Podría alimentar su ego y provocar nuevos crímenes.

—¿Está diciendo que debemos ocultar a la gente que hay un asesino en serie en la zona?

Un periodista planteó la pregunta que todos pensaban.

¿Ocultar la verdad para no provocar al asesino... significaba también impedir que la gente se protegiera?

—Esta será mi última intervención. Es la mejor forma de enfrentar a este asesino. Gracias por su colaboración. Les deseo un buen regreso. Pueden retirarse. —Dao cerró el tema.

Luego habló con su equipo y con Tankhun. Se entendía que el grupo debía reunirse para continuar la investigación. Dao salió primero, seguida por Tankhun y los demás.

Botpleng los observó alejarse. Sentía una incomodidad creciente.

¿Era por las respuestas evasivas de la policía?

¿Por la mirada esquiva de Tankhun?

¿O por la forma en que él seguía a Dao como si nada?

Pensar no servía de nada. Botpleng decidió seguir a la comisaria.

Tal vez no la encontraría. Pero si lo lograba... podría obtener algo más.

La suerte parecía estar de su lado. No había caminado mucho por la comisaría cuando vio a Dao a punto de entrar en una oficina. Se apresuró a interceptarla.

—Comisaria, tengo algo que preguntar.

Dao no se sorprendió. Tal vez lo esperaba. O tal vez estaba acostumbrada.

—¿No entendiste lo que significa “última vez”?



—Puede callarse usted, comisaria. Pero no puede callar al pueblo. No puede tapar los ojos y los oídos de la gente para que no sepan que hay un asesino en serie.

La acusación fue tan directa que Dao se giró para mirarlo fijamente. Como si le pidiera que pensara bien antes de hablar.

—¿Y si no atrapamos al asesino? ¿Y si eso pone en peligro a más personas? ¿Usted, como periodista, se hará responsable de todas esas vidas?

Botpleng se quedó sin palabras.

Era cierto.

No podía cargar con la responsabilidad de todos. Ni siquiera sabía si las dos muertes estaban relacionadas con él.

Dao ya no le prestó atención, Estaba por abrir la puerta de su oficina. Pero Botpleng levantó la mano y tomó el picaporte, No iba a dejar que ella escapara de esa conversación tan fácilmente.

—¿Entonces ya sabe quién es el asesino?

Dao no respondió. Giró el picaporte con fuerza, pero la otra mano que forcejeaba con ella no cedía. La tensión creció. Se sintió invadida, amenazada. Así que dejó de usar la fuerza y, con un giro ágil, usó el codo para desestabilizar el brazo de Botpleng, soltándole la mano del picaporte y empujándolo contra la puerta.

—¡Eh!

Botpleng no tuvo tiempo de reaccionar. Había sido superado sin aviso.

Y entonces llegó la acusación directa:

—¡Tú! ¡Tú eres quien está provocando más muertes! — Dao lo dijo con rabia.

Botpleng, dolido física y emocionalmente, intentó zafarse.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Tankhun apareció.



—¿Qué están haciendo?

Dao soltó a Botpleng y se giró hacia Tankhun.

—Tal como dijiste... hay quienes no aceptan nuestro método y vienen a interferir.

Tankhun miró a Botpleng con incredulidad.

—Ven conmigo.

La misma mano que Botpleng había sostenido con ternura la noche anterior, ahora lo arrastraba fuera de la oficina de Dao.

Lo llevó a un rincón apartado de la comisaría, lo bastante cerca... pero privado.

—¿Sabes que lo que hiciste fue acosar a la comisaria Dao?

—¿Y tú sabes que la policía está acosando a la prensa? La gente tiene derecho a saber lo que pasa. ¡Hay un asesino entre nosotros! La policía debería advertir a todos.

—Sí, debería ser así... si el asesino ocultara los cuerpos como en otros casos. Pero este asesino quiere exhibirlos. Si haces que el caso se vuelva más mediático, podrías estar provocando que actúe de nuevo. ¿Te harás responsable?

Botpleng se quedó sin palabras. Ya se había sentido culpable cuando Dao le explicó su razonamiento. Pero ahora, con Tankhun repitiéndolo, la culpa lo invadió por completo.

—...Lo siento.

—A quien debes pedirle disculpas es a la comisaria Dao.

Tankhun lo dijo con frialdad y se alejó.

Botpleng lo miró irse, sintiendo que había cometido un error. Quiso seguirlo, pero justo en ese momento recibió un mensaje de Muenmai:

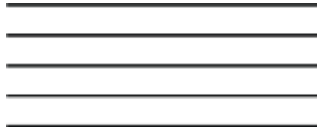
“¿Vas a volver ya? Parece que tu abuela ya se enteró de todo.”

<<<<<>>>>>



CAPÍTULO 8 STAFF

La estructura básica sobre la que se escribe toda la música.



La atmósfera en casa, que ya de por sí no era acogedora, ahora se volvía aún más inquietante.

Antes, no importaba a qué hora entrara o saliera Botpleng, su abuela nunca le prestaba atención. Solo le recordaba que debía visitar a su madre con regularidad y asistir a sus citas médicas.

Pero hoy, al entrar, la vio esperándolo.

De pie.

Y lo primero que hizo fue hablar. Eso le provocó un escalofrío. Como si lo que había hecho fuera imperdonable. Aunque él sabía perfectamente que no había hecho nada malo.

—¿Qué haces metiéndote con esa casa de descanso?

Botpleng respiró hondo para reunir valor, aunque solo logró hacerlo suavemente, para no mostrar su nerviosismo.

—Si ya sabe que estuve allí, entonces también sabrá que el cuidador fue asesinado. Es un caso extraño. Creo que, como propietarios, podríamos ayudar...

No alcanzó a terminar.

Iba a sugerir que su abuela usara sus influencias para ayudar a resolver el caso, al menos como parte de la familia Thayadon.

—¿Qué tonterías dices? La dueña de esa casa es mi hija, no tú. No tienes por qué meterte. Tu deber es vivir como una persona normal y darle tranquilidad a tu madre enferma. No vuelvas a esa casa.



Fue como si una mano arrugada lo hubiera golpeado sin tocarlo. Su abuela no escuchaba. No le importaba que fuera un caso de asesinato. Solo parecía recordar una cosa sobre él: lo que debía hacer... y lo que no. Eso lo hizo sentir perdido, como siempre. Como si nunca hubiera sido importante para ella.

—Parece que olvida que mi vida “normal” es ser periodista. No es raro que me interese por un asesinato. Y creo que mamá estaría más contenta de saber que estoy investigando el caso del cuidador de su casa.

—No finjas conocer a mi hija. Te ordeno que dejes de buscar problemas. Aléjate del caso. Y no vuelvas a esa casa.

Botpleng sabía que Lady Kesara solo quería que él entendiera lo que debía hacer... y lo que tenía prohibido.

Estaba acostumbrado a obedecer. Pero esta vez no pensaba hacerlo. Y no lo ocultó.

—Esa casa es de mamá. La única que puede prohibirme ir... es ella.

Dicho eso, entró a la casa.

Y se dijo a sí mismo que había sido bueno no responderle que esa casa era de su padre, de su madre... y de él. Así que su abuela no tenía ningún derecho a prohibírselo.

Mientras tanto, los ojos serios de la anciana seguían a su único nieto. No se alarmaba. Como líder de la familia, sabía cómo mantener la paz.

Lady Kesara tenía sus métodos.

Y haría que todo y todos se alinearan con lo que ella quería. Aunque nadie lo notara.

Después de ese enfrentamiento, Botpleng se sintió agotado. Revisó sus mensajes, correos, cualquier canal... Pero no había noticias de Tankhun. No le molestaba ser él quien lo contactara.

Pero ahora quería saber algo: Si él se acercaba a Tankhun... ¿con qué motivo lo haría?

—Si te sentías, aunque sea un poco familiarizado, no habrías dudado. Estarías listo para creer.



Muenmai fue directo al punto cuando Botpleng le preguntó sobre el comportamiento sospechoso de Tankhun. Como único amigo cercano, y periodista fundador de su propia agencia, Muenmai no dudó en interrogarlo.

—Además de ser testigo en los dos asesinatos, ¿hay algo más que te parezca raro? Dilo.

—No tiene que ver con el caso. Solo me pregunto si una cicatriz puede desaparecer...

Muenmai respondió antes de presionar más. Quería que su hipótesis fuera transparente.

—Depende del tamaño, la profundidad, el tiempo de curación... Y muchas otras cosas. Hoy en día, la tecnología puede hacer que ni se note que hubo una herida.

Botpleng asintió, de acuerdo.

Al ver que su amigo se relajaba, Muenmai se atrevió a preguntar más.

—¿Qué encontraste?

—Nada. Solo que en el diario decía que Tankhun tenía una cicatriz en la muñeca. Pero el que vi... no la tenía.

Muenmai puso cara de fastidio.

—No dudas de nada más. Y justo lo que dudas... lo usas para justificarlo.

Las palabras de Muenmai empezaban a irritar a Botpleng.

—¿Entonces qué quieres que sospeche? Me escribió desde el mismo correo que aparece en el diario, con su nombre real: Tankhun. Desde que nos reencontramos, ha estado cuidándome, protegiéndome. Y es el único que puede ayudarme a recuperar mis recuerdos perdidos.

—Ya te lo dije. Si es el verdadero, ¿por qué aparece justo ahora? ¿Y las fotos? No hay nada que confirme lo que hubo entre ustedes. Solo hay asesinatos. El problema es que tú eliges no dudar.

—¿Y entonces qué debería sospechar?



Botpleng respondió con voz fría, intentando entender a su amigo.

Muenmai inhaló profundo, exhaló lentamente y se centró para decir lo que pensaba más allá de la amistad.

—No tienes que sospechar.

Los dos amigos se miraron. Había una tensión entre ellos que nunca antes había existido.

—Voy a averiguar por qué ese tipo es tan bueno contigo. Voy a demostrar que este Tankhun es falso. Y que vino porque quiere algo de ti... algo que no es amor.

Muenmai confiaba en su intuición. Creía que Tankhun no se acercaba por amor. Porque si lo hacía... él perdería toda esperanza.

—Hazlo. Yo también voy a demostrar que este Tankhun es el verdadero. Y que lo que hay entre nosotros... es amor de verdad.

Los ojos oscuros y redondos de Botpleng lo decían con firmeza. Sin saber que esas palabras hacían que la mirada fuerte de su amigo se suavizara.

Botpleng no lo sabía. Porque si lo supiera, entendería todo. Entendería por qué Muenmai discutía con tanta pasión. Y como siempre, quien cedía era Muenmai. Se retiró del café sin decir más.

Pero no se rendía. Solo se retiraba... para ganar en el siguiente turno.

Botpleng tampoco pensaba rendirse.

Poco después de que Muenmai se fuera, Botpleng tomó su bolso y salió del café.

No volvió a casa.

Fue al lugar prohibido... al que nadie podía prohibirle ir. La casa de descanso de Tankhun.

El timbre sonó justo el día en que Tankhun había dado descanso a los empleados, Así que fue él quien abrió la puerta.



El rostro dulce que apareció lo sorprendió. Sabía que se habían separado en malos términos. Estaba apurado terminando trabajo para ir a buscarlo y disculparse.

¿Quién iba a imaginar que Botpleng aparecería en su puerta? Y ese rostro... sonreía como si nada hubiera pasado. Tan dulce que Tankhun ya no se preocupaba por si Botpleng se disculpaba o no. Porque, hiciera lo que hiciera, con solo verlo... ya estaba perdonado. Y Botpleng parecía saberlo.

No mencionó nada del último encuentro. Solo saludó con una frase inesperada:

—Oye... ¿quieres recordar el pasado?

Y Tankhun, que desde el principio se había declarado como su primer amor... ¿Cómo iba a negarse?

Botpleng lo llevó a un arroyo. No era natural, sino una zanja excavada para delimitar terrenos.

Con el tiempo, el dueño del proyecto había comprado todo alrededor, y el canal se convirtió en un arroyo escondido en un rincón del vecindario, lejos de la zona residencial.

—¿Hicimos algo aquí?

Tankhun no respondió. Se quitó la camisa, mostrando un cuerpo bien cuidado, y se acercó a Botpleng.

—¿Por qué no respondes?

—Estamos recordando, ¿no? Tú me invitaste a hacer esto.

Tankhun se acercaba con mirada firme.

Y Botpleng empezó a dudar.

—¿Aquí... tú y yo... hicimos algo?

Su voz mostraba incertidumbre. En el diario había espacios vacíos, días sin registro.

¿Era posible que... aquí hubiera pasado algo?

Su expresión lo traicionaba. Tankhun sonrió y lo provocó:



—¿Estás pensando cosas indecentes?

Botpleng abrió los ojos, sorprendido de que Tankhun pudiera leerlo tan fácilmente.

Pero Tankhun no siguió bromeando. Siguió caminando... y lo pasó de largo.

Tankhun se agachó y arrancó una planta con fuerza.

¡Era yuca!

Una planta de yuca entera, justo detrás de Botpleng. Tal vez la tierra no era muy dura... o tal vez Tankhun era muy fuerte. La arrancó con facilidad.

La levantó como si fuera un trofeo, mostrando la raíz de tamaño mediano como un pescador que presume su captura.

Botpleng sonrió.

En el diario, él había escrito que cuando tenían 17 años, exploraron esa zona y cavaron para sacar yuca, que luego intentaron asar juntos.

Botpleng recordó lo que Muenmai le había dicho: que las cicatrices pueden desaparecer.

Lo que no había cambiado desde los 17... era que Tankhun no sabía encender fuego. Y hoy seguía igual.

Botpleng lo recordaba: habían tardado mucho en encenderlo con un encendedor. Ahora, aunque tenían carbón y todo preparado, Tankhun seguía intentando... sin éxito.

Pasó un buen rato. Tankhun se estiraba de vez en cuando, cansado. Su rostro tenía manchas de carbón, y el sudor le caía en gotas. Ya no parecía el hombre serio, atractivo y respetable de siempre.

—Igual que antes, ¿no?

Botpleng dejó que el pensamiento se convirtiera en palabras. La escena frente a él coincidía con lo que había escrito en el diario.



—Te dije que quería comer yuca, y tú intentaste asarla por mucho tiempo. Pero no sabía bien. Era yuca, y además nos atraparon. Cuando volví a casa, mi madre me regañó.

Tankhun se detuvo. Se giró sorprendido.

—¿Lo recuerdas?

Botpleng sonrió suavemente y negó con la cabeza.

Tankhun vio esa sonrisa... y pensó que era la más hermosa. Le acarició el cabello con ternura, siguiendo el impulso de su corazón.

—¡Oye!

Botpleng lo detuvo, tomándole la mano.

Tankhun se quedó paralizado, sin saber qué había hecho mal.

—¡Está sucia! ¡Claro!

Botpleng le quitó la mano y lo miró con ojos grandes. Tankhun se disculpó de inmediato.

—Lo siento. — Retiró la mano rápidamente.

Botpleng, al ver su reacción, soltó una carcajada. Le gustaba ver ese lado natural y sin máscaras de Tankhun.

—No pasa nada. Igual tengo que lavarme el pelo. Y... ¿podemos dejar atrás lo que pasó el otro día? Lo siento. También voy a disculparme con la comisaria Dao.

Tankhun lo miró, sorprendido. Se sintió aún más conmovido por él.

—Pensé que no ibas a hablar de eso. Hay gente que resuelve los problemas ignorándolos... como si no hubieran pasado.

—¿Eso está bien?

—No está mal. — Tankhun lo miró con ternura. Hablaba como alguien que entendía la complejidad humana.



—A veces, quien decide no hablar de un problema lo hace para proteger algo: una relación, una emoción, un corazón. Ya sea el suyo o el de otro. Si tú hubieras hecho eso, no estaría mal. Porque venir aquí, buscarme, invitarme... Eso ya es una disculpa sincera.

Botpleng lo miró con curiosidad.

—¿No decías que sabías leer el lenguaje corporal? ¿Ahora también lees la mente?

Tankhun le sonrió con dulzura.

—No leo tu mente. Solo pienso en cómo evitar que alguien sufra... incluyéndome. Pero si realmente pensabas eso... me hace feliz. Y ahora soy aún más feliz. Porque no solo lo pensaste... lo dijiste. Eso es valiente.

Botpleng lo miró, sorprendido.

—Nunca me había sentido tan genial.

Rió. Se sentía bien... y divertido consigo mismo.

—Normalmente siento que es un defecto. Me molesta pensar demasiado, no poder soltar las cosas. Como no disculparme claramente... O no poder dejar de pensar en mis recuerdos perdidos.

—Mi madre y mi abuela me dicen que viva mi vida... Pero yo sé bien que solo estoy viviendo una vida que nunca he sentido como mía. Porque no recuerdo los primeros 17 años de mi existencia.

Tankhun miró el rostro confundido y perdido de Botpleng, como un gatito triste. No pudo evitar acariciarle la cabeza con su mano manchada de carbón, con ternura.

—Mi valiente...

Botpleng miró esa mano que lo acariciaba con tanta suavidad... Y su corazón se ablandó. Tomó la mano de Tankhun y la llevó a su rostro.

—Que se ensucie, no importa. Aunque no esté escrito en el diario, el yo que te conoce ahora... cree que te ama. Y que ama cada vez que tú lo tocas.



Botpleng se acurrucó contra la palma de Tankhun, buscando afecto. Tankhun lo miró, deseando acercarse más. Sin darse cuenta, sus narices se rozaron... Pero justo en ese momento, el estómago de Botpleng rugió con fuerza.

Ambos se miraron por un instante... Y luego estallaron en risas.

—Mejor así. Con lo que tarda en encenderse el fuego, no sé cuándo comeremos. Voy a buscar unos sándwiches.

Botpleng se sorprendió. ¿Tankhun tenía sándwiches?

—Como trabajo sin horario, el mayordomo siempre deja sándwiches en el coche.

Botpleng asintió.

Tankhun se alejó.

Botpleng miró el carbón frente a él, sintiendo una extraña familiaridad. Estaba por intentar encenderlo... Pero escuchó un ruido. Como si alguien estuviera cerca. Se giró, pero no vio a nadie. Solo la silueta de Tankhun caminando hacia el coche.

Volvió a mirar el carbón. Sus manos aún estaban limpias. Decidió recoger la camisa que Tankhun había dejado colgada en una rama. La dobló cuidadosamente.

Y entonces...

Sintió unos brazos que lo sujetaban con fuerza por el cuello.

—¡Eh! ¡Suéltame!

Botpleng luchó por liberarse. Pero el agresor le tapó la boca.

—Lárgate de aquí... si no quieres morir.

La voz... Le sonaba familiar. Y esa familiaridad le provocó un miedo paralizante. Sus piernas flaquearon. El agresor pareció desconcertado por la debilidad de Botpleng. Y justo entonces, Tankhun regresó y lo apartó de un tirón. El hombre cayó lejos. Botpleng lo miró. Solo podía ver sus ojos feroces bajo una máscara.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Pero esos ojos... Le provocaron aún más miedo. Botpleng temblaba. No podía respirar. Imágenes fragmentadas volvieron a su mente, aunque no estaba dormido: El momento en que una viga cayó sobre su cabeza en un incendio. Kitakarn sonriendo a alguien. Un hombre observándolo desde lejos.

Botpleng lloraba.

Temblaba.

Entraba en pánico.

Tankhun, que estaba siendo estrangulado por el agresor, lo vio y se alarmó.

—¡Botpleng!

El agresor se distrajo.

Tankhun aprovechó para liberarse.

Quería pelear... Pero el hombre huyó rápidamente. Tankhun dudó entre perseguirlo o ayudar a Botpleng.

Eligió a Botpleng.

Corrió hacia él. Sacó la bolsa de papel con los sándwiches y la colocó sobre su boca y nariz.

—Respira despacio aquí. Te ayudará a calmarte.

Lo acariciaba con preocupación. Botpleng intentaba respirar como le indicaba.

Las lágrimas no cesaban.

—Ya nadie te hará daño. No tengas miedo. Estoy aquí. Voy a protegerte.

Tankhun lo consolaba.

Botpleng seguía respirando en la bolsa, aferrado al brazo de Tankhun como si no quisiera que se fuera. Tankhun lo besó suavemente en la sien. Poco a poco, Botpleng cerró los ojos. Su respiración se estabilizó. El temblor disminuyó. Tankhun le limpió las lágrimas del rostro.



Y entonces... Botpleng abrió los ojos.

Lo miró... Y se apartó, como si no lo reconociera.

—Botpleng... soy Tankhun... tu amor.

Con esa voz...

Los ojos de Botpleng volvieron a suavizarse. Lo miró como antes.

—No me dejes nunca más, Tankhun...

Tankhun no dejó solo a Botpleng. Lo cuidó hasta que se sintió mejor, y luego pidió al mayordomo que lo llevara de regreso a casa. Mientras tanto, él fue a hablar con Dao, su amiga y comisaria, para contarle lo que había ocurrido.

—Estoy seguro de que no es un criminal común. Cuando fui al coche por los sándwiches, vi su vehículo estacionado. Tenía una caña de pescar... y un periódico con la noticia de los dos cadáveres.

Dao se sorprendió.

—¿Estás diciendo que viste al asesino?

—Solo digo que es posible. Ese tipo debe estar obsesionado con las noticias sobre sí mismo. Y atacó a Botpleng... tal vez porque cree que él es el testigo clave.

Dao asintió, pensativa.

—Voy a revisar todas las cámaras de seguridad en la zona. Aunque lo hayas visto en el bosque, seguro usó el coche en algún momento. Dame todos los detalles.

—Este caso ya no es normal. Voy a enviarlo al BID para que lo evalúen.

(Se refería a la unidad de investigación de comportamiento criminal a la que pertenecía.)

Dao asintió de nuevo.

—Bien. Yo también creo que este caso es diferente. Y tú... cuida bien a tu novio.



Lo dijo con tono juguetón, como quien sabe más de lo que dice. Pero Tankhun no respondió.

—Tengo que irme.

—Buena suerte.

No dijo a dónde iba. Pero Dao lo sabía: el único lugar al que iría... era la casa de Botpleng. Y tenía razón. Botpleng, que ya había regresado a Bangkok, se sorprendió al ver a Tankhun llegar a su casa.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy preocupado por ti.

Tankhun sacó una bolsa de papel y se la entregó.

Botpleng la abrió, algo confundido... y sacó lo que había dentro. Era yuca asada.

—No la comimos aquel día. Esta es la misma que arranqué en ese momento.

Botpleng lo miró con ternura.

—Ya estoy bien. Gracias por ayudarme.

—¿Vas a comerla?

Tankhun sacó un trozo y se lo ofreció.

—Sí. Comamos juntos.

Botpleng lo tomó y empezó a comer. Pero mientras lo hacía, Tankhun se acercó y también mordió un trozo. Botpleng se quedó paralizado. Tankhun lo miraba de cerca.

—Tú dijiste que comiéramos juntos.

Botpleng lo miró, con el corazón latiendo fuerte. Sonrió... y esta vez, decidió ser él quien tomara la iniciativa.

—Comer juntos... es así.

Lo besó suavemente en los labios.



Tankhun, como si esperara esa señal, abrió los suyos y lo besó con amor. Sus lenguas se encontraron, compartiendo el sabor áspero de la yuca... que pronto se desvaneció. Solo quedó el sabor del deseo, de la ternura multiplicada por la preocupación. Botpleng se dejó llevar por los sentimientos de Tankhun.

El ardor del primer contacto se transformó en calidez. Tankhun lo besó una y otra vez, con una dulzura profunda. Lo único que quería sentir... era que Botpleng estaba a salvo.

Solo así... su corazón podía descansar.

Al menos, por esta noche.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 9

SIMILE



El símbolo Simile indica que el intérprete debe repetir lo escrito en el compás anterior.

Tankhun dormía profundamente, como no lo había hecho en años.

Antes de despertar, estaba en ese estado entre el sueño y la vigilia, flotando en una sensación cálida y envolvente que lo hacía no querer salir de ese aliento compartido... Hasta que una picazón en los labios y la garganta lo sacó de ese trance.

Fue entonces cuando se dio cuenta: había corrido tanto para ver a Botpleng... que ¡ni siquiera cocinó bien la yuca! Por suerte, fue él quien sufrió la reacción alérgica. Si le hubiera pasado a Botpleng, habría sido mucho peor Y por suerte también, la estricta abuela de Botpleng no estaba en casa.

Así que pudo recibir el antihistamínico y descansar allí. Sí... por eso había dormido tan profundamente: por el efecto del medicamento.



Mientras sus pensamientos se ordenaban, Tankhun abrió los ojos lentamente. Y lo primero que vio... le hizo sonreír con el corazón.

Si pudiera despertar cada día viendo ese rostro... sería feliz.

El rostro de Botpleng Thayadon.

—¿Estás sonriendo?

La pregunta de Botpleng hizo que Tankhun se diera cuenta de que, sí... estaba sonriendo.

—No lo sé. Solo te estaba mirando.

Botpleng soltó una gran sonrisa. Le acarició el cabello suave con ternura.

—¿Estás drogado con el antihistamínico?

Tankhun lo miró. Esa sonrisa era tan luminosa que casi lo cegaba.

—Si dices que estoy drogado contigo... te voy a golpear.

Botpleng se adelantó, impidiéndole decir lo que realmente sentía.

—¿Ya te sientes mejor?

—Estoy bien.

—¿Y si yo fuera un asesino? ¿Te dormirías tan tranquilo en casa ajena?

Botpleng lo dijo con tono amenazante... pero no parecía nada aterrador para Tankhun.

—Fue el medicamento. En tu casa es muy fuerte.

Botpleng se rió.

Tankhun se incorporó lentamente, demostrando que estaba recuperado.

—Mi casa es así. A veces veo a mi abuela tomarlo para dormir. Tuviste suerte de que no estuviera. Si no, no habrías recibido el medicamento... ni habrías entrado.



Botpleng le entregó una toalla limpia, bromeando:

—Ve a ducharte. Ensuciaste toda mi cama.

Tankhun tomó la toalla. Siguió la mirada de Botpleng hacia el baño privado dentro de la habitación... y entró sin decir nada.

No vio cómo los ojos oscuros de Botpleng volvían a llenarse de duda. Botpleng le dio su tiempo en el baño.

Mientras tanto, fue a la cocina. Tomó su té verde favorito, el que compartía con su madre.

Y pensó...

Había dejado que las emociones guiaran su relación con Tankhun. Había permitido que el contacto físico se adelantara a los hechos. Y esos hechos... eran confusos.

¿Era este Tankhun el verdadero? ¿O solo alguien que sabía demasiado?

Además, acababa de enfrentar a un agresor. Y mientras Tankhun dormía por el medicamento, Muenmai había seguido investigando.

Lo que descubrió fue inquietante: Este Tankhun sabía sobre el momento en que él y el Tankhun del diario habían cocinado yuca juntos.

Pero en el diario no se mencionaba ninguna intoxicación. Tal vez, hace diez años, fueron más pacientes y la cocinaron bien. El Tankhun actual cometió un error. Y Botpleng... lo encontró adorable.

Quería revivir el pasado. Pero algo salió mal. Este Tankhun había ido a resolver el caso. Había cocinado la yuca él mismo (aunque mal)... y se la había llevado. Botpleng veía ternura en todo eso.

Pero Muenmai... veía otra cosa. Y se lo había enviado para hacerlo cambiar de opinión. Botpleng lo recordaba mientras preparaba el té.

La noche anterior...

“Jennaree, la psiquiatra favorita de la Gen Z”



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Era el titular que Muenmai le había enviado.

Y justo cuando lo abrió, su amigo lo llamó.

—El que vino a verte... no es Tankhun.

Muenmai lo soltó sin preámbulos.

—Espera... ¿qué?

Botpleng miró a Tankhun.

Al ver que dormía profundamente por el efecto del antihistamínico, salió de su habitación para hablar por teléfono.

La voz de Muenmai, al otro lado, sonaba como si hubiera detectado algo sospechoso.

Le preguntó con tono severo: —¿Por qué susurras? ¿Estás con él?

—Sí. Le di antihistamínico. Está dormido... Y no empieces. El peligroso no soy yo. Es él.

Botpleng se adelantó, cortando cualquier reproche. Muenmai solo pudo suspirar con fuerza, dejando claro su molestia. Pero Botpleng no se inmutó. Lo que quería saber era por qué su amigo acusaba a Tankhun con tanta seguridad.

—¿Y eso de que no es Tankhun? ¿Qué, se alió con la policía para montar una telenovela y engañarme? ¿Viste demasiados dramas coreanos?

Aunque no estaban en videollamada, Botpleng podía imaginar la cara de su amigo.

Sabía que Muenmai era confiable... pero lo que decía sonaba demasiado increíble.

—Es más simple. Solo se hizo pasar por su hermano.

Botpleng se quedó en silencio.

¿El hermano de Tankhun?



Si el hombre que dormía en su habitación era el hermano de Tankhun... entonces todo encajaba. Incluso que hubiera engañado a la policía. Pero aún no quería creerlo.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo pienso. Lo investigué. Mira el enlace que te mandé. Esa es la hermana de Tankhun y Thanphop.

Botpleng abrió el enlace y la imagen. La mujer era hermosa...pero no se parecía mucho al Tankhun que él conocía. Aun así, por más que la información dijera una cosa... su corazón se aferraba a otra.

Tenía que ser él.

Tenía que ser Tankhun.

Su amor.

Botpleng repitió esa idea toda la noche. Hasta que encontró una forma de resolver su duda. Una prueba infalible: la alergia.

No tan grave como el veneno de la yuca cruda que Tankhun había comido... pero sí una alergia leve que Botpleng había escrito en su diario.

Tankhun vomitó ese día. Descubrió que era alérgico a los frutos secos. Le daban náuseas, pero se le pasaba rápido. En el diario, Botpleng había escrito que una vez llevó galletas a un picnic con Tankhun. Las galletas estaban bien hechas, pequeñas, sin que se notaran los ingredientes. Tankhun comió un poco... y vomitó. Después de expulsar algo de jugo gástrico, se sintió mejor.

Fue entonces cuando Botpleng supo que era alérgico. Verlo enfermo le dolía. Pero le dolería más si todo lo que Tankhun había hecho... era una farsa.

Así que preparó galletas con frutos secos, ocultos a simple vista. Una prueba definitiva. No recordaba si eran iguales a las de hace diez años. Pero lo que le importaba... era el Tankhun de ahora.

Las galletas estaban en un plato. El té verde se mezclaba con leche en una taza. Y justo entonces, Tankhun apareció.



—¿Es para mí?

Tankhun preguntó sin preguntar. Se sentó frente al mostrador.

Botpleng no respondió. Solo deslizó la taza... y luego el plato con las galletas.

—Son saludables.

—Seguro. Y justo ahora tengo hambre.

Botpleng sonrió levemente. Pero sus ojos no se apartaban del plato. Esperaba el momento en que Tankhun tomara una galleta.

—¿Y tú no comes?

Tankhun lo notó.

Botpleng se dio cuenta de que estaba demasiado pendiente. Se movió para preparar su propio té... pero no quitó la vista. Quería ver si Tankhun tomaba, mordía... y comía la galleta que, si era él, debía provocarle una reacción. La prueba no tardó.

Botpleng ni siquiera había levantado su taza... cuando Tankhun tomó una galleta. Botpleng sintió un vacío. Si era el verdadero... ¿por qué la comía sin dudar? No sabía qué cara ponía... pero Tankhun mordió solo una vez... y lo miró.

—¿Pasa algo?

Botpleng preguntó, intentando disimular. Tankhun no respondió. Su expresión cambió. Parecía tener náuseas. Botpleng lo observó, sin saber qué decir. Pero Tankhun fue más rápido.

—¿Estas galletas... tienen frutos secos?

Una nueva oleada de vacío recorrió a Botpleng. Pero esta vez, no era tristeza...

era una emoción parecida a la esperanza. Como si lo que tanto había deseado... estuviera a punto de confirmarse. Aun así, no se atrevía a decirlo en voz alta. Solo usó su amnesia como escudo.

—No lo sé... ¿por qué?



Tankhun se levantó, con expresión de malestar. Parecía a punto de vomitar, pero alcanzó a decir:

—Soy alérgico a los frutos secos. De verdad. Me duele el estómago y... No terminó la frase. Corrió al baño.

Botpleng lo siguió con el antihistamínico en la mano. Estaba aliviado de que Tankhun reaccionara como en el diario... pero no feliz de verlo enfermo otra vez.

Tankhun estaba sentado en el suelo del baño, apoyado contra la pared. Botpleng le colocó una toalla húmeda en la frente.

—¿Estás bien? ¿Quieres ir al hospital?

—No hace falta. Solo tengo náuseas. Tomé la medicina. Aún debería hacer efecto.

—Lo siento. No sabía que eras alérgico.

Botpleng bajó la mirada. Aunque había mentido, su tristeza era real. No quería que Tankhun sufriera por su culpa.

—¿Llamo a un médico?

Tankhun negó con la cabeza.

—¿Y si lo traigo aquí?

Tankhun lo miró, confundido. Botpleng explicó con naturalidad.

Ya no tenía dudas: Tankhun era su verdadero amor.

—Tengo un médico de cabecera. Vive cerca. Puedo llamarlo.

Tankhun seguía mirándolo, ahora con más curiosidad.

—Estoy bien. Solo fue una reacción leve. Vomité un poco y ya me siento mejor. Pero no entiendo... ¿por qué tienes un médico de cabecera?

—No es para mí. Es para mi madre.



Si Tankhun era el verdadero, Botpleng quería que supiera todo. Quería que entendiera por qué lo había olvidado. Cuando Tankhun se recuperó, Botpleng lo llevó a la habitación de su madre.

Allí, entre equipos médicos, yacía Kitakarn. Tankhun empezó a comprender.

—Tengo amnesia. Y mi madre... que podría saber de ti... está en coma.

Tankhun lo miró.

Le dolía ver cómo la luz en los ojos de Botpleng se apagaba al mirar a su madre.

—Soy un secreto para ti... de verdad.

Tankhun entendía ahora por qué nadie hablaba de él. Por qué Botpleng no lo recordaba. Pero la respuesta de Botpleng cambió todo.

—Sí. Eres un secreto.

Sus ojos ya no estaban tristes. Ahora eran suaves.

—Pero eres un secreto que quiero descubrir. Te perdí con mis recuerdos... pero voy a encontrarte.

Tankhun se acercó. Lo abrazó.

—Entonces... encuéntrame pronto.

Botpleng sonrió. Le devolvió el abrazo con fuerza. Y miró a su madre, esperando que, de algún modo, supiera que había recuperado una parte de sí mismo. Quería decirle a Muenmai que este Tankhun... sí era su verdadero amor. Pero Muenmai no era fácil de convencer. Era su mejor amigo, dueño de una agencia de noticias, y heredero de una poderosa red de medios.

Al día siguiente, cuando Botpleng volvió al trabajo, Muenmai lo estaba esperando. Le mostró su iPad con una noticia escaneada de una revista social muy conocida de años atrás.

En la imagen... una familia elegante, vestida de gala. En la foto familiar aparecían un hombre y una mujer adultos vestidos de manera formal, junto a tres jóvenes bien arreglados.



Uno de ellos, Botpleng lo reconoció de inmediato: era Tankhun.

Otro, la doctora Jennaree, la misma que Muenmai le había mostrado el día anterior.

Y el tercero... tenía el rostro borroso, desdibujado por una mancha de agua.

En la imagen, el texto decía:

“Tal como soñaban: la familia Thayadon no puede ocultar su felicidad. Thanphop Thayadon ha sido admitido en la facultad de criminología de la Universidad de Staffordshire, siguiendo los pasos de su padre. Mientras tanto, Tankhun Thayadon no se queda atrás: ha sido aceptado en medicina en University College London. Ahora queda por ver si Jennaree Thayadon, la menor, seguirá los pasos de alguno de sus hermanos.”

Botpleng se quedó paralizado. Pero no tuvo que preguntar nada. Muenmai, como siempre, lo explicó todo de inmediato.

—La genética no engaña. Los hermanos pueden compartir alergias. Tu Tankhun es criminólogo, ¿no? Pero en esta noticia, Tankhun estudia medicina. Y si Thanphop se cambió el nombre para engañarte... no sería tan difícil, ¿verdad?

Los pensamientos y emociones de Botpleng se arremolinaban. Ya no sabía qué sentir. Porque ya no sabía qué era verdad.

¿Quién era realmente el Tankhun que él conocía?

Si el peor escenario era cierto... Si Tankhun era en realidad Thanphop...

¿por qué había venido a buscarlo? ¿Qué quería?

¿Y el verdadero Tankhun? ¿Dónde estaba?

Si Thanphop encontró el diario y lo envió... no sería raro que supiera todo lo que había escrito. Y fingiera ser él.

Pero si era así... ¿Por qué no se hizo una cicatriz falsa?

Y si no era Tankhun... ¿Cómo sabía que el diario estaba en su casa?



¿O tal vez... el que debía buscar no era Tankhun... sino Thanphop?

Si Thanphop era otro... entonces el que había estado con él todo este tiempo... sí era Tankhun.

Botpleng no sabía si sus pensamientos eran correctos. Pero ya había tomado una decisión.

—Voy a buscar a Thanphop.

Muenmai no se sorprendió. Tal vez porque ya sabía que todo apuntaba en esa dirección. Toda su investigación había sido para empujar a su amigo hacia la verdad. Pero aun así, debía recordarle que lo hiciera con cabeza fría.

—¿Cuál es tu plan?

—Esa casa.

Botpleng entendía lo que su amigo intentaba hacer. Y esta vez... pensaba con la razón, no con el corazón.

La casa de descanso, donde vive Tankhun... podría estar ocultando a Thanphop.

<<<<>>>>

CAPÍTULO 10 SHARP

Una nota que debe elevarse medio tono más alto.



Botpleng se encontraba frente a la puerta de la casa de descanso. La misma casa hermosa donde se había quedado desde el primer día que conoció a Tankhun. Pero en aquel entonces, el nombre de Thanphop ni siquiera existía en sus pensamientos. Y tampoco se atrevía a sonreírle a Tankhun como ahora.

Tankhun lo miró con expresión curiosa.

—¿Una sorpresa?



—Me alegra verte.

Tankhun seguía siendo ese hombre que siempre decía justo lo que Botpleng quería escuchar.

—¿No vas a preguntar por qué vine?

—Si lo preguntara... sería solo para ayudarte a decirlo.

—Entonces invítame a entrar.

Tankhun sonrió y le abrió paso sin hacer preguntas.

Pero si Botpleng hubiera prestado atención, habría notado que su expresión era distinta... y que aún sostenía el teléfono, como alguien que acababa de terminar una llamada.

Botpleng entró en la casa. La recorrió de nuevo. Pero esta vez no era una simple visita.

Buscaba rastros, pruebas... algo que indicara la presencia de otro hombre. Dijo que quería preparar una barbacoa estilo tailandés, con una receta especial. En realidad, la receta la había conseguido de la ama de llaves de Muenmai, con quien solía comer desde sus años de estudiante.

La barbacoa era solo una excusa. Primero, porque podía justificarla con la receta. Y segundo, porque pensaba que podría distraer a Tankhun... si lo enviaba a buscar ingredientes.

Pero la realidad fue otra. Tankhun tenía un mayordomo que se encargaba de todo. En pocas horas, el jardín estaba listo para la barbacoa, con todos los acompañamientos... y varias salsas preparadas.

Botpleng, que ya había sido llamado “niño mimado” por su madre estricta, ahora se sentía más mimado que nunca. Tankhun, frente a él, no dejaba de servirle carne.

—¿Estás preocupado por algo?

Botpleng pensó: Sí. Estoy preocupado porque no puedo alejarme de ti.

Pero solo lo pensó. Y buscó una forma de que su investigación no fracasara.

—Tuve una discusión con mi abuela.



Tankhun dejó de servir carne. Lo miró con preocupación sincera. Botpleng supo que su estrategia funcionaba. Y decidió seguir.

—¿Puedo quedarme esta noche?

Tankhun se quedó en silencio.

No por la petición... sino porque Botpleng había acercado sus piernas a las suyas, tocándolo suavemente con el pie. Botpleng admitía que lo hacía para provocar una reacción rápida.

Pero olvidó que eso podía tener consecuencias.

Desde que pidió quedarse, Tankhun se volvió aún más cercano. Se duchó rápidamente... y salió sin camisa, mostrando sus músculos definidos.

Aunque no era la primera vez que lo veía así... el recuerdo de aquella noche, en esa misma habitación, volvió a su mente.

Tankhun también lo recordaba. Se acercó a la cama, donde Botpleng estaba medio recostado, mirando su teléfono. Y se colocó encima de él.

—Cuando dijiste que querías dormir conmigo... ¿te referías solo a dormir? ¿A tomarnos de la mano como aquella vez?

Botpleng estaba seguro de que Tankhun lo había escuchado. Pero no sabía si no lo entendía... o simplemente no estaba de acuerdo. Tankhun se acercaba más. Ya casi estaban pegados.

—¿Y si te digo que no?

Botpleng se quedó sin palabras. Recordó lo que Muenmai le había dicho: Si vas a engañar a Tankhun, hazlo tú, No dejes que él te engañe a ti. Mientras las manos de Tankhun se acercaban, Botpleng ya no se fijaba en si tenían o no cicatrices.

Solo observaba el movimiento firme de esas manos, conteniendo la respiración, preguntándose en silencio:

¿Dónde tocaría? ¿Cuándo?



Pero ese momento de suspenso se desvaneció rápidamente. Tankhun se giró hacia un lado y tomó una camisa de dormir doblada junto a la cama.

Botpleng no sabía desde cuándo estaba allí.

Suspiró. Ya no sabía si sentirse aliviado... o decepcionado por lo que no ocurrió.

—Era broma. No haría nada sin tu consentimiento.

El dueño de esos músculos definidos se puso la camisa suave, abrochándola lentamente, ocultando su figura.

—Si quieres dormir tomados de la mano... te dejaré hacerlo toda la noche.

Tankhun sonrió con picardía y le ofreció la mano. Botpleng sonrió también y la tomó.

—No voy a soltarte.

Y no se refería solo a esa noche. Sino a todas las verdades que estaba decidido a descubrir. Por ahora, dejaría que la verdad descansara. Y permitiría que la felicidad flotara libremente. Porque, ya fuera solo tomarse de la mano... o algo más, estar con Tankhun siempre lo hacía sentir ligero, como si flotara. No quería guardar esa felicidad. Porque no sabía cuánto tiempo duraría. Quizás... solo hasta el amanecer.

Botpleng tomó un post-it pegado al vaso de agua junto a la bandeja de sándwiches. La nota, escrita con una caligrafía clara, decía: *“Que lo disfrutes. Ya vuelvo.”*

Revisó los sándwiches. Eran del tipo que le gustaban: rellenos hasta el borde. Lo había mencionado hace poco... y Tankhun lo había recordado. Tal vez no los hizo él, pero se aseguró de que fueran exactamente como a Tankhun le gustaban.

Miró alrededor. No había empleados en la casa.

Recordó que Tankhun le había dicho que valoraba su privacidad, y que los trabajadores se mantenían en otra área, solo aparecían si él los llamaba.

Botpleng lo entendió.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Y se dio cuenta: si Tankhun no estaba... entonces estaba solo.

¿Podía haber mejor oportunidad para buscar a Thanphop?

El sándwich, por muy delicioso que fuera, no se comparaba con la verdad que esperaba encontrar. Y Botpleng no perdió tiempo. Comenzó a explorar la casa de descanso.

Aunque era de una sola planta, la forma en U hacía que fuera difícil revisar cada rincón.

Pensó por dónde empezar.

¿Dónde podría estar escondido Thanphop, el hijo del medio?

Pero si estaba oculto... ¿cómo había encontrado Muenmai esa noticia? ¿Y por qué la familia permitió que se publicara?

Tal vez no estaba escondido... pero tampoco anunciado.

Porque en esta casa... no había fotos de nadie. Ni siquiera de Tankhun. Como si todo lo relacionado con esta casa estuviera oculto. La habitación de Tankhun estaba en uno de los extremos de la U.

La cocina, en la base. Botpleng pasó por la oficina, una sala pequeña y llegó al otro extremo.

Allí encontró un pasillo profundo, con una sala de instrumentos musicales y dos habitaciones más. Ambas puertas estaban cerradas.

Botpleng pensó un momento y decidió buscar algo para forzarlas. Una habilidad que parecía de ladrón, pero que había aprendido... y ahora le sería útil.

Tardó un poco, pero logró abrir la puerta de la habitación más grande. Lo que vio lo sorprendió. Era claramente el dormitorio de otra persona. Decorado con elementos musicales: cuadros de un joven tocando el violín, cajas de música, estanterías llenas de partituras.

Y, como en el resto de la casa... no había fotos.

Botpleng pensó que quizás era la habitación de Tankhun. Después de todo, él era violinista. Fue el violín lo que los unió.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Tal vez, con el tiempo, Tankhun se convirtió en criminólogo, dedicado al estudio de la mente humana. Su habitación actual estaba llena de libros de psicología.

Pero esta... esta aún conservaba la suavidad, los colores claros, la esencia musical.

Botpleng revisó todo. Nada parecía fuera de lugar.

Excepto una pequeña caja de madera, igual a las cajas de música cercanas, pero cerrada.

La tomó.

Su corazón latía con fuerza. Como si fuera a abrir la caja de Pandora. Al abrirla, encontró dos pulseras. Una con un dije de violín. La otra, con una nota musical. No le resultaban familiares, pero eran adorables. Y debajo de ellas una tarjeta.

No pudo resistirse. La tomó y la leyó.

“Una melodía para Botpleng.”

La tarjeta tenía un mensaje dulce. Botpleng sabía que, aunque Tankhun apareciera en ese momento no podría borrar la sonrisa de su rostro.

Porque esa ternura... era una muestra clara de lo que Tankhun había hecho por él. Aunque... sentía un poco de culpa. Por haber descubierto ese regalo antes de que Tankhun pudiera dárselo. Pero si no lo decía... ¿cómo iba a saberlo Tankhun?

Botpleng pensó.

Como Tankhun no estaba, solo guardó todo en su lugar y se preparó para salir. Pero justo cuando colocaba de nuevo la caja con las pulseras, vio un reloj de marca, elegante, que estaba detrás. No lo había notado antes. Lo tomó, pensando que tal vez descubriría algún gusto o colección de Tankhun, algo que le permitiera corresponder a su amor.

En ese momento, su corazón se llenó de ternura. Olvidó por completo su intención de buscar a Thanphop. Y si Thanphop realmente estaba en la habitación contigua tal vez solo era el hermano menor que Tankhun aún no había mencionado. Pero entonces... en el reverso del reloj, había una inscripción: **Thunpob**



¿Por qué el reloj de Thanphop estaba allí?

Botpleng se quedó paralizado. La inscripción era clara. En inglés, se leía “Thanphop”. Su mente se llenó de confusión.

¿Y si lo que Muenmai había investigado... era cierto? Si el reloj de Thanphop estaba allí... entonces Thanphop estaba allí.

Los regalos para Botpleng estaban allí. Y quizás... Thanphop mismo también.

La puerta, que no había cerrado bien, se abrió. El hombre que conocía bien entró como si respondiera directamente a sus pensamientos. Thanphop mismo estaba allí.

Botpleng lo miró. El hombre que decía ser Tankhun entró. Y miró directamente la mano de Botpleng, donde sostenía el reloj con la inscripción al descubierto. La disculpa que Botpleng pensaba decir si Tankhun regresaba pronto se desvaneció. Su corazón, que antes flotaba, ahora caía con el peso de muchas preguntas.

—¿No te recuerdo... porque no eres Tankhun? ¿Eres Thanphop?

El hombre no respondió. Solo se acercó. Botpleng se apartó ligeramente.

No tenía miedo. Pero tampoco lo aceptaba.

Lo miró.

Lo enfrentó.

Esperaba una respuesta.

—¿Por qué fingiste ser Tankhun?

El hombre negó lentamente, sin apartar la mirada.

—No fingí ser Tankhun.

Botpleng levantó el reloj y las pulseras frente a él. Como si fueran pruebas irrefutables.

—¿Y esto qué es?



Miró las pulseras en la caja, para que el otro también las viera.

—¿Por qué el regalo que ibas a darme... tiene el reloj de Thanphop?

—Botpleng no es lo que piensas.

Pero el hombre solo repetía que no era así. Y Botpleng, entre la rabia y la tristeza, estalló.

—¿Eres Thanphop? ¡Respóndeme! ¿Eres Thanphop?

Su voz resonó. Tan fuerte que ninguno de los dos notó que había más personas en la casa.

Solo cuando Botpleng guardó silencio se dieron cuenta. Se giraron. Y vieron a dos personas frente a ellos: Jennaree y Muenmai.

Muenmai se colocó junto a Botpleng.

Creía lo mismo que él. Como si quisiera que el hombre admitiera la verdad. Le hizo una señal a Jennaree para que mirara.

—Ahí está. Tu hermano, Thanphop.

Jennaree miró. Su rostro mostraba sorpresa. Justo como Muenmai esperaba.

Pero lo que dijo... no fue lo que él pensaba.

—No. Él es mi hermano Tankhun.

Jennaree lo dijo con voz serena. Y eso dejó a Botpleng y a Muenmai completamente confundidos. Jennaree sorprendió aún más al girarse hacia Botpleng.

—Eres Botpleng, ¿verdad?

Botpleng no respondió. Porque no lo sintió como una pregunta. Y quien reaccionó... fue el hombre que decía ser Tankhun.

—Jenn... por favor.

Jennaree mantuvo su expresión tranquila. Y su firmeza... intacta.



“Él tiene derecho a saber la verdad, ¿no, hermano Tankhun?”

“¿Qué verdad?”

Sí... Si el hombre frente a ellos no era Thanphop, ¿qué verdad debía saberse?

Botpleng se lo preguntó a Jennaree y también a sí mismo.

Tankhun parecía saber que ya no podía seguir ocultando nada. Botpleng lo vio desviar la mirada de su hermana y volver a mirarlo.

La expresión de Tankhun era de culpa Y eso asustó a Botpleng. Pero no se movió. Esperaba escuchar la verdad. Fuera cual fuera.

Al menos... quería que saliera de la boca de ese hombre. Tal vez así el peso en su corazón se aligeraría.

“La persona que amaste... fue Thanphop. No yo.”

Botpleng no entendía. ¿Thanphop? ¿Y el diario que hablaba de Tankhun? ¿Y el hombre frente a él que decía ser Tankhun? Tankhun pareció notar su desconcierto.

Y continuó:

“Thanphop usó mi nombre. Se hizo pasar por mí, para conocerte. Para amarte.”

Ahora todo tenía sentido.

El diario estaba lleno del nombre “Tankhun”... pero Botpleng nunca había sentido familiaridad con ese nombre.

“Las pulseras... las mandó hacer él. Para ti.”

Sí...

Fue Thanphop quien hizo algo tan dulce por él.

“Thanphop está muerto.”



Las lágrimas de Botpleng brotaron sin aviso. Increíble que, minutos antes... había sonreído tan ampliamente.

“Thanphop está muerto...” Repitió la frase en voz baja. Como si necesitara confirmarse a sí mismo que estaba vivo y que estaba escuchando la verdad que tanto había buscado.

“Sí.” Murió. Por eso guardé su reloj... junto a las cosas que eran de Tankhun.”

Las lágrimas seguían cayendo. Sin poder detenerlas. Tankhun —el verdadero— lo miraba sin atreverse a acercarse.

“Lo siento.”

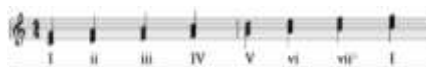
Pero incluso esas palabras... no lograban entrar en el corazón de Botpleng.

Aunque no había nada que las detuviera.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 11 CHORD NUMERALS

Números romanos que indican la posición de los acordes dentro de la tonalidad de una canción.



Tankhun Rongsompong era el hijo mayor de la familia. Su padre, un médico especialista, conoció a su madre —una académica de pensamiento moderno— mientras estudiaban en Inglaterra.

Se casaron y se establecieron allí, formando una familia feliz con tres hijos que eran el lazo dorado que los unía.

Tankhun, el mayor, era inteligente, sereno y reservado. Thanphop, el segundo, heredó el talento musical de su abuelo. Recibió su nombre porque el abuelo logró conocerlo justo antes de morir. Jennaree, la menor, era la adoración de sus padres y hermanos. La familia Rongsompong parecía tenerlo todo.



Pero Tankhun sabía que nada era realmente normal.

El abuelo, origen del nombre de Thanphop, era estricto, exigente y controlador. Transmitió esa presión a su hijo, Peerapan, quien a su vez la volcó sobre Thanphop. Peerapan quería que su hijo fuera todo lo que su padre deseaba. Pero Thanphop era todo lo contrario.

Nació con talasemia.

Pasaba mucho tiempo hospitalizado. La enfermedad trajo dolor a la familia... y ese dolor se convirtió en reproches. Finalmente, Thanphop desarrolló depresión.

Volvían a Tailandia cada año para consultar con un especialista en enfermedades de la sangre, que lo había tratado desde el principio. También fue quien recomendó un psiquiatra privado, que lo atendía desde su primer intento de suicidio Y Peerapan aprovechaba para visitar la tumba de su padre, el mismo que alcanzó a conocer a Thanphop al nacer.

Tankhun sabía que su padre se sentía culpable por haber dejado atrás sus raíces... pero también sabía que no podía rechazar las oportunidades que la vida le ofrecía en el extranjero.

Ni Tankhun, ni Thanphop sabían si Peerapan volvía a Tailandia por el tratamiento... o por reafirmar su orgullo como padre exitoso. Y Peerapan tampoco sabía que cada regreso... era también un regreso a la presión.

Thanphop nunca quiso ir al cementerio familiar. De hecho, no quería nada que viniera de su abuelo. Excepto el violín que heredó. Lo aprendió por sí mismo.

El médico dijo que podía ayudarlo emocionalmente. Sus padres aceptaron.

Tankhun lo había visto todo. Desde que entró a esa familia como el hijo mayor.

Sí... Tankhun no estaba unido a los Rongsompong por sangre.

Sino por gratitud.

Como su nombre lo indica: "Tankhun" significa "retribuir el favor". Era huérfano. Lo encontraron en una bolsa de basura, cubierto de hormigas. Sobrevivió. Creció en un orfanato. Se convirtió en el mayor del lugar, cuidando a los más pequeños. Cada año, la familia Rongsompong visitaba el orfanato.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Un día, le preguntaron por su tipo de sangre. Descubrieron que era compatible para un trasplante de médula ósea. Lo adoptaron a cambio de una gran donación que salvó al orfanato de la quiebra.

Así, Tankhun se convirtió en el hijo mayor de la familia.

Pensó que, al llegar siendo ya adolescente, habría problemas de conexión. Pero se equivocó. La familia estaba completamente desconectada.

Jennaree vivía en un internado.

Peerapan y Jenjira, sus padres, trabajaban sin descanso.

Thanphop estaba siempre acompañado por una enfermera. No salía de casa.

La llegada de Tankhun fue el punto de conexión. La familia tuvo que conocer al nuevo miembro. Y eso permitió que Tankhun conociera a todos y reparara los vínculos. Incluso antes de reparar el cuerpo de Thanphop con el trasplante. Tankhun se convirtió en quien preguntaba qué necesitaban.

Admiraba a Peerapan.

Cuidaba a Jenjira.

Protegía y escuchaba a Thanphop.

Y logró que Jennaree quisiera volver a casa.

Pero había algo más. Un secreto entre él y Thanphop:

Botpleng.

Thanphop conoció a Botpleng el día que Tankhun llegó a la casa. Aprovechando el caos por la mudanza, salió con su violín y fue él quien encontró al joven que había entrado por la puerta trasera.

Tankhun lo recordaba bien. Ese chico delgado, siempre enfermo, tenía una pequeña sonrisa. No era como lo describían sus padres adoptivos. Tankhun reconoció a Thanphop. Lo había visto antes, cuando la familia iba al orfanato Y también lo conocía por los informes que había leído antes de mudarse.



Se presentó como “Tankhun”. Y Thanphop sonrió... y lo llamó “hermano Tankhun”. Tankhun ganó el corazón de Thanphop sin darse cuenta. Nunca dijo a nadie que lo había visto regresar de sus escapadas. Incluso lo ayudó a salir de casa muchas veces.

Cuando Thanphop enfermaba, Tankhun lo cuidaba personalmente, gracias a su experiencia en el orfanato, donde había atendido todo tipo de personas y enfermedades.

Además, siempre había querido ser médico. Tankhun hacía todo en silencio. Percibía las necesidades de cada persona y respondía con empatía.

Finalmente, Thanphop le confesó su mayor secreto. Aquel día, Thanphop salió de casa... y conoció a un joven llamado Botpleng. Botpleng era un chico que odiaba aprender violín. Hijo único de una madre soltera. Alegre, espontáneo, travieso. Criado como un niño mimado, hablaba con dulzura. Era transparente, sincero, y se convirtió en la luz de Thanphop cada día.

Thanphop hablaba de Botpleng todos los días. Tankhun sentía que lo conocía. Sabía cada detalle: cómo asaban yuca juntos, que Botpleng no comía vegetales, que fingía aprender violín solo para salir a jugar. Incluso sabía que Botpleng conocía a Thanphop como “Tankhun”. Porque Thanphop odiaba ser él mismo. No quería que Botpleng conociera al chico débil, enfermo, deprimido.

Así que se presentó como “Tankhun”.

Thanphop le dijo que al principio usó ese nombre por impulso.

Pero luego...porque Tankhun era quien él quería ser. Más que su padre, más que su abuelo. Tankhun se conmovió. Amaba a Thanphop como a un hermano. Deseaba verlo crecer feliz. Ya fuera por él... o por Botpleng, ese chico secreto.

Cuando terminó el descanso en Tailandia, Tankhun y Thanphop regresaron a Inglaterra con la familia. Thanphop estaba triste por dejar a Botpleng. Pero Tankhun lo animó: cuando el trasplante de médula ósea fuera exitoso, sería libre. Podría amar sin esconderse. Thanphop llevó esa esperanza consigo. La familia empezó a sanar. Todos aprendieron a acercarse. Tankhun fue el puente.

Incluso renunció a estudiar medicina, para seguir el camino que el abuelo de Thanphop deseaba: convertirse en policía. Así, Thanphop podría estudiar música. Pero todo se derrumbó en un instante.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

La familia, recién unida, perdió a sus padres —Peerapan y Jenjira— en un accidente. Tankhun recuerda bien esa ruptura. Aunque Thanphop y Jennaree nunca sintieron que vivían en una familia cálida, la pérdida eterna les mostró cuánto amor había. Thanphop enfermó de nuevo. El estrés y la falta de descanso reactivaron todos sus síntomas.

Le dijo a Tankhun que no era necesario donar la médula. Que ahora que sus padres no estaban, Tankhun debía vivir su propia vida, Que ya había hecho suficiente.

Pero Tankhun nunca lo vio como una deuda. Lo llamaba amor. Nunca tuvo un hermano de sangre, pero sabía que deseaba ver a Thanphop crecer, ser fuerte, salir del encierro sin esconder sus sentimientos. Volver con Botpleng.

Ser feliz.

Tener su propia vida.

Fue entonces cuando supo que Thanphop llevaba años sin poder contactar a Botpleng. Tal vez por eso había perdido las ganas de vivir. Pero Tankhun le dijo que ese era el motivo por el que debía seguir vivo: para volver a buscarlo. Esa frase le dio fuerzas.

Thanphop se recuperó poco a poco. Enfrentó el difícil proceso del trasplante. Finalmente, se despidió de Tankhun y Jennaree para regresar a Tailandia.

No era alguien de muchas palabras. Ni de muchas cartas. Se despidió con gratitud y buenos deseos. Jennaree sabía que quizás era una despedida definitiva.

Pero ambos hermanos esperaban que fuera para reencontrarse con el amor... no para morir como había intentado tantas veces antes de conocer a Botpleng.

Thanphop envió una postal a Tankhun. Decía que había encontrado el lugar donde quería vivir con Botpleng. Eso tranquilizó a sus hermanos. Cada uno siguió su camino.

Hasta que, hace unos meses, Tankhun recibió una llamada de Darakorn —Dao— una amiga policía de Tailandia que había conocido en un curso en Inglaterra.

Nunca imaginó que aquella invitación a volver a Tailandia... sería tan dolorosa.



Tankhun recordaba perfectamente el ambiente de la sala forense aquel día. Un leve olor a químicos flotaba en el aire. El silencio era absoluto. Y el frío... inexplicable.

La bolsa con los restos estaba sobre la camilla de acero inoxidable. El forense abrió la cremallera, revelando un esqueleto parcialmente cubierto de barro seco. El cráneo, en la parte posterior, tenía una fractura incompleta. Tankhun estaba junto a la inspectora Dao.

Su mirada era firme. Sus manos, ligeramente apretadas. No mostraba emoción alguna. Sabía que su amiga lo observaba con preocupación, pero no dijo nada.

Y ese silencio... era comprensión.

—Encontramos un golpe en la nuca. Parece causado por un objeto contundente. No podemos confirmar si fue una agresión o un accidente de tráfico —informó el forense.

Tankhun se inclinó, iluminando con su linterna. No dejó pasar ni un solo detalle.

—En un accidente normal, el impacto suele estar en la parte frontal o superior, por la fuerza del vehículo al caer al agua —se detuvo un segundo— Pero un único golpe en la nuca no estoy seguro de que sea solo por el impacto de la caída.

Mostró una simulación del accidente en su tablet.

—El coche no está abollado. No hay marcas de impacto. Nada encaja con un accidente común. Sospecho que alguien quiso simularlo.

Hablaba con hechos. Conteniendo el dolor que ardía en su pecho.

Dao revisó las fotos del coche. Confirmó que no había daños visibles. El forense asintió levemente, coincidiendo con Tankhun.

Dao le entregó una caja plástica. Dentro, un reloj metálico aún manchado de tierra.

—Lo recuperamos junto al coche.

Tankhun lo tomó. Lo miró en silencio. Lo giró.

Y leyó el nombre grabado: Thunpob.



No pudo evitarlo.

Ese objeto confirmaba una verdad que no quería aceptar. Apretó el reloj con fuerza. Sin decir una palabra. Él y Jennaree regresaron a Tailandia para el funeral de Thanphop.

Prometieron vivir bien, como él habría querido. Dejaron la investigación en manos de la policía y volvieron juntos a Inglaterra. O eso creyó Jennaree.

La verdad era que Tankhun había solicitado su traslado a la BID —la División de Investigación del Comportamiento Criminal de Tailandia.

Ya había sido solicitado como experto en criminología y lenguaje corporal. El cambio fue sencillo. Y como si Thanphop lo supiera envió a Botpleng a buscarlo.

Ese correo extraño, como si Botpleng nunca hubiera conocido al “Tankhun” que en realidad era Thanphop.

Tankhun llegó antes de lo previsto. Dao había tenido un accidente con su coche. No pudieron reunirse para planear el encuentro. Y cuando llegó... encontró un cadáver en una maleta. Y a Botpleng, que no sabía que él no era su verdadero amor. Tankhun quiso pensar que Botpleng mentía. Pero no había señales de ello.

Ni en el caso de Thanphop, ni en el asesinato. Y además... Botpleng estaba en peligro. Dao le recordaba constantemente que no debía confiar. Así que fingió ser el amante de Botpleng. Para observarlo. Para ayudarlo a recuperar la memoria. Tal vez así... descubriría la verdad sobre Thanphop.

Fingir ser Thanphop no fue difícil. Lo conocía todo de él. Y conocía a Botpleng por las historias que Thanphop le contaba con alegría. Recordaba su sonrisa. Sabía que, aunque Botpleng tuviera amnesia, no sería fácil engañarlo. Porque la amnesia por trauma cerebral borra recuerdos... pero no sentimientos. Botpleng no sentía familiaridad con él. Y eso generaba desconfianza. Lo ponía a prueba.

Como con las galletas con frutos secos. Tankhun lo notó. Y jugó su juego.

Pero no creía que alguien tan torpe como Botpleng pudiera descubrir algo.

Hasta hoy.



Tuvo que salir de urgencia. Su amiga le dijo que había visto a Jennaree. Tankhun fue a buscarla. No esperaba encontrarla allí. Frente a él. Revelando toda la verdad. Jennaree abrió un cajón como si conociera bien el lugar. Sacó una foto de los tres hermanos. Se la mostró a Botpleng.

Tankhun entendió: no era la primera vez que Jennaree venía. Y el mayordomo no dijo nada porque ambos habían dado la misma orden: “No le digas al otro que vine.”

—Thanphop es el del medio. Ese día... fue cuando dijo que iría a verte a Tailandia.

Tankhun no apartó la vista del rostro del amor de su hermano.

Botpleng miraba la foto sin parpadear. Su mente y su corazón... procesaban la imagen.

Tankhun sintió un vacío.

Injusto.

Pensó que la foto podría despertar recuerdos. Y si eso pasaba... todo lo que había hecho sería inútil. Tal vez incluso había impedido que Botpleng recordara.

Pero no ocurrió.

Botpleng no reaccionó.

Solo tenía el rostro sereno. Los ojos brillaban con lágrimas contenidas.

Y con voz apenas audible, dijo:

—Quiero ver a Thanphop... a mi amor.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 12

COMPÁS COMÚN

El compás de 4/4, representado por el símbolo C.



"Quien habita al abrigo del Altísimo se acoge a la sombra del Todopoderoso."

(Salmo 91:1, NIV)

Ese versículo estaba grabado en la lápida de Thunpop Rongsomphon, con una delicadeza que parecía capaz de consolar el corazón de quien llorara su pérdida.

Botpleng era ese corazón dolido.

Miraba la lápida, imaginando el rostro del joven de sonrisa esperanzada que había visto en la foto de los tres hermanos que Jennaree le había mostrado.

Ese rostro era el del hombre al que había dedicado su diario con amor desbordado. Y que le había respondido con un amor aún más profundo. De pronto, el rostro que había imaginado como Tankhun... se transformó en el de Thanphop.

El joven que tocaba el Canon in D con el violín y había conquistado su corazón... era Thanphop. No Tankhun.

Los recuerdos dulces, los sueños compartidos... eran de Thanphop.

No de Tankhun.

Botpleng repetía ese pensamiento, como para grabárselo. Pasaba la mano suavemente por el nombre de Thanphop, como queriendo que su intención quedara registrada con el nombre correcto.

No con el del hombre que lo había engañado. Tankhun ya le había contado toda la verdad. Cómo se había hecho pasar por su amante, con la esperanza de recuperar su memoria y descubrir qué había pasado con Thanphop.

Botpleng sentía tristeza por el destino de su verdadero amor. Y culpa... por todo lo que había sentido durante el tiempo que Tankhun fingió ser él. Sentimientos que no podía borrar.



—¿Él estuvo aquí todo el tiempo... mientras yo estaba contigo?

La pregunta era un reproche.

Pero el rostro dolido de Tankhun hizo que el corazón de Botpleng se encogiera. La rabia se convirtió en un nudo de emociones sin salida.

Tankhun solo asintió.

Y Botpleng siguió preguntando, quería que Tankhun sintiera el dolor que él sentía.

—Tu hermana dijo que él me amaba mucho.

—Sí.

—Lo que hizo mal fue usar tu nombre... para amarme.

Tankhun intentó defender a su hermano. No quería que Botpleng pensara mal de él. Pero eso solo generó una pregunta más clara en el corazón de Botpleng.

—¿Todo lo que hiciste por mí... fue por él?

No preguntó “¿sí o no?”. Porque si no era así, quería que Tankhun lo negara.

Pero Tankhun guardó silencio. Y Botpleng entendió la respuesta.

—Si pienso en todo lo que hiciste por mí... entonces él debió amarme mucho.

Lo miró fijamente.

Pero esta vez, Tankhun desvió la mirada. Botpleng no podía leer su lenguaje corporal. Solo quería que hablara. Que dijera lo que sentía.

Pero Tankhun solo dijo:

—Lo siento.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Esa palabra hizo que las lágrimas que Botpleng contenía brotaran sin control. No quería escuchar eso. Aunque traicionara lo que había sentido al escribir su diario, quería que todo lo que Tankhun había hecho fuera real.

Pero como no logró que Tankhun hablara, Botpleng solo pudo decir lo que él sentía.

—¿Sabes? No estoy enojado porque me hayas engañado. Lo que me duele es que me hiciste amar...

Quería decir “Tankhun”.

Pero no pudo. La palabra se le atoró en la garganta. Solo dejó que las lágrimas fluyeran.

Y fue esa frase la que hizo que Tankhun perdiera el control. Lo abrazó. No con palabras, sino con el cuerpo. Con un gesto que decía cuánto lo amaba. Pero ese abrazo no consoló a Botpleng. Solo intensificó su dolor. No tenía fuerzas para apartarlo. Así que lo dejó abrazarlo. Y dejó que las lágrimas siguieran cayendo.

—Gracias... Perdón... Buena suerte... Adiós.

Eso era todo lo que Botpleng tenía para Thanhphop.

Pero la palabra “amor”... ya la había entregado por completo a otro.

Tankhun y Botpleng caminaron en silencio por el cementerio. Las hojas secas crujían bajo sus pasos. La tumba de Thanhphop estaba en el jardín, no lejos de la casa de descanso de Tankhun. Botpleng había pedido a Muenmai que lo esperara allí. Jennaree se quedó con él.

Botpleng quería hablar con Tankhun a solas. Pero no esperaba que Tankhun mencionara a Muenmai.

—¿Hace cuánto que eres amigo de Muenmai?

Botpleng se detuvo, sorprendido.

—¿Por qué? ¿Sospechas de él?



—En todos los casos que he investigado, la persona menos sospechosa, siempre oculta algo.

Botpleng se detuvo. Lo miró directamente.

—¿Y tú tampoco confías en mí?

Tankhun lo miró.

No respondió.

No negó.

—Cuanto más cercana es una persona más cuidado hay que tener.

—¿Ese cuidado incluye hacer daño primero?

Tankhun se quedó en silencio. Sabía que Botpleng estaba desviando su rabia hacia él.

—Pensé que hablábamos de Muenmai.

—Creo que hablamos de lo mismo. Dices que no se puede confiar en los cercanos. Pero yo confié en alguien lejano como tú ¿Y qué pasó?

—Ya te expliqué mis razones.

—Muenmai también tiene razones para mí.

—Él te llamó la noche en que nos vimos por primera vez. Por eso empecé a sospechar de él —dijo Tankhun de golpe. Botpleng se quedó paralizado.

—Fue él quien te dio el diario. Sabía que te reunirías conmigo. Te llamó para hablarte del segundo cadáver. Y hoy... trajo a Jennaree aquí.

Botpleng lo miró, la rabia volvió a encenderse.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Tankhun negó con la cabeza.



—Pensé que, si lo sabías, sería más peligroso. Por eso no te lo dije. Quería protegerte yo mismo. Pero hoy... tenía miedo de que no me dejaras acercarme nunca más.

Botpleng negó también.

—Conozco a Muenmai desde hace diez años. ¿Por qué me haría daño justo cuando tú apareces? Y sé por qué lo hizo.

Lo miró con firmeza.

—Muenmai está enamorado de mí.

Tankhun se quedó sin palabras.

—Puede ser —admitió.

—Tú lo sabes. Lees el lenguaje corporal. Muenmai nunca lo ha ocultado.

—Lo hizo porque me ama. ¿Y tú? Todo lo que hiciste... ¿por qué? Si de verdad te arrepientes, si de verdad lo sientes... di lo más vergonzoso que tengas. Haz que me sienta mejor.

Botpleng lo miraba, la rabia buscando una salida. Tankhun, que había evitado decir lo que rompía su imagen de “hermano ejemplar”, finalmente cedió. Cedió... si eso podía aliviar el dolor de Botpleng.

—Te amo —dijo.

—Amo... al amor de mi hermano.

Botpleng escuchó las palabras que más deseaba oír. Y aunque eran terribles su corazón volvió a latir con fuerza. Se sintió menos solo. Menos culpable. Menos arrastrado por el abismo.

—Eres repugnante —dijo.

Y si sus palabras eran cuchillas, esperaba que no fueran demasiado afiladas, solo lo suficiente para herir a Tankhun como castigo por la traición que ambos habían cometido contra Thanphop.



Muenmai y Jennaree esperaban en silencio en la casa de descanso.

Tankhun y Botpleng regresaron con una nueva claridad en su relación.

Tankhun era el hermano de Thanphop, el violinista.

Botpleng era el amor de Thanphop. Y juntos... buscarían la verdad sobre su muerte y los asesinatos que podrían estar conectados.

—Es hora de que nos cuentes todo, hermano —dijo Jennaree con firmeza.

La psiquiatra, pequeña y dulce, tenía una determinación que se reflejaba en su voz. Nadie la contradijo. Ahora que todos conocían la verdad, era momento de compartir la información y resolver el caso juntos. Tankhun analizó todo: lenguaje corporal, fuentes secundarias, evidencias.

Sabía que podía contarles todo.

Empezó por el primer vínculo: al principio pensó que el cadáver que encontró Botpleng era una coincidencia. Pero luego, cuando lo atacaron en el arroyo, y encontró herramientas como alambres, y vio las noticias sobre otro cadáver todo cambió.

Después del ataque, Tankhun pidió protección policial para Botpleng. No quería que se asustara más. Mientras tanto, habló con Darakorn, la inspectora a cargo del caso.

—¿Las cámaras captaron algo?

—No vimos ninguna moto. No hay placas como las que dijiste. Tankhun se frustró.

—Tienes que entenderlo. Esto es provincia. Hay pocas cámaras. Y el lugar donde lo atacaron está muy aislado.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dejar que el testigo sea un blanco?

—Ya pediste protección para Botpleng, ¿no?

—No solo hoy. Eres la responsable del caso. ¿Puedes cuidar de él hasta que atrapemos al culpable?



—Entiendo que te preocupes, pero Botpleng no es un chico frágil como tú crees. Es fuerte. Puede cuidarse solo, incluso sin ti.

—Pero ese día... no parecía poder hacerlo.

—Tal vez porque tú estabas ahí. Y quiso mostrarse vulnerable para que lo cuidaras.

La voz y el gesto de Dao no eran sarcásticos ni negativos. Parecían neutrales. Ella conocía bien la relación entre su amigo y el amor del hermano fallecido. Sabía que iba más allá de una simple investigación. Pero al ver que Tankhun se quedaba pensativo, Dao temió que malinterpretara sus palabras.

Así que se apresuró a aclarar:

—Era una broma. El asesino es más peligroso que yo. Me encargaré de la protección policial. Dao cerró el tema.

Pero Tankhun no se conformó. Presionó a su amiga para buscar cámaras de seguridad en zonas más alejadas. Y no volvió con Botpleng hasta que la protección estuviera asegurada.

Solo pasó una noche. Dao fue a buscar a Tankhun a la BID, su unidad de origen. Ya tenía pruebas más concretas. En la sala de reuniones, estaban Dao y el teniente Nim, su colaboradora. Frente a ellos, un tablero con las fotos de dos víctimas. Junto a ellas, información forense: estrangulamiento con nudos marinos usando anzuelos, desmembramiento preciso, sin señales de lucha.

—La única conexión entre las víctimas es que trabajaron para la familia Thayadon. Una para la madre de Botpleng. La otra, para su padre.

Tankhun se quedó en silencio.

Sabía lo de la primera víctima. Pero lo de la segunda... era nuevo.

—¿Qué opinas? Dao preguntó, aunque ya intuía la respuesta. Solo quería que Tankhun lo dijera.

—El asesino eligió víctimas que trabajaron para los Thayadon.



—¿Y el motivo?

Tankhun pensó más que nunca. Dejó de lado sus emociones. Y habló con claridad.

—Por cómo exhibe los cuerpos, hay cuatro posibles motivos— Miró a Dao mientras enumeraba:

—Uno: venganza o humillación. Dos: llamar la atención, mostrar poder. Tres: destruir la dignidad y el valor de las víctimas. Cuatro: buscar fama.

Dao asintió. Ya sabía qué hacer.

—Investigaré si hubo algo en la casa Thayadon que provocara esa ira.

—¿Thayadon... o algo más?

Tankhun insistía.

Buscaba otras conexiones.

—Si creemos que Botpleng encontró el cadáver por casualidad al menos el ataque que sufrió no lo fue.

Y en realidad... Dao se detuvo.

Suspiró. Y compartió información de la investigación.

—Hace años hubo rumores negativos sobre la familia Thayadon.

La razón por la que Tankhun volvió a la casa de descanso no era cuidar la propiedad, como le dijo a Botpleng. Era investigar el caso del padre de Botpleng.

Por eso salió temprano, dejando que Botpleng explorara la casa. Estaba ansioso por revisar las pruebas que Dao le había mencionado.

Tankhun observó las reacciones de los tres presentes. Cada uno mostraba algo distinto.

Jennaree estaba serena. Guardaba sus emociones.



Muenmai parecía sorprendido. Pero había algo en su expresión como si ocultara algo.

Botpleng estaba impactado, pero no sorprendido. Parecía tener algo que decir. Y como habían acordado compartir información, Botpleng habló.

—Mi padre fue acusado de corrupción en concesiones de energía limpia cuando era gobernador aquí.

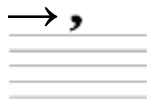


<<<<>>>>

CAPÍTULO 13

BREATH MARK

Símbolo que indica el momento en que un instrumentista de viento o un cantante puede tomar aire entre notas.



Botpleng relató todo lo que sabía, coincidiendo con lo que Tankhun había recibido del equipo policial.

Su padre, el gobernador Petchkla, había sido acusado de corrupción en concesiones de energía limpia, durante una época en que se promovía la energía eólica en la región. El plan permitía que empresas privadas estudiaran el terreno antes de recibir la concesión. Pero durante ese proceso,



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

surgieron denuncias contra Petchkla. El escándalo fue grande, sobre todo porque era yerno de un alto mando policial. La familia Thayadon fue arrastrada al centro de la polémica. Y antes de que el caso se resolviera Petchkla murió de un infarto. Desde entonces, Botpleng vivió solo con su madre, Deetkarn. Ambos creían en la inocencia de su padre.

Ella lo animó a aprender violín, como símbolo de su legado Y Botpleng se convirtió en periodista con la esperanza de limpiar el nombre de su padre algún día. Pero ni siquiera había comenzado esa investigación, cuando el caso olvidado volvió a su vida, junto con una serie de asesinatos que, aunque sin culpable, ya mostraban conexión con él.

El primer cadáver era de un joven que había trabajado en su casa desde la época de sus padres.

El segundo, según Tankhun, era un funcionario del distrito cuando su padre era gobernador.

Ambos tenían vínculos con él. Y después de haber sido atacado Botpleng empezó a sentir miedo. Tankhun lo entendía. Sabía que Muenmai debía viajar a otra provincia y no volvería pronto a Bangkok. Le ofreció a Botpleng quedarse en la casa. Pero él se negó.

—Todos los lugares son peligrosos —dijo —Pero tú eres el más peligroso de todos.

Tankhun solo pudo mirar cómo Botpleng se alejaba con Muenmai. Entonces decidió hablar con su hermana, Jennaree.

—¿Amas a Botpleng?

—No lo sé.

—Lo sabes. Pero no quieres admitirlo.

Tankhun bajó la cabeza. Rendido.

—He fallado a Thanphop y a Botpleng.

—¿Lo trajiste para reemplazar a Thanphop? ¿Porque no pudiste protegerlo y ahora quieres protegerlo a él? ¿Porque Thanphop no puede volver y tú quieres amar en su lugar?

Tankhun se quedó en silencio. Pensando.



—No lo sé.

—Tu nombre es Tankhun. Pero no eres el reemplazo de nadie. Si lo hiciste por Thanphop está mal. Pero si lo hiciste por ti no dejes que Botpleng sufra más.

Jennaree tomó su bolso. Se preparaba para irse.

—¿A dónde vas?

—Vine a Tailandia para seguir el caso de Thanphop. Pero si tú ya lo haces me quedo tranquila.

—Perdón por no haber avanzado como prometí.

Jennaree lo abrazó suavemente.

—Avanzar de verdad requiere la verdad.

Se apartó rápido. Lo miró. No hacía falta decir más.

—Vuelvo al trabajo. Llámame si necesitas algo.

—Gracias. Ten cuidado con ese periodista.

Tankhun se refería a Muenmai. El hecho de que la encontrara no era casual.

Pero Jennaree solo sonrió.

—Tu hermana no se deja manipular tan fácil. Fue él quien cayó en mi trampa.

Le guiñó un ojo y se fue.

Tankhun suspiró, aliviado por su hermana. Pero aún sentía un peso en el corazón. Un peso llamado Botpleng.

Se levantó. Miró la casa. Recordó los momentos en que Botpleng era su amante. Y pensó en lo que Jennaree le había dicho.

¿Amaba a Botpleng desde su propio corazón o desde el corazón de Thanphop?



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Botpleng estaba solo en una habitación de hotel. No volvió a su casa. Nadie había limpiado desde que el encargado murió. No estaba confundido sobre dónde vivir. Ni sobre lo que sentía por Tankhun y Thanphop.

Pero sí sobre lo que estaba ocurriendo. ¿Era cierto que los crímenes estaban conectados con él y su familia? ¿Y también con la muerte de Thanphop?

La verdad de que Tankhun no era su verdadero amor... dolía. Pero no tanto como el miedo que empezaba a invadir su alma. La muerte ya es aterradora. Pero cuando está cerca y no puedes alcanzarla es aún más aterradora de lo que imaginabas.

Aquella noche Botpleng volvió a soñar. Y aunque dormía, sabía que era un sueño.

Soñó que encontraba a Thanphop. Thanphop, con 20 años, tocaba el Canon in D bajo un gran árbol. Botpleng se acercaba con mil preguntas, mil historias que quería compartir. Pero al llegar solo encontró una maleta grande. La abrió con cuidado y dentro estaba Thanphop. El grito quedó atrapado en su garganta. Un mensaje de texto lo despertó.

El peor de los sueños interrumpido por una notificación. Respiró agitado. Tragó saliva para aliviar la sequedad. Y abrió el mensaje. Era de la única persona que siempre lo protegía en los momentos de peligro: Tankhun.

Le había enviado una postal con la imagen de una casa rural. Y el mensaje decía: *“Thanphop quería hacer un homestay aquí contigo.”*

La intención de Tankhun, de cumplir el deseo de su hermano, era tan noble que Botpleng sintió una punzada de celos. Agradeció el mensaje por sacarlo del sueño, pero no podía conmovirse por alguien que lo había herido así.

Leyó. Pero no respondió.

Un rato después, Tankhun envió otro mensaje: *“¿Todavía quieres buscar a Thanphop?”*

Botpleng lo leyó. Lo repitió en su mente. Y se recostó de nuevo.

Las lágrimas, que ya se habían secado, volvieron a humedecer sus ojos. Tankhun tenía un talento especial: convertía el miedo a la muerte en amor, aunque ese amor no fuera real.



Tankhun solo fingía sentir algo por él para que no sufriera solo. Porque todo lo que hacía era por Thanhphop.

Solo por Thanhphop.

Botpleng se quedó dormido, dejando que las lágrimas lo agotaran. Sin saber que, en la casa de descanso donde había buscado a Thanhphop, Tankhun acariciaba la cama donde una vez estuvo ese rostro dulce, donde hubo abrazos, besos, y deseo.

Recordaba cada lágrima que Botpleng derramó por su culpa. Y se preguntaba: ¿Lo que sentía por él... era suyo? ¿O lo sentía por Thanhphop? Y entendió que el insulto de “repugnante” no era exagerado. Porque, en cualquier escenario, si se hubieran conocido en Inglaterra, sin saber nada uno del otro Tankhun estaba seguro: Botpleng sería su primer amor.

Recordó cuando Thanhphop escapaba de casa para verlo. A veces desaparecía todo el día, incluso toda la noche. Tankhun inventaba excusas para cubrirlo. Thanhphop decía que buscaba su propia melodía. Que Tankhun nunca entendería lo hermosa que era la melodía que había encontrado en el bosque.

Hoy Tankhun quería decirle que ya lo entendía. Que esa melodía era tan hermosa que no se había preparado para enamorarse. Hermosa pero muy distinta a lo que Thanhphop había descrito.

Thanhphop, a los 17 años, decía que Botpleng era alegre, transparente, dulce, un niño mimado digno de ser protegido. Como un arcoíris.

Pero el Botpleng que Tankhun conoció era misterioso, valiente, como una cascada que da origen a todo. Cada contacto era firme, fresco, lleno de vida. Y sí lo amaba de verdad.

No al niño de 17 años. Sino al hombre que era ahora.

Para confirmar que merecía aquel insulto, para no dejar que Botpleng llorara solo, Tankhun buscó la postal que su hermano había enviado.

Quería una excusa para aclarar todo. Para pedir una oportunidad. Para empezar de nuevo. Para enamorarse. Para conquistarlo. Para que Botpleng fuera su amor verdadero.



Pensó en qué escribirle durante toda la noche. Ser criminólogo no ayudaba en el arte de seducir.

Al final, envió un mensaje mencionando a Thanphop. Botpleng lo leyó. Pero no respondió. Y eso... le rompió el corazón. Después de escribirle directamente, Botpleng recibió el nombre y la ubicación del hotel. Solo entonces Tankhun pudo cerrar los ojos y dormir.

Esa noche se propuso soñar. Soñar con Thanphop. Soñar que pedía una oportunidad para cuidar la melodía más hermosa: Botpleng.

A la mañana siguiente Botpleng salió del hotel con su mochila ligera. Quería caminar un poco antes de la hora acordada. Pero allí estaba Tankhun, otra vez más temprano de lo previsto, esperándolo frente al hotel con una bolsa de papel que despertaba curiosidad.

—¿Has comido algo?

La pregunta vino acompañada de un paso hacia él. Botpleng retrocedió, como queriendo evitar la cercanía. Pero alcanzó a ver lo que había dentro: batatas asadas.

—Deja de usar mis recuerdos con Thanphop —dijo.

—No lo hago —respondió Tankhun de inmediato, y le ofreció la bolsa.

—Son batatas de cinco minutos. Una variedad de yuca que parece común, pero se cocina rápido. Por eso se llama así.

—¿Y qué?

—Lo que siento por ti aunque se parezca a lo que Thanphop sentía, no es lo mismo. Es mío. Es real.

—...

—Es seguro.

Tankhun seguía ofreciendo la bolsa. Botpleng no la tomaba, pero observaba. Parecía realmente cocida, incluso quemada, para asegurarse. Tankhun notó su mirada y dudó.

—Tal vez se quemó un poco. Lo siento.



Botpleng pensó en todo lo vivido con Tankhun.

Momentos confusos, dolorosos, intensos pero también sabrosos. Como esa batata.

—¿Y si está quemada por dentro? ¿Si ya no quiero comerla?

Tankhun lo miró con sinceridad. Desde lo más profundo de su corazón.

—Si es así, la próxima vez cambiaré la forma de cocinarla. ¿Me das otra oportunidad?

Botpleng no respondió. Solo tomó la bolsa. Y caminó hacia el coche de Tankhun.

La casa de la postal que Thanphop había enviado estaba a una hora de la casa de descanso. Allí vivía Yai Yaem, una abuela amable que vivía sola. Lloró al saber que quienes venían eran el hermano y el amor de Thanphop, el joven que había cuidado con tanto cariño años atrás.

—Thanphop vivió aquí mucho tiempo —dijo con una sonrisa suave. Pero sus ojos se humedecieron cuando Tankhun le contó que había fallecido. Solo dijo que fue por un accidente. No mencionó la sospecha de asesinato.

—Lo conocí en el mercado. Parecía perdido, casi estafado por un conductor. Lo invité a quedarse conmigo.

Yai Yaem miró hacia el rincón abierto de la casa, donde había cojines limpios. Parecía ver a Thanphop allí.

—Era amable, dulce, obediente. Yo venía por poco tiempo, pero con él me quedé más. Le gustaba este lugar. Quería volver con su amor. Y me pidió que le vendiera la casa.

Luego miró a Botpleng.

—Decía que cuando el viento movía las hojas sonaba como una melodía.

Tankhun y Botpleng escucharon eso y sintieron algo indescriptible en el pecho.

No se fueron de inmediato. Sabían que Yai Yaem era como una abuela para Thanphop. Y que, al menos en sus últimos días, no estuvo completamente solo.



La comida que les preparó el joven que ayudaba a Yai Yaem era sencilla, tradicional. Botpleng comió vegetales y salsa picante con gusto. Su ternura hizo sonreír a la anciana, y secó sus lágrimas.

Tankhun lo observaba. Y reafirmaba su creencia: aunque Botpleng, a los 27 años, fuera distinto al recuerdo de Thanphop seguía siendo alguien que todos podían amar.

Yai Yaem los animó a pasear por la casa. Tal vez querrían comprarla.

Aunque Thanphop ya no estuviera, su deseo seguía vivo allí. Tankhun y Botpleng caminaron hasta llegar bajo el gran árbol del jardín trasero. El canto suave de los pájaros, el viento fresco, las sombras de los árboles proyectadas sobre la tierra Botpleng permanecía en silencio, con la mirada perdida en la distancia.

Las palabras de Yai Yaem seguían resonando en su mente: “El sonido de las hojas al rozarse... es como una melodía.”

—¿Sabes? Aunque la abuela dijera que Thanphop quería comprar este lugar porque pensaba que me gustaría hasta ahora no me siento familiar con nada.

Botpleng cerró los ojos, levantó el rostro hacia el cielo, esperando escuchar esa melodía con claridad. Pero lo que oyó fue otra cosa.

—¿Cómo se escucha el sonido de las hojas como si fuera una melodía? El sonido de una cascada es más claro.

—¿Una cascada?

—Prestado.

Tankhun se sorprendió. Él mismo había comparado la sensación de estar con Botpleng con el origen de una cascada: el nacimiento de toda vida. Cerró los ojos también. Dejó que el sonido de las hojas lo envolviera. Y entonces... escuchó algo.

—Yo también lo oigo... el sonido de una cascada.

Abrió los ojos, y vio que Botpleng ya lo miraba.

—Ahora... solo tú me resultas familiar.



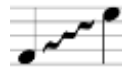
Pero lo que Tankhun sintió fue más profundo que eso. Y su corazón lo recibió con alegría.

<<<<>>>>

CAPÍTULO 14

GLISSANDO

Símbolo que indica al intérprete deslizar el tono de una nota a otra.



Tankhun acompañó a Botpleng de regreso a casa aquel día. La despedida no fue dulce como cuando eran amantes, pero tampoco fría como después de descubrir la verdad.

Le informó que la inspectora Dao había asignado vigilancia discreta para su seguridad. Y él mismo seguía enviándole mensajes, preguntando por su día, como si solo fuera preocupación, pero esperando que Botpleng entendiera que también era añoranza.

Aunque sus responsabilidades —las conferencias, los casos, los asesinatos— no le daban tregua, Tankhun no dejaba pasar un solo día sin escribirle o llamarlo. Y así, su relación —como Tankhun real y Botpleng— avanzaba poco a poco, deslizándose hacia un equilibrio emocional que ya había sido superado por sus sentimientos.

Ese día, Tankhun fue convocado al BID para revisar irregularidades en los documentos del caso del padre de Botpleng.

Los informes estaban completos, los permisos en regla todo parecía tan correcto que resultaba sospechoso.

¿Era una corrupción tan bien encubierta que no dejaba huellas? ¿O el padre de Botpleng había sido realmente incriminado?

Al salir del BID, Tankhun pensó en pasar por un restaurante callejero. Mientras caminaba, buscaba una excusa para ir a ver a Botpleng. Entonces vio una motocicleta acercarse a gran velocidad.



Se hizo a un lado, por precaución. El motor pasó pero luego regresó. Esta vez, Tankhun supo que no era una coincidencia. Vio los ojos tras el casco cerrado.

No pensó en quién era.

No tuvo tiempo.

La moto lo embistió con fuerza. El golpe fue directo al costado izquierdo.

Cayó.

Su brazo chocó contra el suelo. El teléfono salió volando.

Quedó tendido, con el rostro contraído de dolor, la vista borrosa, el aliento entrecortado. Aún así, intentó mirar al agresor. La moto se detuvo a poca distancia. El conductor levantó lentamente la visera. Tankhun apenas distinguió un rostro difuso. El agresor arrancó y se alejó sin decir palabra.

Tankhun, con esfuerzo, se incorporó. El brazo dolía. El cuerpo temblaba. La moto ya no estaba.

Botpleng llegó gracias a Jennaree.

Tankhun supo que su hermana había llamado a Muenmai, quien estaba con Botpleng (como era de esperarse, ya que trabajaban juntos).

Jennaree no tardó en confesar que, desde que Muenmai fingió una entrevista para investigarlo, habían estrechado lazos.

Jennaree admitió que le gustaba Muenmai. Y aunque él pudiera enamorarse de Botpleng ella estaba dispuesta a esperar. Aseguró que su consejo a Tankhun de aclarar sus sentimientos no tenía nada que ver con su propio interés.

Tankhun no le creyó del todo. Pero no importaba. Porque el resultado fue que Botpleng había corrido a verlo, preocupado.

Sus ojos grandes, llenos de urgencia, eran todo lo que Tankhun necesitaba para sentirse mejor.

—¿Estás seguro de que fue un accidente?



Tankhun asintió. Sabía que no lo era. Pero como experto en lenguaje corporal, sabía mentir con naturalidad. Mentía... para que Botpleng no se preocupara.

Para que volviera a sonreír.

—¿Y con ese yeso qué vas a hacer? —preguntó Botpleng, mirando a Jennaree.

—Qué pena Mañana tengo un seminario fuera de la ciudad —respondió ella.

—¿Y tú mayordomo?

—¿No puedes tú?

Jennaree fue directa. No quería evasivas.

—Viniste corriendo a verlo. ¿Y no puedes cuidarlo tú?

Botpleng dudó. Tankhun lo miraba, esperando.

—Puedo cuidarme solo.

—Yo puedo cuidarte.

Tankhun sonrió por dentro. Jennaree sonrió sin ocultarlo.

Mientras Botpleng regresaba a casa para preparar sus cosas, Jennaree advirtió a su hermano:

—El objetivo no eres solo tú. También es Botpleng.

—¿Crees que fue el mismo asesino que mató a Thanhphop?

—Si lo es podría eliminar a todos los que están cerca de Botpleng. Tankhun reflexionó.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—El patrón de ataque es demasiado distinto. No se puede concluir aún.

—Entonces, cuando Botpleng vino a quedarse contigo... ¿tú lo diste por hecho?

Tankhun negó con la cabeza.



—No. El que quiso darlo por hecho... fue Botpleng.

Lo dijo con seguridad. Conociéndolo, leyendo su lenguaje corporal, Tankhun sabía bien por qué Botpleng se ofreció a cuidarlo.

Antes de recibir la noticia del accidente de Tankhun, Botpleng estaba con Muenmai en la oficina.

Su amigo le contó que los documentos del proyecto de su padre estaban siendo usados como evidencia en la investigación.

—Los policías están reabriendo el caso de tu padre.

Botpleng se quedó pensativo.

—¿Crees que Tankhun lo sabe?

—No sé si lo sabe. Pero puede saberlo.

—La hipótesis ahora es que el asesino apunta a la gente cercana a mí. Incluyéndome. Y puede estar relacionado con el caso de mi padre.

—Hay dos piezas de información que nadie más puede obtener.

Botpleng lo miró, esperando que su amigo completara la idea.

—Tu madre, que está en coma y tu memoria perdida.

Botpleng guardó silencio.

Era cierto. El caso parecía disperso, pero los vacíos más grandes eran su madre... y él mismo.

No había logrado que su madre despertara. Y no entendía por qué sus recuerdos no volvían.

La única opción era investigar junto a Tankhun. Esta vez no buscaba a un amante. No buscaba a Thanphop. Buscaba la verdad.

¿Era su padre realmente inocente?



—Sé que la gravedad te arrastra hacia ese doctor pero también sabes que él te está investigando.

—Tal vez nos estamos llevando mutuamente hacia la verdad.

—Cuando usas “mutuamente”... suena a que te gusta. Muenmai lo miró con sospecha.

Y antes de que pudiera decir más, una llamada de Jennaree anunciando el accidente de Tankhun arrastró a Botpleng lejos de él. Muenmai se sintió frustrado. Pero también temía perderlo.

Había pensado que, al demostrar que Tankhun mentía, Botpleng volvería a cerrarse. Pero no fue así. No sirvió de nada El corazón que había esperado y cuidado durante años se entregó fácilmente a un extraño que lo había engañado.

Botpleng hizo su maleta. Pasó a ver a su madre, aún dormida en su habitación. Su abuela estaba en la India, en una peregrinación espiritual. Creía que eso ayudaría a despertar a su hija. Botpleng también quería ayudarla a su manera.

Volvió a la casa de descanso de Tankhun. Esta vez, con una decisión clara: separar las habitaciones.

Aunque sabían que había sentimientos, no permitiría que la relación se acelerara. Debían conocerse de nuevo. Dejó de lado el diario. Ya no había nada que demostrar.

Viviría junto a Tankhun para descubrir la verdad con él. Y lo primero que hizo para ganarse al doctor fue tomar la espátula y cocinar.

Tankhun lo observaba en silencio, con una camiseta cómoda, el brazo izquierdo enyesado sobre un cojín. No miraba la comida.

Miraba a Botpleng. Con atención. Como si acabara de descubrir algo nuevo en él. Botpleng sirvió el plato.

Arroz caliente con flan de huevo en caldo claro. El aroma suave flotaba en el aire.

—Perdón. Solo había huevos y agua en la nevera.

Sonrió, disculpándose por lo simple del menú.



—La próxima vez, dime qué quieres comer. Lo compraré.

Tankhun lo miró. Respondió con voz baja, pero suficiente para hacer temblar el corazón.

—No. Quiero comer lo que tú cocines.

Botpleng se detuvo un segundo. Desvió la mirada. No quería que Tankhun viera el rubor que lo hacía sentir... como si hubiera perdido. Tankhun intentaba usar su mano buena para tomar el flan de huevo, pero le costaba.

Botpleng no dijo nada. Solo tomó la cuchara con suavidad, removiéndolo para enfriarlo un poco, y se lo ofreció en silencio.

No hubo palabras.

Pero la mirada de Botpleng era tan tierna que Tankhun no quería apartar los ojos. Tomó el primer bocado. Tragó con dificultad. El sabor y el calor se le metieron al alma.

Después de comer, vieron una serie de investigación.

Botpleng preguntaba todo, como un niño curioso.

Tankhun respondía sin cansarse.

Hasta que llegó la hora de su reunión. Se levantó para ir a su habitación. Caminó hacia el baño. Su brazo izquierdo, aún enyesado, se movía con cuidado. Estiró la mano para abrir la puerta.

Botpleng lo vio. Se levantó y lo siguió. Tankhun giró, algo incómodo.

—No hace falta que me cuides aquí.

—No voy a entrar. Solo voy a quedarme aquí —pausó— El suelo tiene desnivel. Tengo miedo de que te caigas.

Tankhun se detuvo. No esperaba esa respuesta. Botpleng miró hacia otro lado, pero no se movió.



Tankhun lo miró de nuevo. Su expresión era una mezcla de ternura, gratitud, y una sonrisa que se escapaba sin querer.

Asintió. Sonrió. Y entró al baño lentamente.

Botpleng se quedó afuera, en silencio, vigilando.

Esa mirada que lo protegía le daba una paz que nunca había sentido antes.

La vida de Tankhun y Botpleng, como ellos mismos, en esa casa compartida, era más tranquila de lo que imaginaban.

La rutina, la sencillez, el estar juntos hacía que sus corazones se sintieran extrañamente en calma. Botpleng trabajaba en su reportaje. El teclado sonaba suave. La casa estaba en silencio. De pronto, se detuvo. Miró hacia el sofá. Tankhun dormía allí. La luz del atardecer iluminaba su rostro. Botpleng lo observó largo rato. Su mano quedó suspendida sobre el teclado. Cerró el portátil. Se acercó despacio. Miró su rostro dormido. Su corazón se encogió. Ya estaba involucrado. Pero aún tenía miedo. Ese rostro dormido le traía recuerdos.

La frase “Tu verdadero amor fue Thanphop”.

Las veces que Tankhun lo protegió.

El yeso en su brazo. Las heridas. Las batatas compartidas. Las palabras que insinuaban sentimientos. Y la revelación de que su padre podía ser el origen de los asesinatos.

Botpleng no pudo evitar querer tocar ese rostro. Pero el teléfono sonó. Fue a contestar rápido, para no molestar a Tankhun.

Era Muenmai.

—Botpleng... estoy frente a la casa de Tankhun.

Botpleng suspiró.

Tankhun ya le había dicho que Muenmai era sospechoso.

Él no lo creía. Pero ahora era momento de comprobarlo.



Tankhun, en el sofá, abrió los ojos lentamente. No había estado dormido. Solo fingía. Temía perder lo que más valoraba: Botpleng.

Botpleng se enfrentó a Muenmai.

—No pareces sorprendido de verme aquí.

—La primera noche que vine con Tankhun tú también estabas. Él te vio.

Muenmai se quedó callado. No pensó que su impulso de vigilar la casa sería descubierto.

—¿Por qué no me dijiste que lo sabías?

—Quería que lo dijeras tú cuando estuvieras listo.

La rabia, la tristeza, la decepción se desvanecieron. Solo quedó la vergüenza.

—¿Puedo decirlo... que te amo?

Botpleng lo escuchó. Sonrió con ternura.

—Si no lo dices, seguiremos siendo los amigos de siempre. Pero si lo dices...seguirás siendo el único amigo con quien soy cercano.

Muenmai se quedó en silencio. Y luego... sonrió, resignado.

—Eres cruel... No debí decirlo —murmuró Muenmai, con una sonrisa triste.

Botpleng se sintió aliviado.

Sabía que su amigo ya lo había aceptado desde hacía tiempo. Siempre había sido claro: solo lo veía como amigo. Hoy... solo lo reafirmaba con palabras.

—¿Qué pasa? ¿Estás nervioso?

Botpleng lo molestó, viendo que Muenmai sonreía como quien se resigna.



—No empieces...

—¿Y ahora qué? Ya que estás aquí... ¿te quedas a dormir?

Muenmai negó rápidamente.

—Antes, aunque dijera que solo investigaba, me preocupaba por tu seguridad. Ahora tú entregaste tu corazón. Y yo solo soy tu único amigo.

Sacó algo de su mochila.

—El dolor del alma es más difícil de curar que el del cuerpo. Ve y comprueba que ese tipo no te está engañando otra vez.

Era una grabadora de voz. Botpleng la tomó. Entendía bien la preocupación de su amigo.

—La usaré. Lo prometo.

Muenmai sonrió y se fue.

Pero alguien había estado observando. La cortina se cerró justo cuando Botpleng volteó.

Tankhun, siempre serio, estaba sentado en el mismo sofá donde antes fingía dormir.

—¿Te confesó su amor?

—¿Leíste el lenguaje corporal... o los labios?

—Leí la situación. Vino hasta aquí. ¿Vas a irte con él?

¿Lo estaba echando? Botpleng pensó.

Qué curioso, el hombre que siempre lo había suplicado, ahora lo empujaba. Y eso le divertía. Era como ver a un gran perro celoso por primera vez.

—¿Y si me voy con él?

Tankhun lo miró. Sus ojos dolidos.



—¿Te gusta Muenmai?

Botpleng negó. Enternecido por los celos torpes. Se acercó. Le sostuvo el rostro.

Lo obligó a mirarlo.

—¿De verdad preguntas eso? ¿Cuántas veces nos hemos besado?

Tankhun lo miró Sorprendido. Su corazón latía con fuerza. Botpleng tenía un poder sobre él que no podía controlar.

—¿Fueron mis besos... o los de Thanphop?

Sí. Ambos se hacían esa pregunta. Porque hasta ahora Tankhun había sido Thanphop para Botpleng.

—Lo que hice... fue repugnante.

Tankhun apartó las manos de Botpleng.

Aunque lo amaba, aunque quería conquistarlo, sabía que haberlo engañado era una herida que no podía ignorar.

Pero Botpleng no lo dejó escapar. Volvió a tomar su rostro. Y lo besó. Un beso profundo.

Suave al principio. Luego más intenso. Su lengua rozó sus labios, entró, exploró.

Era el “primer beso” entre ellos dos, como ellos mismos.

Tankhun sintió el temblor de Botpleng. Ese chico valiente, también tenía miedo. Y él quería ser el único que lo tocara así.

Botpleng se apartó cuando sintió la mano libre de Tankhun subir por su cintura. Lo miró. Sonrió con picardía.

—Somos repugnantes los dos.

Si “repugnante” significaba desear a alguien que no debía amar Botpleng lo aceptaba.



Tankhun entendió. Y lo abrazó. Lo recostó en el sofá. Su brazo enyesado se alzó, dejando libre la otra mano para acariciar ese cuerpo que tanto deseaba. Pero antes de que todo se desbordara el teléfono sonó.

Botpleng volvió en sí. Lo empujó suavemente. Tankhun respiró hondo, intentando calmarse. Fue a tomar el teléfono.

Vio el nombre: Inspectora Dao.

Miró a Botpleng. Él también lo miró. Como si esperara una decisión. Tankhun respondió. Puso el altavoz.

—Tenemos imágenes del atacante en moto. Se llama Tanu. Era subordinado de Keetkarn, la madre de Botpleng.

Tankhun se quedó helado. Miró a Botpleng. Sus ojos, esos que tanto amaba, estaban llenos de miedo.

Y eso le rompió el corazón.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 15

TENUTO

El símbolo Tenuto indica que se debe mantener el valor de la nota al máximo, con la menor pausa posible.



La cámara que captó a Tanu estaba en Korat. Tankhun no volvió a Bangkok, sino que fue a reunirse con Dao en la comisaría. La inspectora y el teniente Nim trajeron el mismo tablero del BID, pero esta vez, el centro del tablero era la foto de Botpleng.



—La primera víctima fue asesinada en el lugar donde Botpleng tenía una cita —dijo Dao, alejándose para mostrar las fotos de las dos víctimas a los lados de la imagen de Botpleng.

—El siguiente caso tiene similitudes en el método y el arma. Ambas víctimas trabajaron para la familia de Botpleng.

Dao colocó otra foto: la de Tankhun.

—El último caso, el ataque contra usted, fue cometido por Tanu, exsubordinado de Keetkarn, madre de Botpleng. Y es el mismo que atacó a Botpleng. ¿Entonces el nexo de todos los casos... es Botpleng?

—¿O no? —preguntó Tankhun. Suspiró. Las piezas en su mente empezaban a encajar. Pero sentía que Dao quería cerrar el caso demasiado rápido, forzando las conexiones.

—Sí... pero...

Tankhun se levantó. Tomó la foto de Botpleng y la colocó abajo. Puso la de Tanu en el centro.

—Si el asesino actúa por venganza Botpleng podría ser una víctima más.

—Ya le dije que Tanu trabajó para Keetkarn. Y las víctimas están todas cerca de Botpleng. ¿No es sospechoso que todo apunte a encubrir el caso de su padre?

Tankhun pensó. Luego miró a Dao con desafío.

—¿Dónde conseguiste la beca para estudiar criminología en Inglaterra? Tu patrocinador debe estar decepcionado si olvidaste lo básico.

Dao se quedó en silencio.

Sabía que Tankhun hablaba como amigo pero también como profesional.

—Explicame por qué Tanu, que mató con precisión y calma, de repente actúa impulsivamente, atacando a Botpleng y a mí, dejando evidencia tan fácil de rastrear.

—Y si Tanu obedecía a Keetkarn ¿por qué atacaría a su hijo?



Dao no respondió. Lo que Tankhun decía... tenía sentido.

—DID —dijo Dao.

Tankhun sonrió. Y repitió, como si fuera un examen.

—Fallaste la segunda prueba otra vez. Tu obsesión por ganar podría poner en peligro a civiles.

—Aunque Tanu tenga Trastorno de Identidad Disociativa eso no prueba que la familia de Botpleng esté detrás. Y no significa que Botpleng esté a salvo.

Tankhun la miró fijamente. Recordó lo que ella misma le había dicho a Botpleng.

—¿Recuerdas lo que le dijiste? Ahora... si Botpleng está en peligro, ¿puedes asumir la responsabilidad?

Dao guardó silencio.

—Yo no permitiré que Botpleng esté en peligro.

En ese momento, esa misma frase se escuchó desde el ordenador de Muenmai.

—Yo no permitiré que Botpleng esté en peligro.

Estaba con Botpleng. Él había colocado una grabadora en el traje que Tankhun usaría al día siguiente.

—¿Qué opinas?

—Supongo que Tankhun es confiable.

—No es eso —respondió Botpleng, frustrado por el cambio de tema.

—DID... Trastorno de Identidad Disociativa. Y lo de Keetkarn

—Como dijo Tankhun: hay que tener cuidado.



Muenmai lo dijo con preocupación. Pero no hacía falta preocuparse demasiado. El teléfono de Botpleng sonó. Muenmai ya sabía quién llamaba.

—Al menos ya tienes quien te cuide.

Botpleng sonrió.

Era la sonrisa más feliz que había tenido en años. Tankhun le pidió que lo esperara en el lobby del hotel donde se hospedaba Muenmai. La teniente Nim lo llevaría allí antes de regresar juntos a la casa.

Pero como la casa estaba lejos del mercado, Botpleng quiso salir a comprar ingredientes. Se sentía animado por elegirlos él mismo. Y olvidó cuidarse.

Al salir por un callejón lateral del hotel, sintió que alguien lo seguía. Al girar antes de cruzar la calle, vio una sombra esconderse. El miedo volvió. Pero también la curiosidad. Si era verdad, si el peligro traía consigo la verdad perdida hace diez años no quería huir. Cambió de dirección. Conocía bien el área. Se metió por otro callejón para interceptar al sospechoso. Vio la espalda de un hombre con abrigo negro. Le resultaba familiar. Como el que había visto en el arroyo, cuando tuvo su ataque de pánico. Esta vez no lo dejaría escapar.

—Tanu. Estaba seguro. —¿Por qué me sigues?

El hombre se giró. No ocultó su rostro. Botpleng vio sus ojos endurecidos y su expresión triste.

Lo reconocía. Pero no sentía miedo. Tanu parecía sorprendido. Botpleng lo miraba firme, listo para enfrentarlo. Pero Tanu salió corriendo. Botpleng lo siguió por instinto. Tanu empujó una pila de madera contra la pared. Botpleng esquivó, pero cayó al suelo.

—¡Ay!

El grito lo detuvo. Tanu regresó. Lo sostuvo con preocupación.

—¿Estás bien?

Botpleng se quedó paralizado ante la reacción del hombre frente a él. Lo miró con una mezcla de sorpresa y preguntas en los ojos.



Tanu pareció darse cuenta. Lo miró en silencio, como si quisiera alejarse. Pero al ver la sangre en el brazo de Botpleng, su expresión cambió por completo: preocupación genuina.

Su torpeza, su indecisión hicieron que quien acababa de llegar no pudiera interpretar sus intenciones. Y por eso lo empujó con fuerza.

—¡Tankhun!

Sí. Tankhun había llegado otra vez para proteger a Botpleng. Tanu, al verlo, huyó de inmediato. Pero esta vez, Botpleng no sabía si huía por miedo o porque ya no estaba preocupado por él.

Tankhun quiso perseguirlo. Pero al sentir que Botpleng le sujetaba la camisa, entendió que estaba herido. Se detuvo. Y se volvió hacia él.

—Se fue —dijo Botpleng en voz baja, como si hablara consigo mismo. Tankhun pensó que era un nuevo episodio de shock. Le acarició la espalda, intentando calmarlo.

—Ya estás a salvo.

Lo abrazó sin dudar. Haría lo que fuera para que Botpleng se sintiera bien. Pero esta vez la reacción de Botpleng era distinta. Su miedo parecía más profundo que el peligro inmediato.

En el hospital Tankhun, aún con el brazo enyesado, acompañó a Botpleng, que acababa de recibir la vacuna antitetánica. Era difícil saber quién estaba más herido. Pero si uno miraba la preocupación la respuesta era clara: Tankhun.

—¿Todavía te duele?

—La inyección dolió más que la herida.

—No vuelvas a salir solo.

—Lo sé.

Tankhun lo miró. Botpleng se dio cuenta de que su respuesta sonaba sospechosa. Intentó corregirse.



—Lo sé... porque sé que te preocupas.

Tankhun suspiró. Tomó su mano Y colocó en ella un pequeño dispositivo de grabación. Botpleng se quedó mudo. Incómodo. Sabía que ya no podía ocultarlo.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde que aceptaste cuidarme.

—¿Saber qué?

—Que querías confiar en mí.

—¿Y si lo sabías... fingiste para que confiara?

—¿Y tú? ¿Sabías que te espiaba y aun así me dices que confías?

Botpleng lo miró. Ya no había barreras.

—Todo estuvo mal desde el principio porque siempre quise confiar en ti.

Tankhun sonrió.

—Confía en mí. Haré todo para mantenerte a salvo. De este caso y de Tanu, el hombre que trabajó para tu madre.

Botpleng quería conmoverse. Pero había algo que no podía ignorar.

—Estoy a salvo porque Tanu no quería hacerme daño.

Tankhun se quedó en silencio Y entendió. El miedo de Botpleng no era hacia Tanu. Era hacia la verdad. Lo abrazó con el brazo sano. Le acarició el cabello. También él tenía miedo. Porque después de escuchar la conversación entre Tankhun y la inspectora Dao, el doctor, que nunca ocultaba nada, decidió no ocultar tampoco esto: Estaba listo para que Botpleng lo llevara a conocer a su abuela, Khun Ying Ketsara.

Khun Ying Ketsara los hizo esperar en la terraza lateral de la casa, un lugar desde donde se podía ver el estanque y también observar a cualquiera que llegara por la entrada principal.



Tankhun observó su andar: distante, altiva, autoritaria. No era una anfitriona cálida. Aun así, colocó sobre la mesa la foto de Tanu, obtenida del registro civil, con el rostro bien visible para que ella lo viera.

—No lo conozco. Nunca lo he visto.

Respondió sin esperar la pregunta, mientras tomaba el té con naturalidad. Sin tensión. Sin nervios.

—Ni al hombre de la foto ni a él —añadió, mirando a Botpleng con desaprobación. Botpleng bajó la mirada, como un niño que teme y respeta.

—La policía encontró que fue subordinado de su hija. Pensamos que usted podría conocerlo.

La mirada de Khun Ying se alteró un instante. Tankhun lo notó. El tema tocaba a su hija. Pero recuperó la compostura enseguida. Y los miró con dureza.

—¿Están investigando a mi familia?

—No, señora. Solo buscamos información sobre un sospechoso.

—No son policías, ¿verdad?

Para cualquier otro, sería una pregunta. Pero viniendo de la viuda de un alto mando policial era una advertencia.

—Aunque mi esposo haya muerto, mi familia sigue teniendo discípulos y aliados. No me gusta que se usen nombres de la policía sin autoridad.

Tankhun entendió. Pero no se rindió.

—Perdón si me excedí. Estoy investigando la muerte de Thanphop, el amor de Botpleng, que también era mi hermano. Por eso le pedí a Botpleng que viniera. Mi verdadera pregunta es ¿usted conocía a Thanphop?

La expresión de Khun Ying cambió otra vez. Tankhun lo leyó con claridad: sí, lo conocía. Pero la experiencia le dio ventaja. Se levantó sin responder. Y los echó con firmeza.



—No tengo obligación de responder. —miró a Botpleng— Despide al hermano de tu amante. Y no olvides tu cita con el psiquiatra. No me hagas recordártelo.

Se fue. Pero Botpleng ya no quería callar.

—¿Usted sí conocía a Thanphop! ¿Por qué ni usted ni mamá han hablado de él?

Khun Ying se giró. Sonrió con desdén.

—Tú mismo no lo recuerdas. ¿Quién va a recordarlo por ti?

Y se perdió dentro de la casa. Botpleng se quedó allí. Confundido. Dolido. Sin entender nada.

—Mi abuela ocultó a Thanphop —dijo.

—Pero no parece que haya mentido —respondió Tankhun.

Botpleng lo miró, esperando una explicación.

—No negó conocer a Tanu. Ni a Thanphop. Pero tampoco lo confirmó.

—¿Entonces mi familia no está involucrada?

—O tu abuela sabe ocultarlo muy bien.

Botpleng guardó silencio. Tankhun temió haber sido demasiado directo. Pero Botpleng sonrió, relajado.

—Pensé que estarías más de mi lado. Como cuando discutiste con la inspectora Dao.

Tankhun sonrió también. Sabía que, en medio de la confusión, su papel era estar a su lado.

—La mente humana es compleja. Un solo comportamiento no explica todo. Solo intento leer cada contradicción y posibilidad.

—¿Y no temes que mi familia sea culpable? ¿Que yo te mate y te entierre en el bosque?

Botpleng bromeó.



Pero Tankhun lo tomó del rostro, lo miró con seriedad.

—Lo digo porque me preocupa que te pase algo. Tu abuela no parece tratarte con cariño. Eso me asusta.

Botpleng pensó. Y recordó algo.

—Es cierto. Si me preguntaras si mi abuela podría hacerme daño diría que sí, si no fuera por mamá. Ella la ama tanto, que ese amor se extiende hacia mí. Aunque nunca me hable con dulzura, siempre se preocupa por mi tratamiento.

—¿Te refieres al psiquiatra que mencionaste? Pero si ese médico quiere ayudarte a recordar ¿por qué ocultaría a Thanphop?

Botpleng se quedó pensativo. Era la misma pregunta que acababa de hacerle a su abuela. Parecía que ella no quería que recordara a Thanphop. ¿Y el psiquiatra realmente lo ayudaba a recordar?

<<<<>>>>

CAPÍTULO 16

BRACE

El símbolo Brace se utiliza para indicar que las notas en el pentagrama están conectadas y deben tocarse juntas. Se usa comúnmente para unir el registro grave y el agudo en la interpretación de piano.



Esa noche, tanto Botpleng como Tankhun decidieron pausar la investigación. No querían presionar más a los adultos mayores en ese momento.

Tankhun quería seguir indagando sobre Tanu y su comportamiento contradictorio, como Botpleng le había contado.

Pasaron unos días.



Botpleng se quedó en casa esperando la cita con el doctor Ren. La información que habían reunido era confusa, con muchas líneas entrecruzadas. Ambos esperaban poder conectarlas pronto.

Pero esa noche, al volver a dormir en casa, Botpleng tuvo un sueño extraño... un sueño como nunca antes. Soñó que estaba en el cuerpo de otra persona. No se veía a sí mismo, pero veía las manos de un joven encendiendo fuego para cocinar arroz en una casa antigua. Ese joven manejaba todo con naturalidad, como si lo hiciera todos los días.

Botpleng veía esas manos como si fueran suyas, haciendo cosas que él no debería saber hacer. Escuchó pasos suaves acercándose.

Se giró hacia el sonido. Y escuchó su propia voz decir:

—¿Volviste, mamá?

Pero al mirar vio una falda vieja y desgastada. No era la falda de Keetkarn.

No era Keetkarn.

No era su madre.

Botpleng se asustó. El pánico recorrió su cuerpo. La figura se acercaba.

Gritó:

—¡Mamá!

Otra vez llamó a Keetkarn para que lo ayudara, y entonces despertó.

Respiraba agitado. Tenía sudor en la frente. Miró a su alrededor. Vio a Khun Ying Ketsara, su abuela, y al doctor Ren, el psiquiatra que lo había tratado durante años, de pie junto a su cama.

—¿Viste a Ketsara? —preguntó su abuela, con rostro serio. Botpleng no entendía por qué.

Negó con la cabeza.

Khun Ying miró al doctor sin decir nada. Dejó que él hiciera las preguntas.

—Si estás listo, cuéntanos lo que viste en el sueño.



Botpleng los miró.

Sentía presión. Apretó la manta. Y finalmente decidió contar la verdad.

—Esta vez fue más real que nunca como un recuerdo, no un sueño. Estaba en una casa antigua, encendiendo fuego. Y mi madre... que no era mi madre... se acercaba.

El doctor Ren escuchó. No preguntó más. Solo dio su diagnóstico.

—Podría ser un Lucid Dream.

Botpleng se sorprendió.

No entendía.

El doctor explicó: —Un sueño lúcido. Muy real. Pero como tienes amnesia, puede confundirte. Según la ciencia, soñar así con frecuencia afecta la calidad del sueño. Puede ser peligroso a largo plazo. Te recetaré algo.

El doctor salió. La abuela lo siguió. Botpleng se quedó solo. Confundido.

—¿Lucid Dream?

La verdadera jefa del doctor, la que pagaba su sueldo, preguntó cuando ya estaban lejos de la habitación.

El rostro del doctor se tensó. Respondió con sinceridad.

—No lo es.

Khun Ying lo sabía. Dejó que el doctor explicara.

—Un Lucid Dream es cuando el soñador sabe que está soñando. Como si no viviera la escena, sino que la observara. Ve todo como espectador. Pero no puede controlar nada.

—Pero en el sueño de Botpleng él era el Experiencing Man.

—Así es, señora —respondió el doctor Ren. Khun Ying Ketsara lo miró fijamente, con esa expresión que usaba para exigir respuestas.



—Parece que los recuerdos de Botpleng están empezando a regresar —dijo la doctora.

En el rostro de la anciana no había ni un atisbo de temor.

Solo firmeza.

—¿Es así? Entonces ya es hora de que esos recuerdos regresen.

Poco después, el doctor Ren volvió a la habitación con un somnífero. Esperó a que Botpleng lo tomara.

Y luego esperó. Esperó hasta casi el amanecer para aplicar su propio método. Uno que había postergado demasiado.

En la oficina de Newsday Deeply

Muenmai, el apuesto jefe, trabajaba con mal humor. No veía a su mejor amigo, ese que solo lo consideraba amigo. Y pensaba que estaría feliz con el hombre que había elegido.

Tenía que concentrarse.

Era la única forma de calmar su frustración. Pero entonces, su asistente entró con una noticia que lo hizo enfadarse aún más.

—Hay alguien que quiere verte, jefe.

O lo dijo con tono relajado.

Muenmai sospechó que no era un visitante nuevo. Pero si no lo era ¿por qué no decía su nombre?

—¿Quién?

Levantó la vista. Y vio a una mujer hermosa aparecer detrás de su asistente corpulento.

—Hola. Vengo a hacer una entrevista —dijo con voz dulce y mirada traviesa.

Muenmai la reconoció. Y se irritó aún más. Se levantó de golpe, como si fuera a confrontarla. Pero Jennaree no mostró ni un poco de miedo.



Jennaree entró con paso relajado. No le afectaba el mal humor de Muenmai. Lo conocía bastante bien desde que él fingió una entrevista para investigar a su familia, la siguió al gimnasio, y hasta al hospital.

Era impulsivo, pero tierno. Se enfadaba fácil, pero era paciente. Parecía fuerte, pero en el fondo era tímido.

Jennaree siempre había visto su lado adorable. Por eso decidió que le gustaba. Y que quería conquistarlo.

Hoy venía a recordarle que estaba con el corazón roto. Para que, al menos, la mirara.

El camarero llegó con ellos.

Jennaree pidió por ambos.

—¿Tienen jugo de centella asiática?

Muenmai la miró con recelo. Pero ella se rió, divertida por su reacción.

—La última vez no pediste eso. ¿Hay algún mensaje oculto?

—Es para medir cuánto has superado tu ruptura.

Muenmai cerró el menú de golpe.

Y pidió directamente:

—Dos cold brew. Nada más.

El camarero se relajó. Se inclinó y se fue.

—Recuerdo que pediste lo mismo la vez pasada. Ya está. Dime qué quieres.

Eso la hizo sonreír. No con coquetería, sino con felicidad sincera.



—Ya te dije que vine a ver cómo estás. Estás tan dolido que solo trabajas. Y tu amigo no tiene tiempo para estar con mi hermano.

Jennaree no bromeaba. Hablaba en serio.

En los últimos días, Thakhun había estado en Bangkok, y se quejaba dos veces al día: por la mañana y por la noche. Incluso cuando comían juntos, decía que Botpleng trabajaba tanto que no respondía mensajes y no lo dejaba ir a verlo.

Jennaree, que no era de esperar, decidió venir a hablar con Muenmai directamente.

—¿Qué trabajo le diste?

Muenmai se mostró confundido.

—Thakhun dijo que Botpleng no lo dejaba ir a verlo. Que estaba ocupado con trabajo. ¿No es por ti? Botpleng solo trabaja contigo.

Muenmai se sorprendió aún más.

—¿Yo? Si él pidió licencia para investigar lo de Thanphop.

Jennaree se extrañó.

—Y yo le escribí, pero no me responde desde hace tres días. Pensé que estaba con tu hermano.

—No. Tampoco responde los mensajes de Thakhun desde hace tres días.

Jennaree y Muenmai se miraron a los ojos mientras el mismo camarero de antes servía el café rápidamente, y ya podía ver que el ambiente de bromas y juegos en esa mesa había cambiado.

Al enterarse de que Botpleng no estaba obsesionado con el trabajo en la oficina y que no tenía ninguna misión asignada por Muenmai como había afirmado, Tankhun ya no pudo mantenerse tranquilo.

Pidió a su hermana que lo llevara en coche hasta la casa de Botpleng, estacionando en una zona justo antes del ángulo desde el que se podía ver desde la terraza.

—¿En serio, hermano Tankhun?



Jennaree preguntó para confirmar la decisión de su hermano una vez más.

Tankhun asintió.

—No hay otra opción.

Tankhun reafirmó su decisión y bajó del coche rápidamente.

Jennaree observó a su hermano, que ni siquiera se había quitado el yeso, caminar por la oscuridad hacia la casa de Botpleng.

En realidad, antes de ir a ver a Botpleng según el correo electrónico, había enviado a alguien a buscarlo, el amante de su hermano menor, que ya había estado observando el lugar, pero no sabía cómo acercarse a Botpleng ni en qué calidad hacerlo.

Por eso, entrar furtivamente allí se hizo con una base de datos que facilitó el acceso sin demasiadas dificultades.

Aquella señora afirmaba tener muchos policías respetables a su alrededor para intimidarlo, pero él había investigado y sabía que, una vez que se extinguió la generación de discípulos del esposo policía de la señora, ese lugar fue abandonado por el respeto y la memoria.

No tenía un cerco tan intimidante como para temerle.

Si Keetkarn había recurrido a alguien fuera de la ley como Tanu, no era algo que él considerara extraño.

Tankhun entró furtivamente en la casa de Botpleng sin dificultad. Vio que la gran casa estaba a oscuras, con solo unas pocas luces encendidas.

Además de saber que no había seguridad, también sabía que las empleadas domésticas y enfermeras eran contratadas por día, trabajando solo en horario diurno.

En toda la casa solo estaban Khun Ying Ketsara y Botpleng.

Y...



El sonido de Canon in D tocado en violín provenía de una habitación.

Tankhun caminó guiado por su memoria, sabiendo bien dónde estaba la habitación de Botpleng, pero curiosamente el camino lo acercaba más al sonido del violín.

Tal como había supuesto, el sonido venía de la habitación de Botpleng, que ni siquiera había cerrado con llave.

Tankhun entró en la habitación de Botpleng con una facilidad preocupante. Lo vio dormir profundamente, seguro, y se sintió aliviado.

Pero en el fondo, algo le parecía extraño, tanto que decidió despertarlo para asegurarse de que realmente estuviera bien.

—Botpleng.

Tankhun lo llamó en voz alta, y con solo una llamada, Botpleng abrió los ojos, quizás porque no estaba profundamente dormido.

El rostro de Botpleng mostraba confusión al ver a Tankhun. Tankhun no esperaba que la primera palabra que escucharía al ser visto fuera esta:

Botpleng lo miró y dijo:

—¿Quién?

—Soy Tankhun, tu amante.

Tankhun miró fijamente los ojos de Botpleng, intentando refrescar su memoria, mientras en su interior sentía que ya no era lo mismo.

Por suerte, parecía que Botpleng recordaría pronto, aunque no reaccionaba como antes. La confusión hizo que Tankhun pudiera llevarlo a su propio apartamento sin dificultad.

Esperó a que Botpleng recuperara la lucidez y pidió a Jennaree que hiciera una evaluación preliminar de su estado.



Jennaree pasó mucho tiempo en la habitación con Botpleng antes de salir a ver a su hermano, que esperaba afuera.

—Ahora todo está normal. Botpleng pidió llamar a su abuela para decirle que está aquí, así no habrá problemas.

—¿Normal? Pero Botpleng actúa como si no recordara nada.

—Mira, hermano Tankhun, el cerebro humano tiene una estructura compleja. Botpleng tiene amnesia por un accidente de hace años, lo que puede haber dejado secuelas crónicas u otros factores que impiden que la memoria regrese. En términos simples, si el cerebro normalmente funciona al 100%, ahora el de Botpleng podría estar funcionando al 80%. Entonces, si duerme poco o hay otros factores de estrés, puede haber alteraciones temporales.

Jennaree explicó con calma, pero no logró aliviar la preocupación de Tankhun.

—Si olvidar fuera normal, lo de no poder contactarlo no debería serlo, ¿no?

Jennaree suspiró, sabiendo que su hermano estaba inquieto, y esperó hasta que Botpleng salió de la habitación para reunirse con los dos hermanos.

Desde su lado, Botpleng acarició suavemente la nuca de Tankhun para calmarlo antes de hablar:

—Mi abuela quería que me fuera al extranjero, pero yo no quise. Discutimos. Tomé pastillas para dormir. Después de eso, dormía y despertaba soñando con mi infancia.

Jennaree, al escuchar más información, comenzó a sospechar de algo.

—¿Dormías y despertabas...? ¿Y recuerdas cuándo te despertabas?

—No lo sé. Hubo momentos en que desperté, pero todo estaba borroso.

—¿Y qué medicamento tomaste?

—No lo sé. Solo sé que me daba mucho sueño.

—¿Viste al doctor?



—El primer día que volví a casa, de repente el doctor Ren vino a verme.

—¿A qué hora?

—Ya era tarde. Por la mañana me sentía extraño. Mi abuela me dijo que me fuera al extranjero. Yo le dije que no. Después de eso me sentí mareado, confuso.

La expresión de Jennaree cambió, tanto que Tankhun tuvo que preguntar.

—¿Jennaree, estás sospechando algo?

Jennaree pensó un momento, tratando de ordenar sus palabras antes de responderle a su hermano, sabiendo que Botpleng también escucharía.

—Parece parte de un método de hipnosis.

Botpleng y Tankhun se quedaron atónitos.

Pero como era un tratamiento bajo supervisión familiar, Jennaree siguió pensando, buscando posibilidades.

—A veces se usa para ayudar a recuperar recuerdos del pasado.

Pero Tankhun y Botpleng sabían que no era eso. Ya habían pensado que la familia de Botpleng quizás no quería que él recordara.

—¿Y si no es para recordar, para qué se usaría la hipnosis?

Botpleng preguntó con miedo... mucho miedo. Miedo de lo que su familia podría estar haciéndole.

—Para olvidar...

La respuesta, como hipótesis de Jennaree, pareció aclarar algo dentro de Botpleng y Tankhun.

¿Por qué Botpleng había tenido amnesia por tanto tiempo?

¿Por qué había olvidado a Thanphop?

¿Y había más?



¿Más que solo Thanphop, que Botpleng había sido obligado a olvidar?

—Esos recuerdos perdidos... ¿qué tan importantes deben ser?

Botpleng lo dijo en voz baja... no como una pregunta, sino como un pensamiento. Y todos pensaban lo mismo.

El silencio por un momento hizo que Botpleng se sintiera perdido, hasta que se volvió hacia Tankhun.

Conectando todo.

Por supuesto, Tankhun, con más experiencia que los demás en todos los aspectos, estaba pensando: Todos los casos de asesinato tienen a Botpleng como punto de conexión...

Tanu no hizo daño a Botpleng...

Botpleng fue obligado a olvidar a Thanphop...

La persona detrás de todo esto es la familia de Botpleng.

Tankhun miró a Botpleng, con una mirada profunda y misteriosa, antes de decir una frase que reafirmaba el pensamiento de Botpleng:

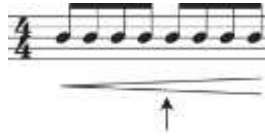
—Botpleng debería ir al extranjero.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 17

CRESCENDO

Indica un aumento gradual en la dinámica (el volumen) de la música. Cuando aparece este símbolo, significa que el intérprete debe tocar con mayor intensidad.



Tankhun no compró una casa en Bangkok, pero alquiló un condominio tipo apartotel en el centro de la ciudad. El interior tenía espacios separados: sala común, cocina, baño. Era un apartamento mediano, sencillo, sin decoración especial. Incluso el baño solo tenía una ducha común, con un panel de vidrio a la mitad para separar la zona seca de la húmeda.

Tankhun, aún con el brazo enyesado, estaba sentado en una silla baja, reclinándose contra la silla alta donde Botpleng estaba sentado, lavándole el cabello.

—¿Crees que debería ir a Inglaterra?

—¿No quería tu abuela que fueras a Singapur? ¿Por qué tan lejos?

Botpleng le lavaba el cabello con suavidad, pero no respondió.

—¿Quieres ir a ver a Thanphop?

Tankhun intentó adivinar, deseando estar equivocado.

Botpleng respondió rápido:

—Eres tú quien quiere ir.

—Tú también viviste allá, ¿no?

Tankhun sonrió levemente, tomó el brazo de Botpleng, lo acercó más allá del champú hasta su antebrazo blanco, y lo acarició suavemente en señal de agradecimiento.

Botpleng sonrió con ternura, retiró el brazo lentamente para enjuagar el champú.

—Tienes el cabello muy suave.

—Siempre voy a la peluquería. Usan lo que sea que usen ahí.

—¿Y por qué tienes tanto champú, tratamientos y productos si vas a la peluquería?



—Porque fui a recogerte.

Botpleng sonrió al escucharlo y bromeó:

—¿Me recogiste para lavarte el cabello? Hubiera sido más cómodo ir a la peluquería. Tu baño no está hecho para esto.

Tankhun tomó ambos brazos de Botpleng y los rodeó alrededor de su cuello.

—Claro que sí porque ahora mi casa te tiene a ti. Y además, no quiero dejarte solo.

Botpleng sonrió feliz.

Le encantaban esas palabras dulces.

—Ahora entiendo por qué Thanphop quería ser tú. Tu corazón es grande y cálido.

—¿Vas a hacerte pasar por mí también? No, por favor.

Tankhun fingió preocupación, y Botpleng soltó una carcajada.

—No, solo quiero estar dentro de ti.

El champú ya había sido enjuagado.

Botpleng aún no había aplicado acondicionador.

Tankhun volvió a jalar sus brazos, acercándolo hasta que su rostro quedó junto al suyo, y le dio un beso en la mejilla, profundo y lleno de ternura.

—Ya estás dentro de mí.

Botpleng se sonrojó intensamente, se apartó y le despeinó el cabello con la mano.

Tankhun se levantó de golpe, se lanzó sobre él y volvió a besarle la mejilla sin rendirse.

Las risas resonaron en el pequeño baño, risas que ninguno de los dos pensó que podrían compartir alguna vez.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Botpleng dejó que Tankhun descansara en la habitación, mientras él preparaba una comida sencilla para seguir disfrutando de ese momento juntos. Cuando terminó, lo llamó para cenar.

Tankhun salió como si hubiera estado esperando ese momento. Vio la mesa llena de platos tailandeses sencillos: nam phrik, verduras hervidas, pescado frito, huevos cocidos, curry ácido, sopa clara.

—Vamos a comer.

—Cocinas muy bien.

Tankhun parecía halagarlo, pero su rostro mostraba sorpresa.

Cada plato era comida tradicional tailandesa, hecha con habilidad, no solo con intención.

—¿Lo crees? Al principio ni siquiera recordaba que sabía cocinar. Pero tenía antojo, así que lo intenté y resultó que sí podía. Solo cocino cuando estoy con amigos. En casa, mi madre no me dejaba cocinar.

Tankhun sirvió arroz para Botpleng y luego para sí mismo. Se sentaron a comer. Tankhun compartió un recuerdo que había escuchado de Thanphop.

—Thanphop decía que no te gustaban las verduras, igual que a él. Él no las comía porque le daba flojera masticar. Tú, porque te sabían amargas.

Botpleng lo escuchaba mientras servía vegetales salteados con sal, preparados a su gusto, primero para Tankhun, luego para sí mismo.

—No sé ahora me gusta masticarlas. Y también su sabor.

Tankhun aún no había probado nada. Observaba a Botpleng comer con gusto, con una mirada suave y tranquila, tanto que Botpleng se sintió tímido y curioso.

—¿Pasa algo?

—Estoy memorizando a este Botpleng. Te gusta comer verduras, sabes encender fuego, te gusta el té verde pero no puedes oír las hojas como si fueran música.



¿Memorizarme?, pensó Botpleng.

Claro Tankhun no sabía cuánto tiempo estaría lejos.

—¿Tienes miedo de olvidarme?

Botpleng le sonrió como diciendo “no pasa nada”, pero sus ojos no sonreían.

Tankhun lo sintió.

Lo atrajo hacia sí y lo besó suavemente, saboreando el dulzor de las verduras en su boca, más dulce que en el plato.

—Las verduras no están amargas en absoluto. No te voy a olvidar.

Botpleng bajó la sonrisa después de que Tankhun se apartara del beso, antes de ser él quien lo atrajera para besarlo otra vez, para compartir juntos el sabor amargo que llevaba en el corazón.

Al día siguiente, Tankhun y Botpleng fueron al hospital para que Tankhun pudiera quitarse el yeso blando, lo que significaba que a partir de ahora podría hacer muchas cosas con mayor facilidad. Ambos esperaban su turno frente a la sala de procedimientos. Botpleng estaba sentado al lado de Tankhun, que aún llevaba el yeso, y escribía con un bolígrafo sobre él con mucha concentración.

Tankhun lo miraba con ternura.

—¿Por qué escribes ahora que ya lo van a quitar?

Botpleng sonrió ampliamente, levantó el rostro y respondió:

—Precisamente porque lo van a quitar. Si lo hubiera escrito antes, la tinta se habría filtrado, y eso podría dañar el vendaje, causar infección.

—Entendido... ya entendí.

Tankhun se rió suavemente, enternecido por Botpleng.

Botpleng siguió escribiendo un poco más hasta terminar. Tankhun intentó leer, pero era difícil de descifrar, y Botpleng le dijo que no lo leyera aún.



Jugaron un poco, se lo quitó de las manos, hasta que llamaron a Tankhun para quitarle el yeso. Botpleng lo animó a entrar. Lo miró hasta que desapareció de su vista.

Entonces se levantó. No pensaba huir, ni quedarse esperando, pero tampoco podía quedarse allí.

—Adiós.

Botpleng lo dijo en voz baja, y salió del hospital, alejándose de Tankhun lentamente, con un destino en mente que no era ni Inglaterra ni Singapur, sino la verdad. Eso era lo único que quería alcanzar.

Tankhun, esperando que le quitaran el yeso, sintió un vacío repentino en el pecho. No sabía si era por el café fuerte de la nueva cafetería del hospital, pero al ver a la enfermera que estaba por retirarle el vendaje, recordó algo que quería hacer.

—Un momento, ¿podría tomarle una foto al yeso? Quiero ver qué escribió. Le entregó su teléfono a la enfermera. Ella tomó la foto y se lo devolvió.

Tankhun la miró mientras le retiraban el yeso.

En el yeso, escrito con la letra de Botpleng, decía: “Buena suerte. Te amo. Adiós.”

Tres palabras que le hicieron entender claramente el vacío que había sentido Y no tardó en confirmarlo.

Recibió un mensaje de Botpleng en su teléfono, con el mismo contenido que había escrito en el yeso: Adiós. Ya no quiero ser el Botpleng de todos.

¿A dónde fue?

Tankhun miró el pasillo vacío frente a él. Podía imaginarlo. Pero si iba a seguirlo, ¿cómo hacerlo sin volver a herir ese corazón?

Esperó hasta el amanecer, cuando comenzó un nuevo día, y fue a pararse frente a la casa de descanso de Botpleng.



Algunos árboles estaban muertos, el polvo comenzaba a acumularse en varios rincones. La puerta, que debería estar bien cerrada, no tenía cerrojo.

Por suerte, la policía aún vigilaba discretamente. Y en realidad, Tankhun había pedido quedarse frente a la casa desde la noche anterior.

Solo esperaba que llegara la mañana, que todo se alineara, para poder aclarar las cosas con la persona que amaba.

Pero al entrar en la casa, encontró el diario de Botpleng abierto, dejado sobre la silla del piano.

Tankhun se acercó, lo tomó, quería saber en qué escena se había quedado pensando Botpleng. Pero entonces, una voz familiar lo detuvo:

—Déjalo.

Tankhun no se giró de inmediato. Dejó el diario en su lugar, y se dio vuelta lentamente.

—¿Por qué no cerraste bien la casa? La voz del joven era suave, tierna, para mostrar que estaba preocupado, no para reprochar.

Los ojos de Botpleng temblaban visiblemente. Permitió que Tankhun se acercara, pero retrocedió, como alguien que no estaba listo para enfrentar.

Tankhun se detuvo.

No quería perseguirlo ni acorralarlo. Había venido no para controlar, sino para decirle cómo quería estar en su vida.

—Es la segunda vez que entras a mi casa sin permiso.

Botpleng no respondió. Pero lo reprochó con una frase que mostraba claramente que lo veía como un extraño.

—Ambas veces fueron por ti. Lo que Tankhun respondió solo transmitía su deseo de que Botpleng se sintiera seguro.

—Si fue por mí entonces he decidido no volver a verte. ¿No puedes hacer eso por mí?



—No puedo si no sé la verdadera razón. ¿Tú no quieres verme?

—¿Por qué yo otra vez, Botpleng?

Botpleng guardó silencio. Sus ojos temblaban, su cuerpo también. Las lágrimas asomaban.

La razón por la que no quería ver a Tankhun era porque él ya no era ese Botpleng. El que Tankhun podría amar.

—Porque yo no soy esa persona. No soy el Botpleng que come verduras, que olvidó a Thanphop... y que te ama.

Botpleng dijo lo que llevaba en el corazón desde que supo que su madre y su abuela lo habían hipnotizado para olvidar a Thanphop.

Desde entonces, dudaba de su propia identidad.

¿Quién era él realmente? ¿El que había sido moldeado por el olvido? ¿El que amaba a Tankhun solo porque había olvidado a Thanphop? Y... ¿era el Botpleng relacionado con un asesinato?

Ese pensamiento le dolía. Cada palabra que decía estaba llena de sufrimiento.

—No es solo que no podamos amarnos. Es que... ¿cómo puedo vivir si tengo que esconder mi verdadero yo? No recuerdo nada de lo que pasó. Las lágrimas de Botpleng brotaron sin control.

Sí, si tenía que olvidar para amar a Tankhun, entonces tendría que esconderse para siempre.

Pero si recordaba... ¿sería Tankhun a quien tendría que olvidar? ¿Sería imposible amarse?

Tankhun lo miró.

Su corazón dolía igual. Lo entendía. Hasta ahora, solo había pensado en proteger a Botpleng. Como lo hacía Khun Ying Ketsara.

Porque lo amaba.



Pero había olvidado que lo que Botpleng necesitaba proteger era su corazón. Su alma perdida en la oscuridad.

—Lo siento. Ahora lo entiendo. ¿Puedo ayudarte a recordar?

Botpleng contuvo el llanto. Lo miró sin entender.

Si Tankhun lo ayudaba a recordar ¿qué pasaría con el caso? ¿Y con su amor?

—No importa lo que recuerdes. Yo estaré contigo.

¿De verdad?, pensó Botpleng.

Pero no era tan simple. El caso no tenía solo dos víctimas. También estaba Thanphop. Y la verdad sobre Tanu que nunca hablaron.

Botpleng no creía que Tankhun no sospechara. Pero si Tankhun no lo decía él debía hacerlo. Porque al final, su despedida también era por amor. Por proteger a Tankhun.

—¿Y si fui yo quien mató a Thanphop? ¿Si fui yo quien mató a tu hermano? ¿Qué harías?

Las lágrimas de Botpleng cayeron como estrellas que se desprenden del cielo. Como lluvia que atraviesa la tormenta. La verdad que debía encontrar en sus recuerdos podía significar que él había matado a Thanphop.

Botpleng lo pensó con cuidado. Analizó las pruebas. Su padre había cometido fraude con energía eólica.

Thanphop, al volver a la casa de descanso, podía haber descubierto algo por accidente, quizás por el joven que cuidaba la casa. Y entonces Botpleng lo mató.

Cuando la inspectora Dao encontró el cuerpo, comenzó la investigación. Ese joven quizás quiso revelar la verdad. Por eso envió el diario a la oficina. No quería que la abuela lo supiera.

Pero ella lo supo. Y mandó eliminar a los involucrados. Creó la historia del asesino serial para que no se conectara con el caso del padre. Incluso el primer ataque contra Botpleng fue para alejarlo del caso.



Sí todo fue para protegerlo. Incluso hacerle olvidar todo.

Tankhun lo miró. No sabía qué decirle a alguien con el corazón roto. No creía que Botpleng fuera culpable. Pero decirlo ahora solo haría que Botpleng pensara que él negaba la verdad. Y lo alejaría.

Botpleng vio que Tankhun guardaba silencio. Pensó que ya había entendido que su amor era imposible.

Sin fuerzas para huir, se dejó caer al suelo, llorando.

Pero entonces, Tankhun se acercó lentamente. Lo abrazó con ternura. Y respondió con firmeza:

—Te abrazaré así. Y haré todo lo que tú decidas.

Botpleng se aferró a sus brazos, se acurrucó en su pecho fuerte, buscando refugio.

—Si quieres recordar te ayudaré a hacerlo. Y si al recordar me olvidas, yo te recordaré. No importa lo que haya en tus recuerdos perdidos. Yo te amaré en el pasado, el presente y el futuro.

Las palabras de Tankhun atravesaron el corazón de Botpleng. Porque él no quería recordar. Pero tampoco podía vivir olvidando. Y si recordaba tenía miedo de perder ese amor. Pero al escuchar que Tankhun lo amaría igual se sintió abrazado otra vez.

Botpleng lo miró, intentó contener el llanto, quería decir muchas cosas pero no podía.

Tankhun no necesitaba que dijera nada. Le secó las lágrimas, y lo besó suavemente en los labios. Luego, lo besó otra vez.

—Amo a este Botpleng. No importa quién seas, ni qué recuerdos tengas.

Botpleng volvió a llorar, se lanzó a los brazos de su amado, sin querer separarse nunca más.

<<<<<>>>>>



CAPÍTULO 18

DAMP

Una indicación escrita con un círculo tachado con una X. Ordena detener la vibración del instrumento especificado.



Tankhun llevó a Botpleng de regreso a su casa de descanso, porque estaba en mejores condiciones para vivir que la casa de Botpleng, abandonada desde hacía tiempo.

Le limpió el rostro aún húmedo de lágrimas, pero seguía viéndose adorable. Le preparó una infusión de manzanilla con cariño, y lo abrazó hasta que Botpleng se acurrucó en su pecho. Hasta que se quedó dormido tan profundamente que ni siquiera sintió el beso en su mejilla, ni cuando Tankhun tomó su brazo y lo colocó sobre su propio cuerpo, ni cuando jugó con su mejilla con ternura.

No hubo reacción. Ni una mueca.

Tankhun supo entonces que no había dormido en toda la noche. Tan pequeño ¿cómo podía cargar con tanto peso?

Sabía que Botpleng era solo unos centímetros más bajo que él, pero a través del filtro de sus ojos, lo veía tan pequeño, tan adorable, que sentía que podía envolverlo entero en un solo abrazo.

Cuando se aseguró de que su corazón estaba en calma, y dormía profundamente, incluso cuando el sol ya cumplía su turno, Tankhun se levantó para seguir trabajando.

Un trabajo que consistía en seguir el hilo de la verdad, conectar pruebas, buscar posibilidades, todo lo que pudiera ayudar a que la memoria y la verdad de Botpleng salieran a la luz.

Estaba dispuesto a acompañarlo en cada dolor. Pero no podía alegrarse por su sufrimiento. Por eso haría todo lo posible para aliviarlo y dejarlo atrás.



Mientras la manzanilla ayudaba a Botpleng a dormir, el café negro mantenía a Tankhun despierto, concentrado en su análisis, con energía inagotable, si eso significaba terminar con el dolor de la persona que amaba.

Pero entonces, el sonido de un mensaje del pequeño gato que ocupaba su cama lo sacó de su concentración.

—¿Dónde estás?

—Trabajando, frente a la habitación. El mensaje fue leído, pero no hubo respuesta.

Ni por texto, ni por movimiento en la habitación.

—¿Quieres algo?

—Tú.

Solo esa palabra.

Tankhun cerró la laptop, la dejó sobre la silla que había arrastrado hasta la puerta, y entró de inmediato al dormitorio.

Allí encontró a Botpleng con los ojos cerrados, acurrucado como un gatito. Al acercarse, Botpleng abrió los ojos grandes y oscuros, mirándolo fijamente, como un gato curioso.

No había rastros de lágrimas.

Sus ojos no estaban hinchados.

Tankhun le había puesto compresas de hielo antes de dormir. Su rostro limpio y pálido tenía un leve rubor que se extendía hasta las orejas.

Adorable pero preocupante.

Tankhun le tocó el rostro, temiendo que ese rubor fuera fiebre. Botpleng se sobresaltó un poco, pero no se apartó. Comprendió que solo quería tomarle la temperatura.

—Estoy bien.



—Tu cara está roja.

Botpleng entendió de inmediato, y murmuró con voz baja:

—Es por ti no dejes de mirarme así.

Tankhun lo entendió. Sonrió con ternura al ver su expresión avergonzada.

—Solo estoy feliz de que hayas vuelto.

—¿Quién?

—La persona que amo.

Tankhun respondió con firmeza, sin desviar la mirada ni el gesto. Botpleng lo miró con sus grandes ojos, ya sin confusión ni tristeza, solo con esperanza.

—¿Dices que me amas?

—Sí.

El que antes dudaba fue quien se inclinó para besarlo. Un beso firme, profundo, con lengua, saboreando el café que aún quedaba en su boca.

Después de un momento, Tankhun lo apartó suavemente. Quería hablar, entender lo que estaba pasando.

—Te amo. Botpleng también lo dijo.

Tankhun se llenó de alegría. Y esos ojos grandes, esa boca pequeña, dijeron algo más que hizo que su corazón se desbordara.

—No sé qué pensaba el Botpleng que no perdió la memoria pero desde que te conocí, amo todo lo que haces por mí.

Botpleng tomó la mano de Tankhun y la colocó sobre su pecho, para que sintiera su corazón latiendo con fuerza.



Sabía que Tankhun podía leer su lenguaje corporal, pero quería que lo sintiera aún más profundo.

—No importa quién seas. Yo amo a este tú.

Tankhun besó suavemente su frente, inhaló el aroma de su cabello, ese perfume suave que lo hacía soñar de día y de noche.

—Sí... mi amor. Botpleng sonrió.

Sabía que Tankhun había entendido lo que quería decir.

—Solo dime qué es lo que deseas.

Los ojos de Thanakun eran dulces, tiernos y cálidos, reconfortantes. Pleng sostenía su gran mano cerca de la de ella, con una mirada cálida y serena; su lenguaje corporal, su mirada y sus palabras estaban perfectamente equilibradas.

«Quiero ser solo tuyo».

Entonces, el joven de rostro dulce besó suavemente la gran mano del joven criminólogo. Su gesto dulce y apasionado hizo que el corazón de la joven doctora latiera con fuerza, quizá incluso más que el de Pleng.

Tankun se quitó primero la camisa, observando la mirada frenética y enamorada de la persona que había depositado su corazón en la palma de su mano. Se preguntó cómo reaccionaría el ante su liberación. Sintió que sus ojos se llenaban de deseo, lo que avivaba aún más su corazón.

Quería amar con ternura.

Pero la pasión aceleró su ritmo, permitiéndole desnudar el cuerpo frente a él... tocar cada parte de él, recordar que las palabras de Pleng, «Quiero ser suyo», le pertenecían realmente.

Tankun desabotonó suavemente la camisa de Pleng, rozando con la mano su piel desnuda. Sintió el latido de su corazón en su pecho izquierdo. La frecuencia aumentaba con cada latido.

Su mano se deslizó desde su pecho, pasando por su punto de excitación, hasta su esbelto cuello, que acarició con una mano. Lo besó dulcemente, una vez más con los labios, y su lengua se



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

adentró profundamente, inhalando cada aroma y sabor, confirmando su promesa a Pleng. Solo dile lo que quieres.

Solo dile que quieres ser suyo... y él hará suyo a Pleng.

Mientras los labios de ThanKhun se aferraban al alma de Pleng, dejándolo respirar solo de vez en cuando, su mano desabotonó el pijama de su amante y rozó suavemente sus partes íntimas, permitiéndole acostumbrarse a la extraña sensación.

Pleng se estremecía cada vez que la mano grande se deslizaba a su lado, pero no tenía la lucidez suficiente para detenerse o resistirse. La boca de ThanKhun continuó estimulando y acariciando su rostro, cuello y torso. Pleng sintió calor por todo el cuerpo, sus piernas se retorcían, deseando liberar la tensión, pero solo podía moverse cuando el otro hombre lo guiaba.

De pronto, sintió la muñeca grande, la que Dei había lastimado al protegerse, aferrada a su muslo. De alguna manera, si se cubría, el dorso de su mano estaría cerca de la parte de su cuerpo que le daba vergüenza tocar.

Al abrir las piernas, se abrió un nuevo espacio para recibirlo.

Phleng no sabía qué hacer. Apartó la mirada, pero vio que ThanKhun la miraba con deseo, expresando una pasión ardiente, eligiéndolo a él.

ThanKhun la miró con súplica e interrogación. Phleng intentó interpretar esto mirando la mano de ThanKhun en el interior de su pierna, y encontró la parte íntima que Than Khun le había revelado intencionalmente. *"Quiero ser solo tuyo."*

Phleng comprendió el significado, respiró hondo, dejó que el oxígeno lo relajara y, tras permanecer allí tumbado un buen rato, absorbiendo la energía de ThanKhun, se entregó a la actividad.

Phleng sabía por su diario que no era la primera vez.

Pero con solo ese recuerdo, sabía que era la primera vez para todo.

De besar, De estar desnudo frente a alguien, De ver la desnudez de alguien.



Pero como era ThanKhun, Phleng se atrevió a extender la mano y tocar esa parte íntima, que por fuera parecía suave y flexible. Pero él se resistió, y con un ligero roce, la expresión de ThanKhun cambió de inmediato.

"Phleng..."

La llamó ThanKhun con un tono que intentaba sonar normal, pero Phleng presentía que algo no iba bien. No sabía qué hacer, así que solo tocó la parte íntima de Phleng cuando pudo obtener una respuesta que la explicara.

—Sí.

Thanakun, que estaba recostado de lado sobre Phleng con una mano y con la otra le sujetaba el muslo, se dejó caer contra el cuerpo de Phleng, presionando contra las manos blancas que acababan de descubrir su intimidad.

—No puedo...

Las palabras de Thankun sobresaltaron a Phleng. Jadeó, con la nariz y el rostro pegados al pecho de Phleng.

Phleng, temiendo haber hecho algo mal, se apartó de Thankun, se puso de pie y lo miró, recostado de lado, con la cara pegada al colchón, jadeando en busca de aire. Luego extendió la mano para agarrarlo de nuevo y comenzó a acariciarlo, lo que hizo que la expresión de Thanakun fuera aún más extraña.

—Échalo...

La voz de Thankun se apagó. Phleng, que se había ofrecido primero, estaba perdiendo la confianza, pero no quería dejar escapar la oportunidad. Se acercó más, agarrándolo con incertidumbre.

—Yo... nunca. Es decir, no lo recuerdo. ¿Puedes decirme dónde estás?

Tankun lo miró fijamente a los ojos, muy abiertos, y luego a sus partes íntimas. Sus manos se movían como buscando el camino al cielo. Inclínó la cabeza para mirar el dulce rostro que se acercaba, mientras sus manos se movían rápidamente.



La visión frente a él lo excitó al máximo, aunque intentó contenerse.

—Pleng... no puedo soportarlo.

Pleng quería preguntar qué pasaba, pero no sabía cómo, pues su torso aún se retorció. Así que se acercó más. De repente, su cabeza se tensó y se contrajo, antes de expulsar un chorro de líquido blanco que le salpicó la cara.

Pleng se quedó atónito. Comprendió a qué se refería ThanKhun con "no estás bien".

Se desplomó en la cama, avergonzado... mientras ThanKhun sentía, percibía y presenciaba lo que había hecho.

Llegó antes de que pudiera hacer nada. Aún más aterrador fue ver su rostro, mirándolo fijamente, perplejo. ThanKhun se tensó de nuevo.

"Eh..."

Pleng tragó saliva, sin saber qué hacer.

"Qué vergüenza", pensó ThanKhun, y se levantó sin decir nada.

El corazón de botpleng dio un vuelco. Las intensas emociones que lo habían estado despertando se congelaron de repente. Se preguntó qué había hecho mal. Sintió que el calor le subía aún más a la cara al darse cuenta de que ThanKhun se había ido a buscar una herramienta importante que llevaba consigo desde quién sabe cuándo.

ThanKhun miró fijamente a Pleng, con los ojos aún llenos de deseo, pero sus palabras lo acusaban como si él fuera el culpable.

"Tú me has puesto así, Pleng".

Pleng no sabía lo que estaba haciendo, pero sabía lo que Than iba a hacer. Than Khun dejó el tubo de lubricante sobre la cama. Usó un pañuelo de papel para limpiar la vergüenza del rostro de Pleng. Luego limpió el rastro de su primer contacto, dejando que la punta apuntara a la cara de Pleng.

Sacó otro condón y se lo puso sin dudarlo, aunque su rostro reflejaba que estaba a punto de perder el control.



Pleng sintió que las partes íntimas de ThanKhun se volvían más adorables cuando estaban envueltas en una barrera que las protegería. Olvidó que la barrera era una señal de su disposición a "rendirse" por completo a Pleng.

ThanKhun sostuvo el tubo de lubricante y se acercó a Pleng. Tomó una almohada y la acomodó, dejando que Pleng se recostara sobre su espalda. Se colocó a horcajadas sobre él, entre sus piernas, para besarlo apasionadamente, culpando al cuerpo de quien solo le había permitido el contacto despreocupado con él.

Lo besó de nuevo, profundizando el beso. Se lanzó hacia él, levantando las piernas para apoyarlas sobre la boca de ThanKhun, besándole todo el rostro. Pleng sintió una sensación fresca, un escozor contra su piel desnuda.

El contacto apasionado de sus labios regresó, pero esta vez acompañado por los movimientos rítmicos de sus fuertes dedos, masajeando su mitad inferior, haciéndole sentir un cosquilleo en el estómago.

Los pequeños movimientos circulares introdujeron lentamente sus fuertes dedos, expandiendo su entrada sin brusquedad. Pleng tenía miedo, pero avanzó, sin esquivarla.

De hecho, antes de enviarle el mensaje a Thanakun, había preparado su cuerpo en secreto mediante varias sesiones de autoestudio.

Porque el deseo de Pleng de ser Thanakun no era un pensamiento pasajero.

Thanakun movió sus dedos para expandir su entrada con calma, masajeando hasta que el cuerpo de Pleng se relajó, listo para fundirse con él. Introdujo ambos dedos por completo y vio cómo la expresión de su amante flaqueaba.

— Pleng... ¿estás bien?

Pleng cerró los ojos, murmurando un breve suspiro antes de asentir.

—Ven... ¿ya puedes ser mío?



Esas palabras desafiantes. Era difícil creer que provinieran del Botpleng que ThanKhun conocía, pero fueron las mismas palabras que lo hicieron decidirse a introducir lentamente su pene en la entrada bien preparada.

— Pleng...

Tan Khun gimió suavemente, encontrando la entrada difícil de mover debido a la tensión en su pene.

—Te amo, Pleng.

Las palabras se apagaron mientras intentaba moverse, pero con cada último empujón, el cuerpo de Song parecía relajarse, soportando el dolor.

"Te amo".

Plang habló de nuevo, sintiendo la dureza penetrar en su cuerpo más profundamente, hasta que empezó a dolerle. Le ordenó a su cuerpo que luchara. Luchar por ser del hombre que amaba.

"Te amo... ThanKhun..."

Al final Botpleng, ThanKhun, que le había entregado su corazón por completo a Pleng, finalmente le entregó su cuerpo.

Tan Khun jadeó, desplomándose contra el cuerpo blanco.

Plang también jadeaba, intentando respirar profundamente para relajar su cuerpo. Pero esto solo provocó un gemido en ThanKhun.

—No... Pleng.

No. Pleng solo respiró. No tenía ni idea de qué estaba haciendo para que Thankhun se quejara.

—¿Puedes quedarte quieto un momento? —preguntó Thankhun con voz tensa. —Voy a terminar.

Después de que Thankhun terminara de hablar, Pleng se puso tenso, sin saber qué hacer. Intentó respirar suavemente, evitando que sus cuerpos se movieran, estimulando así a Thankhun.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Pero entonces, la conexión persistente transformó gradualmente la sensación de ardor que Pleng había estado experimentando en una sensación de hormigueo, remolino e incomodidad. Podía sentir cómo sus partes íntimas se endurecían cada vez más.

Thankhun, recostado sobre Pleng, lo sintió. Se separó lentamente del cuerpo blanco, observando los cambios en su cuerpo. Pleng estaba tan avergonzado que tuvo que cubrirse la cara con las manos.

—Yo...

Pleng no sabía cómo describir su cuerpo. Lo sentía... ¿por detrás?

—Qué lindo.

La franqueza de Pleng hizo que Thankhun se relajara. Se apartó del rostro de Pleng. Sus ojos, llenos de deseo, compartían un amor y una fascinación.

—Gracias.

—Mmm.

Pleng lo entendió, lo aceptó, pero no pudo contenerse. Tuvo que dar una orden con voz temblorosa.

—¡Muévete! No puedo más.

Al oír eso, Thankhun no se molestó en bromear con él. Se acercó a Pleng. La indescriptible reacción de Pleng a su rostro le hizo querer mirarlo de nuevo, así que se apartó y volvió a acercarse.

Thankhun quería cerrar los ojos de placer, pero también quería contemplar su rostro, la dulzura que sentía. Decidió mantener la mirada fija en él, acercándose una y otra vez.

Al ver su rostro contorsionarse con una excitación electrizante, deseó más. Al ver sus ojos abrirse con una extraña sensación, deseó más.

Al oírlo gemir su nombre en su garganta, deseó oírlo en palabras.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Cuando esa voz lo llamó "ThanKhun", quiso dar la orden. El deseo, el anhelo de ver, de oír más, junto con la sensación de hormigueo, dicha y calor, guiaron las rápidas embestidas de ThanKhun hasta que finalmente eyaculó.

El cuerpo de ThanKhun se estremeció. Un líquido blanco y turbio brotó de nuevo. A pesar de la barrera protectora, liberarlo en el cuerpo de Pleng le produjo a ThanKhun una sensación de plenitud absoluta.

Y no olvidó atraer el cuerpo de Pleng hacia sí, moviéndose al ritmo de él, siguiéndose el uno al otro durante apenas unos segundos.

ThanKhun se abalanzó sobre Pleng de nuevo, decidido a no ceder hasta poder susurrarle al oído:

"Eres mío... Soy tuyo".

El exhausto Pleng miró al excitado Tankun, rozándole suavemente la nariz con el dedo, sin responder.

Su cuerpo había respondido claramente que lo que había dicho era cierto.

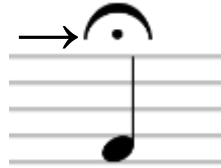




CAPÍTULO 19

FERMATA

Un símbolo musical que indica que una nota debe mantenerse hasta que el director indique continuar.



Botpleng volvió a soñar. Pero esta vez, el sueño fue más extraño que nunca. En medio de la emoción profunda que había vivido con Tankhun, la sensación de “la primera vez” emergió en el silencio, como una sombra difusa, sin resistencia, sin interrupción.

Cuando su cuerpo se tensó al máximo, y luego se liberó por completo, descansó profundamente.

Y entonces... ese “primera vez” se transformó en un sueño que jamás había tenido.

Ni siquiera algo parecido. En el sueño, Botpleng estaba perdido en un bosque profundo, con una atmósfera sombría, gris, aterradora.

Buscaba una luz que lo guiara, pero escuchó una risa brillante desde otra dirección. Se giró hacia el sonido. No tenía miedo. Corrió hacia esa risa.

Vio la sombra de un joven alto que huía.

Botpleng lo siguió.

No veía el camino, pero sus pies corrían sin obstáculos. La luz parecía estar en su percepción visual. Corrió hasta quedar sin aliento y se detuvo. Sintió que alguien lo seguía.

Se giró.

La ropa era igual a la del joven que perseguía, pero el rostro...era el suyo.

—¿Quién eres?



Su propio rostro respondió con una mirada brillante, una expresión que ni siquiera recordaba haber tenido alguna vez.

Botpleng lo miró fijamente.

Leyó sus labios:

—Somos... Botpleng.

Esa respuesta le erizó la piel. Su cuerpo se tensó. Sintió escalofríos por todo el cuerpo. Ni siquiera sentía su respiración. El Botpleng sonriente se acercaba lentamente. Botpleng tenía miedo.

Miedo de sí mismo. Miedo de que esa boca pronunciara su nombre otra vez.

—Botpleng.

Pero esa voz era diferente. Y lo hizo darse cuenta de que no tenía los ojos abiertos. Estaba soñando.

La voz que lo llamó... era la de Tankhun. Y lo devolvió a la seguridad.

—Tankhun.

Botpleng vio la mirada preocupada de Tankhun. Lo llamó para confirmar que había vuelto. Y recibió un abrazo cálido, que lo consoló del sueño extraño.

El jengibre caliente por la mañana ayudó a calentar su cuerpo. Tankhun lo cuidó con esmero desde la tarde anterior, después de haberlo amado intensamente, como si quisiera borrar la vergüenza de la primera vez, dándole aún más placer.

Aunque despertó por un sueño extraño, Botpleng notó que su cuerpo estaba limpio, suavemente perfumado con crema hidratante. Una señal clara de que Tankhun lo había cuidado mientras dormía.

Quería ser de Tankhun, para confirmar las palabras que él le había dicho: que estaría a su lado, sin importar la verdad.

Y después de entregarse mutuamente, Botpleng sintió que Tankhun lo deseaba aún más. Como si estuviera hechizado por él.

Era deseo.

Era obsesión.

Pero nacida del amor. Y porque era amor... el amor funcionaba compartiendo el placer, el dolor, la angustia.

El sueño lo había asustado. Pero al despertar con Tankhun, ya no había nada que temer. Ni siquiera la prueba psicológica que haría solo.

Tankhun llamó a Jennaree, la hermana de Botpleng, para que viniera a la casa de descanso. Después de la prueba, Jennaree explicó los resultados frente a Botpleng, con Tankhun presente.

—En realidad, los sueños pueden surgir por muchos factores. Pero en tu caso, Botpleng, la prueba indica que tienes otra identidad. Está muy oculta. Sabemos que existe, pero no proporciona información...

—¿Por qué soy así? Botpleng preguntó sin entender. Nunca había tenido sueños así.

Jennaree vio su rostro preocupado. Intentó usar un tono suave para tranquilizarlo, pero sabía que los datos clínicos no se alivian solo con palabras. Al final, como doctora, tuvo que decir la verdad.

—Las personas con trastorno de identidad múltiple suelen haber sufrido traumas físicos o emocionales muy graves.

Botpleng pensó. Quizás fue cuando el albergue de trabajadores se incendió, y una viga cayó sobre su cabeza. No lo recordaba, pero su madre le había contado que ese fue el motivo por el que se mudaron de la casa de descanso en Korat a Bangkok con su abuela.

—O puede ser algo acumulado durante mucho tiempo, hasta que no podemos soportarlo, y creamos otra identidad para proteger a la original.

Botpleng pensó en el sueño. Empezaba a entender lo que Jennaree explicaba. Sentía compasión por ese otro Botpleng, que quizás él mismo había creado para soportar el dolor.

—Es un mecanismo de defensa del cerebro.

Botpleng parecía entender lo que ocurría dentro de él. Pero aún tenía preguntas.





—¿Cuál es mi verdadera identidad? ¿Yo... o esa otra dentro de mí? La pregunta hizo que Jennaree se detuviera.

—¿Estás seguro de que hay otra identidad?

Botpleng se quedó en silencio.

No sabía si había dicho demasiado, muy poco, o algo incorrecto. Pero Jennaree reafirmó lo que sabía, para que Botpleng no sintiera que debía ocultarlo.

—Si no fuera así no habrías preguntado cuál de los dos es el verdadero.

Botpleng parecía incómodo, como si le costara hablar. Porque lo que quería decir... tenía que ver con Tankhun. Y aunque Tankhun no sabía que se trataba de él, al ver su expresión, no quiso presionarlo.

—Si no quieres hablar todavía, está bien. Tankhun le tomó la mano. Y eso fue lo que hizo que Botpleng se decidiera a hablar.

—Lo de anoche contigo... sentí que fue mi primera vez. Estoy seguro de que nunca había estado con nadie así.

Jennaree y Tankhun se miraron, sorprendidos.

Ambos sabían cuán profundos había sido el vínculo entre Botpleng y Thanphop. Pero también sabían que el cuerpo y el instinto pueden engañar.

¿Y si la amnesia de Botpleng no era solo eso? ¿Y si realmente tenía un trastorno de identidad disociativa?

Tankhun acompañó a Jennaree hasta su coche, lista para regresar a Bangkok. Su expresión había cambiado. Ella, que siempre había apoyado la relación de su hermano con Botpleng, ahora estaba preocupada.

Después de hablar con Botpleng, después de que él le contara todo, incluso su miedo de que la identidad que había perdido fuera la del asesino de Thanphop,

“Trastorno de identidad disociativa (DID)”



—¿Estás seguro, hermano? ¿Y si Botpleng fue quien mató a Thanphop?

Tankhun negó con la cabeza.

—Imposible. Conozco bien a mi hermano. Thanphop jamás habría amado a alguien capaz de matar.

Jennaree pensó en ello. Sí, ella también conocía a Thanphop. Y sabía que nunca habría amado a un asesino.

Así que... la otra identidad de Botpleng, la que Thanphop amó, no podía ser la culpable. Pero había otra verdad que la inquietaba aún más: su propio hermano.

—¿Y si esa otra identidad es la verdadera? Entonces tu amor...nunca habría existido para él.

Tankhun se quedó en silencio. Eso era justo lo que también preocupaba a Botpleng. Pero la pregunta de su hermana solo reafirmó su respuesta interior. Pensó un momento. Y luego le dijo algo que la tranquilizó.

—Para mí, solo amar a Botpleng ya es suficiente.

Sus ojos brillaban. Jennaree podía jurar que nunca había visto a su hermano tan feliz. Si él no estaba preocupado, ella tampoco lo estaría. Lo apoyaría en todo.

Por eso, fue directamente a Newsday Deeply cuando supo por Muenmai que aún estaba en la oficina. En realidad, él ya había dejado ir a sus empleados, pero como editor y dueño, se quedó esperando a la psiquiatra.

Eran las ocho de la noche.

—Si vienes a verme tan seguido, voy a pensar que estás coqueteando conmigo.

Jennaree puso un paquete de fideos instantáneos frente a él, ignorando su comentario. Tenía algo más importante en mente.



—¿Puedes invitar a mi hermano a tu programa?

Muenmai la miró, confundido.

Sabía que se refería a Newsday Deeply Live, su programa de análisis y entrevistas sobre temas de actualidad. Pero no entendía por qué quería que Tankhun participara.

—Tankhun tiene una forma de hacer que el asesino se revele.

El rostro de Muenmai cambió de inmediato. Estaba emocionado. No lo ocultó.

—Entonces Botpleng podrá liberarse de todo esto.

Jennaree asintió.

Pero en el fondo... sintió un pequeño vacío. Una punzada de celos. Incluso ahora que Botpleng ya no era suyo, Muenmai seguía poniéndolo en primer lugar.

—Claro. Puede venir cuando quiera. Pero... ¿por qué viniste tú? ¿Dónde está Botpleng?

—Está con Tankhun, en Khao Yai.

Jennaree notó que Muenmai se quedó en silencio un segundo.

Luego cambió de tema.

—¿Solo por eso viniste?

Jennaree asintió.

—Vengo de Khao Yai. Pasaron muchas cosas. Quería contártelo.

—Entonces vamos a cenar.

Jennaree se detuvo. Lo miró con esperanza. Y Muenmai pareció entender.

—Vienes de lejos. Seguro no has comido nada.

—Estoy llena.

—Solo voy a buscar mi bolso.



Muenmai se apartó de la mesa donde conversaban, fue a buscar su bolso y regresó junto a Jennaree, llevando consigo la bolsa de fideos de Korat. Pero antes de que pudiera salir de la sala, Jennaree respondió a la pregunta que él nunca había hecho:

—Sí... te estoy cortejando.

Muenmai se detuvo en seco, sorprendido, y la miró.

—¿Aún quieres ir a cenar conmigo?

Él se quedó inmóvil, sin responder. Jennaree entendió que necesitaba tiempo, así que se adelantó. Pero apenas había dado unos pasos, Muenmai fue tras ella, casi corriendo.

—¿Vienes en mi coche?

—¿Qué?

—Para darte tiempo... para que me conquistes.

Jennaree se detuvo. Lo miró, queriendo asegurarse de que hablaba en serio. Muenmai sonrió levemente y levantó la bolsa de fideos.

—¿Y tú cuándo estás libre? Hazme pad mee Korat algún día.

Jennaree se quedó en silencio un instante. Procesó todo rápidamente y respondió sin dudar:

—Mañana.

En la oficina de espacio abierto, Muenmai fue apagando las luces antes de irse, mientras Jennaree caminaba a su lado.

A medida que el lugar se oscurecía, las pequeñas sonrisas de ambos hacían que el ambiente pareciera más luminoso que nunca. Y tal como Jennaree había ido a hablar con Muenmai,



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Tankhun también le explicó su plan a Botpleng: si lo que más le preocupaba era que su otra identidad pudiera ser el asesino, entonces la única forma de liberarlo de ese miedo era encontrar al verdadero culpable cuanto antes.

Tankhun había estudiado todas las pruebas. Estaba convencido de cómo atrapar al asesino. Botpleng estaba de acuerdo. Solo faltaba que la inspectora Dao, su única aliada en la policía, conociera el plan y colaborara.

—Voy a atraer a la polilla hacia el fuego. Así atraparé a Tanu... y al asesino.

—¿Aún crees que son personas distintas?

Dao preguntó, incrédula. Para ella, estaba claro que Tanu era el asesino. Solo faltaba descubrir quién lo había contratado.

En realidad, lo que Dao creía... era lo mismo que Botpleng sospechaba. Pero para Tankhun, aún no había pruebas suficientes para afirmar que Tanu actuaba solo.

—Hasta que no tenga pruebas más claras, no puedo asegurar que Tanu tenga un trastorno de identidad disociativa y haya hecho todo él solo.

—Justo. Continúa.

—Voy a encender una llama. Difundiremos la noticia de que Botpleng ya sabe quién es el asesino y que la policía está por arrestarlo. Tanu y el asesino se pondrán nerviosos y buscarán a Botpleng. Si Tanu fue contratado por Khun Ying Ketsara, vendrá a persuadirlo. Si no... vendrá a silenciarlo.

—¿Vas a usar a Botpleng como carnada? Dao repitió, sin poder creerlo.

Tankhun siempre había hecho todo por proteger a Botpleng, a veces incluso en exceso.

—Ajá. Tankhun respondió con naturalidad.

Dao dejó de revisar los análisis que él le había enviado y lo miró fijamente.

—No lo puedo creer. Es muy arriesgado.



—¿Quién dijo que dejaría que Botpleng corriera peligro? La firmeza en su voz hizo que Dao dudara aún más del plan.

El día de la grabación llegó rápidamente.

Tankhun se preparó con su guion, mientras Dao organizaba al equipo de seguridad alrededor del estudio, siguiendo el perfil del criminal: alguien que disfruta desafiar a la policía, como Tankhun había anticipado.

Botpleng observaba a Tankhun en la pantalla.

El presentador abrió el programa, y Tankhun estaba sentado a su lado. Su porte era sereno, atractivo, inteligente.

Botpleng no podía evitar sentirse orgulloso... pero también tenso. Sabía que todo era parte de un plan para atraer al asesino.

Tankhun también lo sabía. Confiaba en su estrategia, pero sentía el peso de la responsabilidad. Sabía que el riesgo era enorme, como Dao le había advertido:

—Si vas a engañar a todo el país con esto, el resultado debe ser la captura del culpable. Si no, tendrás que dejar el equipo de investigación. Perderás toda credibilidad para seguir trabajando con la policía.

Tankhun no temía perder su trabajo. Pero si el plan fallaba y lo apartaban del equipo proteger a Botpleng sería mucho más difícil. Por eso... no podía fallar.

—Se dice que el caso del asesino serial que metía los cuerpos en maletas perdió relevancia en los medios. ¿Es cierto, profesor Tankhun?

Después de presentarse y explicar el motivo de su participación, la presentadora comenzó con la pregunta que introducía el caso.

—Es cierto. La policía pidió colaboración a los medios para que la investigación avanzara sin obstáculos.

—Entonces, ¿el hecho de que usted esté aquí hoy significa que...?



—Sí. Ya sabemos quién es el asesino. Tankhun repitió las palabras de la presentadora y sonrió a la cámara con superioridad.

¿Superior a quién?

Al asesino que estrangulaba y descuartizaba a sus víctimas para meterlas en maletas.

Estaba seguro de que lo estaba viendo en ese momento. Fuera Tanu... o alguien más.

Tankhun contó mentalmente: uno, dos, tres.

Reforzó su frase para que quedara claro: estaba hablándole directamente a “él”.

—Sabemos quién es el asesino. Y ahora mismo... el asesino está viendo este programa.

El murmullo en el estudio se intensificó. Dao, que observaba desde la camioneta de vigilancia, sonrió. Nunca había visto a su amigo actuar así. Sentía que el operativo se volvía más emocionante.

—El profesor Tankhun actúa muy bien —comentó el teniente Nim.

Dao solo asintió, mientras revisaba los monitores alrededor del estudio. No había señales sospechosas aún, así que siguió observando y escuchando.

El ruido en el estudio bajó.

La presentadora, que sabía lo que estaba pasando, fingió curiosidad.

—¿Está aquí... o está viendo el programa en vivo?

El murmullo volvió a subir, pero se detuvo cuando Tankhun respondió de inmediato:

—El asesino es un cobarde. No se atrevería a venir aquí.

El joven doctor respondió con una risa suave, recostándose en su silla como si todo fuera un asunto menor.

—Eso tranquiliza un poco.

—Pero está pensando en cómo vengarse de mí.

El murmullo volvió a estallar.



—¿Y aun así decidió venir al programa?

—Sí. Estoy cansado de que le demos demasiada atención. Solo lo hace creerse un asesino brillante, al que todos temen, al que los medios no se atreven a mencionar. Pero en realidad... es solo un pobre tipo. Por eso quiero dar información correcta al público.

No era verdad.

Tankhun lo sabía.

La información que estaba dando era falsa. Por eso había hablado con Dao, para coordinar esta revelación falsa y atraer al verdadero asesino.

—¡Wow, qué fuerte! Deme un momento...

La presentadora se dirigió al público:

—Queridos espectadores, ahora mismo tenemos más de 120 mil vistas en vivo. Por favor, compartan, den “me gusta” y difundan esta transmisión. La información correcta sobre el asesino debe llegar a todos.

Tankhun esperaba con calma. Sabía que el asesino estaba viendo. El aumento de vistas y la viralización eran el estímulo perfecto para provocarlo.

—¿Y entonces, profesor?

La presentadora volvió a él. Esta vez, Tankhun miró directamente a la cámara, con una mirada desafiante.

—El asesino es un perdedor.

Dao observó a su amigo en la pantalla. Su expresión mostraba incomodidad. El teniente Nim lo notó.

—¿No está provocando demasiado al asesino? Podría reaccionar peor de lo que pensamos.



—Sí —respondió Dao, sin rodeos.

Volvió a revisar los monitores, especialmente los que mostraban a Tanu. Si aparecía aunque fuera una sombra estaba segura de que lo atraparía.

—El asesino es un jugador compulsivo, un perdedor con deudas millonarias. Mató por venganza a quienes jugaban en su misma red.

Tankhun seguía mintiendo con naturalidad, como alguien que había ensayado cada palabra.

—La policía no ha podido identificar a todos los que asistieron al mismo casino clandestino que el asesino. Por eso, vine a advertir a quienes estuvieron allí que se mantengan alerta y que contacten a la policía si necesitan protección.

—¿No teme que el asesino se dé cuenta y huya del país?

—No, en absoluto. El testigo que encontró el cuerpo ya ha identificado al asesino. Muy pronto lo atraparemos.

Tankhun seguía hablando con firmeza, desafiando. Mientras tanto, Botpleng, que veía el programa junto a Muenmai, sintió un escalofrío. Sintió que lo estaban señalando directamente.

—¿Qué tal? Se giró hacia su amigo, que lo observaba.

—¿Quieres volver a casa? Botpleng negó con la cabeza.

—Si me voy ahora, todo lo que hizo Tankhun no tendría sentido.

Muenmai asintió. Lo entendía perfectamente.

Si el asesino era alguien de la familia de Botpleng, como una de las hipótesis sugería, volver a casa podría evitar que el asesino se manifestara. La abuela podría hipnotizarlo de nuevo, hacerle olvidar o incluso forzarlo a revelar el plan.

—Entonces no tengas miedo. Yo estoy aquí. Botpleng negó otra vez.

—No le tengo miedo al asesino. Le tengo miedo a la verdad... esa que se acerca cada vez más.



Muenmai lo entendió aún mejor. Solo pudo darle una palmada en el hombro, para decirle que estaba con él. Y mientras tanto, pensaba... ¿habría alguna forma de ayudarlo más?

Tankhun fue a buscar a Botpleng justo después del programa. Ambos subieron al coche de la policía que los llevaría a casa. Durante el trayecto, Botpleng tomó el brazo de Tankhun y lo abrazó.

—**¿Tienes frío?** Tankhun preguntó con voz suave.

Botpleng negó con la cabeza.

—**¿Tienes miedo?** Volvió a preguntar.

Botpleng negó otra vez.

—**¿Te sientes mal?**

—**Ya basta.** Esta vez, Botpleng lo interrumpió, al ver que Tankhun se preparaba para revisarlo.

—**Solo quería mimarte un poco.**

Tankhun se quedó en silencio, y luego sonrió con ternura.

—**Qué tierno.**

—**Deja de estar tan enamorado.**

—**Escuché una vez que el amor está hecho para volverse loco.**

—**Pero no para arriesgar tu carrera de esta manera.** Esta vez, Botpleng lo regañó. Sabía bien cuánto arriesgaba Tankhun si no atrapaban al asesino.

—**Con solo ese gesto tuyo de hace un momento todo valió la pena.** Tankhun no era de palabras dulces, pero hablaba con sinceridad.

—**¿De verdad no tienes miedo?**

—**Muenmai me preguntó lo mismo. No tengo miedo. Si van a venir por mí, que vengan. Sea Tanu o quien sea. Yo también quiero que esto termine.**



Tankhun lo miró. Su expresión decidida le provocó una inquietud en el pecho.

A la mañana siguiente, Tankhun salió a trabajar como de costumbre. Le había dicho a Botpleng que habría dos policías vigilando la casa, para no levantar sospechas.

El asesino no se alarmaría por dos agentes. Además, probablemente conocía bien la zona, ya fuera el misterioso atacante... o Tanu.

Pero en realidad, había más agentes ocultos, listos para intervenir en cualquier momento.

Botpleng asintió. Lo entendía todo. Como había dicho, nunca tuvo miedo de enfrentarse al asesino. De hecho, deseaba que apareciera cuanto antes.

Tankhun salió según el plan. Pero en el fondo no podía evitar sentir miedo.

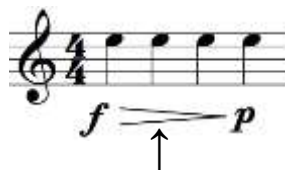
Porque cualquier cosa que pusiera en peligro a Botpleng lo aterraba.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 20

DECRESCENDO

El símbolo de decrescendo es lo contrario al crescendo: indica que el intérprete debe ir disminuyendo la intensidad poco a poco en la secuencia de notas.



Botpleng y Tankhun vivieron en paz durante varios días en la misma casa de descanso. Botpleng le dijo a su abuela que tenía que viajar por trabajo, pero en realidad se escondía en la casa de Tankhun.

Tankhun engañó a todos diciendo que Botpleng estaba aislado del asesino, cuando en verdad lo mantenía allí, convencido de que el culpable —alguien de la zona— acabaría encontrándolo y atacando. Sin embargo, desde que Tankhun apareció en el programa de televisión, el asesino se mostró paciente, sin atacar de inmediato.



Dao lo advirtió: no sabían si el asesino estaba fingiendo calma para hacerlos bajar la guardia, o si era más astuto de lo que pensaban, esperando que Tankhun quedara fuera del equipo de investigación.

Aun así, Tankhun consideraba que esos días tranquilos con Botpleng eran lo más valioso.

En un día festivo, sin clases ni trabajo con el equipo, Tankhun llevó a Botpleng a su propia casa de descanso para limpiarla juntos. Era uno de los pocos lugares que Botpleng recordaba con cariño.

—¿No tienes miedo de traerme aquí a limpiar la casa? —preguntó Tankhun mientras instalaba un sistema de riego automático en el jardín. Botpleng recogía ramas secas y las apilaba.

—Este lugar podría ser realmente mío. Solo hay que limpiarlo. Tankhun se quedó pensativo.

—¿Quieres mudarte aquí?

—Si fuera posible, sí. Aunque quiero estar cerca de mi madre, no me siento cómodo viviendo con mi abuela, que llevó al doctor para manipular mi memoria.

Al escucharlo, Tankhun quiso detener la limpieza de inmediato.

—Hay otro lugar donde nadie tocará tu mente.

—¿Dónde?

—Mi casa. Está limpia, sin polvo.

Botpleng sonrió y siguió ordenando las plantas.

—Tú mismo dijiste que esa es tu casa. Esta es la mía.

—Y si mi abuela está detrás de Tanu, debo traer a mi madre de vuelta aquí.

Botpleng habló con calma, y Tankhun quiso convencerse de que no era un deseo real de volver, sino una necesidad por su madre. Pero antes de preguntar, tuvo que seguirlo dentro de la casa.

Tankhun terminó de instalar el sistema de riego, ordenó todo y lo siguió.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Dentro, Botpleng colocaba los objetos en su lugar con concentración. Tankhun no quiso interrumpirlo, así que se sentó en el sofá, en un rincón desde donde podía observarlo.

Miraba sus brazos, sus piernas delgadas moviéndose con agilidad, sus manos blancas que manipulaban todo con destreza, su cuello que giraba suavemente.

De pronto, Tankhun sintió la garganta seca.

Recordó aquella noche... la noche en que exploró su cuerpo con detalle, cuando Botpleng necesitaba la confirmación de que lo amaría sin importar las circunstancias.

Después de esa noche, Botpleng parecía más fuerte, como si ya no necesitara consuelo. Tankhun no se atrevía a acercarse de nuevo, aunque en el fondo deseaba tocarlo como un amante.

—Lo que dijiste que en tu casa nadie haría nada con mi mente.

Botpleng lo sacó de sus pensamientos. Tankhun levantó la mirada y lo vio observándolo.

—Lo creo. Pero temo que alguien quiera hacer algo con mi cuerpo.

Tankhun se conmovió. Lo había descubierto. Su mirada lo había delatado. Y porque era su pareja, eligió decir algo que nunca había dicho a nadie.

—¿Y tú? ¿No quieres hacer nada con mi cuerpo?

—No.

Botpleng respondió rápido, conteniendo una sonrisa. No quería que Tankhun supiera cuánto lo desarmaba.

Pero olvidó que Tankhun era experto en leer el lenguaje corporal.

—Tu boca dice que no... pero tus ojos sonríen. Como si sí quisieras. Esta vez, Botpleng entendió que había dejado que Tankhun ganara demasiado terreno.

Botpleng dejó de ordenar la casa, caminó hacia Tankhun, que estaba recostado en el sofá, y lo miró con desafío.



—Deja de leer mi mente. Se acercó, apoyó una mano en el respaldo y se inclinó hacia él, mirándolo fijamente como si le diera una orden.

—¿Seguro que acertaste? Tankhun levantó el rostro para enfrentarlo, sus narices casi rozándose.

Pero Botpleng lo empujó suavemente hacia atrás y se inclinó como si fuera a abrazarlo. El corazón de Tankhun latía más fuerte que cuando analizaba pruebas de un caso. Pensó que pronto sentiría el aroma de su cabello negro bajo la nariz, pero no. Botpleng extendió la mano más allá de él, tomó algo de la mesa junto al sofá y se apartó, revelando que lo había engañado, provocando su corazón.

—Porque si aciertas yo haré lo contrario. Levantó las cejas con picardía.

Tankhun lo miró, deseando atraparlo, devorarlo entero. Y Botpleng lo sabía. El joven de mirada dulce se sentó apenas a un paso de distancia, desafiando su deseo, y abrió un estuche de violín. Era el violín de su padre, Petchklaa, marcado con un símbolo de diamante. Botpleng lo sacó y tocó las cuerdas flojas.

—¿Todavía sirve? Tankhun, intentando calmarse, preguntó.

—Sí, aunque está desafinado.

—Se puede arreglar.

Botpleng le entregó el violín. Tankhun ajustó las cuerdas y probó. El sonido volvió.

—¿Quieres escuchar algo?

Botpleng lo miraba, enamorado otra vez.

—Canon in D.

Tankhun no preguntó más. Comenzó a tocar con dedicación.

Pero mientras la melodía llenaba la sala, el rostro de Botpleng cambió: de la mirada enamorada pasó al vacío, hasta quedar sin expresión.



—Botpleng...

Tankhun detuvo la música.

Lo llamó, pero él seguía inmóvil, como hipnotizado. Lo sacudió suavemente.

—¿Estás bien? ¡Botpleng!

Finalmente, sus ojos volvieron. Miró a Tankhun, asustado.

—¿Me recuerdas, Botpleng?

—Mamá...

—¿Qué?

—Escuché a mi madre llamarme... cuando tocaste el violín.

Tankhun se quedó helado. Miró el instrumento, sintiendo algo extraño. En ese momento, el sonido de la lavadora terminando coincidió, como confirmando su intuición. Después, ambos sacaron las fundas de los muebles a secar afuera.

Botpleng seguía inquieto.

—Escuché a mi madre... y luego no oí nada más, hasta que me tocaste.

—Cuando vayamos a ver a Jennaree, tocaré el violín otra vez. Si pasa de nuevo, ella podrá ayudarte.

Antes de que Botpleng respondiera, el inspector Dao llamó a Tankhun.

—¿Qué ocurre, inspector? ... Está bien, voy enseguida.

Tankhun colgó, preocupado. Se volvió hacia Botpleng.

—Tengo un asunto urgente. ¿Puedes quedarte aquí?

—Por supuesto. Esta es mi casa. Tal vez, estando aquí más tiempo, recuerde más cosas.



Tankhun lo abrazó antes de irse. Botpleng lo miró con esperanza, aunque Tankhun se marchaba con inquietud. Y entonces... unos ojos observaban desde lejos. Vieron a Tankhun salir, dejando a Botpleng solo.

En la entrada de la casa, un hombre de mediana edad, con capucha negra, lo miraba.

Era Tanu.

Sabía que la policía seguía a Tankhun porque había aparecido otra maleta. Una maleta que él mismo había puesto como señuelo, para alejar a todos y acercarse a su verdadera víctima: Botpleng.

Esperó hasta el anochecer.

Cuando todo quedó en silencio y las luces se apagaron, entró furtivamente en la casa. Ya lo había hecho muchas veces. Conocía la casa desde joven. No era difícil llegar hasta la habitación donde Botpleng dormía.

Tanu tenía las llaves de todas las habitaciones.

Tanu abrió la cerradura de la habitación de Botpleng.

Vio su cuerpo recostado de lado. Avanzó hasta la cama, con el cuchillo firme en una mano, y con la otra lo giró para enfrentarlo.

Pero quien se volvió... fue Tankhun, apuntándole con una pistola.

—¡Tanu, estás arrestado!

Tanu quedó paralizado. No entendía en qué había fallado.

No tuvo tiempo de pensar: otros policías irrumpieron, revisando cada rincón. Él sabía que estaba solo.

—¡Suelta el arma y levanta las manos!

No tuvo opción. Dejó caer el cuchillo y levantó las manos.



Los agentes lo esposaron de inmediato. El inspector Dao apareció con precisión, y elogió a su compañero de clase en Inglaterra:

—Eres el número uno de la clase, de verdad.

Tankhun sonrió satisfecho, recordando el plan.

“Se han encontrado maletas idénticas en varios lugares”, le había dicho Dao por teléfono.

Tankhun actuó rápido: pidió que enviaran un coche lleno de policías armados, mientras otro vehículo llevaba a Botpleng a un lugar seguro.

Tankhun y Botpleng fingieron despedirse, para que Tanu no sospechara. En realidad, intercambiaron ropa: el que salió fue Botpleng, y Tankhun se quedó en la habitación, esperando la emboscada.

Como siempre había prometido: no dejaría que Botpleng corriera peligro.

—¿Y Botpleng? —preguntó Tankhun cuando todo terminó.

—Lo enviamos de vuelta a su casa —respondió Dao.

—¿Qué? Tankhun mostró disgusto.

Dao explicó:

—Su abuela lo ordenó.

Tankhun comprendió el poder que ella aún tenía, pero no aceptaría que Botpleng permaneciera en un lugar tan peligroso.

Envío un mensaje: “Todo está listo. Mañana iré por ti. Nos enfrentaremos a Tanu juntos.”

Rezaba para que llegara ese mañana.

Mientras tanto, Botpleng había sido devuelto a su casa contra su voluntad.

—¿Creías que podías engañarme? —dijo Khun Ying Ketsara.



Botpleng sabía que ella había descubierto su mentira sobre el viaje de trabajo.

—Disfrutas demasiado, aunque tu madre podría morir en cualquier momento. Botpleng se sintió sofocado.

No entendía por qué su abuela usaba la enfermedad de su madre como amenaza. Lo que lo aterraba era ella.

—¿O tu cerebro aún no funciona bien? ¿No recuerdas que tu madre está enferma?

—Lo sé. Y mi mente estaría mejor si nadie la manipulara.

Ketsara lo miró con desprecio, casi burlándose.

—Muy listo. ¿Y qué recuerdas ya?

—¿Por qué? ¿Si recuerdo, te incomodará?

—Tus recuerdos serán tu propia carga.

Era cierto. Ella era quien lo había hecho olvidar. Pero aun así era su abuela. Botpleng solo pensaba en sobrevivir esa noche. Mañana, Tankhun vendría por él. Pero al amanecer, cuando Tankhun llegó, descubrió algo inquietante.

—¡Tankhun! Llegas tarde, te esperé mucho.

Botpleng lo saludó con una voz demasiado alegre.

—Vine a la hora acordada.

—Entonces quizá te extrañé demasiado y todo me pareció lento. Sonrió demasiado.

—Hoy no eres como siempre.

—¿Cómo podría cambiar? Hola... soy yo, Botpleng.

Sonrió otra vez. Pero sus ojos estaban vacíos, como un muñeco programado.

Tankhun se estremeció. Botpleng levantó una caja de comida.



—¿Has comido? La sirvienta preparó sándwiches sin verduras, sin ese sabor amargo.

—¿Botpleng no come verduras?

—¿No lo sabías, Tankhun?

La pregunta inocente lo golpeó.

Y comprendió: El Botpleng que no comía verduras estaba regresando.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 21

FORTEPIANO

La indicación fortepiano ordena pasar de un sonido fuerte a uno suave de inmediato.

fp

Tankhun pidió a Botpleng que esperara, alegando que tenía una reunión en línea. En realidad, el joven salió al coche para hablar por teléfono con Jennaree.

Pensaba que solo pasaría a recoger a Botpleng un momento, así que dejó el coche frente a la casa, con la puerta abierta. Desde allí, vio a su amado tocando el piano, algo que normalmente no hacía.

Botpleng disfrutaba escuchar música, pero no tocarla. Ni el violín ni el piano. Sin embargo, ahora tocaba con una expresión de felicidad.

—Botpleng está raro... dice cosas que nunca decía, hace cosas que nunca hacía. Antes le gustaban las verduras, y ahora dice que no.

Jennaree, al otro lado de la línea, pensó con preocupación.

—Quizá sea por la confusión de la memoria... o algo que lo afectó.

—¿Y qué es?



—Con tan poca información no puedo decirlo. Tienes que averiguarlo poco a poco... o traerlo conmigo. ¿Tienes tiempo?

En ese instante, Tankhun vio a Khun Ying Ketsara acercarse a Botpleng, que seguía tocando el piano. Cortó la llamada de inmediato.

—Ahora no. Te llamaré luego.

Colgó y entró a la casa, con miedo. Miedo de perder a Botpleng.

Pero Ketsara no lo detuvo.

No prohibió que Botpleng se fuera con él. Su expresión era más relajada que nunca.

Tankhun se sorprendió: había calculado mal. Pero lo tomó como algo positivo: podía sacar a Botpleng de esa casa.

Lo llevó a Korat, para escuchar los resultados del interrogatorio a Tanu.

Aunque Botpleng parecía extraño, aún recordaba todo lo esencial: su relación, y el plan para atrapar al asesino.

—¿Las maletas no tenían cadáveres? ¿Solo eran señuelos para engañar a la policía?
Botpleng preguntó al ver a Dao.

La noche anterior había estado con su abuela, y no sabía los detalles. Dao asintió, sin explicar más.

—¿Y cómo sabes que no matará de verdad para usarlo como señuelo?

—El asesino siempre tuvo un objetivo claro. Y dejó pasar tiempo entre cada crimen. Eso significa que no mata con facilidad.

Tankhun explicó, antes de que Dao interviniera:

—Entonces mi hipótesis era correcta: solo Tanu está en el caso. Las muertes extrañas son por conflicto de personalidad.



—Supongo que sí.

Tankhun aceptó. Después de todo, solo Tanu había seguido el juego que él había preparado. No había otro asesino.

—¿Y el interrogatorio? ¿Qué dijo?

La pregunta cambió el rostro de Dao, poniéndola seria.

—Tanu dijo que no es asesino. Que entró en la casa de Botpleng solo para robar.

—¿Robar? ¿Y entrar directo a la habitación?

—Lo sé. Haré que el equipo lo presione más. Algo tendrá que soltar. Dao estaba decidida.

Pero Tankhun pensaba en otra cosa: aprovechar el estado actual de Botpleng, más alegre, sin miedo ni ansiedad.

—Entonces...

Dao lo miró, esperando que continuara. Vio que Tankhun observaba a Botpleng.

—Tanu entró buscando a Botpleng. Démosle lo que quiere.

Tankhun habló sin apartar la mirada. Botpleng entendió el gesto y las palabras.

—¿Se refiere a mí?

Tankhun no respondió. Miró a Dao, esperando su aprobación. Ella dudó, consciente de sus limitaciones legales. Finalmente, los condujo a la sala de interrogatorio.

—Ya lo dije todo. No tengo nada más que decir. Tanu habló apenas oyó la puerta abrirse.

—Bien. No quieres hablar conmigo. ¿Pero con él? ¿Quieres hablar con él? Dao abrió el camino.

Tanu miró sorprendido a quien entraba. Tankhun llevó a Botpleng a sentarse frente a él.

Tanu quedó en shock. Se agitó, nervioso.



Botpleng miró a Tankhun. Él le hizo una seña: “haz lo que hablamos”.

Botpleng miró a Tanu. Recordaba que antes había tenido ataques de pánico al verlo.

Pero ahora se sentía sereno. No tenía miedo. Ni siquiera lo reconocía.

—¿Por qué viniste a buscarme? ¿Qué quieres?

Tanu guardó silencio. Pero su mirada cambió al verlo.

—Me conoces, ¿verdad?

Tanu desvió la mirada. Siguió callado.

—Sé que trabajaste para mi madre. ¿Ella o mi abuela te mandaron a buscarme? Dímelo. No les diré que hablaste. Guardaré tu secreto.

Botpleng intentó negociar, pero la actitud serena de Tanu se transformó en dureza.

—¡Sal de aquí! ¡No te metas en esto! ¡Fuera!

El grito del trabajador de mediana edad resonó con violencia, arrancando parte de la conciencia de Botpleng.

El joven se quedó paralizado ante la fuerza de aquella voz.

Sintió que su mente trabajaba a toda velocidad, intentando romper las cadenas de recuerdos reprimidos. Tanu, aunque esposado a la silla, forcejeaba con furia. Tankhun y la inspectora Dao lo sujetaron, pero no pudieron detener sus gritos.

—¡Te dije que te largues! ¡No te metas conmigo! ¡Vete!

Tanu golpeó su cabeza contra la mesa. El estruendo hizo que todo quedara en silencio.

Botpleng lo vio levantar el rostro ensangrentado.

Esa imagen liberó recuerdos ocultos. Vio un rostro cubierto de sangre. Una pelea entre un hombre y una mujer adultos. Un joven empujado contra un armario metálico. Dos chicos huyendo de



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

un incendio. Él mismo cayendo al suelo mientras las llamas se acercaban. Y finalmente... Tanu arrastrándolo fuera del fuego.

¡Lo recordaba!

Tanu había sido quien lo salvó del incendio. Las imágenes lo golpearon con fuerza. El dolor de cabeza fue insoportable. Intentó huir, pero apenas dio un paso antes de desplomarse.

—¡Botpleng! —gritó Tankhun, sin soltar a Tanu.

Pero la caída del joven y la voz de Tankhun hicieron que Tanu se calmara.

Tankhun lo soltó y corrió hacia Botpleng.

—¿Estás bien? ¡Botpleng! Lo sostuvo en brazos.

Los ojos profundos que tanto amaba regresaron poco a poco.

—Las imágenes... son más claras —susurró Botpleng.

Nadie entendía a qué se refería. Todos esperaron a que él mismo lo explicara.

—Lo vi... lo conozco.

Miró a Tanu con temor.

Todos quedaron sorprendidos. El médico le recetó lo necesario y le pidió descansar. Esa noche, en la casa de Tankhun, Botpleng sufrió fiebre alta por la tensión y la confusión. Tankhun lo cuidó: midió su temperatura, lo refrescó, lo despertó para darle medicinas. En medio de la fiebre, Botpleng lo abrazó.

—Quédate conmigo. No te vayas.

Tankhun apartó el cabello húmedo de su frente y lo besó suavemente.

—Aunque no lo digas, nunca me iré.

El calor de ese gesto calmó su corazón. La fiebre bajó. Se durmió aferrado al brazo de Tankhun, buscando refugio en él.



Tankhun, que ya le había entregado todo, repitió el gesto: besó su frente, se quedó a su lado, ofreciendo su abrazo como escudo.

Al amanecer, Tankhun sintió un roce en su rostro. Una caricia que llegó hasta sus labios.

—¿Son besables? —preguntó medio dormido.

Al no recibir respuesta, abrió los ojos.

Botpleng lo miraba, pensativo, con las mejillas sonrojadas.

—No.

Y lo besó rápido. Tankhun sonrió ampliamente.

—No, de verdad.

Se inclinó sobre él y lo besó con pasión. Botpleng reía, lo besaba y lo apartaba, jugando.

Pero cuando sintió la mano de Tankhun deslizarse bajo la ropa, lo detuvo.

—¡Basta! Deja de comerme la boca y de pensar en comerme. Tengo hambre.

Tankhun rió.

—¿Qué quieres desayunar?

Botpleng pensó un instante.

—¿Podría ser salsa de chile con verduras?

Tankhun lo miró sorprendido, y luego feliz.

—¿Por qué me miras así? ¿Es difícil?

—No. Estoy feliz.

Botpleng lo miró sin entender. Tankhun solo sonrió.

—Es la primera vez que me alegra tanto ver a alguien comer verduras.



Tankhun sonreía con felicidad, abrazando a Botpleng con fuerza. Estaba emocionado de tenerlo de vuelta.

Botpleng pensaba que esa alegría se debía a que ahora quería comer salsa de chile con verduras, pues Tankhun incluso había mandado construir un invernadero para él.

Después del desayuno lleno de dicha, Botpleng entró al invernadero. Se ofreció a regar las plantas con dedicación. Se sentía feliz al ver los brotes en distintos estados: desde pequeños hasta listos para comer. Tan feliz que se dejó caer sobre la espalda de alguien que lo abrazó por detrás.

—¿Desde cuándo plantaste esto?

—Desde que supe que te gustaban las verduras. Vi tu casa y pensé que te gustaría tener un huerto.

—Pero esta es tu casa. Botpleng repitió lo que ya había dicho: tenía otra casa, donde debía volver con su madre. Tankhun no discutió. Aflojó el abrazo y lo giró hacia él.

—¿Y si adoptamos un perro? ¿O prefieres un gato? Así no estarás solo.

Botpleng lo miró, comprendiendo que no repetía palabras, sino que mostraba hechos. Su corazón se llenó de emoción.

—Todo aquí es tuyo. Yo también soy tuyo, desde el día en que me amaste.

Botpleng no pudo hablar. Las lágrimas le llenaron los ojos.

—Yo seré el segundo violín en tu Canon in D.

Botpleng asintió, aceptando.

—Porque tú me convertiste en una canción.

Se refería a que, gracias a Tankhun, se había transformado en la melodía más hermosa de su vida. Ambos corazones vibraron juntos, como dos violines que se alternan en Canon in D, creando una armonía perfecta.



Tankhun lo besó en la frente, en la nariz, en los labios, dejando que su calor se mezclara con la música de su corazón, entregada solo a Botpleng.

Al día siguiente, Jennaree fue llamada. No para diagnosticar, sino para practicar hipnosis. Tankhun le pidió que usara el mismo método que Khun Ying Ketsara había usado antes, para liberar los recuerdos reprimidos de Botpleng.

Jennaree advirtió que la hipnosis no era recomendable como terapia. Pero ambos insistieron: debía ser ella, y debía ser secreto.

Jennaree aceptó.

Preparó el lugar en la casa, sin medicación, porque sabía que Botpleng ya había sido hipnotizado antes para bloquear recuerdos. Lo llevó al trance. Cuando estuvo seguro en el estado hipnótico, comenzó:

—¿Quién eres y dónde estás?

Botpleng cayó en el subconsciente. Vio una casa de madera de dos pisos. Una familia de tres: padre, madre e hijo, frente a la casa.

—Me llamo Botpleng Yadlon. Soy hijo único de mi padre y mi madre.

Vio a su madre, Keetakan, y a su padre, Petchklaa, tomándolo de la mano a los 7 años.

Entraron en la casa. Allí estaba Tanu, joven, sentado con otro niño que hacía tareas. No veía bien su rostro, solo escuchaba la voz de Tanu, cariñosa:

—¿Cómo lees eso?

—Otra vez, papá, escucha.

El niño se quejaba, y volvió a leer. En ese momento, Keetakan, Petchklaa y Botpleng se acercaron. Keetakan sonrió y saludó a Tanu.

—¿Cómo estás, Nhu?



Tanu se levantó, saludó con respeto y sonrió. Luego Keetakan saludó al niño. El niño levantó la cabeza lentamente.

Botpleng estaba a punto de ver su rostro... Pero entonces sonó Canon in D.

Botpleng abrió los ojos. Jennaree estaba frente a él. La música seguía sonando. No sabía cómo había salido del trance. Corrió a tomar su teléfono. Sabía quién llamaba.

Su abuela.

La que había puesto Canon in D como tono de llamada.

<<<<<>>>>

CAPÍTULO 22 | CANON IN D

Obra compuesta por Johann Pachelbel.

Fue escrita para tres violines y un instrumento de bajo. Los tres violines se interpretan en forma de canon, es decir, no al mismo tiempo, sino con un desfase de cuatro compases, persiguiéndose unos a otros. Pero cuando se armonizan, se convierten en perfección.

Bot Phleng se apartó para contestar el teléfono, justo en el momento en que Tan Khun abrió la puerta de la sala de hipnosis y lo vio hablando.

—Sí, abuela —respondió Botphleng.

Escuchaba la voz de su abuela en el teléfono, pero sus ojos miraban a TanKhun, que parecía inquieto, lo que le hizo sospechar que algo había ocurrido otra vez.

Al mismo tiempo, Jennaree también estaba alterada. Se acercó de inmediato a Tankhun.

—La hipnosis había llegado muy profundo, pero apenas entró la llamada se rompió. Tiene que haber algo relacionado con ese tono de llamada.

—¿Qué canción era el tono del teléfono? —preguntó Jennaree.



Ella misma respondió, porque conocía bien esa melodía: era la favorita de Tan Phop.

—Debe ser Canon.

Tan Khun se quedó sorprendido, como si poco a poco empezara a comprender el trasfondo de todo.

—Canon in D —dijo, justo cuando Botphleng colgaba el teléfono y lo miraba.

La señora Kesara había llamado a su nieto, con quien rara vez hablaba por teléfono si no era algo importante. Ese día lo llamó solo para preguntarle cómo estaba, cuándo volvería a casa, y colgó tras escuchar su respuesta con un simple “¿Ah, sí...?”, como si ni siquiera hubiera tenido intención de llamar.

Tankhun explicó a Botphleng que había entrado apresurado porque vio a alguien espiando desde afuera y temía que intentara entrar en la sala de hipnosis para hacerles daño.

Todo lo ocurrido parecía encajar, señalando con claridad al culpable que estaba interfiriendo en la hipnosis.

—Debe haber sido tu abuela quien puso ese tono de llamada.

—¿Por qué? —preguntó Botphleng, negando con la cabeza.

—Nunca lo pregunté, porque pensé que no era extraño. Solo lo acepté ¿pero hay algo detrás, verdad? —replicó Bot Phleng.

Tan Khun reflexionó, reuniendo todo lo sucedido hasta ese momento.

—Tienes una reacción con esta música, que viene del violín de tu padre, y también con ese tono de espera.

Botphleng miró a Tankhun y luego a Jennaree, que se movió como si tuviera algo importante que decir.

—Puede ser un trigger de la hipnosis —explicó Jennaree. **Es decir, un estímulo programado para que, al verlo o escucharlo, el cerebro reaccionara y entrara en trance.**



—¿Puedes llevarlo a analizar? —preguntó Jennaree.

Tankhun aceptó de inmediato, porque era lo que ya tenía previsto hacer.

—Entonces volvamos a Bangkok. Botphleng necesita ver a un verdadero especialista en hipnosis —dijo Jennaree con firmeza.

Tankhun la dejó regresar primero. Él quiso darle tiempo a Botphleng en la casa llena de recuerdos, consciente de lo doloroso que era para él descubrir que Canon In D, la canción favorita de sus padres y la que su madre lo había obligado a aprender, era en realidad lo que lo dañaba desde siempre.

Botphleng, aunque sin pruebas definitivas, ya lo creía. Tankhun pensaba en cómo sanar su corazón.

Entonces tuvo una idea.

Entró en la habitación y tomó el violín que había recibido como regalo para estudiar junto a Tanphop. Lo había traído de vuelta a Tailandia porque quería tocarlo para él, pero ese día lo usaría para sanar el corazón de Bot Phleng.

Comenzó con la nota La, y luego transformó la melodía en Daisy Bell.

Tankhun tocó con todo su corazón, frente a Botphleng.

Botphleng, sentado con el viejo violín de su padre, miraba al hombre que amaba, que tocaba otra melodía familiar hasta terminar el fragmento.

—Nunca me gustó tocar el violín, hasta que te conocí. Entonces entendí lo que siente un músico al querer tocar la canción más hermosa para la persona que ama.

Tankhun volvió a interpretar Daisy Bell, y esta vez logró que Botphleng sonriera entre lágrimas.

—Quiero que el sonido del violín sea la voz de nuestro amor, como siempre lo ha sido entre tú y yo.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Botphleng recordó que nunca le había confesado a Tankhun que lo que más lo hería era ese violín del amor de sus padres, convertido en algo doloroso. Pero Tankhun lo sabía, ya fuera por leer su lenguaje corporal o por sentir su corazón.

Y Bot Phleng volvió a amar... Volvió a amar el sonido del violín.

"I'm half crazy all for the love of you. It won't be a stylish marriage, I can't afford a carriage But you'll look sweet upon the seat of a bicycle built for two."

Botphleng cantó junto al violín de Tan Khun, con la letra de Nat King Cole que tanto le gustaba, hasta llegar al verso especial:

"We'll spend all our life together, regardless of the weather."

Y cuando Tan Khun dejó el violín, cantó él mismo el último verso para Bot Phleng:

"And you'll look sweet upon the seat of a bicycle built for two."

En la imaginación de Botphleng, se veía a sí mismo en la bicicleta de Tankhun, viajando hacia un camino largo y temible, pero sin miedo, porque era una bicicleta construida solo para los dos.

Pero si la verdad fuera tan fácil de alcanzar, Botphleng no habría estado perdido en la amnesia durante diez años.

El plan de llevarlo a hipnosis con el maestro de Jennaree se derrumbó: Jennaree fue atropellada y hospitalizada.

Su maestro fue llamado de urgencia a trabajar en el extranjero.

Tanu estaba en prisión.

Todo lo ocurrido parecía cerrar definitivamente la puerta al conocimiento de la verdad para Botphleng.

Tankhun y Botphleng conversaban con Jennaree, quien estaba molesta porque todo había arruinado el plan. Al poco tiempo, Jennaree se quedó dormida por la medicina que el doctor le había recetado, ya que necesitaba que la paciente descansara.



Entonces, Muenmai llevó a los dos a otra habitación para darles nueva información que él mismo había investigado.

—Quise ayudar con el caso, así que fui a ver al gobernador que trabajó con tu padre cuando él era jefe de distrito —dijo Muenmai a Botphleng, aunque fue Tankhun quien lo miró con sospecha.

—El gobernador confirmó que tu padre no robó, que no hizo nada malo.

Botphleng quedó atónito. No era que no quisiera creerlo, pero si el gobernador decía la verdad, ¿qué era entonces lo que estaban enfrentando ahora?

—Si mi padre nunca engañó a nadie, eso derrumba todas nuestras suposiciones. Reabrir el caso de mi padre no sería el detonante del asesino. Entonces, ¿por qué mató a los subordinados de mis padres?

—¿Y si mató por otro motivo, por otra provocación? —sugirió Muenmai.

Bot Phleng reflexionó sobre lo que decía.

—En esa casa hubo muertos desde el primer día que pisaste allí. Y la única persona que salió de esa casa fue tu abuela —resumió Tankhun para todos.

—¿Quieres decir que la señora Kesara es la única detrás de todo esto, incluso de difamar al jefe de distrito Phet Kla?

—No lo sé —respondió Muenmai, que no quería acusar a nadie a la ligera, pero insistió con argumentos, volviéndose hacia Bot Phleng:

—Tú mismo me dijiste que tu abuela no te quería, que no aceptaba a tu padre. Eso es sospechoso.

Botphleng pensaba y pensaba. Siempre supo que su abuela no lo quería porque no quería a su padre. Pero ¿sería suficiente para destruirlo, con tal de que su madre volviera a los brazos de la abuela?

¿Y si Tanu fuera un hombre de su madre, que asumió la culpa en lugar de la abuela?



Pero los hombres de la abuela seguían hipnotizándolo, dañando a Jennaree y haciendo que el profesor de Jennaree se fuera de Tailandia...

¿No sería entonces su madre la que estaba en mayor peligro?

—**¿Qué piensas?** —preguntó Tankhun al ver la preocupación evidente en el rostro de Botphleng.

—**Me preocupa mi madre** —respondió él.

Tankhun y Botphleng se disponían a regresar al condominio de Tankhun. Muenmai se ofreció a cuidar de Jennaree. Tankhun no preguntó hasta dónde llegaba la relación entre ellos, pero sabía que Jennaree prefería que Muenmai la cuidara más que él.

Mientras caminaban hacia el coche, conversaban:

—**Entonces, ¿cambiar al culpable de toda la familia a tu abuela sola?** ¿Qué piensas? —preguntó Tankhun, queriendo medir el peso en el ánimo de Bot Phleng.

—**No lo sé. Hasta ahora no quiero creer nada** —respondió Bot Phleng.

De repente, una motocicleta se lanzó hacia ellos. El conductor parecía sacar algo del bolsillo.

—**¡Phleng!** —gritó Tan Khun, empujando a Botphleng hacia adentro con agilidad, mientras miraba con recelo la moto. Sabía bien que no solo era Tanu; atraparlo no significaba que estuvieran a salvo.

Pero lo que el motociclista sacó antes de pasar fue solo un palo, y parecía ser un estudiante de mecánica.

Botphleng y Tankhun suspiraron aliviados al mismo tiempo.

—**¿Estás bien?** —preguntó Tankhun preocupado, pero vio en los ojos de Botphleng un temblor vulnerable.

—**Eres tú no te pongas en peligro por mí otra vez, ¿sí?**

Tan Khun lo abrazó y le acarició la cabeza.



—He entrenado defensa personal. No me vencerán tan fácil, Botphleng —lo consoló con firmeza y ternura.

Pero para Botphleng, que ahora era su pareja, pensaba que Tankhun no cuidaba de sí mismo como debía.

Esa noche, al llegar a casa, Tankhun se quejó de dolor de espalda. Botphleng tuvo que ponerle un parche analgésico.

—Sí, ahí mismo, Phleng —dijo Tan Khun.

Bot Phleng lo miró y negó con la cabeza.

—Y decías que estabas bien.

—Esto es cosa de la edad —respondió Tankhun.

Botphleng, que estaba sin camisa, tiró el parche usado a la basura y miró alrededor de la habitación de Tankhun.

—Quería decirlo hace tiempo tu habitación está muy vacía.

—Nunca pensé en este lugar como un hogar. Solo es un sitio donde me quedo mientras investigo el caso —contestó Tankhun.

Botpleng regresó junto a Thankhun y se sentó en la misma cama. Than Khun lo miró fijamente.

—Pero quiero que sea mi hogar —dijo Thankhun, reclinándose sobre el regazo de Pleng y acurrucándose contra su estómago—. **Solo con tenerte aquí me siento como en casa.**

—Bien, te lo daré todo, tanto Khao Yai como este lugar.

Botpleng le revolvió el pelo a Thankhun con fastidio. Pero el joven doctor no dejó de halagarlo.

—Y una cosa más.

—¿Qué?

—El apellido.



Tankhun dijo, hundiendo la cara en la camisa de botpleng, tomándola por sorpresa. Como le había dicho, a su edad, hacer ejercicio podría causarle dolor de espalda.

Pero no era tan grave como para impedirle seguir con las actividades que había estado deseando durante días. Phleng sabía que desde su primera vez juntos había soñado con esa sensación, pero nunca había tenido la oportunidad de pedirla.

Y hoy, cuando las cosas parecían mejorar, ¿de verdad phleng no se lo permitiría?

Tankhun ni siquiera lo había pedido. Pero suplicó con besos, recorriendo su rostro, bajando por su estómago, hasta el punto sensible de su pecho, usando su lengua para lamer y estimular la sensación.

Los botones de su camión se desgarraban por la abertura de su cabeza. Él, que estaba acalorado y reacio a ceder, se negó. Gruñó en voz baja, pero luego desabrochó el último botón, permitiéndole acariciar su cuello blanco.

Para Thankhun... esto era permiso.

—¿De verdad tienes hambre?

La pregunta parecía no necesitar respuesta. Thankhun respondió aspirando su dulce aroma, casi como si pudiera dejar una marca. Pero Phleng aún buscaba la respuesta por sí mismo, metiendo la mano en el pijama de goma de Thankhun. Se aferró a su fuerte torso, se preparó y se dispuso a devorar lo más profundo del cuerpo de Phleng.

—Tengo mucha hambre —dijo.

Phleng sonrió con ternura y empujó al hombre encorvado hasta que quedó boca arriba. Se levantó para buscar el condón. Mientras tanto, Thankhun solo podía observar con lujuria.

Phleng conocía los deseos de Thankhun. Él también era un hombre. ¿Cómo no iba a saberlo? ¿Por qué no iba a quererlo?

Él también amaba a Thankhun. ¿Por qué no podía corresponderle de la misma manera?



El joven tomó un condón y abrió el paquete. Lentamente, sin demasiados preliminares, se lo puso a Thankhun, temiendo que eyaculara demasiado rápido como la última vez. Thankhun sentía lo mismo, pero desde otra perspectiva. Así que el intentó debilitarlo deslizando la mano dentro de su pijama y tocando su miembro que comenzaba a despertar.

¿Cómo podría hacerlo? A Phleng le encantaba su tacto, pero haciendo esto, jamás sería capaz de ponerse un condón.

—No te portes mal, ¿sí? —suplicó Phleng, porque con tanta fricción no podía introducirlo del todo.

—¿Puedes parar? —intervino Tankhun, antes de acelerar sus embestidas hasta que Phleng finalmente llegó al clímax. Pleng jadeó, pero satisfecho con la excitación. Por fin, logró ponerse el condón.

Pero esto no impidió que Pleng fulminara con la mirada a Tankhun. Era una trampa, una broma pesada mientras realizaba esta importante tarea.

Tankhun soltó una leve risita al verlo sonreír con suficiencia, con el rostro contraído, a pesar de seguir tumbado boca arriba y exhausto. Como Phleng estaba agotado, Tankhun se giró de lado, se apoyó en su brazo y tomó el gel que Phleng había traído y se lo aplicó en su punto sensible.

Thankun continuó sin prisa, lamiendo desde el lóbulo de su oreja hasta su cuello y hombros. Podía sentir la respuesta de Phleng al acariciar su clavícula blanca.

—Thankun...

Phleng dejó escapar un gemido cuando Thanakun introdujo tres dedos, pero solo lamió su vulva, negándose a penetrarla.

—Sí, Phleng.

Respondió, guiándola con la mano hacia adelante, dejando que su miembro erecto rozara su entrada.

—Uh... —Pleng gimió en silencio.

—¿Qué quieres, Pleng?



A Thanakun le encantaba. Cuando Pleng gimió, la provocó una y otra vez. Se acercó aún más, acariciando su núcleo, acariciando, sin guiar, a su antojo.

Estimuló aún más el deseo de Pleng.

Finalmente, Pleng tuvo que contener la respiración y suplicar.

—Quiero que me folles una vez... o si no... Pleng ya había formado un tono suplicante en su mente, sabiendo a qué temía Thanakun. **—De lo contrario, no dejaré que me folles más.**

Sus ojos brillantes y suplicantes eran amenazantes, aunque sus pupilas aún estaban llenas de pasión. La excitación persistía. Thankhun sostuvo su mirada mientras pronunciaba esas palabras, con el corazón laténdole con fuerza. La besó con toda su alma, dejándola sin aliento. Luego, lentamente, introdujo su cuerpo duro en ella con un movimiento rápido.

—Sí...

Phleng gimió de dolor y placer, después de haber estado excitado durante tanto tiempo. Ahora, no podía esperar más. Phleng se movió hacia Thankhun, siguiendo las embestidas rítmicas.

Cada vez que Thankhun introducía su cuerpo en el de él, Phleng respondía con la misma fuerza.

Los dos cuerpos se entrelazaron de lado, creando una sensación de unión, superposición, y haciendo que tanto Phleng como Thankhun sintieran más que nunca.

Las emociones de Thankhun alcanzaron su punto máximo, sintiendo que el placer estaba a punto de estallar. Pero no quería llegar solo...

—Phleng... ¿podemos llegar juntos?

Phleng asintió, incapaz de responder con algo más que un gemido. Thankhun extendió la mano, guiando la de Phleng hacia adelante, deseando ir juntos.

—Yo... yo voy.



Botphleng dio la señal con sus palabras, y Tankhun respondió con firmeza y entrega. El momento culminó en una oleada de sensaciones intensas que recorrieron sus cuerpos, hasta que ambos se dejaron llevar por la plenitud compartida.

Tankhun se inclinó para besar los labios suaves de Botphleng, agradeciéndole con ternura. Luego dejó un rastro de besos en su clavícula, como si quisiera repetir una y otra vez ese “gracias por amarme”.

Finalmente, los dos se quedaron dormidos juntos, envueltos en un sueño dulce, sin darse cuenta de que en el teléfono había llegado un mensaje de la señora Kesara:

“Khitkarn ha vuelto.”

<<<<>>>>

CAPÍTULO 23

DOUBLE SHARP

(Tocar la nota dos semitonos más arriba)



Aunque la noche anterior la señora Kesara estaba furiosa porque no pudo contactar a Botphleng, al día siguiente él regresó a casa más temprano de lo esperado. Y, por supuesto, lo primero que hizo fue ir directamente a ver a su madre.

—Hijo... —dijo Khitkarn con lágrimas en los ojos. Le costaba tanto pronunciar esa palabra que Botphleng se alarmó.

—¿Por qué está así mi madre, abuela? —preguntó él.

—Solo los músculos que aún no se han recuperado. Necesita tiempo —respondió la abuela.

Botphleng se tranquilizó y miró a su madre con alegría.

—No pasa nada, mamá. Con que estés aquí conmigo es suficiente. Yo cuidaré de ti.



La señora Kesara observó la actitud del hijo devoto y sonrió con desdén. Para ella, si Botphleng realmente podía hacerlo, sería bueno. Porque desde que Tankhun entró en su vida, lo único que había visto era a Botphleng saliendo de casa constantemente.

—Ya veremos si cumples lo que dices, o si traerás a otros para destruir esta familia... y también a tu madre Nók.

Botphleng miró la espalda de su abuela mientras salía de la habitación, y luego volvió la vista hacia su madre, que lo miraba con amor puro, como siempre lo había sentido.

—Mamá, no tienes que temer nada. Yo te protegeré.

Todo ocurrió tal como Botphleng y Tankhun habían previsto. Esa misma noche, alrededor de las cuatro o cinco de la madrugada, en ese estado entre sueño y vigilia, el doctor Ren y la abuela entraron en su habitación para hipnotizarlo. La señal comenzó con Canon In D, y Botphleng ya sabía por qué.

En la mañana, antes de regresar a casa, Tankhun le había dicho que el Canon In D que sonaba como tono de llamada tenía una variación distinta, proveniente de las reparaciones del violín de su padre.

Eso significaba que el Canon In D que actuaba como desencadenante para que Botphleng escuchara la voz “Botphleng... hijo de mamá” solo podía provenir del violín de su padre.

Botphleng estaba dolido porque su abuela había usado el amor de sus padres como herramienta. Quería liberar a su madre de ella, especialmente ahora que estaba recuperándose.

Pidió a Tankhun que lo dejara volver con su madre, y él encontró la manera de que Botphleng no pudiera ser hipnotizado.

Así, mientras dormía, Botphleng comenzó a recitar la tabla de multiplicar:

—Dos por uno, dos. Dos por dos, cuatro. Dos por tres, seis. Dos por cuatro, ocho...

Recitaba sin parar, negándose a que la hipnosis de su abuela tuviera éxito. A partir de ese momento, sería él mismo quien buscaría la verdad de su abuela.



—Botphleng Thayakorn, ¿dónde estás ahora? —preguntó el doctor Ren con voz familiar, aunque ahora esa voz le causaba miedo.

—En una casa de madera vieja... —respondió.

—No. Ahora tienes 18 años. Has dormido mucho tiempo y despiertas para ver a tu madre.

Botphleng estaba a punto de descubrir qué intentaba hacer el doctor Ren con la hipnosis. Solo debía dejarse llevar.

—Bien, ¿qué ves?

—A mi madre... mi madre me pregunta cómo estoy.

—Muy bien —respondió Ren.

“¿Muy bien? ¿Qué tiene de bueno?”, pensó Botphleng. No entendía, porque lo que le preguntaban no era nada que debiera olvidar. Solo lo hacían ser él mismo, como en el diario.

Después le contó a Tankhun sus sospechas: que la hipnosis no era más que repetir lo que ya sabía de su diario. No había mención de Tanphop, ni instrucciones para olvidar nada, ni señales que revelaran un desencadenante hacia la verdad.

Tankhun solo pudo aconsejarle que fingiera ser el Botphleng que su madre y su abuela querían: no comer verduras, tocar el piano, mostrarse alegre.

Botphleng notó que todo parecía normal en la familia. El doctor Ren empezó a desaparecer, y solo quedaba el Canon In D que su abuela ponía cada noche.

Él fingía escucharlo, mientras seguía recitando la tabla de multiplicar.

Al día siguiente, fingió ser el hijo que amaba y cuidaba a su madre, sin prestar atención a nada más.

Pasaron los días, luego los meses.

El cuerpo de Khitkarn mejoró.



Llegó la fecha del juicio de Tanu.

Bot Phleng solo podía soportar, cuidar a su madre y buscar pistas que lo llevaran a la respuesta.

Aunque desconfiaba de lo que hacía su abuela y no quería seguir en esa casa, la recuperación de su madre —la persona que más amaba en la vida— le daba fuerzas para esperar todo el tiempo que fuera necesario, con tal de verla poco a poco volver a ser su refugio.

Las actividades diarias de Botphleng en casa se reducían a cuidar de su madre. Ese día la llevó a comer en la terraza, disfrutando de la vista.

Khitkarn, que ya podía hablar, le agradeció con ojos llenos de amor puro, como siempre lo había sentido.

—Gracias, hijo.

—Mamá tiene que agradecerme mucho más, porque aún haré muchas cosas por ti —respondió él.

Khitkarn sonrió ante la exageración de su hijo y lo bromeó suavemente:

—Qué exagerado...

—Lo digo en serio, mamá. Ya verás —contestó Botphleng, sonriendo con picardía, mientras un pensamiento se le cruzaba por la mente.

—Es como si ahora madre y yo nos hubiéramos intercambiado los papeles de estar postrados en cama —dijo Botphleng.

Khitkarn asintió. Ambos recordaban bien lo ocurrido diez años atrás, cuando Botphleng despertó con amnesia y ella lo cuidaba de esa manera: cocinando para él, alimentándolo con cada bocado.

Khitkarn había cuidado a su único hijo lo mejor que pudo, siempre.

—Mamá... —dijo Botphleng con voz seria. **—Yo hago todo por ti, de verdad.**



Khitkarn no comprendió el sentido oculto de esas palabras, pero abrazó a su hijo con ternura. Botphleng, en cambio, sabía muy bien lo que quería decir: había transgredido ciertas cosas solo por ella.

Había colocado dispositivos de escucha por toda la casa y cada día revisaba las grabaciones en busca de algo sospechoso. Esa tarde, escuchaba solo una cinta grabada cuando su madre y su abuela fueron juntas a hacer méritos religiosos por la mañana.

—¿Ya te sientes más tranquila? —preguntó la abuela.

—Desde que Botphleng volvió a ser él mismo, ya no me preocupo. Muchas gracias, mamá, siempre has sufrido por mí.

—Ojalá de verdad se acaben las preocupaciones. Él solo causa problemas, incluso estando enfermo.

—Creo que todo está mejorando. Los cinco años que estuve enferma fueron como estar muerta en vida. Quizás los dioses ya vieron que he pagado el pecado que cometí con Tanphop.

Botphleng se quedó helado. Esa frase resonaba demasiado fuerte en su corazón:

“Quizás los dioses ya vieron que he pagado el pecado que cometí con Tanphop.”

Las lágrimas brotaron.

¿Era su madre... quien había matado a Tan Phop?

Envío el archivo de audio a Tankhun y comenzó a empacar sus cosas. Ya no podía fingir ignorancia ni seguir viviendo en esa casa.

Su madre y su abuela estaban viendo televisión en el salón, en una casa que apenas había vuelto a tener vida en los últimos meses. Khitkarn lo llamó en cuanto lo vio entrar:

—Hijo...

—¿A dónde vas? —preguntó la señora Kesara con voz dura, casi regañándolo. Pero Botphleng ya no tenía miedo.

—Me voy de aquí.

El rostro hermoso de Khitkarn se tornó pálido. Se apresuró a acercarse en su silla de ruedas, mientras Kesara, que podía caminar, se interpuso para impedir que se fuera.

—No puedes. Tu madre te necesita.

—Ya no pueden engañarme más.

Botphleng respondió con calma, aunque sus ojos rojos mostraban el dolor.

—Ya sé que mamá y abuela hicieron que Tanphop muriera. Escuché a mamá decir que debía pagar por él.

Las lágrimas caían sin control mientras Khitkarn temblaba de miedo, a punto de derrumbarse. Kesara, sin preguntar si Botphleng había escapado de la hipnosis, se llenó de ira, tanto que parecía capaz de matarlo.

—Lo sabía. Una persona como tú solo puede destruir esta familia.

Kesara lo gritó con odio, mientras Khitkarn lloraba intentando detenerla. Pero Botphleng ya no escuchaba.

Aunque lloraba, miró a su madre y a su abuela con desprecio.

—Las que destruyeron nuestra familia fueron ustedes. Y no solo la nuestra, también destruyeron la de otros.

Dicho esto, salió de la casa, ignorando los gritos de su madre que lo llamaba. Su corazón estaba hecho pedazos.

Botphleng caminó fuera de la casa. El camino era oscuro, casi invisible, pero no se detuvo. No sabía si no veía por la oscuridad o por el velo de lágrimas.

Finalmente, un coche apareció en el camino. Se detuvo, y Botphleng vio a Tankhun correr hacia él.

Con el rostro empapado en lágrimas, Botphleng lo miró y pronunció la frase más dolorosa:



—Lo siento, Tankhun... lo siento.



“Lo siento... lo siento porque fue mi madre quien mató a Tanphop...”

Botphleng no pudo pronunciar esa frase, pero sabía que Tankhun lo entendía. Y Tankhun no hizo más que abrazarlo con fuerza, como la promesa que había hecho: sin importar lo que ocurriera, siempre amaría al hombre frente a él.

El abrazo de Tankhun era firme, apretado, sólido, hasta que Botphleng comprendió que aún podía dejarse caer en los brazos del otro.

En el condominio de Tanphun, Botphleng lloró hasta quedarse dormido sin saber cuándo. Despertó al escuchar ruidos afuera de la habitación. Al salir, encontró la mesa llena de platos con verduras, y vio a Tankhun colgando en la pared una imagen de dos hombres en bicicleta, con la inscripción:

“On a bicycle built for two chords.”

Botphleng tarareó suavemente la canción:

"There is a flower within my heart, Daisy, Daisy..."

Tankhun terminó de colgar el cuadro y se volvió hacia él, viendo sus ojos hinchados por las lágrimas que no habían cesado en toda la noche. Recordaba bien que Botphleng había cambiado algunas frases de la canción, como si le preguntara directamente:

—Te lo dije... no importa qué, yo te amo.

—¿Incluso si mi madre mató a tu hermano?

Las lágrimas volvieron a brotar de Botphleng, como un manantial inagotable.

Tankhun se acercó despacio, secándole las lágrimas. Sus propios ojos estaban rojos también. Sí, él había regresado a Tailandia para descubrir la verdad sobre su hermano, y ahora la tenía. El dolor era tan grande para él como para Botphleng.

—Sí... yo te amo. ¿Y tú? —preguntó Tan Khun.

Bot Phleng asintió con la cabeza.



—Yo te amo... ¿puedo amarte? ¿Me permites amarte?

Las lágrimas silenciosas de Tankhun fueron su respuesta:

—Sí... te lo permito.

Ambos lloraron, pero esta vez de alegría, porque aún podían amarse.

No comieron hasta bien entrada la mañana. Después se recostaron juntos, abrazados, mirando la imagen que Tankhun había mandado hacer como regalo de bienvenida para Botphleng. Pensaba colgarla cuando él regresara de casa de su madre, pero Botphleng había vuelto antes, con una verdad que casi le impedía compartir ese momento.

—¿Por qué me perdonas? —preguntó Botphleng, cuando su corazón se calmó lo suficiente. Estaba feliz, pero aún dudaba de cómo Tan Khun podía perdonarlo tan fácilmente.

—¿Qué has hecho mal? —respondió Tankhun, acariciando su cabello.

—Soy hijo de la mujer que mató a tu hermano...

—Tú también fuiste víctima —dijo Tankhun con voz suave.

Botphleng levantó la mirada hacia su amado, viendo cómo él desplegaba su corazón cálido para darle otra perspectiva.

—Yo lamento que Tanphop haya muerto. Tú sufres porque tu madre fue quien mató.

Botphleng no discutió. Las lágrimas aún amenazaban con volver, pero las contuvo. Quería ser fuerte junto a Tankhun.

—¿Y qué harás con mi madre? —preguntó finalmente.

Tankhun guardó silencio un momento antes de responder:

—En realidad... envié a la policía a vigilar desde anoche.

—¿Vas a arrestar a mi madre? —preguntó Botphleng con voz temblorosa.



—Dao está solicitando una orden judicial —contestó Tankhun.

—¿No han intentado escapar? —preguntó Botphleng.

—No ha habido ningún movimiento desde anoche. Ni siquiera han salido a buscar nada —respondió Tan Khun.

Botphleng se sorprendió. Pensaba que su abuela ya habría intentado huir con su madre.

—No lo entiendo... ¿por qué?

Se incorporó del lecho donde estaba recostado y se sentó frente a Tan Khun, preguntando con seriedad.

—Hay tres razones —explicó Tankhun, enumerándolas poco a poco.

—Podrían estar seguros de que nadie puede acusarlos, o confiar en que tú no les harás daño.

Guardó silencio, hasta que Botphleng insistió:

—¿Y la otra razón?

—Que no han huido porque ya no tienen a dónde escapar.

Botphleng quedó desconcertado. Tankhun respiró hondo y decidió contarle la situación de su familia, que pensaba que Botphleng desconocía.

—Me atreví a ir a tu casa porque llevaba tiempo investigando. No hay seguridad alguna, solo empleadas domésticas que trabajan por horas y algunos policías antiguos subordinados de tu abuelo, que ya no tienen influencia en el cuerpo. Solo queda respeto, nada más.

Botphleng escuchó y replicó:

—Mi abuela nunca me dijo nada. Yo solo usaba mi propio dinero. No sabía nada de lo que pasaba en casa.

—A estas alturas, aunque quisieran huir, sería difícil —concluyó Tankhun.



Botphleng reflexionó sobre todo lo dicho y tomó una decisión:

—¿Puedo hablar yo mismo con ellas?

Tan Khun lo miró con duda.

—¿Estás seguro?

Botphleng tragó el nudo en la garganta y expresó lo que sentía:

—Si entregarse les da una reducción de pena... al fin y al cabo, siguen siendo mi familia.

Tan Khun asintió, aceptando.

Pero justo cuando iban a levantarse, de pronto Muenmai llamó a Botphleng con voz emocionada:

—¡Hola, Phleng!

—¿Qué pasa? —respondió Botphleng con tono apagado, sin fuerzas.

—¡Tanu confesó! Dijo que fue él quien mató a todos, incluso a Tanphop.

Botphleng se quedó inmóvil al escuchar, y puso el altavoz para que Tan Khun también oyera.

—¿Puedes repetirlo?

—Estoy en el tribunal. Tanu acaba de declarar que fue él quien mató a todos: a Tanphop y a las otras dos víctimas. ¡Tu familia ya no es sospechosa!

La voz de Muenmai sonaba alegre, compartiendo la felicidad con Tankhun.

Mientras tanto, Botphleng y Tankhun se miraban con incredulidad... ¿Qué estaba pasando?

<<<<>>>>



CAPÍTULO 24

DOUBLE FLAT

(Símbolo de doble bemol: indica que la nota debe tocarse dos semitonos más abajo)



Los acontecimientos hicieron que Botphleng y Tankhun decidieran separarse. Tankhun entró en el BID para revisar las declaraciones anteriores de Tanu y entender por qué alguien que siempre había negado, de repente confesaba ante el tribunal.

Mientras tanto, Botphleng regresó a casa para preguntar directamente sobre la relación de su familia con Tanu: quién lo había obligado a confesar y con qué medios.

Botphleng dejó a Tankhun en el BID y luego se marchó en coche. Tan Khun lo observó hasta perderlo de vista, y en el rabillo del ojo vio algo extraño: era Dao, saliendo del BID con una actitud apresurada y sospechosa. Tankhun sacó su teléfono para detenerla y preguntarle sobre Tanu, pero en ese momento recibió una llamada de Muen Mai.

—El gobernador envió los documentos del caso del padre de Botphleng. Él me pidió que se los entregara a usted.

—¿Puedes traerlos al BID? —preguntó Tankhun.

Muenmai aceptó y colgó. Tankhun buscó de nuevo a Dao, pero ya no estaba allí.

Botphleng volvió a casa y encontró a Khitkarn en su silla de ruedas, inclinada como si lo hubiera estado esperando todo el tiempo.

—¿Ya volviste, hijo? —dijo con voz temblorosa.

El corazón de Botphleng se estremeció, pero intentó mantenerse firme y preguntó por la persona clave que podía revelar toda la verdad.

—¿Dónde está la abuela?



—Aquí estoy —respondió la señora Kesara, aún con su porte imponente. Se acercó con expresión de autoridad, mientras Khitkarn le tomaba la mano para calmarla.

—¿Podemos hablar tranquilamente? Seguimos siendo familia, ¿verdad?

Botphleng miró fijamente a su abuela, dejándola decidir. Kesara respondió llevando a Khitkarn hacia la terraza de la casa.

Por otro lado, Tankhun pidió a la oficial Nim, que no había acompañado a la inspectora Dao, que le entregara todos los documentos del caso de Tanu.

—Ya envié los archivos de las declaraciones de Tanu al profesor, y aquí está el registro de su comportamiento —explicó Nim.

Tankhun los recibió con gesto preocupado.

—Aunque Tanu confesó, tanto el profesor como la inspectora Dao actúan como si hubiera un error.

—¿También la inspectora Dao? —preguntó él.

—Sí. Después de escuchar la confesión, se quedó revisando los archivos un rato, muy seria, y luego salió.

Tankhun reflexionó sobre la información. En ese momento, la puerta se abrió y entraron Jennaree y Muen Mai.

—Por favor, tráeme la cinta del interrogatorio de Dao a Tanu —pidió Tankhun a Nim—. **Necesito hablar con mis asesores primero.**

Nim salió, mientras Muenmai entregaba rápidamente un sobre.

—El gobernador envió la sentencia: todos en el caso de la concesión son inocentes. Los rumores fueron una manipulación política local. El doctor Phon manejó todo después de la muerte del padre de Botphleng.

—El padre de Botphleng murió de un infarto, nadie lo asesinó.



Tankhun permaneció serio, aunque en su interior empezaba a sospechar algo. Nim regresó con un expediente y explicó con urgencia:

—Es imposible. Si el caso fuera correcto, ¿por qué alguien pediría a la inspectora Dao que dejara de investigar? Yo escuché esa llamada. Si no hubiera delito, ¿por qué detenerla?

Nim insistía, pero Tankhun notó otra cosa.

—¿Dao llevó este caso?

—Sí, fue el primero que pidió al llegar aquí.

—¿Qué? ¿Por qué la inspectora Dao investigaría este caso, si el doctor Chomphon — quien resolvió el caso del padre de Bot Phleng— es su padre?

El rostro de Tankhun cambió a sorpresa.

—¿Es Dao...?

Dijo esto y salió corriendo de inmediato, seguido por Muenmai.

Mientras tanto, Botphleng hablaba con su madre y su abuela, intentando mantener la calma y ordenar sus palabras.

—Tanu confesó haber matado a Tanphop y a las otras dos víctimas relacionadas con nosotros. Entonces, mamá, ¿qué significa lo que dijiste de que hiciste que Tanphop muriera?

Khitkarn quedó atónita, claramente era la primera vez que escuchaba aquello. Kesara, en cambio, solo sonrió con burla.

—¿Quieres escuchar que fuimos nosotras las que lo matamos?

Botphleng la miró desafiante, sin miedo ni respeto.

—Solo quiero saber la verdad: por qué ustedes me hipnotizaban para olvidar, si había recuerdos míos relacionados con esas muertes, incluso la de mi padre.



—¡Tonterías! —gritó Kesara, tan fuerte que Khitkarn se sobresaltó. Pero esta vez, ella eligió volverse hacia su hijo, intentando calmarlo.

—Botphleng, hijo mío...

No alcanzó a continuar, porque se escucharon pasos acercándose. Kesara, que miraba hacia el pasillo, reconoció al visitante y lo saludó como a alguien familiar.

—¿Qué ocurre?

Botphleng se volvió y vio a alguien que no debería estar allí: El inspector Karakorn Decha-anek.

—¿Inspectora Dao? —preguntó Botphleng, sorprendido de verla allí.

Dao lo miró y respondió con naturalidad:

—¿No estabas con Tankhun?

Ese saludo hizo que Botphleng se estremeciera. Comprendió que la situación no era normal, y la confirmación llegó cuando dos subordinados de Dao entraron y se acercaron a su madre y a su abuela.

—Lo siento... tendrán que venir conmigo, señora Kesara, señora Khitkarn —dijo Dao con familiaridad, antes de volverse hacia Botphleng con un gesto casi apenado.

—En realidad quería dejarte fuera de esto, pero no puedo. Has aparecido en el lugar equivocado.

Dao obligó a Botphleng a sentarse en el asiento delantero junto a ella, mientras sus hombres llevaban a Kesara y Khitkarn en otro coche, como rehenes para evitar que Botphleng intentara resistirse.

En la radio del vehículo sonó un informe urgente:

—El acusado Tanu, sospechoso de asesinatos en serie, ha escapado. Se pide a todos que informen cualquier pista a la línea directa del BID.

Dao escuchó y sonrió con satisfacción, lo que hizo que Botphleng entendiera.



—¿Fuiste tú?

—Si no fui yo, ¿quién más podría hacerlo? —respondió Dao con orgullo, provocando miedo en Botphleng.

—¿Por qué lo haces? Si tú eres la asesina, Tanu ya confesó todo. ¿Por qué seguir con esto? —preguntó Botphleng, desconcertado.

Dao se irritó y gritó:

—¡Precisamente porque Tanu confesó! Por eso debo hacerlo. Lo que quiero es que culpe a tu familia.

Botphleng quedó atónito, empezando a comprender más.

Mientras tanto, Muenmai conducía hacia la casa de Botphleng siguiendo las instrucciones de Tankhun, quien revisaba los vídeos de los interrogatorios de Dao a Tanu. En el último, Dao visitaba a Tanu en prisión después de que Khitkarn despertara.

—Alguien atacó a la persona que intentaba sacar a Botphleng de los brazos de su madre y su abuela. ¿Adivina quién fue? —dijo Dao, mostrando un vídeo de la cámara de seguridad del atropello a Jennaree.

Tanu permaneció en silencio, pero su rostro mostraba tensión.

—Fue un antiguo subordinado del esposo de Kesara. Todo apunta a que la orden vino de la familia Thayadol.

—¡Yo no tengo nada que ver con Thayakorn! —respondió Tanu con firmeza.

Tankhun, leyendo su lenguaje corporal, supo que mentía.

—Pero sí tiene que ver con la muerte de Tanphop, ¿verdad?

En el vídeo, Dao le mostró un sedal de pesca encontrado en el coche de Tanphop.

—¿Es tuyo?



Tanu palideció, incapaz de ocultar su miedo.

Dao continuó presionando:

—Khitkarn ha despertado. Si sabe que estás detenido, ¿cómo puede confiar en que no hablarás? Podría ordenar que te eliminen.

Tanu se derrumbó bajo la presión.

—Mi tiempo se acaba. Deja de proteger a otros. Tu vida está en tus manos. Elige bien. Haz que Thayadol pague.

Tanu apretó los puños, agobiado.

—Yo... confesaré.

No dijo qué exactamente, pero Tankhun vio la satisfacción en el rostro de Dao.

Exhausto, Tan Khun comentó a Muenmai:

—Dao lo manipuló para que incriminara a Thayadol.

Muenmai no entendía.

—¿De verdad es la inspectora Dao? ¿Por qué haría eso?

Tankhun reflexionó:

—Quizás tenga que ver con su padre... el doctor Phon, aliado de Thayadol, que resolvió el caso de Phetkla, el padre de Botphleng.

Muenmai empezó a comprender.

—Dao odia a Thayadol.

Tankhun asintió, mirando su teléfono con urgencia.

—No gires. Ve directo.



—¿Por qué? ¿No vamos a la casa de Botphleng?

—Rápido. Botphleng ya salió de casa. Creo que Dao lo ha capturado.

Muenmai, sorprendido, aceleró al máximo.

Botphleng fue llevado a un almacén junto con su madre y su abuela, que habían sido drogadas. Comprendió que Dao había liberado a Tanu para usarlo como chivo expiatorio en los tres asesinatos, y ahora los retenía como rehenes.

Botphleng rezaba para que Tankhun llegara a tiempo. Aunque Dao había confiscado los teléfonos para evitar rastreos, no sabía que Tankhun había escondido un GPS en los calcetines de Botphleng.

Dao salió un momento y volvió, mirando con satisfacción a los tres prisioneros. Su mirada era tan aterradora que Botphleng no quiso verla.

Kesara, al despertar, preguntó:

—¿Por qué haces esto, si yo siempre te cuidé?

Dao se giró furiosa.

—¿Cuidarme? ¡Mentira! Tú destruiste a mi familia.

—¿Qué te hice? Desde que tu padre murió, yo te mantuve hasta que lograste ser policía, como soñabas.

—¡Lo único que soñaba era vengarme de ustedes!

Khitkarn, también despierta, se acercó a Botphleng por miedo y preocupación. Dao la miró con odio, viendo su fragilidad, y deseó matarla en ese instante.

—¡Especialmente a ti, Khitkarn!

—¿Qué te hice? Ni siquiera te conozco... —respondió Khitkarn, aterrada.

—¿Cómo no vas a conocerme, si soy hija del amante de tu madre? —gritó Dao.



Botthleng quedó atónito, mirando a su madre sin comprender. ¿Era cierto... Dao era hija del amante de su madre? ¿Y todo lo que había hecho, todo el intento de destruir a la familia Thayadol, era por venganza?

—¿Eres hija del amante de mi madre? —preguntó Botphleng.

—Sí —respondió Dao.

—¡No! —replicó Khitkarn de inmediato.

—Yo nunca tuve nada con el doctor Phon. Siempre lo consideré solo como un hermano —afirmó Khitkarn con firmeza.

—¿Hermano? ¡Mentira! Yo vi a mi padre visitarte de noche, salir de tu casa en la mañana, y dejar a mi madre volviéndose loca sola en casa —gritó Dao con rabia.

Khitkarn y Kesara quedaron impactadas, empezando a comprender la perspectiva de Dao. Mientras tanto, Dao relataba con detalle las miserias de Thayadol, escena por escena, porque nunca las había olvidado ni un solo segundo.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 25

DAMP ALL

(Señal que indica que todos los instrumentos deben sonar al mismo tiempo, escrita con dos círculos atravesados por una cruz.)



Desde que tiene memoria, Dao casi nunca pasó tiempo con su padre. Incluso de niña, cuando él la llevaba a la escuela en coche, siempre estaba ocupado hablando de trabajo. Pero a Dao no le importaba, porque tenía a su madre, Duanpradap, quien la amaba, cuidaba y la adoraba como si fuera una hija extraordinaria, superior a padre y madre.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Duanpradap llenaba la vida de Dao: le daba todo lo que quería, desde marcas de lujo hasta viajes al extranjero. Dao nunca sintió que necesitara nada de su padre, porque su madre le hacía sentir que podía conseguirlo todo por sí misma.

Pero en la universidad, cuando Dao se dedicaba al club estudiantil, notó que su madre cambiaba. Empezó a discutir con su padre, a estresarse, a perder cabello y a autolesionarse. Cuando Dao le preguntó qué ocurría, su madre solo respondió que su padre era un traidor y le pidió que lo siguiera para verlo con sus propios ojos.

Dao lo hizo. Lo siguió de madrugada y descubrió que su padre iba a una gran casa: la casa de los Thayadol.

Dao conocía bien esa casa, porque su padre era el médico personal de la familia Thayadol y les servía en todo lo que pedían, a cambio de dinero y privilegios que su madre usaba para consentirla.

Lo que Dao nunca imaginó fue ver a su padre abrazando a una mujer en esa casa: Khitkarn Thayadol.

La rabia la consumió. Comprendió entonces la locura de su madre: era por culpa de su padre y de los Thayadol.

Aquella noche, Dao planeó vengarse, arruinar su reputación y liberarse junto a su madre. Pero su madre buscó una libertad más rápida: Dao la encontró colgada del candelabro importado de la casa.

Aun así, incluso después de la muerte de su madre, su padre seguía yendo a la casa de Khitkarn. Dao lo enfrentó y en la pelea él cayó por las escaleras. Dao lo vio sangrar y, aunque no estaba segura de si había muerto, decidió que si no lo estaba, lo haría sufrir hasta morir. Finalmente, el doctor Phon murió.

Fue entonces cuando la señora Kesara apareció para hacerse cargo de Dao.

Dao fingió obediencia, estudió y se preparó con un solo objetivo: vengarse de los Thayadol. Descubrió que el esposo de Khitkarn había muerto acusado de corrupción en un caso de energía limpia, un caso en el que su propio padre había estado involucrado.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

La rabia de Dao creció. Para ella, toda la familia Thayadol era corrupta, pero seguían viviendo felices. Incluso cuando Khitkarn quedó en coma, su hijo Botphleng seguía teniendo una vida feliz. Una felicidad que, según Dao, debía ser suya.

Dao se convirtió en policía y pidió ser destinada a Korat, donde reabrió el caso de Phet Kla para exponer la corrupción de los Thayadol. En la casa antigua de Khitkarn encontró el diario de Botphleng, donde hablaba de su amor por Tankhun.

Al mismo tiempo, su equipo encontró un coche accidentado con un cadáver: era Tanphop, el hermano menor de Tankhun. Cuando Tankhun confirmó la identidad, contó que Tanphop había regresado a Tailandia para buscar a su amado Botphleng.

Dao vio la oportunidad perfecta para destruir a los Thayadol. Pero Tankhun, a quien intentó usar para mostrar su habilidad investigadora, se convirtió en un obstáculo.

Dao manipuló pruebas, entregó el diario a Botphleng y asesinó al joven guardián de la casa de campo, convencida de que era justo porque era descendiente de una sirvienta corrupta. Planeó incriminar a Botphleng, pero Tankhun descubrió el cadáver primero, arruinando su plan. Furiosa, Dao mató a un segundo testigo: un escribiente que también había participado en la corrupción.

Dao nunca abandonó su venganza. Cuando apareció Tanu, pensó en usarlo como peón para incriminar a la familia. Todo iba según lo planeado, hasta que Tanu confesó ser el asesino de todos.

Pero Dao recordó las palabras de su madre:

“Eres fuerte. Estás en lo correcto. Tú puedes hacerlo.”

Ahora solo esperaba que sus hombres capturaran a Tanu, para inventar que había escapado y que buscaba exterminar a los Thayadol.

Dao pensaba con calma, mientras jugaba con su pistola, decidiendo a quién matar primero: Kesara, Khitkarn o Botphleng.

Pero entonces, unos pasos familiares resonaron en silencio dentro del almacén.

Dao se giró incrédula.

—¡Tankhun!



Su compañero de clase en Inglaterra estaba allí, maltrecho, y lo que la aterraba era que sus hombres habían desaparecido.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Dao.

Botphleng respondió en lugar de Tan Khun:

—Usted pensó bien, inspectora. Tankhun y yo siempre estamos juntos. Si nos separamos, es porque sé que él me encontrará.

—¿Encontrarte? Ese idiota no sabe nada —replicó Dao con burla, disfrutando al recordar cómo había manipulado a Tankhun durante tanto tiempo.

—No sabes cuánto me reí cuando fui al programa para señalar al culpable, estando contigo todo el tiempo —añadió Dao con sarcasmo.

Tankhun sintió rabia, pero luego sonrió con ironía:

—¿Y qué? Tarde o temprano descubrí la verdad. ¿Crees que, aunque mates a todos, alguien te creará?

Dao, fuera de sí, apuntó con el arma a Tankhun.

Khitkarn, recuperando fuerzas, gritó:

—¡No es cierto! Phet Kla nunca robó, yo nunca tuve un amante, y tampoco maté a Tanphop.

—¿Todavía te atreves a mentir? —gritó Dao, furiosa, acercándose para golpearla con la pistola.

En ese instante, Botphleng, que había logrado soltarse, se lanzó contra Dao para proteger a su madre. Dao intentó disparar, pero Tankhun se abalanzó y forcejeó con ella. Ambos luchaban con igual intensidad, aunque Tankhun estaba exhausto tras pelear con los hombres de Dao.

—¡Phleng, corre! —gritó Tankhun.



Dao aprovechó para golpearlo con la culata del arma. Justo cuando iba a disparar, un golpe con un madero la derribó.

Todos vieron al responsable: Tanu.

Dao intentó levantarse, pero Tanu la sujetó brutalmente.

—¡Basta ya! —rugió él.

—¡Suéltame! —gritó Dao.

Tanu la inmovilizó y, viendo el estado de todos, decidió hablar, incapaz de callar más:

—Khitkarn no mató a Tanphop... fui yo.

Tankhun preguntó:

—¿Por qué lo hiciste?

Tanu miró a Khitkarn, que negó con lágrimas, mientras Kesara apartaba la vista.

Botphleng, abrazando a su madre, lo miraba vacío.

—Porque alguien quería que todos creyeran que Botphleng había muerto.

Las palabras dejaron a todos sin aliento, excepto Dao, que gritaba sin comprender:

—¡Qué estupideces dices! ¡Botphleng está aquí mismo!

—¡Cállate! Él no lo hizo. Yo lo hice —respondió Tanu, mirando a Botphleng con lágrimas.

—Tonthan... hijo, lo siento.

Botphleng se quedó helado al escuchar ese nombre: Tonthan.

Ese fue el desencadenante que abrió la puerta de sus recuerdos.

—Tonthan... —repitió, recordando.



Las imágenes volvieron: Jennaree lo había llevado bajo hipnosis a ver escenas de su infancia. Tenía siete años, con rostro infantil, leyendo y escribiendo, cuando conoció a Khitkarn, hermosa como un ángel, quien lo acogió y le permitió estudiar.

—Tu letra es igual a la de Botphleng... quizá en otra vida fueron hermanos —dijo ella con ternura.

—Gracias, señora Khitkarn, por permitir que Tonthan estudie —respondió su padre.

—Gracias —contestó el con una sonrisa.

—No, dile “mamá” —pidió su padre.

El niño dudó, pero al ver a su padre asentir, dijo:

—Sí, mamá.

Phet Kla lo miró con cariño, y Botphleng, un niño más alto, le acarició la cabeza con afecto:

—Muy bien, sé mi hermano menor, Tonthan.

El niño sonrió feliz.

Ese recuerdo se convirtió en lágrimas en el presente.

—Ya lo recuerdo... yo hice que Botphleng muriera.

Todos quedaron impactados. Khitkarn lloraba desconsolada, Tankhun estaba paralizado, y Tonthan continuó como en trance:

—Yo no soy Bot Phleng... soy Tonthan.

Las lágrimas corrían por su rostro. Khitkarn intentaba arrastrarse hacia él, gritando:

—¡Botphleng, hijo mío!

Dao no entendía nada.

—¡Qué demonios dicen!



Nadie le prestó atención. Kesara abrazó a su hija, llorando, incapaz de soportar más.

—Basta, Khitkarn... Botphleng murió. Acepta la verdad.

Tonthan lloraba sin control. Tankhun lo abrazó con fuerza, cumpliendo su promesa. El joven sollozaba con dolor, respirando entrecortado, incapaz de ordenar sus pensamientos. Solo podía gritar y llorar, deseando desaparecer.

Lloró hasta perder el aliento, desmayándose en brazos de Tankhun.

—¡Phleng! —gritó Tankhun, sintiendo cómo su corazón se desplomaba junto con la conciencia de Tonthan.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 26

SFORZANDO

(Sforzando indica un aumento y disminución rápido de la intensidad sonora.)

sfz

Esa noche soñó.

Un sueño largo, profundo, tan vívido que parecía real. Y, en efecto, lo era: eran recuerdos abandonados por diez años que ahora se unían al presente.

Él... era Tonthan.

Hijo de Naphá y Tanu, trabajadores de la casa de Phet Kla y Khitkarn. Nació en fechas cercanas al hijo único de la familia que los acogía: Botphleng.

Recibió apoyo para estudiar gracias a la familia de Botphleng.

Fue cuidado por Khitkarn, quien le pidió que la llamara “mamá”.



Recibió el cariño de Botphleng, que lo llamaba “hermano menor”.

Y él siempre soñó con ser hijo verdadero de Khitkarn, hermano real de Botphleng.

Tonthan lo recordaba todo. En realidad, su amnesia se debía a una lesión cerebral que debía haberse resuelto en poco tiempo, pero la hipnosis bloqueó esos recuerdos y lo convirtió en Botphleng ... hasta que escuchó de nuevo el nombre Tonthan.

Era hijo de una familia migrante que sobrevivía como obreros de la construcción, mudándose de campamento en campamento. Aprendió a cuidarse solo y a esquivar la violencia de su madre. Su vida cambió cuando Phet Kla conoció a Tanu en la oficina de desarrollo social y lo invitó a trabajar.

Les dieron una pequeña casa para obreros: Tanu trabajaba como chofer y jardinero, Naphá como empleada doméstica, y Tonthan pudo estudiar.

La familia de Botphleng era la más hermosa que había visto, tan distinta de la suya. Solo había una coincidencia: su caligrafía era idéntica a la de Botphleng. Quizá por eso Khitkarn lo miraba con tanto afecto.

Pero Naphá, inestable y violenta, lo acusaba de querer ser arrebatado por Khitkarn. Cuando Tanu la reprendía, ella descargaba su furia en el niño. Finalmente, Tanu decidió llevárselo para protegerlo, sin comprender que debía separar a un niño de una madre con problemas mentales.

Volvieron a los campamentos de obreros. Tonthan aprendió a esquivar los ataques de su madre, mientras Tanu se ausentaba cada vez más, enviando solo dinero. Naphá cayó en el juego, se endeudó y terminó matando a un acreedor.

Tonthan lo vio todo: las manos ensangrentadas de su madre. Llamó a su padre, quien le ordenó culparse a sí mismo y se llevó a Naphá con Khitkarn para pedir ayuda. Después desapareció para siempre.

La policía no investigó demasiado: Tanu, un obrero migrante, era fácil de acusar. Tonthan y Naphá siguieron las instrucciones y regresaron con Khitkarn.

Aunque Phet Kla había muerto de un infarto, Khitkarn y Botphleng los recibieron con cariño, les dieron la llave de la antigua casa y los acogieron.



Tonthan reprimió su alegría, porque sabía que su madre odiaba verlo feliz con otros. No quería ser separado de Khitkarn y Botphleng otra vez. Khitkarn parecía entenderlo.

Ella le indicó dónde encontrar a Botphleng. Tonthan fue, ansioso por verlo. En el camino vio a Tanphop —el hermano de Tankhun— y a otro joven. Finalmente, encontró a Botphleng, de 17 años, alto y elegante, mirando con tristeza hacia donde su amado se alejaba.

Tonthan lo llamó:

—¡Phleng!

Botphleng lo reconoció de inmediato. Su tristeza se transformó en alegría.

—¡Tonthan! —gritó, corriendo a abrazarlo.

—¿Has vuelto?

—Sí, he regresado con mamá Khitkarn y contigo.

En el presente, Tonthan abrió los ojos. Lo primero que vio fue un techo blanco. Las lágrimas seguían cayendo: había regresado... pero Botphleng ya no estaba.

Una mano cálida lo sostuvo. Era Tan Khun, que acercó su rostro barbado a su mano, como para devolverle la conciencia.

Tonthan solo pudo decir:

—Yo... yo no soy Botphleng.

Tankhun lo miró con ternura.

—Ya lo sé.

Tankhun lo sabía. Pero Tonthan no quería aceptarlo.

—Ya no sé quién soy... —dijo Tonthan, con el rostro confundido, vacío, desesperado, como si pudiera perder el aliento en cualquier momento.

Tankhun lloraba también, angustiado por no poder ayudar al hombre que amaba.



Al final, Tankhun besó suavemente sus manos y le dijo lo único que pensaba que podía consolarlo:

—Siempre serás mi Botphleng. Solo mío.

Tonthan sollozó. Incluso esa afirmación parecía no poder aliviarlo, pero no quería derrumbarse y causar más dolor a quien amaba.

Lo miró y dijo lo único que podía pronunciar:

—Te amo.

Con ambas manos apretó las de Tankhun, reafirmando ese amor.

—Sí... yo te amo.

Tonthan asintió.

—Quédate conmigo.

Tankhun lo dijo entre lágrimas. Tonthan miró su rostro, siempre fuerte, ahora cubierto de lágrimas, y se prometió a sí mismo que, sin importar qué, sin importar quién fuera, debía quedarse.

La noticia de la captura de Tanu, el convicto por asesinato, junto con la inspectora Darakorn Decha-anek, jefa del equipo de investigación, se convirtió en titular nacional. Incluso en el hospital donde Tonthan se recuperaba, se transmitía todo el día.

Pero Tonthan permanecía fuerte, o quizá insensible, sin reaccionar.

Tankhun pidió una larga licencia, sin preocuparse por méritos o elogios. Se dedicó a cuidar a Tonthan, protegiéndolo de interrogatorios que pudieran herirlo más.

Ese día lo llevó en silla de ruedas por el hospital de rehabilitación, que tenía cafeterías y jardines botánicos.

El verde y el oxígeno del jardín ayudaban a sanar a Tonthan. Y quizá el esfuerzo silencioso de Tankhun dio fruto, porque por primera vez Tonthan habló de lo ocurrido:



—Ayer aún era Botphleng. Hoy desperté siendo otro.

No se refería a una noche, sino a un ayer que aún no podía superar. Tankhun entendió que solo quería hablar, no ser interrogado.

Mientras observaba las hojas moverse suavemente, Tankhun pensó en lo que debía decirle:

—Yo también lo sentí. Un día era huérfano, al siguiente tenía padres y dos hermanos.

Tonthan lo miró, interesado.

—¿Qué pensaste cuando te adoptaron?

—Ya era mayor. No quería ser adoptado. Pero mis padres buscaban a alguien compatible con la médula de Tanphop. Cuando resulté ser yo, pensé que al menos mi vida tendría utilidad. Así obtuve padres adoptivos, a cambio de que donaran dinero a la fundación donde vivía.

Tonthan lo escuchaba con atención, compartiendo el dolor.

—La primera vez que vi el cielo sin ser huérfano... era hermoso, pero inmenso y aterrador.

Su voz temblaba. Tonthan lo entendía: Tankhun revivía ese sentimiento para que él lo compartiera.

—Me llamo Tankhun... para no olvidar a quién debo gratitud: maestros, padres, Tanphop, Jennaree. Todos fueron mi familia bajo ese cielo inmenso. Subía cada vez más alto, pero era más difícil.

—Tanphop tenía depresión. Me admiraba y quería ser yo. Por eso debía ser fuerte, protegerlo. No podía ser débil. Mis padres murieron en un accidente, Tanphop desapareció, Jennaree se alejó... y entendí que no podía reemplazar a nadie.

Tankhun bajó la cabeza, ocultando su tristeza. Sintió una caricia en la nuca: era Tonthan, consolándolo.

—Tú eres tú.

Tankhun lo miró con amor profundo, reconociendo su esfuerzo por salir de la oscuridad.



—Aunque no sepa tu pasado, te amo. Aunque no estés aquí, nadie puede reemplazarte.

Las palabras de Tonthan lo hicieron sentir como si emergiera del agua tras mucho tiempo sumergido.

—Sí... tú eres tú.

Tankhun sostuvo su rostro y repitió:

—No necesitas reemplazar a nadie. Nadie puede reemplazarte.

Tonthan lo entendió. Respiró hondo, mirándolo. Aunque aún temía, ya no tenía sentido esconderse.

—Ya lo entiendo.

Lo abrazó con fuerza, aferrándose a lo único que lo mantenía vivo.

—Estoy listo para devolver a Tanphop... al Botphleng que fue suyo.

Tankhun lloró, abrazándolo con ambos brazos, acariciando su cabeza, agradecido de que Tonthan estuviera listo para seguir adelante juntos.

<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 27

VOLTA BRACKETS

(Indica que el intérprete debe tocar una variación después de repetir la sección.)



Tonthan acudió a declarar en el BID, con el privilegio de ser considerado víctima de crímenes múltiples. Tankhun estuvo a su lado mientras daba su testimonio.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

Tonthan comenzó a relatar lo ocurrido... después de que él y su madre regresaran a vivir con Khitkarn y Botphleng. En ese momento todo parecía tan bueno que pensó que las heridas en su cuerpo —marcas de uñas, golpes, moretones de los arrebatos de su madre— algún día se curarían y cicatrizarían. No pedía nada más que tener a Khitkarn y a Botphleng como una familia que le diera amor y compasión.

Pero Botphleng, su hermano mayor tan bondadoso, no aceptó que las cosas quedaran así.

Tonthan recordaba bien el día en que Botphleng le mostró un teléfono móvil nuevo, capaz de tomar fotos y vídeos.

—Me esconderé en la casa y grabaré cuando tu madre te haga daño. Mi madre conoce gente en el Ministerio de Desarrollo Social, ellos pueden ayudarnos.

Botphleng se refería a la oficina encargada de la protección de niños y jóvenes, con la intención de liberar a Tonthan de su madre y hacerlo parte de su familia por completo.

Tonthan dudaba.

—¿Y qué pasará con mi madre?

—No lo sé —respondió Botphleng—. Pero no quiero que te pase nada más. Tu madre necesita un médico.

Botphleng, con mejor educación y conocimiento sobre enfermedades mentales, no soportaba ver las heridas en la espalda de Tonthan: marcas de uñas, golpes con objetos, moretones. Al verlas, sus manos temblaban de dolor y compasión. Lo amaba como a un hermano de verdad.

—Yo te protegeré —le dijo Botphleng.

Tonthan creyó en él con todo su corazón.

Ese día, en la cocina, Botphleng se escondió detrás de una lámina de plástico que servía de pared improvisada. Con el teléfono en mano, esperaba que Naphá atacara a Tonthan para grabar pruebas.



Tonthan, sabiendo que su hermano estaba allí, intentaba actuar con normalidad: encendió el fuego y cocinaba, cuando escuchó pasos. Era su madre.

—¿Ya volviste, mamá? —dijo con alegría.

Pero Naphá lo empujó contra el fogón, haciendo caer brasas y piedras por todo el suelo de madera.

Tonthan nunca podía prever cuándo su madre lo atacaría.

—Sé que me dejarás, como tu padre —gritó ella con voz ronca y furiosa.

Tonthan, aterrorizado, intentó calmarla:

—Mamá... no es así. Solo necesitas un médico.

—¡Yo no estoy enferma! —gritó, abofeteándolo con fuerza.

Tonthan cayó al suelo, su mano sobre las brasas ardientes. Botphleng, incapaz de soportarlo más, salió de su escondite.

—¡Basta, tía!

Su voz no calmó a Naphá, sino que la enfureció más. Lo miró con odio.

—¿Crees que podrás quitármelo tan fácilmente?

Se interpuso entre Botphleng y Tonthan, pero Botphleng la apartó y levantó a su hermano.

Era un gesto de protección decidido: no permitiría que Tonthan siguiera siendo víctima.

Pero en ese momento, Naphá tomó un leño grande y golpeó a Botphleng con toda su fuerza.

Botphleng cayó inconsciente.

—¡Mamá! —gritó Tonthan, desesperado, arrastrándose hacia él.

Naphá lo sujetó con violencia, como un domador de elefantes, arrastrándolo fuera de la cocina.



Lo sacó de la cocina, mientras las brasas y los trozos de madera encendidos caían por todas partes, avivando el fuego que comenzaba a consumirlo todo.

Tonthan miró hacia atrás: las llamas rodeaban el cuerpo inconsciente de Bot Phleng. Comprendió lo que su madre planeaba: quemarlo todo, destruirlo todo, y arrastrarlo a una nueva vida de sufrimiento interminable.

Pero Tonthan no pensaba rendirse. Buscaba el momento para escapar. Y entonces, inesperadamente, un arma negra se alzó y apuntó directamente al rostro de Naphá.

El hombre que la sostenía era Tanu.

El padre que había desaparecido por más de diez años, sin saberse si estaba vivo o muerto.

—¡Papá! —exclamó Tonthan.

Tanu lo miró con ojos suavizados, pero cuando Naphá intentó moverse, él levantó el dedo, listo para apretar el gatillo.

Tonthan aprovechó ese instante para soltarse de su madre y correr hacia Botphleng.

El fuego se extendía cada vez más desde la cocina, pero por suerte Botphleng comenzaba a recobrar la conciencia. Tonthan lo sostuvo y lo ayudó a levantarse.

—¡Hermano, vámonos! —le dijo.

Botphleng, mareado por el humo, apenas podía reaccionar. Entonces un disparo resonó: ¡Bang!

El corazón de Tonthan se desplomó. No sabía quién había disparado ni quién había caído. Solo pudo contener las lágrimas y sacar a Botphleng de las llamas.

Lo sostuvo fuera de la cocina, mientras el fuego consumía toda la casa de dos pisos. No veía cuerpos, ni siquiera el del posible herido por la bala. Apenas podía distinguir el camino.

Entonces escuchó una voz: la de Khitkarn.



—¡Phleng! ¿Dónde estás, hijo? ¡Tonthan!

Ese llamado les dio dirección. Tonthan cargó a Botphleng, ensangrentado, hacia la salida. Pero de pronto, una pared de madera ardiente se desplomó sobre ellos. Tonthan se interpuso para protegerlo, pero Botphleng, con sus últimas fuerzas, lo empujó fuera del alcance.

La pared cayó sobre Botphleng.

—¡Hermano! —gritó Tonthan, desgarrado, mientras Khitkarn también clamaba su nombre desde la distancia.

El instinto de supervivencia le decía que huyera, pero su corazón no aceptaba dejarlo atrás. Se lanzó contra las llamas, ignorando el calor abrasador, el peso de las vigas y el humo que lo ahogaba. No podía permitir que Botphleng muriera.

Pero una viga ardiente cayó sobre su cabeza. Todo se volvió negro.

En el presente...

Tonthan relató todo con firmeza en el BID. No lloraba, pero tampoco sentía que respiraba. Su última frase fue:

—Y entonces... me convertí en Botphleng.

Tan Khun comprendió, tomó sus manos y percibió la fragilidad que él ocultaba.

La investigación continuó. Se registraron las declaraciones mientras Tonthan permanecía hospitalizado.

Desde la perspectiva de Tanu, el verdadero asesino de Tanphop —acusado falsamente de otros crímenes—, la historia se aclaró.

Tanu confesó que había huido en un barco pesquero durante años, enviando dinero a Naphá. Regresó para ver a su hijo y encontró a Naphá golpeándolo. Intentó asustarla con un arma para que lo dejara, pero el disparo accidental la mató.

—No lo planeé —dijo Tanu—. Quise llevarla al médico, pero murió antes. Luego vi a Khitkarn, que me dijo que Tonthan y Botphleng aún estaban en la casa.



Tanu recordaba bien el momento en que cargó a Tonthan fuera del fuego. Vio a Bot Phleng aún consciente, mirándolo fijamente.

—Resiste, Phleng. Volveré a ayudarte —le prometió.

Sacó a Tonthan hasta un lugar seguro y luego corrió de nuevo hacia las llamas. Pero la casa entera se derrumbó. Ya no pudo ver nada. No había manera de que Khitkarn sobreviviera.

Pero la casa colapsó. No quedó nada.

Khitkarn sobrevivió, aunque rota por dentro. Kesara relató todo con sinceridad, reconociendo la culpa de los adultos que habían destrozado la vida del joven.

Sin embargo, Khitkarn sí sobrevivió... gracias al testimonio de Kesara, quien confesó todo con sinceridad, cargando con la culpa de haber destruido una y otra vez la vida de Tonthan.

—Cuando Botphleng murió, Khitkarn murió en vida. Pero tuvo la suerte de que quedara otra vida que cuidar.

Kesara recordaba bien: el incendio lo destruyó todo. Viajó a Korat para cuidar a su hija, que se desmoronaba cada día por la pérdida de su único hijo.

Hasta que un día, visitando a Tonthan herido por la caída de una viga, él abrió los ojos y dijo:

—¿Qué pasó, mamá?

Ese “mamá” hizo que Khitkarn llorara de alegría. Era una chispa de esperanza.

Kesara, en el presente, confesó con voz temblorosa:

—Tonthan perdió la memoria. Y para que Khitkarn pudiera seguir viviendo, hice lo peor de mi vida.

Ella pidió al doctor Chomphon, padre de Dao, experto en hipnosis, que lo convirtiera en Botphleng.

—Chomphon dijo que el mejor momento era entre sueño y vigilia. Así creamos la identidad de Botphleng.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

La primera sesión fue a las cinco de la mañana, en el hospital, con Khitkarn presente. Chomphon, criado junto a ella bajo el servicio de Kesara, la veía como una hermana. Por eso aceptó hacer lo indebido... para que Khitkarn pudiera seguir viviendo.

Usó la música Canon in D, grabada del piano de Phet Kla, como disparador. Cada vez que Tonthan escuchara esa melodía, recordaría que era Botphleng.

Kesara observaba en silencio, mientras Chomphon susurraba:

—Soy Botphleng. Mi padre tocaba esta canción para mi madre y para mí.

El rostro de Tonthan, dormido y triste, se transformó en una sonrisa tranquila. Khitkarn, entre lágrimas, dijo lo que siempre había querido repetir:

—Botphleng... hijo mío.

Así comenzó la transformación de Tonthan en Botphleng.

Tanu, al ver a su hijo convertido, pensó que era mejor que recordara ser Botphleng antes que cargar con la verdad: hijo de un asesino y de una madre enferma.

—Esto es lo mejor que puedo darle —declaró.

Pero Tankhun lo confrontó:

—¿Entonces fuiste tú quien mató a Tanphop?

Tanu relató lo ocurrido, coincidiendo con la versión de Khitkarn: el encuentro con Tanphop (que se hacía llamar Tankhun), la discusión, el rechazo a aceptar que alguien reemplazara a Botphleng, y finalmente el golpe mortal con una piedra.

Tanu llevó el cuerpo y lo arrojó por un barranco, decidido a que nadie pudiera devolver al verdadero Botphleng.

Los testimonios de Tonthan, Khitkarn, Kesara y Tanu coincidían, respaldados por pruebas.

Solo una persona se negaba a creer: Dao.



—¡No es cierto! ¡No lo creo! ¡Son todos unos malditos! ¡No me engañarán!

La oficial Nim, que siempre había admirado a Dao, la miró con tristeza.

—Si todo esto es verdad, entonces lo que hiciste fue en vano, ¿no?

Dao se sintió herida, pero respondió con desprecio:

—Eres una tonta.

—Sí, soy tonta. Pero no soy malvada. Tú eres tonta y malvada. ¿Cuántos inocentes mataste para vengarte de inocentes? Eres repugnante.

Nim salió de la sala, ignorando los gritos de Dao.

—¡Ustedes son los malditos! ¡Suéltenme! —vociferaba ella, pero nadie la escuchaba ya.

El caso quedó esclarecido. Tonthan pidió a Tankhun que hiciera lo posible para que Khitkarn y Kesara no fueran castigadas.

Porque para él, era lo único que podía hacer por Botphleng, el hermano que había dado su vida por él.

En su mente, o quizá en un sueño, Tonthan sintió que Botphleng sonreía en el instante en que lo sacaron del fuego. Como si hubiera cumplido su promesa: —**Hermano, yo te protegeré.**

<<<<>>>>

CAPÍTULO 28

CODA

(En música, la coda es el punto de referencia que indica continuar desde el símbolo marcado en la partitura.)





Tonthan regresó al condominio de Tankhun. Además del cuadro On a bicycle built for two, Tankhun había añadido cortinas, móviles y plantas, haciendo el lugar más acogedor. Pero Tonthan no tenía ánimo para apreciar esos cambios.

Se quedó mirando el cuadro, y más allá de la imagen veía el recuerdo clavado en su mente: el gran árbol en la colina... Si no hubiera vuelto a buscar a Botphleng, ¿qué habría pasado? Quizá nadie habría muerto. Botphleng habría esperado hasta que Tanphop regresara, cumpliendo su promesa.

El peso sobre sus hombros lo devolvió a la realidad: era Muenmai, que había estado acompañándolo desde la mañana. Se acercó con un vaso de agua.

—¿Te asusté? Perdón. Tonthan negó con la cabeza.

—Soy yo quien debe disculparse, por molestarte y hacer que Tankhun te pidiera estar conmigo.

Muenmai sonrió y negó también.

—El Botohleng que yo conocí siempre fue este. Siempre fuiste mi amigo, mi hermano.

Tonthan intentó sonreír, pero sus ojos seguían perdidos. Ni siquiera la llegada de Tankhun y Jennaree cambió su expresión.

—Sigues siendo el mismo Botphleng de todos. Nada ha cambiado —dijo Muenmai, dándole una palmada en el hombro antes de marcharse con Jennaree y Tankhun.

Tonthan permaneció inmóvil. Tankhun se quitó los zapatos, el saco, arremangó la camisa y se sentó a su lado en el sofá, recostando la cabeza en su regazo. Ambos miraron el cuadro.

—¿Sabes? Nunca vi este lugar como un hogar. Estaba aquí porque debía estar, porque investigaba lo de Tanphop. Pero ahora... míralo.

Señaló la cocina.

—Allí cocinaste para mí.

—Allí vimos televisión juntos.



—Allí me lavaste el cabello.

—Ahora... ya no puedo imaginarme solo.

Tankhun tomó su mano y la besó con ternura.

—Te amo.

Tonthan lo miró, forzando una sonrisa.

—¿Puedes llevarme con mi hermano?

Había escuchado que Tankhun hablaba con Khitkarn: Botphleng tenía ya su tumba.

Tankhun repitió su amor.

—Te amo.

Tonthan lo besó apasionadamente, acariciando su cuerpo, pero Tankhun detuvo sus manos. Lo abrazó fuerte, besando su clavícula.

—Quiero abrazarte así para siempre.

Tonthan lo besó suavemente otra vez.

—Te amo.

Al día siguiente, Tankhun lo llevó al cementerio de Botphleng. Dejaron el coche en la casa de campo y fueron en bicicleta, con asiento doble, hasta las tumbas de Botphleng y Tanphop, situadas bajo el gran árbol donde solían encontrarse.

En la lápida de Tanphop estaba escrito:

"Quien habita al abrigo del Altísimo se acoge a la sombra del Todopoderoso"

(Salmo 91:1, NIV).

En la de Botphleng:



"Que los ojos de vuestro entendimiento sean iluminados, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos"

(Efesios 1:18-19, KJV).

Tonthan se quedó en silencio frente a la tumba y luego habló:

—Siempre venía aquí con mi hermano. Practicaba violín, esperando a su amado.

Tankhun pensó en su propio hermano: Tanphop también había amado con locura, como él ahora.

—Tanphop quería estudiar violín en serio. Renunció a criminología para seguir su pasión.

Tonthan miró la tumba de Bot Phleng.

—Ahora ellos están juntos.

—Sí —respondió Tan Khun.

Tonthan sonrió, con lágrimas en los ojos.

—Tanphop y Botphleng están juntos.

Cerró los ojos, escuchando el viento.

—Aquí no hay lugar para Tonthan.

Tankhun tomó su mano y la puso sobre su corazón.

—Aquí está tu lugar.

Tonthan abrió los ojos, llorando, y negó con la cabeza.

—¿Sabes por qué me gusta comer verduras? Porque son fáciles de conseguir, baratas.

Tankhun entendió lo que intentaba decir.



—Aunque Muenmai y tú digan que sigo siendo Botphleng, sé que soy Tonthan. Tonthan nunca será el Botphleng que todos amaron.

Tankhun sonrió con tristeza.

—Cuando eras Botphleng, hablabas más directo, Tonthan.

Esa aceptación hizo que Tonthan llorara.

Sí, Tankhun pensaba lo mismo que él: ambos estaban demasiado heridos para seguir amándose. Y ese día debía ser el momento de detener una relación confusa, en la que nunca habían conocido sus verdaderas identidades.

Tonthan intentó sonreír entre lágrimas, asintió a las palabras de Tankhun y habló con claridad:

—Tankhun... yo no soy Botphleng. Soy Tonthan. Nosotros no nos amamos. A quien tú amas es a Botphleng.

Tankhun lo escuchó con atención y asintió. Al verlo, Tonthan se esforzó aún más por sonar firme, aunque no pudo contener las lágrimas.

—Terminemos.

Tankhun sonrió con cansancio. Estaba destrozado, pero no quería retenerlo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Tankhun contuvo el sollozo y respondió:

—De acuerdo, terminemos.

Dicho esto, salió. Tonthan lo miró marcharse hacia la bicicleta. Ya no habría un On a bicycle built for two para los dos.

Se giró, dejando que las lágrimas corrieran en silencio. Pero enseguida vio una mano conocida que le ofrecía un pañuelo blanco. Era Tankhun. No entendía: ¿no había aceptado ya la ruptura?



—Hola, me llamo Tankhun.

Las lágrimas se detuvieron. Tonthan lo miró sin comprender, pero Tankhun continuó:

—Tú eres Tonthan, ¿verdad?

Las lágrimas volvieron, pero esta vez eran de alegría. Tankhun sonrió con ternura: había entendido todo. A partir de ahora ya no habría Botphleng.

—Quizá sea pronto, pero me gustas, Tonthan. ¿Podemos conocernos de nuevo?

Tonthan respondió abrazándolo con fuerza. Tankhun lo estrechó, besó su frente y su cabeza, decidido a no dejarlo jamás.

En la bicicleta para dos, Tonthan iba sentado detrás de Tankhun, rumbo al cementerio de Botphleng. Se sintió aliviado: el falso Botphleng había terminado, y ahora él podía estar con Tankhun frente a la tumba del verdadero.

Así comenzó la historia de Tonthan y Tan Khun. Aunque aún no aceptaba del todo la confesión de amor, se recostó en su espalda fuerte durante todo el camino hasta la casa. Allí cenaron, se bañaron y compartieron la misma habitación.

Tankhun le mostró dos almohadas:

—¿Suave o firme?

Luego dos mantas:

—¿Suave o lisa?

—Suave —respondió Tonthan.

Después dos pijamas:

—¿Blanco o negro?

Tonthan lo miró sorprendido y rió.

—¿Me vas a preguntar todo?



—Quiero conocerte rápido, para acercarnos más.

—Me vuelves loco —dijo Tonthan, riendo de verdad por primera vez en años.

Tankhun lo miró fascinado.

—Nunca te había visto reír así.

—¿Cómo ibas a verlo? Apenas nos estamos conociendo.

Sonrió con picardía, y Tankhun, incapaz de resistirse, le besó la frente.

—¡Oye! No puedes hacer eso con alguien que acabas de conocer.

—Pero entraste en mi casa. Solo atrapo a los intrusos —bromeó Tankhun, abrazándolo por la cintura.

—No lo hagas. Ayer no quisiste.

—Ayer era mi ex. Hoy ya terminamos.

Tonthan lo golpeó suavemente, divertido.

—¿Y vas a hacerlo con el nuevo en el primer día?

—Aunque seas nuevo, mi corazón es el mismo.

Tonthan se sonrojó, pero lo recompensó con un beso en la frente.

—Tú empezaste. Dijiste que apenas nos conocíamos.

—¿Y si fuera un one night stand?

—No. Para mí solo existe Every Night Forever.

Tankhun lo besó con pasión, acariciando su cuerpo, queriendo conocer cada parte de él. Porque, como había dicho, quería aprender de Tonthan cada noche, para siempre.



<<<<<>>>>>

CAPÍTULO 29

DA CAPO

(Indicación musical que ordena volver a tocar desde el inicio.)



El caso de Tanu y Dao atrajo gran atención pública. Con pruebas y testigos suficientes, llegó a juicio rápidamente. La diferencia era que, hasta ese momento, Darakorn aún no aceptaba la verdad ni ninguna sentencia. Tankhun comentó a Tonthan que, además de ser una “psicópata”, quizá también mostraba rasgos de “narcisismo”.

Mientras tanto, Tonthan, tras recuperar plenamente su identidad, comenzó a vivir como él mismo. Con la ayuda de Tankhun, corrigió documentos y todo lo necesario para ser reconocido como Tonthan. También abandonó cosas que pertenecían a Botphleng, como la profesión de periodista.

Eso enfureció a Muenmai.

—¿Por qué renuncias? Si estás estresado, puedes tomarte un descanso. Tres meses, seis meses, lo que quieras.



—Gracias, pero fui periodista porque era el sueño de Botphleng. Ahora este lugar ya no es mío.

Muenmai, aunque molesto, aceptó la verdad de su amigo.

—¿Y qué harás ahora?

—Buscaré respuestas. Llevo años sin ser yo mismo. No sé qué quiero hacer.

Al ver su determinación, Muenmai solo pudo darle una palmada en el hombro. Pero preguntó:

—¿Y tu madre y tu abuela? ¿Ya hablaste con ellas?

—Hoy mismo iré —respondió Tankhun, entrando en ese momento.

Eso tranquilizó a Muenmai, que ya veía a Tankhun como parte de la familia, aunque no sabía en qué rol exacto: cuñado, quizá pronto hermano político.

Tankhun se enfrentó de nuevo a Kesara en la terraza, esta vez acompañado por Tonthan, su pareja, a quien ella ya no podía controlar ni juzgar. Los ojos de la anciana mostraban cansancio y arrepentimiento. Sabía que su familia había dañado profundamente a Tonthan.

Khitkarn ni siquiera se atrevió a verlo, dejando que Kesara fuera quien recibiera la despedida.

—Gracias por no denunciar lo de la hipnosis. Y perdón por todo lo pasado.

Tonthan sonrió con serenidad.

—Soy yo quien debe disculparse. Por mí, por mi familia, mi madre y mi abuela perdieron a Botphleng.

Kesara se sintió aún más culpable. Él era la víctima de todo, y aun así no los culpaba.

—Perdón por no haber sido una verdadera abuela.

Con lágrimas en los ojos, escuchó la respuesta de Tonthan:

—Yo debo agradecerle. El hecho de que nunca me aceptara como Botphleng permitió que Tonthan siguiera existiendo, con vida y significado.



Se inclinó y se postró en su regazo. Kesara dudó si acariciarlo, pero no lo hizo: quería que fuera una despedida definitiva, sin lazos.

Entonces Tonthan añadió, con voz temblorosa:

—De ahora en adelante... podemos recordar a Botphleng libremente.

Las lágrimas de la anciana fluyeron. Botphleng, su nieto amado, seguía vivo en sus corazones.

Tonthan y Tankhun salieron de la casa de los Thayadol con alivio y paz.

—¿Te duele? —preguntó Tankhun.

—Solo lamento no haber visto a mi madre Khitkarn —respondió Tonthan.

—Algún día ella lo aceptará.

—Sí. Cuando entienda que no soy Botphleng, sabrá que tiene dos hijos que la aman: Botphleng y yo.

Tonthan sonrió con esperanza. Tankhun apretó su mano con felicidad. Verlo brillar así lo hacía enamorarse de nuevo.

—Vamos.

Tonthan lo jaló con entusiasmo, feliz de comenzar una nueva vida en su propio lugar. Tankhun respondió con una sonrisa plena.

—Sí... vamos juntos.

Seis meses después.

Tonthan fue a esperar a Tankhun en la universidad y asistió a una de sus conferencias.

—Aunque hoy en día existan muchas leyes, aún no logran resolver el problema del crimen. ¿No sería mejor reducirlo previniendo antes de que ocurra? —explicó el joven doctor.

Una estudiante levantó la mano:



—¿No existen ya agencias para eso, profesor? Como la Oficina Antilavado de Dinero o la Policía Nacional.

—Sí, pero ellas se enfocan más en actuar después de los hechos que en prevenirlos. Mi sueño es crear una agencia que se centre en la prevención, analizando datos para predecir delitos en zonas de riesgo. Como en Inglaterra, con los Neighbourhood Policing Teams, que fortalecen la relación con la comunidad para reducir el crimen.

—¿Cree que nuestro país llegará a eso algún día? —preguntó otro estudiante.

—El BID, la División de Investigación del Comportamiento Criminal de Tailandia, está avanzando hacia ese punto. Y yo mismo estoy trabajando para hacerlo realidad, empezando con algo pequeño: enseñarles a leer el lenguaje corporal de los delincuentes.

Los estudiantes lo miraban con admiración, mientras Tonthan lo observaba con amor. Algunos notaron la presencia de Tonthan y comenzaron a bromear.

—Profesor, ¿cómo es el lenguaje corporal de alguien enamorado?

Tonthan supo que lo estaban provocando. Tankhun sonrió y respondió:

—El mío, cuando miro a Tonthan, mi pareja.

La clase estalló en risas y bromas. Tankhun lo miró con ternura, mientras Tonthan se sonrojaba, deseando escapar, pero solo pudo sonreír tímidamente y lanzarle una mirada de reproche.

Al terminar la clase, Tonthan lo reprendió en el coche:

—¿Cómo pudiste decir eso?

—¿Cómo llamaste a tu homestay? —preguntó Tankhun.

—Ya lo sabes.

—Sí, lo llamaste “Primer Amor Homestay”. Dime que no era por mí.

Tankhun le besó la mano con pasión.



—Tu homestay está por abrir. Me gusta que hayas declarado cuánto me amas. Yo solo quería hacer lo mismo.

Tonthan lo apartó, divertido:

—Si lo anuncias en público, deja de cobrarme intereses en privado.

Tankhun lo besó suavemente en los labios.

—¿Cómo podría hacerlo, si mi deudor es tan adorable?

Porque Tonthan realmente le debía dinero. No era una deuda de amor, sino un préstamo legal. Tras descubrir que quería abrir un homestay en la casa de su abuela, pidió un crédito. Como estaba desempleado y con pocos ahorros, recurrió a un préstamo informal. Tankhun le dio el dinero de golpe, permitiéndole renovar la casa rápidamente. Pero cobraba “intereses” cada día, con besos y abrazos.

—Hoy tenemos mucho que hacer, vamos rápido —dijo Tonthan.

—Dame ánimo primero —respondió Tankhun, besándole la mejilla.

Tonthan lo apartó, sonrojado.

—No debí pedirte el préstamo. Tus intereses no valen la pena.

—¿Cómo qué no? Tú también me tienes a mí —contestó Tankhun, riendo.

En su nueva vida, libre de ser Bot Phleng, Tonthan comprendió que quería tener una casa propia, un lugar que también fuera hogar para otros, como el orfanato donde creció Tan Khun. Eligió la casa de su abuela, cerca de una cascada, como símbolo de su identidad. Aunque Tan Khun estaba dispuesto a financiarlo todo, Tonthan no aceptó: no quería mezclar amor y dinero.

Si iba a ser hogar para otros, primero debía ser hogar para sí mismo. Y no olvidaba su primer hogar: el lugar donde él y Tankhun fueron a visitar a su padre, Tanu.

Tanu los miró incrédulo.

—Perdóname, hijo.



Tonthan se quedó mudo, con un nudo en la garganta. Sabía que su padre había cometido errores, pero todo lo había hecho por él.

—¿Estás bien aquí? —preguntó.

Tanu se sorprendió por la preocupación de su hijo.

—Sí, estoy bien. Al menos ya no huyo de una culpa que nunca podría escapar.

Padre e hijo se miraron, intentando sonreír.

—Allá afuera... cuídate, vive bien, hijo.

Tonthan sintió la sinceridad de su padre y no pudo contener las lágrimas.

—No te preocupes. Sé cuidarme. Estoy por abrir mi homestay.

Tanu asintió, feliz. Tankhun lo animó a decir lo que había preparado.

—Cuídate, papá.

Esta vez, Tanu tampoco pudo contener las lágrimas. Pero eran lágrimas de alegría: su hijo lo había perdonado.

Pocos días antes de la apertura del homestay, Tonthan recibió a unas visitantes inesperadas: la señora Kesara y Khitkarn.

—Los inciensos, los aromas agradables harán que los huéspedes quieran volver a quedarse aquí —dijo Kesara.

—Muchas gracias, abuela —respondió Tonthan.

—Tu madre eligió el aroma que pensó que te gustaría.

Kesara señaló a Khitkarn. Tonthan la miró con profunda nostalgia. Khitkarn lo miró también, y tras un largo silencio dijo:

—¿Te gusta, hijo?



Solo esa palabra, “hijo”, bastó para que Tonthan rompiera en lágrimas. Khitkarn también lloró.

Madre e hijo fueron juntos al cementerio de Botphleng. Khitkarn tomó la mano de Tonthan y habló frente a la tumba:

—Phleng... cumplí mi promesa. Tonthan es mi hijo ahora.

Las lágrimas volvieron a brotar en Tonthan. Khitkarn las secó con ternura.

El día de la inauguración de Primer Amor Homestay estuvo lleno de alegría. Muenmai y Jennaree llevaron amigos y compañeros para celebrar, participando en actividades como ciclismo y excursiones a la cascada.

Tonthan eligió el nombre “Primer Amor” para simbolizar lo que sentía por Tan Khun: su primer amor convertido en hogar. Y había planeado una sorpresa para él después de esa noche.

<<<<>>>>

CAPÍTULO 30

La mañana después de la primera noche en el homestay fue agotadora. La luz del sol entraba por las cortinas y el canto de los pájaros despertó a Tan Khun, que dormía sin camisa. Se despertó y buscó a Tonthan en la cama, pero no estaba allí.

Sorprendido, recorrió la casa, abrió la puerta del baño, pero no lo encontró. Entonces sonó un mensaje en su teléfono: “Cierra los ojos y escucha. ¿Qué oyes?”

Tan Khun entendió de inmediato: el sonido de la cascada, el motivo por el que Tonthan había comprado aquel terreno para construir el homestay. Otro mensaje decía: “Vístete lo más elegante y ven a verme.”

Sonriendo, se preparó rápido y caminó hacia el río. Allí escuchó Canon in D tocado en violín, con notas que se perseguían unas a otras, como su historia de amor con Tonthan, entrelazada con la de Bot Phleng y Tan Phop.

Siguió la música y encontró a Tonthan descalzo, de pie en medio del agua, con la cascada detrás. Al verlo, Tonthan dejó de tocar y dijo:



—Me dijiste que tu nombre significaba “deber de gratitud hacia otros”. Pero en realidad... tu corazón es tan grande y cálido que nadie puede reemplazarte. Cada vez que digo tu nombre, pienso en cuánto más quiero amarte, para agradecerte que me ames.

Con lágrimas, añadió:

—Gracias de verdad por amarme.

Tankhun sonrió:

—Gracias a ti... por estar para que yo te ame.

Entonces Tonthan tomó el violín y tocó Daisy Bell, hasta llegar al verso “Upon the seat of a bicycle built for two”. Se detuvo y cantó:

—Daisy, Daisy, give me your answer do...

Sacó un anillo sencillo, grabado con las palabras “My Daisy, My Tankhun”, y se lo entregó con lágrimas de emoción. Tankhun, también conmovido, respondió con voz temblorosa:

—Yes, I do.

La música de Daisy Bell resonó hasta su boda, celebrada en una mesa larga al aire libre, junto a la cascada.

El ambiente estaba lleno de amor. Khitkarn, recuperada, cuidaba de Kesara con gratitud. Muenmai y Jennaree caminaban juntos, riendo y tomándose fotos. Los equipos del homestay y de la oficina de Muen Mai ayudaban en todo.

El momento más esperado llegó: los votos y bendiciones. Kesara habló primero:

—Tonthan es un niño adorable, que pensaba que no merecía ser amado. Yo también lo pensé. Pero el tiempo demostró que sí merece amor. Gracias por traer felicidad a Botphleng, a Khitkarn y a esta anciana. Que tengas un matrimonio feliz, nieto mío.

Khitkarn, con lágrimas, continuó:



—Cometí muchos errores, pero tu amor me salvó. Si no hubieras sido mi hijo aquel día, yo no estaría aquí ahora. Gracias por perdonarme y volver a ser mi hijo. Desde hoy, cuida el corazón de tu madre, Tankhun.

—Con mucho gusto —respondió Tankhun, con sinceridad.

Jennaree cerró las bendiciones:

—Desde que conozco a Tankhun, nunca pidió nada para sí mismo, solo cumplió los deseos de todos. Hoy quiero pedir uno más: que tú y Tonthan tengan un amor feliz para siempre.

Tankhun asintió con sinceridad ante las palabras de bendición de Jennaree.

Pero cuando llegó el turno de Muenmai, amigo de Tonthan y futuro cuñado de Tankhun, no pronunció un discurso. En su lugar, preguntó a los novios, representando a todos los presentes:

—¿Y ustedes, los dos novios? Seguro tienen algo que quieren decirse.

Tankhun miró a Tonthan con la mirada más tierna y expresó lo que más deseaba que él escuchara:

—Todavía recuerdo la primera vez que lo vi. Sus ojos reflejaban confusión, como alguien perdido, pero también valentía, sin miedo a buscar la verdad. Es sensible, atento, me cuida incluso sin decirlo. Ama la justicia, acepta la verdad y perdona desde el corazón. Él es Tonthan, quien hizo que mi corazón sintiera que vivía de verdad por primera vez.

Las palabras de Tankhun fueron como un río que refrescó el corazón de Tonthan. Todos los presentes se emocionaron, reconociendo que Tonthan era, en efecto, el cauce de amor que nutría a todos.

Tonthan extendió su mano para tomar la de Tankhun y agradeció su amor:

—Ya le dije que para mí no hay nadie que pueda reemplazarlo. Cada vez que me pierdo en la oscuridad y el dolor, él es la luz que me guía, el calor que me abraza con amor. Él es como una melodía infinita de amor en mi vida.



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

En ese instante, la música de Canon in D volvió a sonar, entrelazando notas que giraban sin fin, como el dulce sentimiento de Tonthan y Tankhun.

Girando y repitiéndose por siempre...

Como el camino de su amor, desde ahora y hasta la eternidad.

Happy Ending





EPISODIO ESPECIAL 1

¡ESTE ELEGANTE TRAJE ES TUYO!

Después de la boda, una pequeña celebración con familiares y amigos cercanos, todos regresaron a casa esa noche para que los novios pudieran pasar tiempo juntos en su primera casa de acogida.

Tontharn se dejó caer en la cama, exhausto.

—Dicen que organizar una boda es agotador. Es cierto, Tan.

Tankhun también estaba cansado, pero optó por usar un paño fresco y húmedo para limpiar el rostro de Tontharn y aliviar su fatiga.

Tontharn abrió los ojos para mirar a su novio y vio que Tankhun aún llevaba el mismo traje color periódico. Observó cómo Tankhun se limpiaba suavemente la cara, sintiendo que Tankhun n, que ya era muy guapo, lo era aún más ese día.

—¿En qué piensas?

—Me gustas mucho con este traje.

Tankhun arqueó una ceja, anticipando la respuesta coqueta de Tontharn.

—¿Por qué?

Esperaba algo dulce, como "¡Felicidades por ser el novio!". Pero Tontharn solo repetía: "¿Un traje?"

Tankhun soltó una carcajada. Le acomodó el traje a Tontharn, bromeando.

"Te ves guapo con el traje, pero si te duchas, estarás aún más guapo".



Tontharn arrugó la nariz. Sabía que Tankhun quería que se duchara para descansar, pero él no quería descansar todavía.

"Si te duchas, no llevarás el traje".

"¿Y qué?"

"Todavía no me he apropiado de este elegante traje".

Abajo, Tontharn se levantó rápidamente, girándose para que Tankhun quedara delante.

"¿Qué dijiste? Es como en el video que vimos juntos".

Tankhun recordó el video con la voz en off que tanto le gustaba ver a Tontharn, con la imagen de una cabra cuyos mechones ondeaban al viento. Le daba un poco de vergüenza decirlo, pero quería hacerlo porque deseaba ver la reacción de la persona que lo montaba.

"Este elegante traje es tuyo."

Tontharn rió alegremente y besó suavemente en los labios al locuaz hombre.

"¿Eso es todo?"

Tankhun, el abuelo Jai, pensó que no valía la pena.

"Ya te dije que estoy cansado."

"Entonces me encargaré yo mismo."

Tankhun se levantó y se sentó. Kanthara, que lo había estado montando, ahora estaba sentado en su regazo. Tontharn lo regañó en tono de broma, incluso burlón.

"Déjame lavarte."

"Dejaré que este guapo te bañe."

Entonces Tankhun levantó a Santhara con las manos, lo colocó sobre su cintura y lo condujo al baño. Tonthara rió y gimió, pero no opuso resistencia. Era el representante de Thankhun.



Los dos elegantes hombres se habían ido, dejando solo sus cuerpos desnudos en las duchas, uno al lado del otro. Tankhun recordó las quejas de Tontharn sobre lo incómodo que era el baño de su apartamento para ducharse y lavarse el pelo. Cuando Tontharn construyó el complejo turístico, Tankhun, como su acreedor y amante, decidió invertir en un baño para uso exclusivo de ambos.

Era un baño con una bañera blanca, perfecta para una persona, aunque un baño doble era agradable. Los dos hombres, desnudos, se duchaban en lados opuestos.

"Si no llevas un elegante traje, ¿no dejas que nadie se acerque?"

Tankhun entró. Tonthara se negó a montarlo, temiendo acoso, tal como él había planeado.

—Vamos —dijo.

Tontharn lo retó. Tankun no tenía miedo. Quería acercarse, pero sintió que alguien más lo empujaba suavemente. Su entrepierna parecía prohibida, pero se movía de un lado a otro como si lo provocara.

—Tontharn —gimió Tankun, llamando a su amante con voz suplicante mientras sus movimientos se aceleraban—. **Estoy aburrido —**dijo, sin dejar de empujarlo con los pies. su otra mano incluso rozaba el pecho de Tankun.

Tanken escuchó esas palabras hirientes, su expresión contradiciendo sus palabras, sin comprender.

¡Es el día de nuestra boda!

Aunque estaba excitado, ¿quién no se sentiría herido si le dijeran que está aburrido?

—Exacto —dijo Tontharn, acercándose a Tankun. Tankun lo miró, sin comprender sus intenciones. Sin embargo, lentamente volvió a sentarse a horcajadas sobre el regazo de Tankun, frotando su miembro contra su parte favorita del cuerpo.

—Quiero intentar tomar el control de ti.



Tontharn lo miró, avergonzado mientras hablaba, pero su entrepierna seguía moviéndose y rozándolo, completamente inconsciente. Tragó saliva antes de dar su consentimiento.

—Como usted ordene, jovencito.

Tontharn lo llamó con emoción, como si estuviera experimentando con un juego de roles. Esperó a ver qué haría Tontharn a continuación.

Entonces sonrió lentamente con satisfacción, se levantó de encima de él con las manos e introdujo su miembro. Fue un gesto difícil. Para expresar afecto. Su joven parecía algo incómodo mientras él, lentamente, introducía la punta más profundamente, y Tontharn sentía que estaba a punto de eyacular.

Pero no iba a rendirse fácilmente en su noche de bodas.

Como Tontharn estaba interpretando el papel de un joven consentido, le resultaba difícil moverse lentamente. Tontharn decidió dejarse caer sobre su amante de un solo golpe.

¡Eso fue todo! Tontharn llegó a su destino inmediatamente, incapaz de contenerse.

Los dos novios abrieron los ojos, mirándose con asombro.

Tontharn rió profundamente, con cariño.

"Eres realmente irracional".

Tankhun estaba extremadamente avergonzado, pero no iba a ceder. Agarró sus partes íntimas, presionando la punta con el pulgar, y usó el resto de la mano para apretarlas y soltarlas a un ritmo irregular.

"Ah..."

Tontharn gimió, moviéndose ligeramente incómodo. Intentó alejarse de Tankhun, pero la bañera era demasiado pequeña. para que escapara.

Tankhun se acercó a Tontharn, sujetándolo con fuerza, impidiendo que sus partes íntimas, que le causaban vergüenza, escaparan de su cuerpo. Besó y lamió el torso de Tontharn, provocando que



El Secreto En La Melodía Que Se Interpreta Sin Fin

el pálido cuerpo frente a él se resistiera y se abalanzara sobre él, revitalizándolo rápidamente. Eso hizo que Tontharn se contrajera de dolor.

—¿De verdad eres tan irracional, Tontharn?

Tontharn apretó los dientes al hablar, pero Tan Khun ignoró sus palabras falsas. Incluso su erección presionó contra él, provocando que Tontharn gimiera de nuevo, mientras él mismo gemía su nombre.

—Ah... Tontharn... Señorito Ton

“...”

Tontharn se balanceó al ritmo de sus embestidas, rozando su propio punto sensible sin necesidad de más estímulos.

Enséñame, señorito Than.

Tankhun se detuvo, sus ojos suplicantes fijos en los ojos entrecerrados que le mordían ligeramente el labio. Era evidente que quería que Tontharn satisficiera su deseo de controlarlo.

A Tontharn no le gustó el desafío de Tankhun, así que se puso de puntillas para alejarse, manteniendo la conexión entre ellos. Luego se puso de pie, presionando y rozando, para luego retirarse. Alternaba entre ambas sensaciones, entre sus emociones. Justo cuando estaban a punto de estallar, se retiraba, ralentizando las sensaciones de hormigueo que atormentaban al hombre debajo.

Atormentándolo, se perdió en un estado de lujuria, esclavo del amor, sin posibilidad de redención.

—No puedo más, Tontharn —le suplicó Tankhun con rostro de agonía. Esto hizo que Tontharn sonriera como un vencedor y le diera permiso.

—Seré misericordioso contigo —dijo.

Tontharn continuó, embistiendo con todas sus fuerzas hasta que finalmente sintió las embestidas de Thanakun. Lo siguió de cerca.



Esta vez, como un joven que dominaba a un sirviente, Tontharn estaba sin aliento y exhausto. Hundió el rostro en la espalda de Thanakun, jadeando en busca de aire.

Tontharn solo sintió su victoria por un instante... antes de sentir su erección endurecerse de nuevo.

—¿Qué es esto? —preguntó Tontharn, sin comprender. Estaba verdaderamente exhausto.

—Hoy es el día de nuestra boda, mi amor...

—Estoy muy cansado.

—Entonces, quédate quieto esta vez... ¿de acuerdo, mocoso malcriado?

Takhun le susurró al oído, le besó la sien, lo abrazó con fuerza y se puso de pie. Tontharn tembló entre el dolor y el miedo. Era extraño que la última vez que Thankun lo había abrazado, no hubiera sentido más que indiferencia. Pero esta vez, usó la otra mano para apoyarse y sintió una oleada de placer. Tenía que aferrarse a ella con fuerza.

—Gracias...

Tontharn murmuró, implorando compasión. Pero Thantharn, que intentaba ser amable, no sería tan indulgente con él tan fácilmente.

Pensándolo bien, Tontharn no tuvo más remedio que aceptar la situación a regañadientes.

Si Thankun fuera cruel con él en este asunto... no sería una gran pérdida, porque él también era feliz cuando Thankun lo era. felices.

Y así, aquella noche, su noche de bodas, los dos apuestos hombres fueron felices juntos... toda la noche.

<<<<>>>>



EPISODIO ESPECIAL 2

THANPHOP Y BOTPHLENG

Botphleng nació en una familia acomodada y respetada desde generaciones anteriores. Pero lo que más lo hacía feliz era haber nacido del amor, crecer con amor y vivir rodeado de amor, especialmente el de sus padres. Aunque su padre había fallecido, su madre nunca lo olvidó y siempre le recordaba que debía conservar ese amor. Lo único que a Botphleng no le gustaba era la soledad: no tenía amigos cerca, la señal de internet era deficiente y no le atraían los videojuegos como a otros chicos.

Finalmente, decidió combatir la soledad escribiendo un diario.

"Mamá quiere que aprenda violín, para ser tan bueno como papá" fue la primera frase que anotó. Desde entonces, cada vez que algo importante ocurría, lo escribía allí, como si conversara con un amigo.

Cuando conoció a Tankhun, su primer amor, el nombre de Tankhun ocupó gran parte de las páginas.

Se conocieron cuando Botphleng se escapó de clase y, jugando en el bosque cercano, escuchó Canon in D. Fascinado, se acercó y encontró a Tankhun. Era un joven de su misma edad, delgado, con un rostro melancólico que no lograba ocultar la tristeza. Sin embargo, nunca se negó a tocar violín para Bot Phleng ni a enseñarle a amarlo más, hasta que él mismo quiso aprender para su madre.

Se encontraban en secreto durante el día. Botphleng sospechaba que su madre lo sabía, pero nunca lo prohibió, porque esas reuniones lo hacían feliz y mejoraban su música. Poco a poco, Botphleng se enamoró de Tankhun, que sonreía cada vez más. Sentía que esa sonrisa le pertenecía.

Se amaron profundamente, hasta el día en que supieron que debían separarse.

En su último encuentro, bajo un gran árbol, se abrazaron una y otra vez. Botphleng tocó Canon in D por última vez, y al terminar, besó la cicatriz en la muñeca de Tankhun, como consuelo.

—Solo temí a la muerte... cuando te conocí —dijo Tankhun.

Botphleng sonrió cálidamente, como un sol de mañana.



—Y yo solo descubrí lo hermoso de la música... cuando te conocí.

Se besaron con pasión, sabiendo que pronto se perderían.

—Vuelve —pidió Botphleng.

—Sí. Creceré rápido y volveré a ti. Nunca más nos separaremos.

—Mientras vuelvas, yo te esperaré aquí.

Se besaron otra vez, como si fuera la última. Entonces sonó un mensaje en el teléfono de Tankhun. Botphleng lo vio mirar con tristeza y entendió. Le entregó su violín con una sonrisa, para que no sufriera al dejarlo. Tankhun lo tomó y se marchó, corriendo hacia otro joven que parecía ser su hermano. Al menos, Botphleng se consoló sabiendo que no estaría solo.

En ese momento, alguien lo llamó:

—¡Khun Phleng!

Era Tonthan, el niño que él amaba como a un hermano. Corrió a abrazarlo con alegría.

—¿Has vuelto, Tonthan?

—Sí. He vuelto con mamá Khitkarn y contigo.

Botphleng entendió que no era solo una respuesta, sino una confesión de felicidad por estar juntos otra vez.

Pasó mucho tiempo. Botphleng seguía bajo el mismo árbol, practicando Daisy Bell, la canción que el amado de su hermano Tonthan había tocado y que él también quiso aprender. Tocaba solo, esperando a alguien, enfrentando siempre el vacío... hasta que un día vio a alguien subir por la colina.

No era Tankhun... era Thanphop.

El amor de su vida, ahora más maduro, con lágrimas en los ojos y una sonrisa de felicidad.

—Por fin te encontré, Botphleng.



Bot Phleng, con lágrimas, asintió. Sabía que Thanphop lo había buscado siempre. Corrió a abrazarlo con fuerza, compensando el tiempo perdido.

Y entonces Canon in D, la melodía que había evitado desde su partida, volvió a sonar. Esta vez, interpretada por dos violines: el de Thanphop y el de Botphleng.

<<<<>>>>

EPISODIO ESPECIAL 3

CHANA PHAI

Chana Phai era un niño de 7 años, huérfano en la misma fundación donde había crecido Tankhun. Los maestros contaban que era un niño bueno, siempre dispuesto a ayudar en las tareas, cuidar a los más pequeños e incluso atender a los mayores. Nunca peleaba por juguetes, nunca pedía nada y jamás había sido elegido para ser adoptado, porque no era hablador: más bien callado, reservado, obediente. Su papel era servir y cuidar a todos.

Ahora estaba confundido, sentado en la mesa mientras los adultos preparaban la cena. Había una gran variedad de platos: salsa picante, verduras hervidas, pollo frito, sopa, curry, espaguetis, papas fritas, pizza... una mezcla de todo lo que alguna vez había probado en la fundación cuando alguien hacía donaciones.

Le dijeron que no hiciera nada, solo que comiera lo que quisiera. Pero no podía hacerlo mientras veía a su padre Tankhun, con delantal, sirviendo sin parar, y a su padre Tonthan llenando los vasos de agua. La abuela Khitkarn colocaba platos, y la bisabuela Kesara lo observaba desde la cabecera.

Chana Phai se sentía incómodo en su primer día con la nueva familia. Entonces, de pronto, se apagaron las luces y todos comenzaron a cantar Happy Birthday. Muenmai y Jennaree entraron con un gran pastel, decorado con figuras de cada miembro de la familia. En el centro había una figura que se parecía a él. El pastel fue colocado frente a él, y todos, incluso la señora Kesara, cantaron hasta el final.

—Pide un deseo, hijo —dijo Tonthan.

El niño miró a su padre, sin saber qué desear. Finalmente pidió simplemente ser feliz, como la canción, y sopló las velas de una vez. Todos aplaudieron y encendieron las luces.

Tankhun acarició su cabeza con ternura.



—Pregunté en la fundación. Dijeron que tu cumpleaños era el día en que te encontraron. Yo quiero que, desde ahora, este día sea tu verdadero cumpleaños. ¿Está bien?

—Sí —respondió Chana Phai, que nunca contradecía a nadie.

—Porque hoy es el día en que te convertiste en nuestro hijo, el día en que encontraste a tu familia —añadió Tonthan con alegría.

El niño miró alrededor. Todos lo observaban con ojos llenos de cariño, algo que nunca había sentido antes. Kesara lo bendijo con suavidad:

—Que tengas una vida larga y feliz, nieto.

Khitkarn le entregó una gran alcancía.

—Para que la lleves a la escuela, hijo.

Todos rieron por su carácter consentidor. Muenmai explicó que había preparado toda la comida porque no sabía qué le gustaba, así que quiso darle todo. Jennaree lo llamó exagerado, pero todos entendieron que era un gesto de amor.

Tankhun dijo:

—Yo no tengo nada material que darte. Solo me tengo a mí mismo, para cuidarte cada año, siempre, y que seas feliz.

Tonthan se inclinó hasta su altura:

—Y yo te doy tu nombre: Chana Phai, para que siempre venzas todas las dificultades.

El niño, emocionado, preguntó:

—¿Todo esto es mío?

—Sí —respondieron ambos padres al unísono.



Entonces, el niño que nunca mostraba emociones rompió en llanto. Todos lo consolaron, y Tankhun y Tonthan se alegraron: porque ser niño significa llorar, entristecerse y también ser feliz.

Esa noche, lo acostaron en su propia habitación, frente a la de ellos. Tan Khun salió a contemplar el homestay bajo la noche, como tantas veces. Tonthan se acercó.

—¿Escuchas el sonido del río otra vez?

—Sí —respondió Tankhun, abrazándolo.

—Tengo miedo... miedo de que Chana Phai no sea feliz. ¿Podremos criarlo bien?

Tonthan sonrió ante la vulnerabilidad de su esposo, el doctor experto en criminología y lenguaje corporal, que solo temía no saber criar a un niño.

—Solo debemos criarlo con amor.

Tankhun entendió y asintió.

—Eso es... el amor correcto es suficiente.

Porque el amor verdadero guía la vida hacia la felicidad. Como el amor que compartían ellos, ahora capaz de extenderse a otros.

Esa noche, el pequeño Chana Phai durmió feliz, soñando con crecer rodeado del cariño de sus padres, Tonthan y Tankhun, en el Primer Amor Homestay, que desde entonces sería su verdadero hogar.

::::THE END::::